

# El miedo en Cali

Representaciones, redes sociales y dispositivos estatales

Omar Alejandro Bravo y  
Enrique Rodríguez Caporalli  
Editores académicos



Editorial  
Universidad  
Icesi



# El miedo en Cali

Representaciones, redes sociales y  
dispositivos estatales

Omar Alejandro Bravo y  
Enrique Rodríguez Caporalli  
Editores académicos

**El miedo en Cali: representaciones, redes sociales y dispositivos estatales**

© Omar Alejandro Bravo y Enrique Rodríguez Caporalli (editores académicos) y varios autores.

Cali. Universidad Icesi, 2021.

pp. 224; 17 x 21,5 cm

Incluye referencias bibliográficas

ISBN: 978-958-5184-04-6 / 978-958-5184-03-9 (ePub) / 978-958-5184-02-2 (PDF)

DOI: <https://doi.org/10.18046/EUI/ee.4.2021>

Palabras Clave: 1. Miedo | 2. Movilización social | 3. Estado | 4. Pandemia | 5. Cali - Colombia

Clasificación Dewey 361-ddc 21

© **Universidad Icesi**

**Facultad de Derecho y Ciencias Sociales**

Primera edición / Agosto de 2021

Rector: Francisco Piedrahita Plata

Secretaria General: María Cristina Navía Klemperer

Director Académico: José Hernando Bahamón Lozano

Decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales: Jerónimo Botero Marino

Coordinador Editorial: Adolfo A. Abadía

Diseño de Portada y Diagramación: Ladelasvioletas - Johanna Trochez.

Imagen de portada: Paro Nacional en Colombia de 2019, *Wikimedia Commons*. Autor: Roboting.

Revisión de Estilo: Patricia Urbina Rivera

**Editorial Universidad Icesi**

Calle 18 No. 122-135 (Pance), Cali – Colombia

Teléfono: +57 (2) 555 2334 | E-mail: [editorial@icesi.edu.co](mailto:editorial@icesi.edu.co)

<http://www.icesi.edu.co/editorial>

Publicado en Colombia – *Published in Colombia*

La publicación de este libro se aprobó luego de superar un proceso de evaluación doble ciego por dos pares expertos.

La Editorial Universidad Icesi no se hace responsable de la ideas expuestas bajo su nombre, las ideas publicadas, los modelos teóricos expuestos o los nombres aludidos por el(los) autor(es). El contenido publicado es responsabilidad exclusiva del(los) autor(es), no refleja la opinión de las directivas, el pensamiento institucional de la Universidad Icesi, ni genera responsabilidad frente a terceros en caso de omisiones o errores.

El material de esta publicación puede ser reproducido sin autorización, siempre y cuando se cite el título, el autor y la fuente institucional.

# ÍNDICE

Introducción	05.	Omar Alejandro Bravo y Enrique Rodríguez Caporalli
El derecho a vivir encerrado: el miedo en las unidades residenciales cerradas durante el 21N	13.	Enrique Rodríguez Caporalli
La desinformación también se escucha: de audios, vándalos y pánico el 21 de noviembre de 2019 en Cali	53.	María Juliana Soto Narváz y Mauricio Guerrero Caicedo
Ahí vienen los bárbaros: el 21N en Cali	75.	Omar Alejandro Bravo
Integración y control: las acciones del Estado local frente al 21N y los contagios de la pandemia en Cali	93.	Mateo Montes Martínez y José Fernando Sánchez Salcedo
Miedo y movilización social: un análisis a la “noche del terror” en la ciudad de Cali (Colombia)	149.	Mary Hellen Burbano Cerón y José Eduardo Sánchez Reyes
Representaciones sociales y discursos dirigidos a trabajadores/as de la salud en el marco de la pandemia	171.	Fernando Moreno Dulcey y Omar Alejandro Bravo
The Spectre of the Other and Territorial Stigma on the Move. Some Reflections on #21N 2019 in Cali, Colombia	191.	Jan Grill
Sobre los autores	219.	



# INTRODUCCIÓN

Omar Alejandro Bravo y Enrique Rodríguez Caporalli

Universidad Icesi

Los contenidos de este libro se estructuran en torno a dos acontecimientos: el primero, con un peso mayor en los capítulos que lo componen, lo constituyen los hechos ocurridos la noche del paro del 21 de noviembre del 2019 (21N) en Cali y los sucesos relacionados con el toque de queda que se decretó esa misma noche. En segundo lugar, la posterior aparición de la pandemia producida por el virus SARS-CoV-2 denominado COVID-19, con sus múltiples consecuencias, principalmente las sanitarias, sociales y económicas.

El primer acontecimiento fue el motivo inicial para producir este texto, fundamentalmente a partir de la sorpresa que generaron los hechos violentos que se produjeron horas después del final de la masiva movilización de ese día. Las reacciones que suscitaron en los residentes de varios barrios de la ciudad, sobre todo en el sur de la misma, algunas informaciones, en especial cuando en la tarde se conoció que en algunos puntos de la ciudad se produjeron asaltos a establecimientos comerciales, son el núcleo central de las reflexiones aquí presentadas. Aunque las acciones llevaron a decretar el toque de queda en Cali a partir de las 19.00 horas del 21N, como medida de control de una acción violenta por parte de grupos no identificados y que se presumía incontrolable por parte de la Administración Municipal y las autoridades de Policía, las posteriores respuestas de grupos de vecinos, en su mayoría habitantes de conjuntos residenciales de la ciudad, quienes se armaron y prepararon para enfrentar de forma violenta a supuestos grupos de saqueadores que estarían asolando la ciudad son el principal foco del análisis.

A pesar de que no hubo, y sigue sin haber, evidencia concreta de la existencia de estos actos vandálicos contra las unidades residenciales, la información circulante por las redes sociales, que en general referenciaba saqueos y robos en lugares diversos de Cali, bastaron para que se produjeran estas reacciones colectivas complejas, inéditas en tiempos recientes en la ciudad, en especial por la violencia de las mismas, por el pánico y la evidencia de una disposición a la agresión difíciles de entender y de valorar. Algunas

de ellas superaron los temores de esa noche incierta y se prolongaron en algunos casos hasta la mañana siguiente, con un rebrote de estos rumores hacia el mediodía del día 22, pero ya sin repercusión masiva.

La perplejidad frente a este hecho inesperado y violento, llevó a los autores de los capítulos aquí reunidos a intentar algunas explicaciones, a proponer formas de entenderlo desde una reflexión académica que convoca diversas perspectivas teóricas y enfoques disciplinarios.

En este sentido, estas aproximaciones a lo ocurrido deben verse en una doble perspectiva. En primer lugar, surgen en una suerte de encrucijada, por un lado, son un fenómeno de alguna manera inédito, al menos en los últimos 50 años en la ciudad y, por el otro, se instalan en línea de continuidad con procesos urbanos, tecnológicos, políticos y económicos presentes en la misma, cada uno con temporalidades diferenciadas, y tienen su expresión exacerbada en los hechos ocurridos en ese día y noche.

En segundo lugar, la aproximación a un trabajo empírico de mayor desarrollo con los actores involucrados, la posibilidad de discutir con los residentes, con las autoridades locales y demás actores relevantes se vio impactada por una coyuntura, el cambio de administración municipal, para el caso de los últimos, dado el consecuente relevo de muchos de los funcionarios altos y medios, directamente vinculados a los eventos del 21N, y por el proceso bastante menos coyuntural, sobre el cual se volverá, que implicó la cuarentena y el aislamiento provocado por la pandemia. Este interrumpió, casi que recién empezado, el trabajo de investigación, en especial el trabajo de campo, que se había pensado para la producción de los textos que se incluyen en este volumen.

El segundo acontecimiento mencionado, esta vez de alcance mundial, la pandemia, se constituyó también como un desafío particular para el análisis. La pandemia trajo consigo cambios abruptos en las rutinas diarias y evidentemente transformó el significado del 21 de noviembre, un hecho que parece adquirir cada vez más el carácter de fenómeno aislado, un poco perdido en la bruma que a veces parece inundar los días previos al confinamiento. Así, algo que en su momento parecía ser un hito urbano significativo, ha cambiado su manera de entenderse, de recordarse, en función de lo que ocurrió a lo largo del 2020. Aunque no era el propósito principal de este trabajo, resultó imposible no incluirlo, pues supone varias relaciones con el modo como se ve lo ocurrido en el 21N y consecuentemente, aparece de manera diferenciada en varios capítulos de este texto, con intensidad variable, según el objeto trabajado.

La pandemia supone una serie de elementos complejos y si la elaboración de lo ocurrido en noviembre de 2019 está aún dilucidándose, lo ocurrido en el 2020 tiene un carácter aún más provisional. Dentro de la complejidad de factores relacionados



a la pandemia y sus consecuencias, un fenómeno particular se destaca en los trabajos aquí incluidos, en lo que hace a su interés académico y parcial relación con el primer acontecimiento considerado: la discriminación sufrida por trabajadores/as de la salud, principalmente acusados/as de propagar el virus y, eventualmente, hacer parte de una red que los/as lucraría con las personas internadas.

Como todo acontecimiento, los aquí mencionados mantienen una evidente singularidad, así como un carácter inesperado, en lo que hace a la imposibilidad de prever su aparición y curso. Al mismo tiempo, como ya fue señalado, ofrecen elementos que permiten analizar sus posibles relaciones, sobre todo en lo que hace a las prácticas discriminatorias y violentas que cada uno produjo.

De esta manera, esta propuesta de libro se fue estructurando a partir de un fenómeno inicial que sería su objeto primero de análisis y un segundo que de alguna manera obligó a su consideración e inclusión posterior. Este doble objetivo, parcialmente coincidente, obliga a algunas aclaraciones iniciales: en primer lugar, este texto no mantiene una pretensión comparativa entre ambos discursos y prácticas consideradas, ni siquiera cuando estas prácticas podrían tener un elemento común. Como es el caso de las prácticas discriminatorias, ya que cada una ofrece características muy singulares, dimensiones y proyecciones sociales diferenciadas, que hacen esa comparación si no imposible, sí muy difícil en las condiciones actuales y con el nivel de conocimiento disponible.

Por otro lado, en términos metodológicos, los capítulos que componen este libro se basan, en su mayoría, en información tomada de las redes sociales y medios de comunicación, principalmente. En el caso de los hechos relacionados al paro del 21 de noviembre, no fue posible obtener entrevistas de habitantes de los conjuntos residenciales protagonistas de ese tipo de reacciones mencionadas, sino en un número muy bajo, ya que la mayoría se negó a hablar al respecto (lo que en sí configura un tema de análisis, del cual algunos textos de este libro intentan considerar) recién ocurrieron los hechos; por otra parte, las dificultades lógicas derivadas de las medidas de aislamiento social impidieron, para los hechos del 21N y en el caso de la pandemia y sus efectos relacionados, obtener información de forma directa y presencial. Por todo esto, este texto en general se apoya principalmente en el soporte empírico mencionado (periódicos, redes sociales, etc.) y cada capítulo mantiene un fuerte tono ensayístico, donde esa información se ofrece como elemento que facilita un análisis de carácter general. Ese carácter explica también el grado desigual de desarrollo y extensión de cada texto en particular.

Las referencias teóricas que se consideraron para dichos análisis coinciden en incluir a las representaciones sociales, el pánico moral y el análisis del discurso, por ejemplo. De forma algo paradójica, estas coincidencias le otorgan cierta originalidad e interés a las reflexiones contenidas en cada capítulo, ya que esas teorías mencionadas se utilizan desde diversos enfoques disciplinarios, lo que es infrecuente en el campo de las ciencias sociales.

Ante estas consideraciones quizá se pudiese pensar que fuese oportuno esperar un tiempo mayor para publicar estos textos. Sin embargo, creemos que es importante que circulen prontamente. Esto por una razón, el debate sobre el 21N prácticamente ha desaparecido de la escena local, siendo un hecho muy grave, con consecuencias que están aún por evaluarse, sin mencionar, la dificultad que aún representa comprender lo que efectivamente ocurrió esa noche. La disposición de varios vecinos a agredir a otros, incluso a producirles la muerte, no es un hecho menor que deba pasar desapercibido. El papel de las redes sociales y de la información falsa, que jugó un papel clave en todo ese proceso, debe seguir siendo estudiada y ganar centralidad en los análisis sobre la vida en la ciudad. Mantener el 21N como un hecho que requiere ser discutido y analizado es uno de los propósitos de este libro.

De esta manera, este texto, de marcado tono ensayístico, pretende ofrecer elementos para un debate abierto e inacabado, que excede los dos hechos mencionados que lo posibilitaron, para dimensionar de forma general los aspectos discursivos y prácticas discriminatorias y violentas relacionadas a ciertos acontecimientos sociales que vienen a operar como detonantes y síntomas de imaginarios y representaciones sociales preexistentes.

El libro está compuesto por siete capítulos. El primer capítulo *El derecho a vivir encerrado: el miedo en las unidades residenciales cerradas durante el 21N*, escrito por Enrique Rodríguez Caporalli, examina la relación entre los comportamientos evidenciados esa noche y el estilo de vida que supone habitar en unidades residenciales cerradas. Haciendo énfasis en tres elementos interrelacionados: el miedo urbano, la emergencia de un derecho a la seguridad y las condiciones de aislamiento que proveen las unidades. El texto propone una interpretación de los eventos ocurridos esa noche y señala algunos elementos que son posibles de relacionar con la posterior cuarentena. Aunque el análisis se centra en un sector, los barrios ubicados en el extremo sur oriental de la ciudad, este puede extenderse a otros lugares en donde se vivieron fenómenos parecidos en unidades cerradas. La propuesta de Rodríguez evidencia que lejos de garantizar la seguridad que ofrecen, las características de acontecimientos como los del

21N agudizan una sensación contraria, pues este tipo de viviendas no contribuyen a formar la comunidad que tanto desean sus moradores, por el contrario, agudizan las rupturas con el entorno social en el que se vive.

El segundo capítulo, *La desinformación también se escucha: de audios, vándalos y pánico el 21 de noviembre de 2019 en Cali*, escrito por María Juliana Soto y Mauricio Guerrero, propone una exploración a lo que los autores llaman desinformación digital ocurrida esa noche con el fin de identificar algunas de sus características más relevantes. En especial se proponen estudiar el papel que estas juegan en el caso de coyunturas relacionadas con la esfera política y con el orden público, dos temas centrales a los eventos de ese día. Entre el abundante material disponible, se han privilegiado los audios que se distribuyeron a través de diversas plataformas digitales, favoreciendo aquellos que guardan una relación más estrecha con los servicios de mensajería *online*, como WhatsApp. Los análisis por ellos consignados evidencian la incidencia que tuvieron en muchas de las reacciones de la ciudadanía con respecto a los supuestos hechos de vandalismo que habrían tenido lugar esa noche en Cali. El capítulo ofrece elementos para la comprensión del funcionamiento de este tipo de formatos digitales y su incidencia en la construcción de relaciones de confianza entre usuarios y comunidades virtuales.

El tercer capítulo, *Ahí vienen los bárbaros: el 21N en Cali*, escrito por Omar Bravo, analiza las representaciones sociales presentes en la respuesta que se vivió esa noche ante la supuesta inminencia de hechos vandálicos. El autor propone una identificación de su motivación y objetivos, tomando como material de análisis el obtenido en las cadenas de WhatsApp producidas desde y hacia algunos conjuntos residenciales de la ciudad durante esos hechos. El texto de Bravo se enfrenta a la dificultad metodológica de la renuencia de los habitantes de los conjuntos residenciales a hablar sobre lo ocurrido, pero busca integrar esta renuencia en el análisis, pues es un dato en sí mismo de lo ocurrido en esa fecha, en el que nociones como el miedo, el odio y la violencia, en el que el eje articulador lo constituye la teoría de las representaciones sociales, le permiten analizar los sentimientos vinculados a ciertas circunstancias sociales y a políticas particulares, así como su relación con posibles afectaciones a la salud mental.

El cuarto capítulo, *Integración y control: las acciones del Estado local frente al 21N y los contagios de la pandemia en Cali*, escrito por José Fernando Sánchez y Mateo Montes, analiza mediante el estudio de dos casos, el del 21N y el de la pandemia, el modo como el Estado despliega sus recursos simbólicos para definir territorios, clasificar personas y generar dispositivos de control basados en juicios morales y en una particular retórica

del miedo. Apoyados en la teoría del Estado de Pierre Bourdieu, los autores definen los espacios de control y los dispositivos tecnológicos y discursivos desplegados para controlar a las poblaciones, acompañado este análisis de una estrategia cuantitativa para comprender el modo en que se construyen y definen las situaciones para una posterior intervención. Los autores muestran cómo los casos estudiados guardan similitudes en la forma de actuar del Estado, así como sus dificultades para generar control en ciertos territorios. Sin embargo, no todo es fracaso para el Estado, su principal logro, radica en su eficacia simbólica expresada en la forma en que clasifica e interpreta una realidad, haciéndola inteligible para los ciudadanos y el modo en que legitima sus intervenciones, mediante una serie de soportes y dispositivos tecnológicos y discursos que buscan hacer creíble, naturalizar y normalizar sus percepciones de la realidad.

El quinto capítulo, *Miedo y movilización social: un análisis a la “noche del terror” en la ciudad de Cali (Colombia)*, escrito por José Eduardo Sánchez y Mary Hellen Burbano, se propone explorar las vivencias de algunos de los habitantes del sur de Cali, en sus dimensiones psicológica y social, en particular comprender su respuesta a los eventos ocurridos el 21N. La aproximación fue a un grupo de personas con formación educativa universitaria, con empleos formales e ingresos económicos estables. Con esta exploración, cualitativa, el autor buscó la construcción de sentido realizada por las y los entrevistados sobre lo vivido aquel día. El trabajo hizo evidente que en ciertas situaciones prevalece lo que en el texto se reconoce como el “pensamiento fluido”, en el marco de una exacerbación de las diferencias, en el que se exalta la protección de sí, lo que combinado con el afloramiento de partes de la identidad no reivindicadas, no reconocidas, crea un ambiente propicio para que circulen los prejuicios y otras reacciones basadas en ellos, de los que están pobladas las respuestas a las situaciones del 21N.

El sexto capítulo, *Representaciones sociales y discursos dirigidos a trabajadores/as de la salud en el marco de la pandemia*, elaborado por Fernando Moreno y Omar Bravo, hace un análisis de los procesos de estigmatización de trabajadores/as de la salud en el contexto colombiano, a partir principalmente de los aportes teóricos de las representaciones sociales, la teoría del pánico moral y el análisis crítico del discurso. Se trata del texto que tiene un carácter más ensayístico de todos los aquí incluidos, no solo por el trabajo adelantado por sus autores sino por lo inicial del fenómeno estudiado. De allí que predomine el señalar líneas de debate y bastante menos el de elaborar conceptualizaciones conclusivas. Tomando distancia de los planteamientos hechos casi que inmediatamente posteriores a la pandemia, los autores señalan elementos para comprender la relación entre sucesos de gran impacto social, las respuestas gubernamentales y los procesos de discriminación asociados con estos.

El último capítulo, *El Espectro del 'Otro' y Estigma Territorial en Movimiento. Algunas reflexiones sobre #21N 2019 en Cali, Colombia*, escrito por Jan Grill, se centra en analizar las emociones y dimensiones afectivas que surgieron durante el 21N, en un contexto de miedos, incertidumbre y cierto pánico moral. Para el autor, se pusieron de presente fantasías vividas con mucha intensidad en lo que llama el “espacio experiencial”, aquel en el que ocurren relaciones simbólicas específicas para grupos urbanos, pues en él se construyen trayectorias y se producen ubicaciones sociales que permiten orientarse a los actores que las viven, y que además dan cuenta de las disputas con otros actores por establecer significados a su experiencia urbana cotidiana. Este espacio evidencia “un sistema históricamente sedimentado de distribución desigual del estigma territorial dentro de las geografías e imaginarios urbanos clasificados, racializados y de género”.

No está demás señalar, al cierre de esta introducción, que los trabajos aquí reunidos tienen como propósito iniciar y mantener una reflexión sobre el 21N y sus consecuencias, explorar las relaciones que guarda con el comportamiento social y la salud mental en el marco de la pandemia, así como identificar el papel del Estado, local y nacional, en estos procesos. Son ejercicios que deben continuar y permitirnos entender, y actuar, en las complejidades la ciudad inequitativa y desigual que es Cali.



EL DERECHO A VIVIR ENCERRADO: EL MIEDO  
EN LAS UNIDADES RESIDENCIALES CERRADAS  
DURANTE EL 21N

Enrique Rodríguez Caporali  
Universidad Icesi | caporali@icesi.edu.co

El mercadeo y la literatura académica han caracterizado a las unidades residenciales cerradas (URC) como espacios habitacionales en los cuales se vive, entre otras razones, por la seguridad que ofrecen. La infraestructura de las mismas promueve esa identificación mediante la presencia de vallas y muros, guardas armados y cámaras de televisión, iluminación abundante y alambrados electrificados, medidas tendientes a reforzar la sensación de espacio seguro. Sin embargo, en la noche del 21 de noviembre de 2019 (21N), algunas de esas unidades dejaron de verse como seguras para sus habitantes. Aunque no hay una evidencia fuerte sobre el peligro real que corrían, sus habitantes experimentaron situaciones de pánico desbordado, una sensación de peligro que no era posible contener con las defensas ya instaladas en sus predios. Al final de la noche, los residentes terminaron aplaudiendo al ejército que recorría unas desoladas calles en las que se veían ocasionalmente a los propios vecinos armados, con palos de escoba, machetes y en algunos casos con armas de fuego.

Este texto examina la relación entre los comportamientos evidenciados esa noche y el tipo de vida que supone habitar en unidades residenciales cerradas. La vida cotidiana en estos espacios ha sido poco estudiada en la ciudad, a pesar de que una parte significativa de sus habitantes vive en ellas. Se hará énfasis en tres elementos interrelacionados que contribuyen a explicar los comportamientos observados: el miedo urbano; la emergencia de un derecho a la seguridad y, finalmente, una reflexión sobre las condiciones de aislamiento que proveen las unidades, que adquieren una nueva dimensión en la cuarentena que se puso en marcha cuatro meses después del 21N, por la pandemia del COVID-19. En este sentido un estudio de las relaciones entre estas URC y la ciudad puede ayudar a entender algunos de los eventos ocurridos tanto en esa noche, como durante la cuarentena. El análisis se centra en un sector específico de la ciudad, los barrios del extremo sur oriental de la ciudad, específicamente El Caney y Valle del Lili, barrios en los que el autor tenía ya de desde 2012 un trabajo previo, especialmente en el primero. Para el trabajo se compilaron 51 videos registrados esa noche en todo Cali (fue posible ubicar con precisión dónde se registraron las imágenes solo para 29 videos, 19 de los cuales pertenecen a los barrios del estudio), 34 audios de WhatsApp (13 provenientes de estas URC) y se entrevistó a 11 pobladores de URC de estos barrios, en diciembre 2019 y febrero de 2020.

Este análisis cobra un mayor interés en la situación de aislamiento que se vivió a partir de marzo del 2020, no solo en términos de autocuidado para la población, sino de construcción de espacios de intercambio y socialización que las unidades restringen o promueven, tanto dentro de las mismas, como con el exterior. Se hará énfasis en ese sitio, a veces visto como extraño, que era antes el centro de la vida urbana, el espacio público.



## Las unidades residenciales en Cali

Nadie sabe muy bien cuántas URC hay en Cali<sup>1</sup>. En el 2016 la prensa informaba que la mitad de los caleños vivían en una de ellas. Tendencia que si nos atenemos a la información publicada en medios escritos es característica de la segunda década de este siglo (*El País*, 2013 y 2016; *El Tiempo*, 2018). En una entrevista con el gerente de Fedelonjas se habla de unas 3.500 unidades habitadas a mediados de la década en Cali (*El País*, 2014), en las que se calculaba vivían 1,2 millones de personas, el 48% de los habitantes de la ciudad, según las proyecciones del Censo de 2005 (*El País*, 2016).

El crecimiento de la oferta de vivienda en URC está confirmado por varios indicios, más allá de la evidente transformación del paisaje urbano. La prensa informa que en 2009 había 1.500 unidades (*El País*, 2016), cálculos que coinciden con algunos estudios que establecían, para el 2006, 1.478 unidades (Rincón et al., 2009). El informe de Camacol de 2016 sobre el estado de la vivienda en Cali es además muy indicativo a ese respecto. Entre 2015 y 2016 la oferta de casas nuevas, construidas por fuera de las unidades cerradas, se redujo en un 17%, mientras que la oferta de apartamentos nuevos, en URC, pasó a ser el 40% de toda la oferta de vivienda en la ciudad. Un estudio de la firma privada Properati menciona que, en 2018, el 50% de la oferta de vivienda nueva en Cali es de casas y el 47% de apartamentos en unidades residenciales (*El Tiempo*, 2018), lo que evidenciaría la continuidad en esas tendencias.

Estas cifras muestran que las unidades cerradas se convertirán, si no lo son ya, en el principal modo de vivienda en la ciudad, abarcando prácticamente todos los estratos. Tomado como referencia el dato de Rincón et al. (2009), de unas 1.500 en 2006 y el del gerente de Fedelonjas de 2016, de 3.500, en 10 años las URC crecieron un 230%. Las proyecciones hechas estiman que cuando la ciudad cumpla 500 años, el 75% de la población de Cali vivirá en unidades residenciales, esta misma estimación hecha en el 2013 calculaba que en 2036 serían el 60%. (Rodríguez, C., 2018).

---

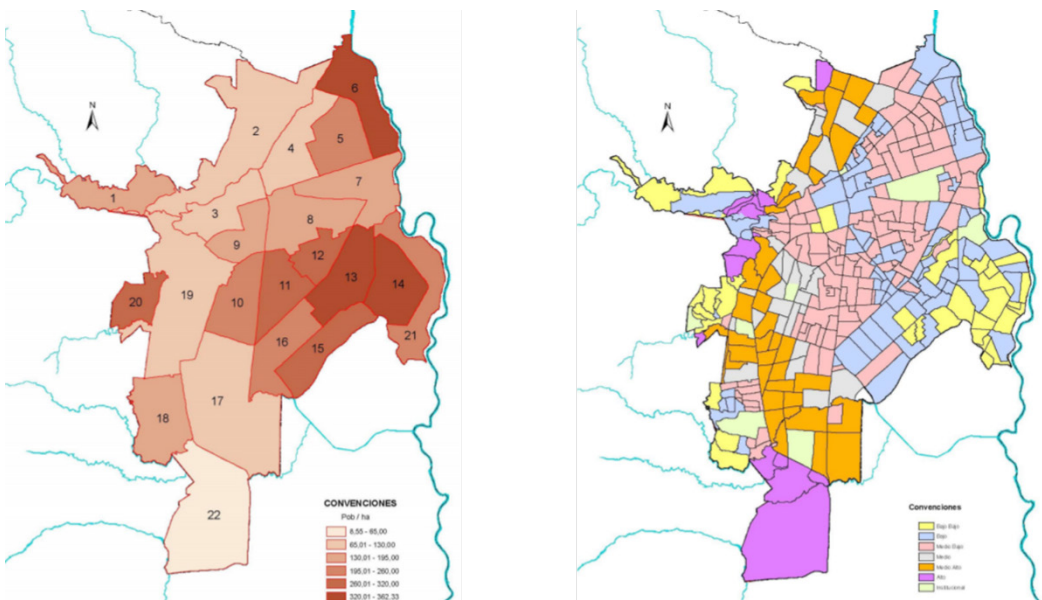
1. No hay tampoco una nomenclatura precisa para designarlas, aunque en este trabajo adoptaremos el nombre de unidad residencial, se habla de ellas como Conjuntos residenciales o cerrados, Unidades residenciales o cerradas, también se emplea la denominación Condominio residencial, en especial cuando hay casas; algunos usan el más equívoco de multifamiliares, aunque de estos últimos también hay abiertos. Con menos frecuencia se emplean Urbanización cerrada o Encerramiento residencial. En las zonas rurales se habla en algunos casos de Condominio o de Parcelación cerrada.

A pesar de estas cifras, hay muy pocos trabajos sobre lo que ha representado para los caleños vivir en este tipo de viviendas, en especial del tipo de relaciones que en ellas se dan. Con la excepción de los trabajos hechos por Rincón (2018), Echeverry (2017) y García y Peralta (2014 y 2016), es poco lo que se ha publicado sobre el tema.

La propuesta de este trabajo se centra en las unidades ubicadas al sur oriente de la ciudad, especialmente en los barrios El Caney (que está dividido en cuatro etapas, las tres primeras reconocidas por números y la cuarta denominada Caney Especial) y el barrio Lili (nombre con el que figura en las estadísticas municipales) pero que usualmente se le denomina Valle del Lili, que más que divisiones relativamente difundidas, tiene un abigarrado conjunto de construcciones en función de la manera como las diferentes empresas de construcción fueron edificando en el terreno.

### Imagen 1.

Mapas de Cali por comunas (con densidad de población) y mapa por barrios con estrato moda



Fuente: Alcaldía de Cali<sup>2</sup>.

2. Recuperado de <https://www.cali.gov.co/publico2/documentos/planeacion/plandesarrollo2008-2011.pdf>

## Algunas precisiones demográficas

Según datos de la publicación *Cali en cifras*, de la alcaldía municipal, en estos barrios solo hay viviendas de estratos cuatro y cinco. En El Caney hay un total 9.574 viviendas, el 57% en estrato cuatro. En Valle del Lili hay 18.273 viviendas, de las cuales el 54% pertenece al estrato cuatro (Alcaldía de Cali, 2019). No existe un dato de cuántas viviendas de estas están ubicadas en urbanizaciones cerradas y cuáles no. En entrevista con un funcionario de la EMRU<sup>3</sup>, en El Caney, probablemente el 50% de las viviendas se encuentran en unidades cerradas y en Valle del Lili el 98%. En términos de ingresos, en la misma publicación, se considera que el 75% de los habitantes son de ingreso medio y el 25% de ingreso medio bajo (Alcaldía de Cali, 2019)<sup>4</sup>. Es importante señalar que los datos de este *Cali en cifras* son proyecciones del censo de 2005 y no del Censo hecho en el 2018. Según esta misma fuente, en el 2018, previo al censo de ese año, vivirían unas 150.000 personas en la comuna 17 (Alcaldía de Cali, 2019), que además de los dos barrios ya mencionados tiene otros 21 barrios. Vale la pena destacar igualmente que cuando se hizo el Censo del 2005 solo estaba completamente terminada la primera etapa del barrio El Caney y el barrio Valle del Lili era muy pequeño.

El censo del 2018 da una población menor que la proyección del 2005 para la comuna 17, 143.978 personas, con crecimiento intercensal del 38%, la segunda comuna con mayor crecimiento en la ciudad. Es importante señalar que las cifras para Cali de ese censo han sido discutidas. El DANE reconoció que faltaron por censar casi 300 mil personas en la ciudad. Para el caso concreto que aquí nos ocupa la situación es poco clara. Las cifras del número de viviendas tienden a ser más confiables, tal como las provee el *Cali en Cifras*, pues provienen de las matrículas inmobiliarias de cada unidad, registradas ante la municipalidad en los permisos de construcción. Puede considerarse un dato casi que exacto de las viviendas construidas. El censo del 2018 señala que para la comuna 17 el promedio de personas por vivienda es de 3. Si se multiplica ese número por el total de viviendas, da una población de un poco menos de 85.000 personas, lo que dejaría solo 60.000 personas viviendo en los restantes 21 barrios de la comuna 17, cifra estadísticamente probable pero difícilmente creíble. No es posible entonces saber a ciencia cierta, a través de fuentes oficiales, cuántas personas viven allí.

---

3. La EMRU diseña y aprueba una parte importante de los planes parciales urbanos de Cali. Un plan parcial es un cambio significativo en un terreno de la ciudad, bien sea porque se va a construir sobre un lote, porque se le va dar un nuevo uso al suelo o porque se va a transformar un área ya construida en otro tipo de zona urbana.

4. Esta categorización tiene seis divisiones: bajo-bajo, bajo, medio-bajo, medio, medio-alto y alto. La Imagen 1 muestra que, por ingreso, estos barrios eran de ingreso alto en 2012.

## Imagen 2

Barrios Caney y Valle del Lili



Fuente: Periódico *El País* 03 de septiembre de 2017.

## El espacio público y la tranquilidad

Una de las principales críticas a la presencia de las URC en la ciudad, como solución de vivienda y como proyecto urbanístico, es que las unidades debilitan o presionan la desaparición del espacio público, crítica que ha estado presente desde los inicios del debate sobre las mismas (García, C., 1996) tanto para el caso de Cali (García y Peralta, 2014) como la referida a otras ciudades de América Latina

(Roitman, 2004). El espacio público representa no solo una opción de encuentro social y de vida en común que es una característica central de una alta calidad de vida urbana (desde Jacobs, 1961; hasta Sennett, 2019), sino que a partir de los años ochenta en América Latina se erigió en una suerte de garantía de la vida democrática en política (Gorelik, 2008; que problematiza esta concepción), del derecho a la ciudad (Yory, 2011) y de cierta forma en un mecanismo para ampliar el acceso a bienes culturales, a formas de entretenimiento y recreación (Landry, 2011; Navarro, 2012). En múltiples estudios, las unidades son vistas como una manera de negar el espacio público, por la vía de su privatización, o por la vía de un diseño que de alguna manera se opone a la ciudad al romper con la libertad de movilidad que debería caracterizar el espacio urbano (Borja, 2003).

Los datos sobre espacio público de los barrios Caney y Valle del Lili son tan inciertos como los de su población. Si se toma como referencia el expediente municipal, la comuna 17 es la comuna de Cali que más espacio público tiene, un área total de 1.138.867 m<sup>2</sup>, 7,8 m<sup>2</sup> por habitante frente a los 2,7 m<sup>2</sup> que es el promedio en la ciudad<sup>5</sup>. Tiene además el segundo mejor promedio de habitantes por árbol de Cali, 3, cuando en la ciudad ese promedio es superior a los 13 (Acosta et al., 2019). Sin embargo, estos datos así presentados no permiten ver con claridad la realidad del espacio público de la comuna. En ellos se integra el campus de la Universidad del Valle, que tiene unos de 800 mil metros cuadrados de espacio verde, que se incluyeron como espacio público en la medición reciente. En 2012, en la comuna había 2m<sup>2</sup> de espacio público por habitante (POT, 2014), cuatro veces menos que en 2017. El DAGMA en su Plan de gestión da unas cifras distintas, pero más confiables, refiriéndose solo a las zonas verdes y no a todo el espacio público, habría 2,6 m<sup>2</sup> de zonas verdes en 2012 y que aumentan levemente a 2,7 en 2017. Si se excluye la zona verde de la Universidad del Valle el espacio público rondaría en la comuna 17 a los 2,4 m<sup>2</sup> por habitante (cálculos propios a partir de *Cali en cifras*, 2019). No existen datos por barrio, pero una revisión de los mapas del expediente municipal no indica la existencia de mucho espacio público efectivo<sup>6</sup> en El Caney y en Valle del Lili.

---

5. Unidad Administrativa Especial de Gestión de Bienes y Servicios (2017). Gráfico Sistema de Indicadores Sociales. Índice de espacio público efectivo. En *Alcaldía de Santiago de Cali*. Consultado el 03 de julio de 2020.

6. El espacio público efectivo en Colombia es por Ley la suma de los parques, zonas verdes, plazas y plazuelas. No incluye otras áreas como los andes, separadores, y otros espacios urbanos. Al respecto ver la Ley 9ª de 1989 y el Decreto 1504 de 1998. Además, el Conpes 3718 Política Nacional de Espacio Público de enero 31 de 2012.

La evidencia apunta entonces a una enorme carencia de espacio público en estos barrios, levemente por debajo del promedio de la ciudad y muy lejos de la aspiración del POT de 2014, que pretende llegar a los 6m<sup>2</sup>; más lejos aún de las recomendaciones de la Organización Mundial de la Salud, que habla de 15m<sup>2</sup> por habitante.<sup>7</sup> Esto permitiría verificar las afirmaciones hechas en otros estudios en América Latina sobre los entornos de las URC que tienden a la desvalorización de la vida urbana, no solo, pero de forma muy importante, por la pérdida del espacio público, y las consecuencias que esa pérdida supone (Janoschka, 2002; Cabrales, 2005).

Podría pensarse que esa pérdida se compensa con las ganancias en seguridad y tranquilidad en estos barrios. Algunos indicadores no muestran que haya ganancias de ese tipo. El barrio El Caney ocupó el primer lugar en número de homicidios en la comuna 17, 3 en 2018 y 5 en 2019. Valle del Lili no tuvo homicidios en 2018, y tuvo 3 en 2019 (Observatorio de Seguridad, 2020). Con relación a otros delitos es difícil establecer un número específico porque distintas fuentes dan datos diferentes, pues incluyen unos delitos en unas y en otras no, pero en 2018 ocurrieron más o menos 150 delitos entre hurtos de vehículos y motocicletas, hurtos a personas, a residencias y a comercios en El Caney. En Lili, en ese mismo año ese mismo tipo de delitos superaron los 200. Un dato importante es que estas cifras se mantienen similares para el 2019 y el inicio del 2020, con un incremento alarmante durante la pandemia.<sup>8</sup>

Pero si la seguridad no es atributo destacado, la tranquilidad proveniente de unas condiciones ambientales apropiadas tampoco parece serlo. La comuna 17 es la segunda de la ciudad con la mayor cantidad de quejas por olores molestos (la mayor

---

7. Esta recomendación fue adoptada para Colombia por el Ministerio de Vivienda en el decreto 1077 de 2015. ARTICULO 2.2.3.2.7 sobre el Índice mínimo de espacio público efectivo.

8. Datos obtenidos de la página del Observatorio de Seguridad de la alcaldía de Cali, <https://geoportal.cali.gov.co/arcgis/apps/MapSeries/index.html?appid=919c2670391b48d8b72cb147b7666351> consultado 04 de julio de 2020. Y el informe de 2020 titulado Delitos de impacto por denuncias (Observatorio de seguridad, 2020) para el año 2018 y 2019. Con relación al 2020, El Periódico El País del 4 de febrero reporta la alarma que hay en estos barrios por el incremento de hurtos (<https://www.elpais.com.co/judicial/que-pasa-con-la-seguridad-en-los-barrios-del-sur-de-cali.html>), el mismo periódico, el 29 de abril, reporta la angustia que viven los habitantes por los robos llevados a cabo a sus viviendas en URC, durante la cuarentena (<https://www.elpais.com.co/judicial/van-466-denuncias-por-hurto-a-residencias-este-ano-en-cali.html>). El noticiero 90 minutos informó en su página web, el 2 de julio, que para el día siguiente se organizaría una manifestación pidiendo mayor seguridad para el barrio, organizada por las Juntas de Acción Comunal. <https://90minutos.co/habitantes-valle-lili-movilizaran-viernes-contra-hurtos-inseguridad-cali-02-07-2020/>.

parte de las quejas provienen de su cercanía al antiguo “basuro” de Navarro), es la tercera en quejas por ruidos y la medición de la calidad del aire, reporta que es la segunda con las peores condiciones en toda la ciudad.

En síntesis, el sector enfrenta grandes desafíos urbanos. No ofrece las áreas de encuentro públicos que se asociaron a la construcción de convivencia y encuentro ciudadano y cultural, que generalmente se logran en las ciudades a través de una oferta de espacio público adecuada. No es tampoco una zona segura, los índices de criminalidad y violencia son altos. La tranquilidad, bien ofrecido por las constructoras de este tipo de viviendas, tampoco parece ser mucha si se adoptan indicadores como los niveles de ruido o los olores. Estas condiciones son relevantes para entender la dinámica del 21N en el sector, pues claramente, lo ocurrido en esa noche no surge en un vacío, hay un entorno que no se percibe como seguro, no hay un espacio público construido adecuado y el rápido crecimiento poblacional en esas condiciones hace difícil pensar en “comunidades” establecidas. Aunque estos elementos son en sí mismos insuficientes para dar cuenta de lo ocurrido, deben incluirse en el análisis, no tanto como antecedentes, más bien como condiciones en las que se inserta el fenómeno.

Para que estas condiciones tengan un papel relevante en el análisis, es importante recoger, de manera somera, la producción académica que en América Latina, principalmente, ofrece algunas claves de interpretación de la vida en las URC.

## Algunos elementos conceptuales en discusión

### Las tipologías de unidades cerradas

Ante las múltiples maneras de entender el fenómeno social de las unidades residenciales, en una buena parte de la literatura se han privilegiado tres modos de clasificarlas, que propusieron inicialmente Blakely y Snyder (1997). Habría tres tipos de unidades residenciales: aquellas en las que lo que se pretende reflejar es un estilo de vida; las que funcionan como un indicador de prestigio social y aquellas que se centran en la oferta de seguridad. Aunque fue pensada para el caso norteamericano, más de dos décadas después, esa tipología se mantiene, con nombres y matices no muy distintos. Por ejemplo, Malizia (2015) dice que hay “una confluencia epistemológica y temática” para analizar el desarrollo de las urbanizaciones cerradas: el consumo, la simulación y el miedo.



Para el caso latinoamericano también ha habido propuestas de tipologías de un fenómeno heterogéneo, con particularidades por país evidentes. En este sentido, la propuesta por Meyer y Bähr (2004) tiene 8 tipos distintos de URC, clasificación en la que principalmente se mezclan el nivel de ingresos de los ocupantes, la participación o no del Estado en la edificación de la unidad y si el encerramiento es previo o posterior a la construcción. Aunque esta división es más detallada y los elementos propuestos constituyen un principio diferenciador más preciso, la caracterización de cada uno, como en toda generalización, hace difícil reconocer cuál sería aplicable para cada caso concreto en una ciudad como Cali.

Dentro de esta investigación, se mantendrá como vía de entrada propuesta por Blakely y Snyder. Así, en el primer tipo de unidades cerradas, las que buscan reflejar un estilo de vida, hay por parte de quienes viven en ellas una búsqueda de pares sociales, personas con los mismos valores, gustos e ingresos (reconocidos a través del consumo, no exclusivamente ingresos altos, sino similares) con los cuales creen que les resultará más agradable formar una comunidad. Esta meta de formación de comunidad es importante, pues hay una convicción que al disponer de un espacio compartido cerrado, exclusivo y tener, supuestamente, los mismos valores y metas, la solidaridad y el vínculo comunitario surgirán espontáneamente, como resultado del encuentro cotidiano.

En el segundo tipo, vivir en la unidad cerrada, sería un marcador casi que exclusivamente de nivel de ingresos, que traería aparejado la exclusividad y el derecho al disfrute de privilegios (Chevalier y Carballo, 2005). En este caso la idea de comunidad es menos relevante, y se subordina a la de contrato. Las reglas convenidas entre iguales, igualdad proveniente de disponer de los recursos para pagar o alquilar la vivienda, son suficientes para vivir como se prefiera, con la tranquilidad de que la convivencia estará en función del acatamiento de reglamentos.

El tercer tipo, el encerramiento, estaría motivado por los problemas de delincuencia urbana, el miedo ambiente urbano, que impulsaría a vivir separados del resto de la ciudad en un entorno privilegiado. Resolver los problemas de seguridad, puede o no requerir de la existencia de una comunidad, en ocasiones ni siquiera de un contrato muy explícito, pues lo que predomina es la idea de contención y separación, para proteger bienes o valores valiosos de quienes viven dentro. (Arizaga, 2001; Caldeira, 2007; López y Rodríguez, I., 2006; Rodríguez, I., 2005). Esta percepción de peligro puede ser o no real, pero se alimenta de los miedos urbanos, como se desarrollará más adelante, que produce que los compradores de vivienda demanden no solo una solución habitacional, sino un lugar que produzca y garantice seguridad. (Malizia, 2015).



Estos tres tipos deben verse como categorías analíticas para la aproximación al estudio de fenómenos sociales, pero no un reflejo de lo que ocurre en las Unidades, pues en la práctica estos tipos se mezclan de múltiples maneras y producen tanto en arquitectos, planificadores y residentes formas de vivir e imaginarios muy diversos, difícilmente atrapables en solo estas tres categorías puras.

Dadas las características de los barrios seleccionados, el trabajo se centrará en una combinación de los tipos uno y tres anteriormente descritos, cuyos rasgos permiten entender mejor lo sucedido en el 21N. Es decir, se parte de la base, que es un cierto ideal de vida comunitaria, que los atrae, a un lugar tranquilo, tanto por lo seguro como por la comunidad de valores. Pero teniendo como opción siempre disponible para la resolución de conflictos los reglamentos y contratos. Es posible afirmar, luego de los datos aportados en el primer apartado, que El Caney y Valle del Lili son barrios de clase media. Sus pobladores han llegado atraídos por la posibilidad de vivir en un sector residencial (denominación que en especial señala la ausencia del ruido propio del comercio o de la producción industrial), en el que no solo adquieren una vivienda y un entorno definido como agradable o seguro, sino que ven en la compra de un inmueble una inversión, pues se asocia a una zona en desarrollo, en el sur de la ciudad, cargado desde los años 80 del siglo pasado del prestigio de la clase media en ascenso; además, vinculada esta vivienda a una oferta de servicios creciente, desde la salud y la educación, hasta los de consumos y entretenimientos diversos.

Pero esta construcción de un modo de vida, nuevo en muchos casos para quienes se pasan a vivir allí, se debe considerar en el marco de una aproximación al miedo y el consumo, rasgos transversales comunes al análisis.

## Miedo urbano y la construcción de comunidad en las unidades

El miedo urbano debe ser entendido en un marco más general de preocupaciones que no son solo las del incremento de la delincuencia en las ciudades, sino a un conjunto de inseguridades de más amplio espectro, desde las atribuibles al aumento de la percepción de los riesgos presentes en la vida moderna contemporánea, la llamada sociedad del riesgo (Beck, 1998), hasta las preocupaciones más profundas como la falta de seguridad ontológica (Giddens, 1997)<sup>9</sup> o de una incertidumbre constitutiva

---

9. El uso de la noción de seguridad ontológica aplicada a los problemas de miedo e inseguridad se pueden ver en Pretorius (2008); y su relación con pertenecer o no a una comunidad de vecinos en Walklate (2006). La seguridad ontológica en relación a la vivienda en Hiscock et al. (2001).

de lo social (Castel, 2004). Las incertidumbres de todo tipo: laborales, económicas, por desastres naturales, por migraciones, por contaminación, etc., ocasionan un clima general de zozobra que produce un miedo difuso que, sumado al más evidente de la seguridad física, daría como resultado una demanda creciente de mecanismos de protección, de seguridades frente a las predominantes “ciudadanías del miedo”, un modo de combatir un ambiente generalizado de temor (Rotker, 2000; Gutiérrez, 2005; Merino y Sánchez, 2007; Páramo y Roa, 2015; Valenzuela, 2016), una de cuyas consecuencias sería la proliferación de las unidades cerradas.

En concreto, las unidades cerradas como respuesta al miedo serán entendidas aquí desde una doble dimensión. La primera dimensión atañe a la construcción de un nuevo tipo de derecho, el derecho a la seguridad (Mazza, 2009), que tiene dos acepciones, una más democrática, expresada como el derecho a sentirse seguro en cualquier lugar de la ciudad, es decir, es una manifestación más puntual del llamado derecho a la ciudad, que tiene múltiples desarrollos desde cuando fue propuesto por Henri Lefebvre, en 1968, hasta sus planteamientos más contemporáneos (ver esa evolución en Garnier, 2012) derecho que puede resumirse en la posibilidad de experimentar el mundo urbano en cualquier parte y en cualquier momento.

Ante la imposibilidad de ejercer plenamente ese derecho, en particular por los cambios experimentados en las ciudades occidentales después de la segunda posguerra, ese derecho adquiere una segunda acepción, que parte primero de una afirmación, no siempre verificada empíricamente, que el Estado no es capaz de garantizarlo, por consiguiente, los ciudadanos deben proveerse de los mecanismos para hacerlo, al menos en sus residencias. Esta segunda acepción se ilustra muy bien con los análisis de Mazza (2009) quien muestra que en las ciudades han aparecido lugares nuevos, en particular desde la década del sesenta en adelante, que tienen como una de sus principales características la capacidad de autodefenderse.

Esta idea de que ciertos lugares de la ciudad, tanto comerciales como habitacionales, deben disponer de una capacidad de autodefensa no es reciente. Desde finales de los sesenta esa idea circuló en muchas de las discusiones sobre seguridad urbana y se cristalizó en el libro de Oscar Newman de 1973, *Defendible Space: Crime Prevention through Urban Design*, que puso de presente la idea de que el diseño urbano debe proveer espacios defendibles y controlables (Mazza, 2009).

Es preciso señalar que, frente a esta manera de enfrentar el problema de la seguridad urbana, ha habido alternativas que ponen menos el énfasis en la defensa armada o mediante muros y mecanismos de seguridad y más en la vida comunitaria. Estos también tienen una larga tradición iniciada con la obra de Jane Jacobs, *Muerte y vida de las grandes*

*ciudades*, de 1961, en la que se propone la seguridad como algo que no depende exclusivamente de la Policía, incluso ni siquiera de forma principal, sino de una “compleja red” de control comunitario, una suerte de cultura urbana de obligatorio cumplimiento para los miembros de la comunidad, que es a la vez garante y reproductora de los comportamientos seguros en la ciudad. Los continuadores de las ideas de Jacobs, de muy distintas posiciones ideológicas, ponen el acento en que es la existencia del espacio público el que garantiza la seguridad, pues en él se construye la convivencia, la tolerancia y el control que son necesarios para sentirse seguros, al punto de decir que “la ciudad es el espacio público” (Borja, 2003; Sánchez y Domínguez, 2014).

Con base en lo anterior, las unidades cerradas son una concreción material, urbana, de las respuestas frente a ese miedo. Encerrarse, garantizarse la propia protección, es una respuesta que ganó legitimidad frente a otras alternativas de cuidado. Pero esta respuesta es claramente insuficiente, no basta con construir muros, hay que construir formas no solo materiales de defensa, sino que hay que dotar de legitimidad esa defensa, pues la protección no es solo individual sino colectiva, es allí cuando es pertinente relacionar esta idea de miedo con la de comunidad, en unidad cerrada.

En este orden de ideas, la segunda dimensión del miedo que se considerará aquí está ligada a la idea de formación de comunidad en las unidades cerradas, y se desarrollará como una apropiación de las ideas expresadas por Richard Sennett en su libro *Vida urbana e identidad personal* (2001, edición original de 1970). Siguiendo la línea argumental de Sennett, se podría decir que en las ciudades contemporáneas hay una pérdida creciente de participación en la vida comunitaria.<sup>10</sup> Esta pérdida está ligada a los cambios en el mundo del trabajo, a los nuevos roles desempeñados por

---

10. Es importante delimitar este argumento, tomado de Sennett, pues debe circunscribirse a URC como las analizadas y no puede, al menos no sin evidencia empírica, trasladarse a todas las URC en Cali. Por ejemplo, el surgimiento de URC que hacen parte de estrategias de construcción de Vivienda de Interés Prioritario (VIP) o de Interés Social (VIS) por parte del Estado pueden tener dinámicas diferentes. Una pista para examinar esas diferentes dinámicas puede evidenciarse en el trabajo de grado de Lina Peláez (2020), La dignidad de una vivienda: experiencias desde el habitar Altos de Santa Elena, Cali, en el que se identifican algunos elementos comunes, como la búsqueda de seguridad, pero otros claramente diferentes asociados a las condiciones para construir comunidad. En ambos casos el papel del Estado, en especial el local, es un factor clave que introduce variables distintas en la demanda de seguridad y de construcción de comunidad a las que se hace referencia aquí para sectores medios. Mientras que en el caso de las URC VIP o VIS se le reclama al Estado la responsabilidad de proveer ambos seguridad y comunidad o la construcción de comunidad se hace “contra” algunas medidas del Estado (Peláez, 2020), en el caso de las URC de clase media solo le pide la seguridad y no la construcción de comunidad, esta última queda como algo que ocurre en el ámbito privado, sin su intervención.

jóvenes, por ancianos, y en general por la proliferación de múltiples roles sociales y nuevas categorías de identidad. Esta pérdida busca paliarse de muy distintas formas, en este caso, la demanda de construcción de nuevas comunidades en el ámbito de las unidades cerradas, que tendrían tres características: la construcción de vínculos comunes sin experiencia común previa, lo que supone una serie de retos en los que termina prevaleciendo como elemento unificador el temor a los peligros externos y a sus desafíos.

Una segunda, derivada de la primera, es que, ante la ausencia de experiencia común, hay una tendencia fuerte a reprimir las discrepancias, las diferencias y sobre todo las transgresiones; el desafío a las normas, en este caso las de la unidad, impiden la formación de comunidad, diluyen la similitud de los vecinos, determinada únicamente por la apariencia, en muchos casos. Esta disolución de las diferencias, pequeñas o grandes, reales o aparentes, es una garantía para que la comunidad pueda mantenerse, pues la desviación en acatar, cumplir o exigir las normas supondría preocuparse por lo desconocido (el otro) en las relaciones sociales (Gurrutxaga, 1993), que es justamente lo que el encerramiento busca evitar.

La tercera característica es la sensación coherente que produce el vivir en una unidad cerrada, dotada de una comunidad en la que sí es posible “ser uno mismo”, pues en la tranquilidad que estas ofrecen hace posible la expresión del propio yo sin la confrontación pública, sin su desorden, y sin temor al esfuerzo que hay que hacer para lograr un reconcomiendo del otro, no solo peligroso sino esquivo. En la unidad habría la posibilidad de manifestar entonces la propia identidad. Siguiendo lo señalado por Arizaga (2000), en la unidad solo existe el “nosotros”, lo que brinda cierta seguridad y estabilidad, pues se supone que ese nosotros es coherente y conocido.

Estas tres características conllevan a que los individuos se propongan comprometerse con la defensa de la comunidad en la que viven, con la solidaridad grupal. Pero no hay que perder de vista una de las vías a través de las cuales se da esa construcción de relaciones y experiencias compartidas: la del miedo, la inseguridad y el temor a eso que está más allá de los muros. Es posible señalar, como se evidenciará en el análisis más abajo, que este compromiso de defensa jugó un papel relevante en lo ocurrido el 21N. No se trata solo de encuadrar la realidad en una observación teórica, sino que efectivamente este compromiso de defensa, del “nosotros” que se percibía vulnerado se dio, sino que hay que estudiar las características de ese compromiso, tanto para entender qué quiso decir “defender” esa noche, como cuál era ese nosotros que requería ser defendido. En este sentido, este trabajo buscará ofrecer una primera aproximación, en la cual entender que la idea de nosotros y de comunidad, está medida fuertemente, en este contexto, por el consumo del espacio.

## El consumo del espacio

En principio, el consumo de bienes y servicios en las sociedades contemporáneas ofrece y genera, a través del consumo de elementos básicos, así como del consumo más sofisticado, una enorme variedad de estilos de vida que se van perfilando con nitidez en el tiempo y que adquieren un carácter enunciativo, hablan por sí mismos de quiénes son los que los hacen (Douglas e Isherwood, 1979). Dentro de estos consumos, el del espacio siempre ha sido objeto de reflexión y estudio, incluido el uso funcional, pues este consumo del espacio es posible ligarlo a muchos aspectos de la vida social (García y Peralta, 2016), como la estructura ocupacional, la fragmentación de la experiencia urbana, la articulación a la globalización y otra serie muy amplia de variables (Hidalgo, 2004; Girola, 2005).

Los consumos construyen formas de diferenciación social y crean universos que tienden a mantenerse desconectados (Arizaga, 2000), por múltiples factores, entre ellos las tecnologías de información y comunicación (TIC). Estos consumos diferencian y separan personas espacialmente cercanas, pero socialmente muy distantes.

La compra de vivienda en unidades residenciales debe verse en el marco de esa tendencia a consumos que distancian a personas cercanas en el espacio. Aunque en un principio estas separaciones podrían ser un marcador nítido de clase, al estar reservadas solo para las personas de altos ingresos, las primeras construcciones de unidades cerradas, su proliferación hace que no sea suficiente con la división entre ingresos bajos, medios y altos, aunque esta siga siendo relevante. Se deben considerar otros efectos, entre ellos, que sin importar el nivel de ingreso las urbanizaciones cerradas tiendan a funcionar como economías propias de los clubes (Janoschka y Glasze, 2003), es decir, donde el pago de la cuota de administración avala la membresía, da derecho a unos servicios, que dependiendo de cada unidad van desde la seguridad hasta la recreación. En Cali estos servicios tienen como condición generalizada el uso de la piscina, que refuerza, al menos en el ámbito local, la idea de club, y que se ha vuelto un requisito sin el cual no es posible vender apartamentos o casa en unidad cerrada (Rodríguez, C., 2015).

Esta configuración de las unidades cerradas como clubes se inscribe en la reorganización más general que vivió la vida urbana en Cali en las últimas tres décadas del siglo pasado y a inicios de este. Se incrementó la tendencia a la separación de los sitios de trabajo de los de residencia, mediante una desregulada zonificación urbana, y a la vez se produjo el surgimiento de otros espacios, como los centros comerciales; fusionaron los lugares del consumo con los del entretenimiento, lo que produjo una triada,

sitio de trabajo cerrado, vivienda cerrada y centro comercial, separado de la ciudad. Todo esto intensificó la fragmentación urbana, la tendencia a universos separados en términos de estilos de vida y consumo y, en general, trastocaron todas las prácticas urbanas previas que tenían como eje central el espacio público.

Es importante precisar el contenido de esta transformación. No es la desaparición de la socialización como apocalípticamente tiende a señalarse, sino su desplazamiento a espacios cerrados a los que tienen acceso un tipo restringido de personas, que realizan actividades similares a las que antes se hacían en el espacio público, charlan, pasean, se miran, eventualmente hablan, etc. Hay que insistir en que el espacio público es *potencialmente* un lugar de intercambio más democrático, pero esa potencialidad no se traduce en que su existencia garantice automáticamente la convivencia o la integración (Rabotnikof, 1997), ni que esta se traduzca en transformaciones políticas (Gorelik, 2008). La sociabilidad y la movilización democrática tienen más posibilidades en los espacios públicos abiertos, pero no se dan espontáneamente, deben construirse.

Retomando una expresión de Arizaga (2003) interesa un “registro especial de consumo”, aquel que se inserta, en el marco de la fragmentación urbana experimentada en las últimas décadas, en la decisión de las personas de vivir en unidades cerradas como un modo de encontrarse con pares, con la pretensión de convivir con ellos y en algunos casos de “construir comunidad”, en las que el consumo juega un doble papel. Es, por un lado, una suerte de marcador social que permite reconocer pares, ante la debilidad de otras formas de relacionamiento social que impiden ese reconocimiento acudiendo a formas tradicionales. Por el otro, el hecho mismo de optar por vivir en una unidad residencial es un acto de consumo, consumo de un espacio dotado de unos atributos específicos, como la seguridad, un funcionamiento tipo club y un mobiliario que se valora como adecuado al tipo de vida al que se puede aspirar.

Este consumo se conjuga con el miedo urbano de manera muy concreta en las unidades residenciales. La materialidad de las mismas y su simbolismo marcan con mucha claridad un adentro y un afuera, que no es solo una fragmentación de la vida urbana, es un mecanismo productor de identidades, un mecanismo que permite aspirar a seguridades que el entorno parece no proveer, posibilita un anhelo de vida comunal esquivo en la ciudad abierta, lo que disminuye las fricciones propias de la vida pública. A cambio de esta respuesta al miedo, las URC y sus habitantes le dan la espalda a la ciudad, sin que sea claro si hay una relación evidente entre la necesidad de encerramiento con el aumento de la violencia (Segura, 2009; Maycotte et al., 2014). Hay que considerar si no se está ante una forma constructiva que produce más un mecanismo de distinción (Arizaga, 2003), que una respuesta eficaz a los miedos de los cuales se huye.

En este contexto no hay que perder de vista que las unidades son posibles porque hay condiciones materiales para hacerlas, como los cambios en las técnicas constructivas (Rodríguez, C., 2016) pero también porque representan un enorme negocio inmobiliario, una arquitectura del miedo que obtiene del miedo plusvalía como señaló Flusty (1997), que se respalda en políticas públicas que las promueven y que las incorporan como parte de la planeación urbana.<sup>11</sup> Esto no quiere decir que no quede sino resignarse a esta forma de vivienda, y al mundo que trae aparejado. La seguridad que ofrecen sus muros, sus valores y sus consumos están todo el tiempo en tensión constante con una demanda por el uso de la ciudad abierta que tienen los mismos habitantes de los espacios cerrados, porque los aprisionan, porque la seguridad es vigilancia que afecta la convivencia, porque los reglamentos restringen formas diferentes de habitar que nunca se resuelven solo en la letra del contrato, y en síntesis porque la aventura que es la ciudad sigue ahí, afuera, esperando a sus ciudadanos con deseos y peligros, con sus calles llenas a partes iguales de miedos y promesas.

## Sobre la vida de unidad en Cali

Para el caso de Cali, en especial para la heterogénea población de ingresos medios, las unidades residenciales se están convirtiendo en la única opción de vivienda nueva. No solo porque es la que se le ofrece a quien desee adquirirla, no solo como lugar deseable para vivir sino como una inversión segura. Esta opción no está restringida a la población de ingresos medios hacia arriba sino a la población de ingresos medios bajos, como lo evidencia el aumento de la oferta de vivienda para familias o personas con estos ingresos.

Pero este no es un aspecto unilateral, de pretensión del mercado inmobiliario sobre las personas que desean comprar o alquilar vivienda, se ha vuelto también una aspiración extensamente difundida como lugar para habitar. En un trabajo de campo con habitantes de unidades residenciales en 2015, en el barrio El Caney al sur de la ciudad, un residente, proveniente de un barrio popular (con esto se denomina un barrio de una cierta tradición y de ingresos bajos o medio bajos) resumía en una entrevista ese imaginario: “Es que en las unidades sí vive gente”.

---

11. Para el caso de Cali ver Martínez (2016).

La complejidad del tipo de vida que se da en estos escenarios residenciales ha sido poco explorada, el trabajo pionero es el de Rincón, Maldonado y Echeverri (2009), un libro que expone elementos básicos sobre cómo se ha desarrollado la vida en las unidades en Cali, siendo lo más relevante en su desarrollo el análisis de las dificultades para la convivencia en las unidades residenciales, las contradicciones para construir comunidad, mostrando, además, cómo se mantienen o modifican escasamente problemas para la convivencia que están presentes en otros contextos habitacionales de la ciudad. Las autoras han continuado en distintos artículos sobre el tema, Echeverry y Prada (2017) se han centrado en la “política interna” para la administración, como ejercicios de democracia y resistencia civil; Rincón (2018) ha profundizado sobre las complejidades de la convivencia, más allá de los contratos y reglamentos que establecen las pautas de conducta en las unidades. García J. y Peralta también han publicado al menos dos trabajos (2014 y 2016) en los que han mostrado la relación de los habitantes de las URC con el espacio exterior y en especial con lo que llaman el espacio público de proximidad, o las dificultades con relación a este mismo espacio de proximidad asociada a los imaginarios de quienes compran o viven en este tipo de vivienda.

## La noche del 21 de noviembre

### El pánico

Los videos subidos a las redes sociales muestran una situación bastante similar. Después de las siete de la noche del jueves 21 de noviembre el pánico era generalizado en las unidades residenciales cerradas de los barrios El Caney y Valle del Lili. Los habitantes de estas se reunían en grupos numerosos en las puertas de las unidades o en puntos de los muros que encierran la unidad, provistos principalmente de palos, machetes y cuchillos. También se ven, expuestas sin recelo, algunas armas de fuego, cortas y largas. Los vecinos se gritan instrucciones, se mueven de un lado para otro, algunos salen a la calle y gritan lo que ven, en muchos casos la gente corre de un lado para otro sin mayor orden, acudiendo o huyendo de los posibles puntos vulnerables por los cuales puedan ingresar los temidos saqueadores.

Entre los 51 videos examinados para este trabajo, obtenidos de diferentes redes sociales, pero principalmente de WhatsApp, o disponibles en YouTube, de distintos lugares de la ciudad, solo en uno se observa con claridad un supuesto saqueador, un hombre afrodescendiente, sangrando, claramente golpeado, sin camisa, tendido en el



suelo, en la portería de una unidad, que recibe improperios de varias personas y que a duras penas logra ser protegido por otro hombre, un residente de la unidad, que pide que se llame a la Policía.

En las otras imágenes, las obtenidas esa noche, en estos barrios y en otros, no es posible identificar a los presuntos asaltantes, solo los gritos de la gente señalando un punto por el cual vienen o un lugar del muro por donde están ingresando a la unidad... pero no, los asaltantes no se ven.

## Antes y después del pánico

Aunque es muy reciente para dimensionar su impacto, el jueves 21 de noviembre fue visto por múltiples analistas como un día de importancia política crucial para la legitimidad del gobierno de Iván Duque y en general para todo el paquete de políticas que su gobierno con dificultad trataba de imponer. En las principales ciudades del país, marchas multitudinarias recorrieron sus calles en señal de protesta contra estas políticas, movidos por un sinnúmero de razones, difíciles de reunir en un programa coherente de peticiones. Tampoco se trató de propuestas fácilmente agrupables bajo una o dos concepciones ideológicas. Las protestas variaban desde las consignas contra las políticas neoliberales; el mantenimiento de los acuerdos de paz con las FARC; el cumplimiento de pactos con sectores étnicos y campesinos; la preservación del medio ambiente; leyes más estrictas de protección animal; una mayor atención al sector de la cultura y las artes; la protección de menores; la protección de líderes sociales; de líderes sindicales; garantías a la libertad de prensa y expresión; el cumplimiento de los compromisos hechos con los estudiantes de la educación superior pública; el rechazo a la reforma pensional; a la reciente reforma tributaria; entre muchas otras.

Aunque algunos sindicatos y grupos organizados se erigieron como los líderes y representantes, fue claro que estos solo hablaban por una parte de los manifestantes, muchos de los cuales salieron a protestar sin estar vinculados a algún grupo u organización específica.

Es difícil precisar evidencia empírica acerca de si esta ausencia de orden o de liderazgo en la protesta se relaciona con lo que va a pasar más tarde en las unidades. Pero este liderazgo difuso, esta percepción sobre una ausencia de orden, guarda un vínculo con los miedos urbanos difusos a los que se hizo referencia en las páginas precedentes. Que no haya una persona, un grupo, una organización, o varias, responsables y a la cabeza de la protesta, que puedan controlarla o dirigirla, parece encajar en el clima más

general de la ciudad sin liderazgo, desordenada, un rasgo supuestamente característico de Cali después de su “época dorada” de los años 70 del siglo XX. Esta ausencia es interpretada de muy diversas maneras, desde la necesidad de un líder salvador que organizara la ciudad, hasta los llamados a la represión y la mano dura que devuelvan el orden a las calles.

En los días previos, la prensa y voceros institucionales de muy diverso orden habían advertido sobre los infiltrados violentos, los saboteadores y los delincuentes que iban a saquear. En medio del reconocimiento a la legitimidad de la protesta pacífica, hubo de forma permanente el anuncio temeroso de la posibilidad de los llamados “desmanes”, que toda movilización “hacia inevitables”.

En ese clima, la marcha de protesta en Cali transcurrió sin incidentes mayores hasta casi su final, culminando la mañana. No hay reportes de incidentes complicados o no usuales en este tipo de concentraciones. Este funcionamiento relativamente pacífico, que produjo una sensación de cierta tranquilidad, no se mantuvo en toda la ciudad. Entre la rueda de prensa de las 10:40 de la mañana y la de las 3 de la tarde, ofrecidas por las autoridades municipales, es evidente que la situación se degradó ostensiblemente, en los alrededores de la marcha y en otros puntos de la ciudad. En algún momento de ese lapso comenzaron los saqueos a almacenes, a pequeños y medianos comercios, a cajeros electrónicos, a un concesionario de vehículos, que se sumaron a las tempranas agresiones al Sistema de Transporte Masivo (MIO), a algunos semáforos y a cámaras de seguridad y tránsito. Poco a poco se supo de retenes ilegales en los cuales se asaltaban vehículos. La situación claramente se salía del control de las autoridades. La Policía concentrada en los manifestantes y en los disturbios que estos podrían generar, dejaron vastos sectores de la ciudad sin presencia policial. Antes de las tres de la tarde, y ante los que al parecer eran hechos incontrolables, el alcalde decidió declarar el toque de queda a partir de las siete de la noche.

Mucha gente recorría a pie las calles de regreso de sus trabajos, de sus diligencias, o simplemente se desplazaba a pie ante la ausencia casi total de transporte público. Esto sumado, al regreso a pie de los manifestantes en distintos puntos de la ciudad se confundió con los saqueos, las pedreas a distintos lugares y se fue creando un ambiente de inseguridad y descontrol que se tradujo en un temor creciente.

En algún momento del final de la tarde, varias cadenas de mensajes de WhatsApp se convirtieron en virales y se reprodujeron los mismos mensajes u otros similares, por otros medios u otras cadenas. Los saqueos a comercios, se anunciaba en el mensaje, se iban a desplazar hacia las residencias, en especial a las

unidades cerradas del sur. A los anuncios preventivos, se sumaron otros, de dos tipos principalmente. En los primeros, la persona que habla se identifica como miembro de las autoridades locales “soy el comandante...”, “soy el oficial...” o como cercano a ellas, “ustedes saben que mi familia trabaja en la Dijin...”, “a un vecino que trabaja con la policía le informaron...”, y asegura que el saqueo está confirmado para las próximas horas.

En los segundos, predominan las amenazas, una voz anuncia que “vamos a descontrolar durísimo”, se oye a presuntos delincuentes anunciar ataques a unidades (se da el nombre de las mismas) e incluso a algunas instituciones, se insulta a los moradores de algunos sectores, o se los descalifica de diversas maneras, casi siempre aludiendo a sus altos ingresos “los picados estrato mil”, se lista lo que se va a hurtar “televisores, consolas, computadores, neveras, todo se lo vamos a sacar”, e incluso en un audio se anuncia el uso de un explosivo, el C-4.

Para las siete de la noche un número significativo de residentes de las unidades cerradas del sur da como un hecho el saqueo inminente y deciden repeler los ataques. En un video se escucha por el altavoz de una unidad que se cita a todos los hombres a la portería, en otro una mujer pide que se ponga a hervir agua, y las medidas defensivas comienzan a pulular, acompañadas de gritos, llantos, algo de impostura y mucho de pánico.

Al día siguiente, el informe de la Policía del viernes 22 de agosto sobre el día anterior, identifica 67 saqueos y asaltos en la ciudad, ninguno a una unidad residencial. Hay 15 personas acusadas de cometer delitos, ninguno relacionado con posibles ataques a unidades residenciales. El informe lista las 18 intervenciones que hizo la fuerza especial de la Policía, ninguna asociada a las unidades residenciales. Sin embargo, los medios informaron que el teléfono de emergencia de la Policía, el 123, recibió más de mil llamadas denunciando asaltos a unidades residenciales en toda la ciudad, cuando estas generalmente no pasan de 100 en una noche y que se recibieron más de 700 mensajes de auxilio por WhatsApp.<sup>12</sup>

---

12. Redacción Blu Radio (22 de noviembre de 2019). Cesó la horrible noche: las impresionantes imágenes que dejó el toque de queda en Cali. Blu Radio. Recuperado de <https://www.bluradio.com/nacion/ceso-la-horrible-noche-las-impresionantes-imagenes-que-dejo-el-toque-de-queda-en-cali-pcfo-233503-ie4370686>; Duque, T. (24 de noviembre de 2019). Toque de queda + bomba social + Whatsapp = Cali. La silla vacía. Recuperado de <https://lasillavacia.com/silla-pacifico/toque-queda-bomba-social-whatsapp-cali-74637>

## “La policía dice que podemos hacer lo que queramos”<sup>13</sup>

En la tradición de las ciencias sociales la comunidad ha sido entendida como un conjunto de prácticas y creencias, de formas de pertenencia, que solidifican los vínculos de los individuos, de las familias, de los grupos, en torno a algún valor o estructura. Estos últimos pueden ser muy variados, pueden ir desde un planteamiento utópico o religioso, pasando por aquellas más geográficas o étnicas, hasta las construcciones narrativas históricas y políticas que reúnen a todas o buena parte de las anteriores. Esta unión, garantizada por mecanismos efectivos de reproducción en distintos momentos de la vida, produce fuertes vínculos basados en la afectividad y solidaridad entre quienes la comparten (Legorreta, 2017). Como se señaló en las páginas precedentes, no es este el modelo que hace posible entender la vida comunitaria en las unidades, impulsada en muchas ocasiones por el miedo difuso que generaría la falta de seguridad urbana.

En esta misma línea de pensamiento, complementario con esta idea de las comunidades impulsadas por el miedo, es preciso tener presente que la construcción de comunidades en la época moderna, en especial después de las transformaciones políticas y económicas del siglo XIX es considerada por muchos autores como imposible o al menos no de forma similar a las que existieron en épocas precedentes. Sin embargo, esto no impide que, a pesar de las dificultades de unidad, homogeneidad e incluso proximidad, la idea de comunidad no deje de tener un profundo valor simbólico y movilizador que se concreta en una variedad de formas de relación contemporáneas que tienen como propósito declarar reconstruir comunidades similares a las premodernas (Delanty, 2006).

Bauman (2009) ha señalado que en las búsquedas actuales de crear comunidades hay un anhelo de paz, armonía y ayuda mutua imposible de cumplir, no solo por el predominio de valores individualistas y diferenciadores creciente, sino porque los medios materiales y simbólicos para hacer comunidad han cambiado radicalmente. Esto lleva a que los intentos actuales de construcción de comunidad se convierten, en la mayor parte de las ocasiones, en formas de autoafirmarse por parte de los grupos que persiguen esa construcción, proceso en el cual se ocultan las diferencias y se invisibilizan a los que están por fuera de la comunidad (Legorreta, 2017).

---

13. Habitante de Unidad residencial ubicada en Valle del Lili, registrada la noche del 21N, recuperada de WhatsApp el 22 de noviembre de 2019.

Una manera de abordar lo ocurrido el 21N en las UCR es preguntarse por cómo se expresa esa intersección entre este anhelo incumplible de hacer comunidad, no al menos como se promueve desde el mercadeo o que puebla el imaginario de muchos de sus moradores, y el miedo urbano.

La idea de vecindario defensivo, propuesta por Alvarado y Méndez (2005), sintetiza esa conjunción. Un vecindario defensivo se nutre de la sensación de inseguridad generalizada para producir formas de control y reducción del miedo a la ciudad, incluyendo un aumento de posibles “otros” peligrosos, de los que hay que protegerse por la vía de segregarse especialmente de ellos.

Las URC de los Barrios El Caney y Valle del Lili se convirtieron en vecindarios defensivos, no solo por la arquitectura de los mismos, por su malla urbana, por el anhelo de seguridad que buscaban sus moradores al pasarse a vivir en ellas, sino porque articularon esos miedos urbanos difusos con otros dos factores, que surgen de conversaciones con sus moradores.<sup>14</sup> En primera instancia, la sensación de caos y desorden como consecuencia de las movilizaciones de protesta, pero en especial la difusión de imágenes de saqueos a establecimientos comerciales, que si bien eran distantes geográficamente fueron percibidas como cercanas. La segunda, combina una característica geográfica con el miedo al otro. Los barrios aquí estudiados son el límite sur oriental de la ciudad, una parte muy grande de ellos está limitada por el río Meléndez y otra por lotes desocupados o cultivados, lo que produjo una sensación de aislamiento. Adicionalmente, un año antes se había concluido la construcción de un puente que comunicaba estos dos barrios con el oriente de la ciudad, en especial con el Distrito de Aguablanca,<sup>15</sup> lo que era visto como un peligro. Antes de esa construcción esta zona tenía muy pocas salidas, lo que generaba grandes congestiones vehiculares, pero también una sensación de encerramiento y aislamiento fuerte, que tenía un doble papel, retiro de descanso y encerramiento, reforzado por las UCR. Una persona de los entrevistados resumió esta percepción: “Mi papá dijo: nos van a llegar por el puente,

---

14. Se hicieron para este trabajo once entrevistas a habitantes de estos barrios, hechas cuatro en los primeros días de diciembre de 2019 y las restantes en febrero de 2020. Se tenía previsto un trabajo de campo más amplio pero la cuarentena decretada en marzo impidió ese ejercicio. Se entrevistaron 8 mujeres entre los 18 y los 40 años y 3 hombres entre los 21 y los 35 años.

15. El Distrito de Aguablanca está conformado principalmente por las comunas 13, 14 y 15. Es una de las zonas de la ciudad más estigmatizada, generalmente se la caracteriza mediante dos rasgos, pobreza y criminalidad. Cuando la descripción incluye elementos racistas, lo cual es muy frecuente, se asocian la pobreza y el delito a que la mayoría de su población es afrodescendiente y/o migrante.

se van a venir todos por el puente”.<sup>16</sup> Esta observación con distintos matices se repitió en 9 de las entrevistas, el miedo por la conexión que ofrecía el puente, y se tradujo en un mayor temor al que ya sentían.

Así, en estas URC, ante lo que se percibía como una realidad inminente, la única manera de garantizar la seguridad personal y de los bienes parecía que era armarse y defenderse. Un joven entrevistado conservaba dos audios de WhatsApp de los que para él era evidente sacar una única conclusión: “estamos por nuestra cuenta”.<sup>17</sup> En uno, que le remitió un amigo, decía que: “la quinta está llena de ladrones”, aludiendo a que una de las principales vías de la ciudad estaba sin protección y en otro, se repetía que por culpa del alcalde la Policía no salió, “los agentes están durmiendo en su casa”. Ambos lo convencieron de que debería actuar, pues los responsables de la seguridad o no estaban o no tenían la capacidad para hacer frente a lo que ocurría, así que tomó un bate de béisbol y bajó a la portería de su unidad.

No todas las reacciones fueron iguales a esta, aunque al parecer sí fueron las mayoritarias. Una de las entrevistadas dijo que al principio sintió angustia, pero que luego cuando comenzó a oír mensajes del tipo “La Purga es 70% segura” se dio cuenta de que todo era “ridículo”. Cuando se preguntó de dónde salió ese porcentaje, por qué aluden a una película, pensó que esos mensajes “no podían ser serios” y se tranquilizó al menos un poco. De su apartamento no salió nadie a defender la unidad y trató de que todo el mundo mantuviera la calma.<sup>18</sup>

Pero las imágenes, los audios y otros testimonios muestran otro tipo de comportamiento mayoritario. El pánico y la angustia llevaron a que rápidamente aparecieran las tácticas de defensa. Algunos audios advertían que lo que ocurría en ese momento, al comienzo de la noche, no era el verdadero ataque, que este llegaría en la madrugada, porque lo que estaba ocurriendo en ese momento era que los asaltantes “están marcando los sitios vulnerables”, por eso no había que irse a dormir, había que “hacer turnos de guardia”. Como es además esperable en situaciones de defensa, había que uniformarse, se pidió a los residentes que asumieron esa tarea de defensa vestir de camiseta blanca, pues el ejército y la Policía no iban a atacar a quien portara camiseta de ese color.

---

16. Mujer, 19 años, estudiante universitaria. Entrevistada en diciembre de 2019.

17. Hombre de 21 años. Estudiante universitario. Entrevistado en diciembre de 2019.

18. Mujer de 38 años. Empleada bancaria. Entrevistada en febrero de 2020.

En el ambiente de miedo creciente, los mensajes, los gritos de alerta, hicieron que la gente pensara que el ataque era sino inminente, al menos posible. La principal corroboración provino de los disparos. Ninguno de los entrevistados vio armas en su unidad, pero todos oyeron disparos entre las 7 y las 11 de la noche. Ninguno pudo precisar de dónde venían o hacia quién se dirigían, pero todos los escucharon y sintieron miedo.

En los videos no aparecen estos asaltantes a los que se dispara. En un recorrido en moto hecho esa noche, por alguien que dice ser un periodista, un recorrido de casi tres horas por toda la ciudad, solo por un momento se ven a unos jóvenes en una esquina de la autopista Simón Bolívar, en El Caney.<sup>19</sup> El periodista dice que son “como quince”, en las imágenes solo se logran ver cinco adolescentes corriendo. No deberían estar ahí, había toque de queda, pero las imágenes tampoco permiten identificar ningún comportamiento delictivo. El periodista advierte a unos vecinos y luego a una patrulla cercana de la presencia de los jóvenes.

Muchos de los mensajes en las redes reiteran eventos como el señalado, grupos de jóvenes transgrediendo el toque de queda, pero en ninguno se registró evidencia de que esos grupos hayan intentado algún asalto, al parecer, los veían pasar y les parecían peligrosos. En un video, capturado en otro lugar de la ciudad, en el barrio Santa Bárbara, al norte, hay una posible explicación de lo que pasó en muchos lugares. Los habitantes de este barrio, los vecinos de las casas salen con la idea de proteger sus viviendas, que no son en unidades cerradas, de posibles ataques. Armados de palos y machetes están en la calle, aledaña a una URC. En las imágenes se repiten las escenas de las URC del sur, hay gritos, carreras, y cuando la cuestión parece ser el asalto inminente, las personas que están en la calle gritan a los de la unidad aledaña: “somos los vecinos, somos los vecinos”.

Dentro de las unidades el clima permaneció agitado varias horas y la preparación para la respuesta a las eventuales agresiones se hizo cada vez más dura. Un hombre dice en un audio que está listo para recibir a quienes vengan a meterse y para mostrar lo resuelto que está advierte a los asaltantes que “Aquí también habemos gamines, pero con billete”. Otro hombre grita en un video que se aseguren que los vigilantes de las porterías “tengan buena munición”; en consonancia con esto, otro pide que “los que tienen armas disparen”. En un segundo piso de una unidad se ven dos hombres con armas largas esperando la llegada de los asaltantes, y en otro más desde un casa de dos

---

19. Venites, G. [Tabo Venites] (22 de noviembre de 2019). TOQUE DE QUEDA EN CALI- CALMA TENSA [Video]. Recuperado de YouTube por última vez el 26 de junio de 2020 <https://www.youtube.com/watch?v=su43hSw2tho>

pisos, dentro de una URC, varios hombres disparan hacia la oscuridad y amenazan a unos invasores que no son visibles, probablemente convencidos, estos y los ya mencionados, porque lo saben o lo suponen, que es verdad lo que un hombre sudoroso, armado con un palo, asegura: “la policía dice que podemos hacer lo que queramos”.

## La vida de unidad que hay que defender

Las URC pueden verse como lugares que producen un tipo particular de convivencia en busca de una comunidad esquiva, tienen su propia geografía, sus bordes y nodos, que definen espacios para estar y otros para transitar sin detenerse, moldeados según horarios internos y externos (el trabajo, el colegio, las comidas, la mayor permisibilidad o no para hacer ruido) y por las prácticas de las personas. Para el caso de Cali, las entrevistas para este trabajo y las hechas para otros trabajos previos (Rodríguez, C., 2018) permiten señalar tres escenarios, tanto físicos como simbólicos, en torno a los cuales se constituye la comunidad. Estos serían la portería, las celebraciones programadas y la piscina.

### La portería

Todas las URC de los barrios El Caney y Valle del Lili tienen al menos dos guardas, el encargado de la portería y el rondero (que circula por la unidad), generalmente afiliados a una empresa de seguridad. Los guardas están armados con revólveres, usualmente, y tienen acompañamientos motorizados, que se mueven entre unidades. Las medidas de seguridad varían de acuerdo con cada unidad, en varias los revólveres están guardados y solo se sacan en las noches. En muchas hay cámaras de seguridad que son monitoreadas desde la portería. Un buen número de unidades cuenta con dos pantallas en la portería, una para ver las múltiples cámaras y otra para que el guarda se entretenga viendo televisión.

Las porterías tienen, casi todas, un lugar para fijar anuncios de todo tipo, tanto de la administración de la URC como para promover todo tipo de actividades comerciales y de servicios. En las porterías de las UCR de El Caney es frecuente ver en las noches algunos vecinos que salen a tomar el fresco y charlar con el portero. En muchas se venden algunos artículos, sobre todo gaseosas. También es usual que allí se atiendan algunas visitas, en particular de jóvenes que no desean que los visitantes suban o que prefieren conversar fuera de las casas.



La portería se convierte así en un símil de la antigua esquina del barrio. El portero, sobre todo cuando lleva largo tiempo de servicio, termina por conocer muchos aspectos de la vida de los habitantes, escucha muchas de las quejas y preocupaciones de los moradores, transmite información valiosa, sobre la disponibilidad de vivienda, sobre la disponibilidad de personas para la limpieza, la venta de bienes (carros, equipos, etc.), y ayuda con diligencias, atiende cobradores y resuelve pequeñas disputas. Controla la entrada y salida de los menores, advierte de visitas indeseadas y consigue taxis confiables.

El “porte” como generalmente se le llama, se convierte así en un actor central de la vida en la unidad y la portería un lugar de intercambio, de encuentro y transacción de todo tipo. Según tres de los entrevistados, en sus unidades, los porteros jugaron un papel muy importante calmando a la gente, impidiendo que agredieran caminantes no peligrosos y controlando la angustia. Ningún portero quiso dar un testimonio de lo vivido es anoche, por políticas de la empresa de seguridad con la que trabajan, pero para los entrevistados fueron claves en lo que ocurrió. Los porteros generan confianza, son una referencia obligada y de su accionar dependía que los nervios subieran o bajaran. La comunicación con el despacho principal de la empresa de seguridad o la conexión con otras unidades era un mecanismo de información que consideraron “vital, rápida y útil”, según un entrevistado.<sup>20</sup>

Como un lugar obligado de confluencia, la portería y el portero fueron el escenario de defensa, el lugar de control, o de descontrol, y una especie de centro de mando desde el cual la administración de la URC trataba de gobernar la confusa situación. El portero como figura reconocible transmitía confianza o desazón. Por eso a muchos el video de un portero, acompañado de un residente, descargando una pistola automática, hacia un lugar que el video no muestra, y amenazando a un chico de la unidad del frente les causó mucha inquietud. No es esa la actitud usual del portero, y no son vistos como figuras amenazantes, estas imágenes que se volvieron virales rápidamente, acrecentaron el pánico y contribuyeron a dar por cierta la amenaza.<sup>21</sup>

---

20. Hombre de 35 años, comerciante.

21. La preparación que han recibido previamente los porteros, de manera individual o suministrada por la empresa de seguridad no es fácil de precisar. Casi todos han prestado servicio militar obligatorio. Sobre la necesidad de capacitar a los porteros, con un fuerte sesgo a tratarlos como parte de un conjunto más vasto de militarización urbana, se puede ver en el trabajo de Vivas (2016) para la Universidad militar Nueva Granada.

## Las festividades para conocerse

Como todos los grupos humanos, las URC tienen espacios de sociabilidad predefinidos, suerte de rituales de encuentro y de momentos de compartir. Entre las diferentes unidades estudiadas dos de esos espacios destacaron por su generalización, el Halloween y la novena decembrina. No son las únicas fiestas o celebraciones comunes, pero son en las que mayoritariamente se depende de la participación de todo el colectivo de residentes o al menos de la mayoría de ellos. Otras celebraciones que convocan a la mayoría, no son organizadas como unidad, por ejemplo, el día de las velitas, la noche del 7 de diciembre, que depende de cada residente. En algunas unidades, en especial las de estrato medio bajo, se celebra el cumpleaños de la unidad, festividad asociada a la adquisición de vivienda propia por primera vez.

Estas dos actividades, Halloween y la novena, reúnen especialmente a las familias con hijos, aunque no exclusivamente. Halloween supone el decorado de la unidad con motivos alusivos a la noche de las brujas y hay repartos de dulces, y en ocasiones pequeños regalos. Casi siempre estos regalos y adornos son financiados con la cuota de administración que pagan los residentes. Las novenas se organizan generalmente por bloques de apartamentos o calles, cuando se trata de unidades de casas. Los vecinos de cada bloque deben aportar dinero o preparar alimentos y organizar las lecturas y rezos del día asignado. Se obsequian platos navideños y hay alguna competencia entre bloques por la mejor atención.

Para los entrevistados en 2018 y los entrevistados con motivo del 21N estas dos fiestas reflejan la unidad que hay entre los vecinos. Su sentido de pertenencia e integración son el verdadero momento de encuentro vecinal. Son espacios donde pueden estar todos, donde es posible conocerse e intercambiar y donde se siente realmente parte de la comunidad de la URC. Cuando se les interrogó por el número de familias que no participaban de estas actividades, una entrevistada fue muy enfática en señalar que era igual que en un barrio cualquiera, en donde había siempre la familia tacaña o mala vecina, insolidaria. Transitorias, estas actividades ocupan un lugar importante en la idea de sitios agradables para vivir de los residentes, pues tienen un halo de tradición y de convivencia que las hace muy importantes, para todos, tengan o no familias con hijos pequeños o menores de edad.

Varios entrevistados destacaron que estas celebraciones eran mejores que las de los barrios abiertos porque estaban más organizadas, casi nunca había desórdenes y sobre todo había muy pocos colados (en algunas unidades es necesario anunciar con antelación la participación de no residentes). Esta idea de exclusividad en las cele-

braciones se extiende también a otras actividades. Cuando se usa el salón comunal, todas las unidades tienen un espacio, cerrado o abierto que se usa para realizar alguna celebración, hay más garantías de que no estén presentes sino aquellos que fueron convidados. La economía del club señalada por Janoschka y Glaszer es aquí evidente.

## La piscina<sup>22</sup>

La información proveniente de las constructoras señala que no es posible vender un apartamento o casa en una unidad de estrato cuatro en adelante si no tiene piscina (Rodríguez, C., 2016). La relación con la piscina, como la relación con la portería, define de alguna manera la estructura de relaciones de la unidad.

Para los entrevistados la piscina es un lugar de intercambio, de reconocimiento y de descanso. En el ambiente relajado que supone, es posible contactar con el vecino. Para otros, es la oportunidad de conocer cómo se portan los amigos de los hijos e identificar los valores de cada familia. Aquí el consumo juega un papel clave, en la medida en la que es posible a partir de ciertas señales como el tipo de vestido de baño, los accesorios y sus accesorios, suponer el nivel de ingresos, y asociarlos con determinados valores presentes en el tipo de supervisión de los hijos, de los hábitos de los adultos (como el consumo de alcohol), etc.

La piscina ofrece un sustituto de las plazas y parques. Es un lugar para establecer vínculos, entre los entrevistados pocos apuestan a que estos permitan construir relaciones duraderas de amistad o de comunidad, a la larga terminan reconociendo que es allí donde se conocen verdaderamente y donde terminan por saber quiénes son sus vecinos y amigos. La charla intrascendente, casual, lleva en pocas ocasiones a invitar a los conocidos en ese espacio a las casas, pero cuando esto ocurre se ha dado una afinidad que casi siempre termina en al menos una relación de vecindad y apoyo, así no sea una amistad cercana. En este sentido, la piscina termina asumiendo un rol parecido al parque y a la generación de vecindario y es también, un escenario de control social, para evaluar comportamientos, formas de presentarse en público, etc., pero del cual han sido suprimidos los no residentes. Es una pérdida que se compensa con la seguridad del reglamento, de la posibilidad de pedir el cumplimiento de normas que se ven como imposibles de requerir en el espacio público inseguro del parque. Esto por

---

22. Una reflexión sobre este espacio ya fue abordada en una publicación previa (Rodríguez, C., 2015) de allí se extrajeron algunas ideas que se complementaron con las preguntas hechas en noviembre de 2019 y febrero de 2020.

un lado muestra que la homogeneidad de la comunidad se pone a prueba constantemente, para eso está el reglamento, pues las señales que brinda el consumo engañan o no están asociadas a los valores esperados. Por otra parte, la seguridad de que hay un escenario confiable para tramitar esa discusión, la administración de cada unidad, ofrece un tercer confiable para dirimir controversias, un tercero que está ausente o es incapaz cuando se trata del espacio público del parque.

Esto no impide que los entrevistados reconozcan que a veces no hay cómo lidiar con vecinos agresivos, con la música a todo volumen, con ciertos comportamientos inadecuados, que terminan produciendo internamente algunos de los temores urbanos de los que se huía. La piscina en ciertos horarios y días pasa entonces a ser monopolio de vecinos indeseables, a los que se teme porque son bravos, por su apariencia o por sus actividades sospechosas. Sin embargo, esto resulta más seguro que en el parque, pues por complejo que sea el vecino hay una sensación mayor de seguridad física y de los bienes propios.

### **El encerramiento que había que defender**

**A**unque tiene particularidades, la vida en las URC tiene muchos rasgos reconocibles en otros espacios urbanos. ¿Son los muros la diferencia más relevante con relación a esos espacios? La noche del 21 de noviembre se hizo evidente que no. El miedo urbano y el derecho a la seguridad emergieron con una claridad que, aunque visible antes, ahora se evidenciaron con toda su fuerza.

Si se vive en una fortaleza, pues hay que defenderla, para eso está, así muchas de estas unidades sean más un remedo de fortaleza. En las películas sobre asedios a fortificaciones, se oye el grito que pide reforzar las murallas y se calienta aceite para quemar a los asaltantes. Ese imaginario se hizo evidente en muchas unidades, algunas entrevistadas calentaron agua, otras pidieron a los hombres de sus casas que salieran a defender sus bienes y que cubrieran las murallas, que como en las películas, tienen sus puntos vulnerables.

Como han mostrado otros estudios (Rotker, 2000; Gutiérrez, 2005; Mazza, 2009; Segura, 2009; Maycotte et al., 2014) hay una relación clara entre la ciudad, las URC y la sensación de inseguridad. En esta relación, la sensación de inseguridad es un problema casi del mismo tamaño que el delito. En este sentido, las URC no deben verse solo como el ejercicio de un privilegio con relación al derecho a la seguridad. Por un lado, buscar ese esquivo sentimiento de seguridad puede verse como un ejercicio de autonomía, al buscar una forma de lograr un derecho que el Estado parece no ser

capaz de proveer. Actividad legítima, pero que abre un boquete a las posibilidades reales de formación de una vida urbana incluyente. Las constructoras y otros agentes asociados al mercado inmobiliario han potenciado esa condición ofreciendo seguridades y condiciones que no solo no se han logrado en los barrios descritos, sino que no resuelven, puesto que al parecer incrementan las inseguridades de las cuales parecían huir. Este ejercicio de autonomía, la elección en donde vivir, pareció extenderse esa noche al ejercicio de la defensa por propia mano.

Por otro lado, las URC potencia una práctica, no exclusiva de estos espacios, que deteriora y agudiza la discriminación a esos “otros” a los que se les teme, que surgen de la polarización y segregación socioespacial que las mismas URC provocan, con connotaciones claramente de discriminación racial (ver Alves et al., 2015; Moreno, 2015). Esos otros peligrosos son difíciles de atrapar y se convierten muy rápidamente en una simplificación que se resume en aquel que no parece conocido, al que se le teme por su apariencia, sus maneras o su habla, en general, por la carencia de las señales conformes al vecindario, señales que provienen principalmente de la capacidad de consumo. Es decir, los pobres, los afrodescendientes, esto es, más de la mitad de la ciudad.

Esa exclusión no es solo un componente psicológico, una separación o de clase o un marcador de la sociedad de consumo. También está marcado por el diseño urbano que las URC han impuesto en los barrios estudiados y en otros lugares. Las infraestructuras de transporte y movilidad no generan conexiones claras, no crean centralidades ni nodos urbanos sólidos, en donde el encuentro abierto sea posible, sino que fragmentan y en algunos casos fracturan en gran parte el territorio (Mazza, 2009), por ello impiden el desarrollo del tipo de relaciones sociales que promueve lo público. Al no producir espacio público, al negarlo o privatizarlo, producen una manifestación definida por muchos autores como “agorafobia urbana” (Mazza, 2009).

Todo esto no ofrece lo que buscan cuando decidieron vivir allí. El diagnóstico del Secretario de Seguridad de Cali sobre los barrios no deja dudas al respecto:

la mayoría de las personas en este sector viven en unidades residenciales, por lo que quienes transitan por las calles están muy solos y expuestos al robo. Por eso aquí vamos a trabajar muy fuerte en temas de espacio público y movilidad porque no podemos permitir que el barrio termine en manos de terceros.<sup>23</sup>

---

23. Redacción El País (15 de julio de 2020). El plan de seguridad que adelantarán las autoridades en el barrio Valle del Lili de Cali. El País. Recuperado de <https://www.elpais.com.co/judicial/el-plan-de-seguridad-que-adelantaran-las-autoridades-en-el-barrio-valle-del-lili-de-cali.html>

La noche del 21 de noviembre debe verse entonces como una evidencia de las dificultades que trae para la ciudad este tipo de solución de vivienda. Las particularidades de su vida cotidiana tienen limitaciones para generar las comunidades que se buscan, las nuevas formas de socialización, la portería o la piscina, no ofrecen los suficientes vínculos comunitarios para alcanzar la convivencia buscada o al menos, funcionan lo mismo que los espacios públicos previos. Las festividades programadas, los rituales de encuentro, son muy importantes, pero no logran superar ese umbral de encuentro y manifestación de solidaridad que se espera. Aunque este trabajo no agota las características de la vida interna de las URC, indica que ante situaciones de tensión como las vividas, la respuesta inmediata no es el fortalecimiento comunitario sino la organización para garantizar el derecho a la seguridad, ese que pareciera ser el único con el cual se puede establecer una relación con la ciudad, el encierro seguro.

Hay un elemento paradójico que no está de más señalar. Se ha intentado mostrar el tipo de vida urbana que se construye en las URC, haciendo énfasis en las concepciones de seguridad, vital como un derecho, y comunidad que persiguen sus moradores, mediada por la idea de consumo. Aunque las unidades no parecen poder construir comunidades, sí pueden construir un “nosotros” fuerte que cuando se ve en peligro, puede generar las reacciones mencionadas. No hay comunidad, pero sí una suerte de lazo común, que se construye en torno al miedo, la defensa de la propiedad y la seguridad personal. No son precisamente valores a resaltar a la hora de hablar de la unión que genera la convivencia. No son los valores más altos de la solidaridad humana, pero sí tienen fuerza movilizadora. La paradoja no está allí. Si nos atenemos a la información suministrada por la Policía y reseñada en el primer apartado de este texto, las unidades sí fueron seguras. Al parecer nadie las atacó. Bien sea porque los asaltantes se disuadieron, bien sea porque no hubo asaltantes, no hay evidencia de que estuvieran en peligro y que fueran a ser saqueadas.

Evidentemente lo que estuvo en juego fue la percepción de seguridad. Fue esta la que se vio vulnerada. De allí que se haga énfasis en la vida de unidad. Entender cómo funciona esa vida ayuda a entender por qué la percepción se vio afectada. Algunos escenarios, como los tres señalados, producen un cierto lazo, pero no el suficiente como para dar por sentada la seguridad. El entorno es peligroso y no hay suficiente protección contra él, podría ser una frase que resumiera la experiencia de los habitantes de las URC, y aunque en la teoría no alcanzan los requisitos fuertes de vida comunitaria, sí se logra una cierta coordinación, proveniente de esos múltiples encuentros fugaces, la precaria articulación que ofrecen la piscina, la portería y las celebraciones mencionadas fueron suficientes para tratar de coordinar algunas respuestas a esa percepción de inseguridad. El

pánico y las redes movilizaron los recursos restantes para que en el 21N los habitantes de las URC estuvieran en pie de guerra contra las imaginarias hordas que estaban a punto del asalto inminente, ocultas en la oscuridad de la cuadra del frente.

### Para cerrar la cuarentena

En principio, la cuarentena puede verse como una especie de inversión del signo sobre la valoración de las URC. Garantizar el aislamiento parece ser una solución parcial, pero de cierta eficacia para contener la propagación del virus. Las URC, en primera instancia, ofrecen espacios controlados, aislables, en los cuales contener los brotes o mantener segura y separada una población que identifica este aislamiento como un valor importante, a defender. Así que, si en este texto se ha mostrado que el pánico que acrecentó la sensación de inseguridad que los llevó a vivir encerrados, puede valorarse en las nuevas circunstancias, no como productor de fragmentación y de más inseguridad, sino como garantía de un entorno protector.

Sin embargo, este no parece ser el caso para los barrios estudiados. Al cuatro de mayo de 2020 el barrio Valle del Lili era el quinto con mayor número de casos de contagio de COVID-19 en la ciudad y El Caney era el noveno. Esa dinámica se mantuvo en Valle del Lili que, en julio del mismo año, era el tercero en casos activos. Donde bajó significativamente fue en El Caney, que ocupaba en ese mes el lugar 29,<sup>24</sup> entre los casi 300 barrios que hay legalmente registrados en la ciudad. No es el mejor lugar, pero ya no está en una posición tan alta en la tabla de barrios con muchos contagios.

En principio, un mayor número de casos en estos barrios se atribuyó a su movilidad. En ellos vive gente que viaja o tiene parientes en el extranjero. Pero la permanencia de los casos después de mayo no era ya explicable por esta frecuentación, así que claramente estos entornos no produjeron el cuidado y el aislamiento esperado. Estar encerrados y aislados no protegía de un posible asalto, fueron delincuentes o virus lo que pretendían invadir la URC.

En este sentido, es importante recuperar una observación previa, hecha al examinar la particularidad de la vida interna en las unidades. El aislamiento no hace que se rompa con el entorno circundante y las prácticas sociales se mantienen, dentro de los nuevos contextos, en muchos casos. Los vecindarios tendrán restricciones de acceso, pero la forma de vida guarda similitudes importantes. Como lo gritó una de los residentes la noche del 21 de noviembre amenazando a los posibles asaltantes: “aquí

---

24. Alcaldía de Santiago de Cali. Boletines, 56, 92 y 127 – COVID-19 de Cali.

también somos gamines, pero con billete”. Así que es probable que muchas de las dinámicas con las que se han señalado otros barrios de la ciudad, por incumplimiento en las medidas de bioseguridad se repitan aquí, no es fácil encontrar otra explicación a que los contagios se mantengan en estos barrios en un número alto.

Así que una vez más, es necesario pensar en qué tipo de soluciones son las URC y qué proveen a sus habitantes. Pero también es indispensable saber qué hacen y cómo lo hacen en su vida diaria, para entender cómo podrían o no cambiarse las condiciones que llevan a vivir en ellas.

Siguiendo una idea expuesta por Richard Sennett (2020), la propagación del COVID-19 y la cuarentena subsiguiente representan un desafío muy importante para alguna de las ideas previas que habían orientado el debate sobre una sociedad sostenible. Previo al encerramiento cuasi planetario que supuso la pandemia, una parte muy importante de las recomendaciones para mejorar la calidad de vida urbana compartían tres elementos. Primero, las ciudades deberían ser abiertas, con amplios espacios públicos no privatizados; segundo, deberían contar con transportes públicos que reemplazara el uso del carro privado y; tercero, con sus habitantes viviendo en vecindarios cercanos, en sectores densamente poblados, llenos de ofertas de servicios y de interacciones entre sus habitantes que permitieran el reconocimiento y la convivencia. Claramente, una idea de ciudad muy diferente a la que promueven las unidades cerradas.

Estas ideas parecen chocar con aquellas que ahora deberían promoverse para tener una ciudad saludable. El transporte público atestado y la densidad alta en los vecindarios pueden ser condiciones para que el virus actual, u otro futuro, se propaguen no solo más rápido sino de forma incontrolable. La distancia social y el encerramiento, el uso intensivo del carro propio, parecen más seguros y garantizan una mayor probabilidad de no contagiarse, que las medidas de la ciudad sostenible, centradas en el encuentro ciudadano, mucho más proclives al contacto público.

Sin embargo, las URC, al menos las estudiadas, no parecen ser una alternativa. Las unidades estudiadas muestran que el contagio es frecuente en ellas, que la inseguridad sigue presente y que el encerramiento produce más inseguridad que la que dice repeler. Las URC con capacidad de autodefenderse, en las que los costos de seguridad tienen un peso muy significativo en la economía de club que las caracteriza, terminan pidiendo al Estado local la seguridad que los habitantes de estas unidades pensaron auto proveerse. Hay alguna semejanza con la privatización de la salud previa a la pandemia, en la cual ha resultado inviable que cada ciudadano asuma los costos del cuidado y debe, una vez más, pedir la mano del Estado para que le asegure aquello que el mercadeo de la salud privada le ofrecía, cobertura y garantía de seguridad.



Las ciudades abiertas parecían una opción posible, sostenible, antes de la pandemia. Una de las consecuencias más complejas es que la ciudad abierta desaparezca en aras de la ciudad saludable. Sin embargo, las URC no ofrecen hasta ahora evidencia de ser una solución, ni a los problemas de seguridad previos, ni a los de salud más reciente.

Las URC parecen una solución funcional ante ciertos medios, muy rentable para aquellos que han sabido sacar plusvalía del miedo, pero no solucionan los problemas urbanos a los que supuestamente daban respuesta. El pánico del 21N y la cuarentena parecen mostrar claramente que los problemas de convivencia y de salud están en otras alternativas urbanas que, aunque relativamente conocidas, han dejado de explorarse: aumentar las centralidades económicas en Cali (una promesa incumplida del actual Plan de Ordenamiento de la ciudad) que disminuyan los viajes urbanos al traer puestos de trabajos más cercanos a las viviendas, con rentabilidades económicas, ambientales y sociales ensayadas en muy diversas partes; la promoción de medios alternativos de transporte con ventajas evidentes en materia de salud y ambientales, ambas ahorrando tiempo social importante, hoy en día despilfarrado en largos trayectos motorizados y en costos en gasolina y deterioro del medio ambiente importantes; construir espacios públicos seguros, no solo a partir de la Policía, sino a través de la construcción de ambientes seguros, en los que los ciudadanos aumenten sus posibilidades de encuentro y recreación; enfrentar los miedos a los toros, desde los que se fundamentan en el racismo hasta la aporofobia, mediante procesos de educación, de construcción de narrativas inclusivas y de espacios de contacto entre intercambio en una ciudad excluyente y fragmentada como Cali. Estas y otras medidas han sido presentadas y discutidas en la ciudad, con escasos resultados. Una lección que se puede extraer de las circunstancias vividas desde finales de 2019 es que quizá sea horade escucharlas.

## Referencias bibliográficas

- Acosta, C. et al (2019). *Gestión de coberturas vegetales: avances del plan de coberturas de Santiago de Cali*. Ponencia en V Encuentro nacional de Silvicultura urbana. 23 a 25 de octubre. Cali.
- Alcaldía de Santiago de Cali (2019). *Cali en cifras 2018-2019*.
- Alcaldía de Santiago de Cali (2014). *Plan de Ordenamiento Territorial de Santiago de Cali*.
- Alvarado, L. & Méndez, E. (2005). ¿Haciendo comunidad? Tipología arquitectónica y reglamentación compartidas en vecindarios defensivos del noroeste mexicano. En O. Gutiérrez (ed.), *La ciudad y el miedo. VII Coloquio de Geografía Urbana* (pp. 223-230). Girona: Universitat de Girona.

- Amparo Alves, J., Moreno V. & Mornan, B. (2015). *Notas preliminares para un Análisis Interseccional de la violencia en el distrito de Aguablanca (Cali-Colombia)*. Universidad ICESI, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales. Cali.
- Arizaga, M. (2000). Murallas y barrios cerrados. La morfología espacial del ajuste en Buenos Aires. *Nueva sociedad*, (166), 22-32.
- Arizaga, M. (2003). *Nuevas urbanizaciones cerradas en los noventa: representaciones del suburbio en sectores medios*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Bauman, Z. (2009). *Comunidad: En busca de seguridad en un mundo hostil*. Madrid: Siglo XXI.
- Beck, U. (1998). *La sociedad del riesgo*. Madrid, España: Paidós.
- Blakely, J. & Snyder, M. (1997). *Fortress America: gated communities in the Unites States*. Washington. The Brookings Institution.
- Borja, J. (2003). *La ciudad conquistada*. Madrid, España: Alianza Editorial.
- Cabralas Barajas, L. F. (2005). Estado del conocimiento sobre las urbanizaciones cerradas en Iberoamérica. En O. Gutiérrez (ed.), *La ciudad y el miedo. VII Coloquio de Geografía Urbana* (pp. 185-194). Girona: Universitat de Girona.
- Caldeira, T. (2007). *Ciudad de muros*. Barcelona, España: Gedisa.
- Castel, R. (2004). *La inseguridad social: ¿Qué es estar protegido?* Buenos Aires, Argentina: Ediciones Manantial.
- Chevalier, J. & Carballo, C. (2005). Los espacios cerrados residenciales: en busca del entre-sí. Estudio comparativo de entre el norte y el sur del continente americano. *Scripta Nova. Revista electrónica*, IX, (194). Barcelona. Universidad de Barcelona. (53)
- Delanty, G. (2006). *Community. Comunidad, educación ambiental y ciudadanía*. Barcelona: Grao.
- Douglas, M. e Isherwood, B. (1979). *El mundo de los bienes. Hacia una antropología del consumo*. México: Grijalbo.
- Echeverry, M. L. & Prada, M. (2017). Gobernabilidad y desobediencia civil en unidades inmobiliarias cerradas residenciales (UICR). Una experiencia de gobierno privado en un multifamiliar de la ciudad de Cali. *Revista Eleuthera*, 16, 32-53.
- El País. (18 de septiembre de 2014). “La administración de copropiedades es muy informal”: gerente de la Lonja de Propiedad Raíz. *El País*.

- El País. (26 de septiembre de 2016). La mitad de los caleños viven en conjuntos residenciales. *El País*.
- El País. (9 de noviembre de 2013). Caleños prefieren cada vez más vivir en conjuntos residenciales. *El País*.
- Flórez, G. (17 de agosto de 2018). Los conjuntos residenciales, microciudades en crecimiento. *El Tiempo*.
- Flusty, S. (1997). "Building Paranoia". En N. Ellin. (Ed.), *Architecture of fear*, Princeton: Princeton Architectural Press.
- García Canclini, N. (1996). Público-privado: la ciudad desdibujada. *Alteridades*, 6(11), 5-10. México.
- García, A. & Peralta, M. (2014). Urbanizaciones cerradas y su vinculación con el espacio exterior en la ciudad de Cali. *Prospectiva*, (19), octubre, 197-221.
- García, A. & Peralta, M. (2016). Las urbanizaciones multifamiliares cerradas y su entorno urbano: una nueva geografía simbólica en la ciudad de Cali. *EURE*, 42(126), mayo, 77-96.
- Garnier, J. (2012). El derecho a la ciudad desde Henri Lefebvre hasta David Harvey. Entre teorizaciones y realización. *Ciudades*, 15(1), 217-225. Universidad de Valladolid. Instituto Universitario de Urbanística
- Giddens, A. (1997). *Consecuencias de la modernidad*. Madrid, España: Alianza Editorial.
- Girola, F. (2005). Tendencias globales, procesos locales: una aproximación al fenómeno de los conjuntos residenciales con seguridad de la región metropolitana de Buenos Aires AIBR. *Revista de Antropología Iberoamericana*, (43), septiembre-octubre.
- Gorelik, A. (2008). El romance del espacio público. *Alteridades*, 18(36), julio-diciembre, 33-45. Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa. Distrito Federal, México.
- Gutiérrez, O. (Coord.) (2005). *La ciudad y el miedo*. Girona: Universitat de Girona, Publicacions.
- Gurrutxaga, A. (1993). El sentido moderno de la comunidad. *REIS: Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, (64), 201-222.
- Hidalgo, R. (2004). De los pequeños condominios a la ciudad vallada: las urbanizaciones cerradas y la nueva geografía social en Santiago de Chile (1990-2000). *Revista EURE*, XXX (91), diciembre, 29-52. Santiago de Chile.
- Hiscock, R., Kearns, A., Macintyre, S. & Ellaway, A. (2001). Ontological Security and Psycho-

- Social Benefits from the Home: Qualitative Evidence on Issues of Tenure, Housing, *Theory and Society*, 18(1-2), 50-66.
- Jacobs, J. (2011). *Muerte y vida de las grandes ciudades*. Madrid, España: Capitán Swing.
- Michael, J. (2002). “El nuevo modelo de la ciudad latinoamericana: fragmentación y privatización”. *Revista EURE*, XXVIII(85), 11-29. Santiago de Chile.
- Michael, J. & Glasze, G. (2003). Urbanizaciones cerradas un modelo analítico. *Ciudades*, (59), julio-septiembre.
- Landry, C. (2011). *Creativity, Culture & the City: A question of interconnection*. Düsseldorf. Ministry of Family, Children, Youth, Culture and Sport of the State of North Rhine-Westphalia.
- Legorreta, J. (2017). Cuando la comunidad no acumuna. *En-Claves del pensamiento*, XI(22), julio-diciembre, 75-107.
- López, L. & Rodríguez, I. (2006). Comunidades urbanas y espacios cerrados. *Sociedad, estado y territorio: Las dinámicas de la proximidad*. México DF: UAM.
- Malizia, M. (2015). El estudio de las urbanizaciones cerradas. *Estudios demográficos y urbanos*, 30(1), (88) 103-133.
- Martínez, P. (2016). El conjunto residencial cerrado como tipología urbanística instrumentalizada por la financiarización. *Prospectiva*, (21), abril, 25-55.
- Maycotte Pansza, E., Chávez, J. & Sánchez Flores, E. (2014). Inseguridad y prácticas defensivas de control territorial: efectos en la morfología, estructura urbana y movilidad social en Ciudad Juárez en el periodo 2000-2013. Universidad Autónoma de Ciudad Juárez *XIII Coloquio Internacional de Geocrítica - El control del espacio y los espacios de control*. Barcelona, 5-10 de mayo de 2014.
- Mazza, A. (2009). Ciudad y espacio público, las formas de la inseguridad urbana. *Cuaderno de Investigación Urbanística*, (62), enero-febrero. Madrid, España: Instituto Juan de Herrera.
- Méndez, E. & Alvarado, L. (2005). ¿Haciendo comunidad? Tipología arquitectónica y reglamentación compartidas en vecindarios defensivos del noroeste mexicano. En O. Gutiérrez. (Coord.), *La ciudad y el miedo. VII Coloquio de Geografía Urbana* (pp. 223-230). Girona: Universitat de Girona.
- Merino, S. & Sánchez, M. (2007). El problema del miedo en la ciudad: una temática para la investigación y enseñanza en la Geografía contemporánea. *Revista Universitaria de Geografía*, 16, -, 203-214. Argentina: Universidad Nacional del Sur Bahía Blanca.

- Meyer, K. & Bärh, J. (2004). “La difusión de condominios en las metrópolis latinoamericanas. El ejemplo de Santiago de Chile”. *Revista de Geografía Norte Grande*, 32, 39-53.
- Moreno, V. & Mornan, D. (2015). ¿Y el Derecho a la Ciudad? *Revista CS*, (16), Mayo-Agosto. Universidad Icesi.
- Navarro, C. (Coord.) (2012). *Las dimensiones culturales de la ciudad*. Madrid, España: Los libros de la Catarata.
- Newman, O. (1996). *Creating Defensible Space*. Washington: U.S. Department of Housing and Urban Development/ Office of Policy Development and Research.
- Observatorio de Seguridad de Santiago de Cali (2020). *Delitos de impacto por denuncias*. Alcaldía de Santiago de Cali.
- Páramo, P. & Roa, E. (2015). La estructura conceptual de los miedos urbanos. *Revista Diversitas Perspectivas en Psicología*, 11(1),
- Pretorius, R. (2008). Armed robbery, violent assault and perceptions of personal insecurity and society as a risk. *Acta Criminologica*, 21(2), 81-91.
- Peláez, L. (2020). *La dignidad de una vivienda: experiencias desde el habitar Altos de Santa Elena, Cali*. [Tesis de pregrado en Antropología y Derecho]. Cali. Universidad Icesi.
- Rabotnikof, N. (1997). *El espacio público: caracterizaciones teóricas y expectativas políticas*. Madrid, España: Trotta.
- Rincón, M., Maldonado, M. & Echeverri, M. (2009). *Seguridad y convivencia en multifamiliares. Una mirada al encerramiento residencial*. Cali: Facultad de Humanidades. Escuela de Trabajo Social / Universidad del Valle.
- Rincón, M. (2018). La convivencia vecinal en unidades residenciales de Cali, Colombia. *Entramado*, 14(1), enero – junio, 214-229. (ISSN 1900-3803 / e-ISSN 2539-0279)
- Rodríguez, I. (2005). “Privatopía” versus ciudad pública? La materialización del miedo en el espacio urbano. En *La ciudad y el miedo: VII Coloquio Geografía Urbana*. Girona: Universitat de Girona.
- Rodríguez Caporalli, E. (2018). *La falsa dicotomía entre Unidades residenciales cerradas y espacio público*. Ponencia en el II Seminario internacional de encerramiento residencial. Medellín, Colombia.
- Rodríguez Caporalli, E. (2016). Percepción del espacio público y unidades residenciales cerradas en Cali: sobre la dinámica del espacio público en la ciudad. Cali. *Prospectiva. Revista de*

*Trabajo Social e intervención social*, (21), abril, 77-106.

- Roitman, S. (2003). Barrios cerrados y segregación social urbana. En *Scripta Nova. Revista electrónica*, VII(146), Barcelona. Universidad de Barcelona. (118).
- Roitman, S. (2003). Urbanizaciones cerradas: estado de la cuestión hoy y propuesta teórica. *Revista de Geografía, Norte Grande*, (032), diciembre, 5-19. Pontificia Universidad Católica de Chile Santiago, Chile.
- Rotker, S. (Ed.) (2000). *Ciudadanías del miedo*. Caracas, Venezuela: Nueva Sociedad.
- Rotker, S. (2019). “Ciudades escritas por la violencia”. *Cuadernos de Literatura*, 23(45), 192-211.
- Sánchez, D. & Domínguez, L. (2014). *Identidad y espacio público: ampliando ámbitos y prácticas*. Barcelona, España: Gedisa.
- Segura, R. (2009). Paisajes del miedo en la ciudad. Miedo y ciudadanía en el espacio urbano de la ciudad de La Plata. *CUADERNO URBANO. Espacio, Cultura, Sociedad*, 8(8), octubre, 59-91.
- Sennett, R. (2019). *Construir y habitar*. Barcelona, España: Anagrama.
- Sennett, R. (2001). *Vida urbana e identidad personal*. Barcelona, España: Península.
- Valenzuela, A. (2016). *La construcción espacial del miedo*. México, Universidad Autónoma del Estado de Morelos: Juan Pablos Editor.
- Vivas, A. (2016). *Impacto de la seguridad física en los condominios residenciales de la ciudad de Cali*. [Tesis de la Especialización Administración de la Seguridad]. Cali. Universidad Militar Nueva Granada.
- Vivienda y Construcción (17 de mayo de 2019). Apartamentos, lo que más se construye en Colombia. *El Tiempo*.
- Walklate, S. (2001). Fearful Communities? *Urban Studies*, 38(5-6), 929- 939.
- Yory, C. (2011). *Espacio público y derecho a la ciudad*. Bogotá, Colombia: Pontificia Universidad Javeriana.

LA DESINFORMACIÓN TAMBIÉN SE ESCUCHA: DE  
AUDIOS, VÁNDALOS Y PÁNICO EL 21 DE NOVIEMBRE  
DE 2019 EN CALI

**María Juliana Soto Narvárez**  
Universidad Icesi | [maria.soto7@u.icesi.edu.co](mailto:maria.soto7@u.icesi.edu.co)

**Mauricio Guerrero Caicedo**  
Universidad Icesi | [mguerrero@icesi.edu.co](mailto:mguerrero@icesi.edu.co)

## A manera de introducción: la desinformación como problema u objeto

Al finalizar la jornada de paro nacional en Colombia desarrollada el 21 de noviembre de 2019, diversas informaciones acerca de ataques e invasiones a unidades residenciales en Cali por parte de “vándalos”, se difundieron a través de las redes sociales y de los servicios de mensajería *online*, como WhatsApp. La no veracidad de los contenidos, su difusión viral, el alcance masivo y la amplificación posterior por parte los medios de comunicación periodísticos tradicionales, con la consiguiente re-emergencia del tema en redes sociales comportan las características de los fenómenos que han sido denominados bajo la etiqueta desinformación.

Desde esta perspectiva, en este texto se realizará una exploración de la desinformación digital con el fin de identificar algunas de sus características más relevantes en el caso de coyunturas relacionadas con la esfera política y con el orden público. En concreto, abordaremos la problemática de los audios que se distribuyen a través de diversas plataformas digitales, pero que pueden ser puestos en una relación más estrecha con los servicios de mensajería *online*, como WhatsApp.

Este tipo de dispositivo semio-discursivo parece haber tenido una significativa incidencia en la determinación de la reacción de la ciudadanía con respecto a los supuestos hechos de vandalismo que habrían tenido lugar en la noche del 21 de noviembre de 2019 en Cali. A través de este se puede avanzar en la comprensión de formatos digitales y su incidencia en la construcción de relaciones de confianza entre usuarios y comunidades virtuales.

## Cómo se construyen los relatos mediáticos de un acontecimiento

Antes de plantearse la desinformación como un problema social, comunicativo y político, es necesario revisar algunos presupuestos conceptuales que permitan delimitar el campo de la creación del discurso mediático y su legitimidad. Ya que como veremos en los siguientes apartados, los contenidos que buscan desinformar involucran elementos morfológicos de argumentación, seducción y narrativa, reconocidos en otras esferas de producción discursiva. En este sentido un análisis desde lo estético se hace necesario para comprender su impacto (Mandoki, 2006).



Como acontecimiento, la jornada de paro nacional del 21 de noviembre de 2019 estuvo marcada, más allá de las acciones que toda manifestación o acción colectiva de este tipo generan, por una oleada de contenidos cuyo objetivo era desinformar y crear un relato que representase una versión distante de lo ocurrido en realidad.

Del especial de Colombiacheck (medio digital colombiano dedicado a la verificación de información) titulado *Lo verdadero y lo falso del paro nacional del 21N* (Colombiacheck, 2019), podemos resumir los tópicos sobre los que se construyeron las narrativas de la desinformación de la jornada, y que fueron declaradas como falsas, según el análisis y clasificación que hace este medio desde su propósito editorial:

- Imágenes que representaban figuras públicas y políticas participando de la jornada.
- Imágenes de manifestantes o miembros de la fuerza pública heridos o muertos.
- Montajes acerca de declaraciones, opiniones o recomendaciones de líderes políticos acerca de la naturaleza del paro.
- Imágenes, audios o vídeos alertando sobre hechos vandálicos que no sucedieron durante las manifestaciones o después.

Analizando este repertorio de tópicos se percibe que el paro como acontecimiento era el escenario ideal para generar un caos informativo que alterase la representación de los hechos que en realidad estaban sucediendo. Según Charaudeau (2011) los acontecimientos no son eventos naturales, que se representan de manera fidedigna y precisa en los relatos mediáticos. Por el contrario, el acontecimiento es un producto socio-discursivo, tradicionalmente construido por parte de la instancia periodística, pero cada vez más co-producido por las redes sociales en tanto mediadoras, censoras, orientadoras y contextos de la comunicación; así como también por la misma instancia ciudadana.

El acontecimiento es el producto de un trabajo de apropiación, narrativo-mimético, que toma unos eventos o emergencias de lo cotidiano, y los privilegia, convirtiéndolos en hechos notados; es decir, en situaciones que se estiman como importantes para la mayor parte de la sociedad. En el caso del 21 de noviembre, el paro nacional, anunciado y construido previamente por medio de la convocatoria y de la cobertura mediática de sus preparativos, aparece como un dato de ese tipo.

En este sentido, el mismo Charaudeau indica que los acontecimientos remiten a un tema o un conjunto de temas, los cuales a su vez comportan elementos de orden emotivo que los hacen atrayentes en función de su potencial dramático, el cual corresponde a su capacidad para provocar una reacción emotiva por parte de la opinión pública.

Un paro nacional, en un contexto de protestas a nivel continental, reviste un especial carácter dramático que lo convierte en un objeto de interés mediático. La estructura narrativa profunda, en el nivel semántico del paro nacional incluye las temáticas de la injusticia social (económica, o de otro tipo), del desorden social (que requiere reparación), del reclamo popular. A estos temas se pueden añadir la noción del caos (o del caos posible), del desorden social, del martirio, del heroísmo, de la manipulación y el complot por parte de las élites o grupos oscuros, etc.

El acontecimiento mediático consiste entonces en una operación periodístico-socio discursiva en la que, dependiendo del lugar desde el que un actor social específico enuncia los hechos, se refuerzan unos efectos emocionales y se neutralizan o ignoran otros. A este respecto Penagos y Martínez (2018), citando a Charaudeau, indican que los grandes acontecimientos mediático-periodísticos por lo general resultan de la sobre dramatización de los hechos. En dicha dramatización se integran tres personajes paradigmáticos: una víctima, un agresor y un salvador. Dependiendo del énfasis en alguno de esos tres actores el acontecimiento mediático periodístico puede actualizar tres narraciones modelo: el relato de victimización, el retrato del enemigo y el relato de heroización. Estas narraciones finalmente como ejes discursivos fungen como soportes que dan pie a la creación de los contenidos que propenden por la desinformación, los cuales, como en el caso de los audios que se analizarán más adelante, no tienen un lugar de enunciación claro, pero logran sobre dramatizar y ficcionar mensajes anclados a elementos contextuales que le permiten pasar por reales.

### La pregunta por la desinformación

La desinformación se presenta como un reto para el análisis de discurso mediático, ya que su origen no necesariamente corresponde con el accionar de actores reconocidos o legitimados en el campo de la producción mediática. Por tanto, habría que preguntarse: ¿en qué se diferencia la información mediática tradicional, y especialmente la periodística, de los fenómenos *online* que han sido denominados desinformación durante los últimos años en coyunturas como la del paro del 21 de noviembre de 2019?

En términos de su estructuración parecería que no hay mayor diferencia. Ocurre lo contrario cuando la atención se centra en los dispositivos de origen. En el caso de los medios de comunicación tradicionales, muchas veces acusados de desinformar, el dispositivo institucional es reconocido e identificable, localizable para toda la sociedad.

En el caso de las denominadas desinformaciones, el origen de la enunciación corresponde a entidades diversas, menos delimitadas, y más dispersas a lo largo del panorama de los nuevos medios e interacciones comunicativas *online*.

De ahí que podamos decir que la diferencia estriba, socio discursivamente, en el *ethos* y la legitimidad de la fuente de la enunciación o locutor, pero que en términos generales se trata de relatos semióticamente similares a aquellos de la prensa tradicional. La existencia por fuera del circuito empresarial del periodismo tradicional confiere a estos nuevos enunciadores licencia para operar énfasis patémicos mayores en la configuración de sus relatos, pero en esencia se trata de los mismos mecanismos que fueron descritos para la esfera mediática periodística. En resumen, la diferencia consiste en la legitimidad y visibilidad de la fuente de la enunciación.

### Desinformación y pánico el 21 de noviembre

El primer aspecto relevante para el análisis es la constancia de la dramatización, e incluso sobre dramatización mediática, inscrita en la denominación del acontecimiento descrito: “pánico colectivo”. El pánico es un miedo o terror ante lo sagrado, una forma del trance, una forma del sobrecogimiento que emocionalmente trasciende al miedo, o incluso a la más adusta y alerta aprehensión. El hecho de que el mencionado pánico se califique como colectivo confirma el procedimiento de sobre dramatización al que se han sometido los hechos integrados en el relato del acontecimiento. Esta percepción de miedo se integra a la de inseguridad que orienta agendas mediáticas y repercute sobre la cotidianidad ciudadanos/audiencias (Focás, 2016).

Siguiendo esta línea, Vélez (2019) califica la noche del 21 noviembre como “delirante”, en el marco de una narrativa que sugiere que los eventos vinculados con el miedo pudieron ser provocados por agentes interesados en neutralizar la protesta relacionada con el paro.

El 21N y 22N en Cali y Bogotá ya hacen parte de la historia de ambas ciudades, como el mismo cacerolazo que se tomó el país. Para muchos de nosotros, fue una noche delirante que aún no entendemos. Y si bien quedan muchas dudas, algo está claro: en condiciones extremas, y en medio de un ambiente de desconfianza y susceptibilidad, el pánico es viral y el miedo es el verdadero influenciador. (Velez, 2019).

Este relato mediático amplifica unos hechos que, si se describen de manera sucinta, arrojan la siguiente macro estructura en términos de Van Dijk (2019):

- El 21 de noviembre de 2019 hubo una jornada de paro nacional en Colombia.
- En algunas ciudades se presentaron enfrentamientos entre manifestantes y fuerzas del orden. En Cali también se presentaron saqueos a establecimientos en algunos sectores de la ciudad en horas de la tarde.
- La Alcaldía de Cali decretó un toque de queda que aplicaba desde las 7:00 p. m. del 21 de noviembre hasta las 6:00 a. m. del día siguiente.
- A través de las redes sociales (especialmente Twitter y Facebook) y de servicios de mensajería *online* (WhatsApp) se difundieron mensajes acerca de supuestos grupos de vándalos que se dirigían a diversos sectores con la intención de atacar contra la propiedad y la integridad de los ciudadanos que habían acatado el toque de queda (los vándalos).
- En algunos lugares los vecinos reaccionaron ante estos mensajes con cierto grado de alarma y expectación.
- En redes sociales y posteriormente en medios de comunicación se sobrealimentó y sobredramatizó lo acontecido en horas de la noche.
- La sobrealimentación y sobredramatización configuraron un acontecimiento mediático: la noche de pánico, la noche delirante. Este acontecimiento mediático, a su vez, fue amplificado por las dinámicas propias de las redes sociales y los sistemas de mensajería.

Analizando entonces la jornada del paro en su totalidad a partir de esta estructura, notamos que, en varias de las fases descritas anteriormente, la desinformación operó como un elemento clave a la hora de generar un relato y motivar acciones colectivas por parte de la ciudadanía. Es decir, la desinformación promovida en la jornada de paro logró constituirse como una estrategia efectiva en términos políticos para crear un imaginario de orden social enrarecido y confuso.

### Los formatos de la desinformación

En el contexto digital contemporáneo aparecen diversas respuestas intertextuales que retoman la narración mediática hasta aquí descrita, y a su vez la amplifican, la problematizan, la modifican, y hacen énfasis en alguno de sus aspectos constitutivos ya sea en el plano textual o discursivo (Scolari, 2004).

Estas respuestas se producen en diversos soportes y modalidades semio-discursivas. Entre estos se encuentran muchas veces textos escritos que retoman información y la estructura textual de los mensajes producidos por medios reconocidos, y reorganizan la estructura argumentativa de estos. En el plano formal estos textos suelen circular en redes sociales como *post* compartidos o capturas de pantalla.

En el plano audiovisual se encuentra una gran variedad de formatos específicos, que suelen remitir a *hubs* de información como sitios web o plataformas tipo YouTube. También se hace un uso extenso de fotografías y videos modificados de diversas maneras que recontextualizan la información y modifican las claves de interpretación de las configuraciones sígnicas que presentan.

Entre los usos de la imagen icónica (fotográfica y caricaturas) se destaca el formato meme (Guerrero y Hernández, 2016). Y formatos más didácticamente orientados, como las infografías, esquemas o dibujos que sintetizan información “compleja” o datos, también están siendo usados para desinformar aprovechando lo riguroso que parece el formato.

Por último, hay respuestas y propuestas discursivas intertextuales, como los audios, que se vinculan con un imaginario de cercanía y facticidad. En este tipo de configuraciones semiodiscursivas de la comunicación *online* contemporánea suelen privilegiarse orientaciones del discurso de tipo expositivo-explicativo y narrativo, para dar cuenta de situaciones de coyuntura.

Todas estas posibilidades de producción de textos se integran de manera estratégica y determinada por los medios mismos, y por el panorama de las redes sociales y los ambientes de mensajería virtuales, en los momentos de conmoción social. Así mismo, las redes sociales son de primera importancia para el *marketing* contemporáneo; para el establecimiento y promoción de tendencias y modos de pensar y de sentir; y especialmente, como fue probado con el caso Cambridge Analytica en relación con la elección presidencial de 2016 en USA, para el *microtargeting* político, por medio del desarrollo de campañas basadas en datos recolectados a través de las redes sociales, y distribuidas por estos mismos medios (Penagos y Martínez, 2018).

Estas informaciones, que pueden aparecer en diversos formatos, suelen oscilar entre la desinformación y las noticias falsas, *fake news*. En muchos casos, como en el de las elecciones presidenciales de 2015 en Estados Unidos, el procedimiento corresponde a una modificación del énfasis narrativo e ideológico propuesto en los medios de comunicación tradicionales.

Estos eventos comunicativos son por naturaleza polémicos, y la estructura de los medios *online* tipo redes sociales y servicios de mensajería como WhatsApp, que no se presta para el debate en tiempo real, determina el hecho de que por lo general se identifiquen como noticias falsas textualidades y discursividades que corresponden más precisamente al dominio de la desinformación. La finalidad de la comunicación *online* a través de redes sociales y de servicios de mensajería, en el contexto del debate político no es la de demostrar la validez de las creencias, sino la de difundir al máximo el punto de vista e invisibilizar los opuestos.

### El relato del miedo a través de audios de WhatsApp

Por otro lado, los audios de WhatsApp representan un dispositivo idóneo para conseguir los efectos contrarios. Si los memes deslegitiman la narrativa del miedo por medio del recurso del humor, su opuesto en términos de modalización son los audios que circulan principalmente a través de WhatsApp y en menor medida que pueden movilizarse a través de redes sociales como Facebook y twitter.

El audio, como textualidad y formato, reviste el carácter semiótico de la huella, y de evidencia o testimonio de aquello que menciona, asumido como real. En el audio filtrado por redes sociales y WhatsApp el referente es considerado en relación unívoca con el significante. Se supone por tanto que no hay puesta en escena, y que lo que se escucha corresponde a un fragmento fidedigno tomado del *continuum* de lo real, en el que se tiene acceso al pensamiento y la intencionalidad (por vía semántica y de análisis pragmático) del dueño de la voz que se escucha (Mandoki, 2006).

### Los audios y su morfología

La composición de los mensajes en audio que circularon el 21 de noviembre en Cali tiene un elemento particularmente poderoso: la voz humana. Tan inherente a la experiencia comunicativa, la voz parece algo corriente. Sin embargo, “somos seres sociales por la voz y por medio de la voz” (Dolar, 2007, p. 26) porque es justamente su presencia constante en la vida lo que la hace estar en el eje de los vínculos sociales y subjetivos. En el vasto universo de sonidos que habita en las personas se encuentran todo el tiempo las voces de los demás, las voces de la música, de los medios y la propia voz.

Para el filósofo Mladen Dolar, autor de una completa investigación sobre la voz que recogió en su libro *Una voz y nada más* (2007), una manera de entender la voz es a través de sus distintas dimensiones: el acento, la entonación y el timbre.

## El acento

El acento trae consigo una connotación social y política, «existe una constante “lucha de clases lingüística”» (Dolar, 2007, p. 33). Desde su sonoridad o canto (ad-cantum) el acento revela el lugar de origen, no solo geográfico, sino social. Para explicarlo, Dolar evoca la obra de teatro *Pigmalión*, escrita por Bernard Shaw en 1913, de la que derivaron las películas *Pygmalion* (1938) adaptada al cine por Ian Dalrymple y la película musical *My fair lady* (1965) ganadora de Oscar a Mejor Película.

En las adaptaciones al cine, el protagonista de *Pygmalión* es un profesor de fonética que acepta el reto de convertir a una mujer pobre, con un marcado acento de la calle, en una dama refinada que pronuncia correctamente todas las palabras que utiliza en una conversación. La trama deja ver (aunque lo correcto sería decir *deja escuchar*) la carga social de los acentos que tienen las voces de los personajes. Esta conversación que sucede en la primera escena ejemplifica esta idea:

THE SARCASTIC BYSTANDER. Yes: tell HIM where he come from if you want to go fortune-telling.

THE NOTE TAKER. Cheltenham, Harrow, Cambridge, and India.

THE GENTLEMAN. Quite right. [Great laughter. Reaction in the note taker's favor. Exclamations of He knows all about it. Told him proper. Hear him tell the toff where he came from? etc.]. May I ask, sir, do you do this for your living at a music hall?

Y un poco más adelante,

THE NOTE TAKER. A woman who utters such depressing and disgusting sounds has no right to be anywhere—no right to live. Remember that you are a human being with a soul and the divine gift of articulate speech: that your native language is the language of Shakespeare and Milton and The Bible; and don't sit there crooning like a bilious pigeon<sup>1</sup>.

El talento que tiene “note taker” para adivinar los lugares de origen de quienes lo están interpelando en la escena y el recordatorio antipático (clasista) que le hace a la mujer para que deje de hacer sus “sonidos desagradables” y recuerde que su lengua materna ha sido la lengua de Shakespeare, Milton y La Biblia, ofrece suficiente ilustración para que el espectador entienda lo que se quiere señalar: no es solo la pronunciación incorrecta de las palabras en inglés, el acento con el que se utiliza el lenguaje es el sonido de la división de clases.

## La entonación

La segunda dimensión de la voz que propone Dolar es la entonación. Conectada con las emociones, la entonación advierte la intención del mensaje y del emisor.

El tono particular de la voz, su melodía y su modulación particulares, su cadencia y su inflexión, pueden decidir el significado. La entonación puede dar vuelta el significado de una oración; lo puede convertir en su contrario. Basta una leve nota de ironía, para que un significado serio se caiga de cabeza; basta una nota de aflicción, para que al chiste le salga el tiro por la culata. (Dolar, 2007, p. 33).

En el canto, entonar es identificar el “tono” en el que está escrita una obra y cantarla en ese registro. En ese sentido, aquel que “entona” también asume el papel de guía para que otras personas canten en un mismo tono. Entonar es, de alguna manera, ponerse de acuerdo.

En una conversación es importante identificar la entonación con la que está siendo emitido un mensaje. La perspicacia, la familiaridad y el dominio del lenguaje harán que esta tarea sea más o menos difícil para cada persona. Para identificar el sar-

---

1. Bernard Shaw, G. (28 de mayo de 2009). *Pygmalion*. Recuperado de <https://www.gutenberg.org/files/3825/3825-h/3825-h.htm>



casmo en una frase que alguien pronuncia en una lengua distinta a la nuestra puede ser necesario, además de la voz, leer otros gestos del lenguaje corporal como la mirada o los movimientos de las manos.

## El timbre

El tercer elemento es el timbre. “Podemos identificar a una persona por la voz, por sus particularidades características individuales de timbre, resonancia, tono, cadencia, melodía, el modo particular de pronunciar ciertos sonidos. La voz es como una huella digital, reconocible e identificable al instante” (Dolar, 2007, pp. 34-35). Estas características particulares de la voz humana la diferencian de las voces mecánicas de aparatos electrónicos o digitales.

No es una sorpresa que los sistemas de inteligencia artificial dedicados a desarrollar aplicaciones de voz se basen en voces humanas. Siri, el asistente personal con voz activada desarrollado por la empresa norteamericana Apple, funciona con base en un software de reconocimiento de voz (capaz de traducir las voces de los usuarios en texto). Dada la diversidad de timbres y acentos en las voces humanas, este software se entrena a través de la exposición a un gran número de muestras de voces que se agrupan en bases de datos. Por otro lado, las preguntas, órdenes y comentarios que recibe Siri son analizados por un algoritmo de procesamiento natural del lenguaje gracias al cual logra identificar la intención de las frases y otro más le permite contextualizar lo que le están diciendo. Finalmente, la voz de Siri es producto de largas jornadas de grabación de las voces de personas que suenan bien tanto para que las entienda el algoritmo, como para que suenen lo más natural posible al oído de los humanos<sup>2</sup>.

El timbre de la voz es uno de los elementos que configuran la personalidad y la identidad de las personas. Gracias al timbre de la voz se establecen vínculos emocionales entre los seres humanos. Siguiendo con los programas de inteligencia artificial, el caso de las personas con enfermedades neurodegenerativas como la esclerosis lateral amiotrófica (ELA) que han podido, de alguna manera, recuperar su voz utilizando

---

2. En una conversación con David Pierce para la Revista *Wired*, Alex Acero, ejecutivo que lidera el proyecto *Siri* dentro de Apple dice que lo que aprendió al ver la película *Her*, de Spike Jonze, en donde el protagonista se enamora de la voz de su sistema operativo es algo bastante obvio: “Sonaba natural, no era robótica”. Según la entrevista, el objetivo del equipo de Acero es hacer que Siri suene más humana. Recuperado de: <https://www.wired.com/story/how-apple-finally-made-siri-sound-more-human/>

algoritmos ilustra la importancia de la voz. A diferencia del sonido de la voz robótica con la que, a pesar de su enfermedad, el científico Stephen Hawking logró comunicarse durante muchos años, hoy existen sistemas que aprenden a hablar con archivos de la propia voz de las personas que padecen estas enfermedades y logran que el computador utilice esta información para sonar como ellas, con su voz<sup>3</sup>.

La intención de estas compañías por lograr que las voces artificiales suenen naturales no es gratuita. Si el futuro (o el presente) va a estar mediado por la relación con sistemas de voz computarizados, la voz será un elemento crucial para humanizar las comunicaciones.

## Una morfología de los audios de la noche de 21 de noviembre

Sobre los audios del 21 de noviembre de 2019 es posible proyectar una clasificación de acuerdo con quiénes fueron los emisores. La primera categoría puede ser una que agrupe los mensajes cuyo emisor son los “vándalos”; en la segunda se pueden ubicar los audios de los habitantes de las unidades residenciales que se encontraban “en peligro” y en la tercera, clasificar los mensajes de personas que aseguraban conocer detalles sobre los movimientos de los vándalos en la ciudad.

### Los vándalos

Los audios de los vándalos, con voces masculinas, hablaban a los oyentes en la primera persona del plural. Utilizaban expresiones y jerga del lenguaje barrial, expresaban su objetivo e incluso nombraban la lista de objetos que iban a robar. Sin sonidos predominantes al fondo, el tono callejero de la voz es el protagonista de este tipo de audios.

[Transcripción fuente anónima] Ey, ya aquí en el pedazo ya todo el mundo sabe: no hay toque de queda para la gente. Vamos a descontrolar durísimo. Bueno vamos a meternos a las casas a ribetear a los que son picados a estrato mil, vamos vamos

---

3. La empresa canadiense Project Revoice desarrolla este tipo de software de voz. El caso más emblemático de la compañía es el del ex jugador de hockey *Pat Quinn*, quien perdió la voz debido a la enfermedad. En un video sobre esta experiencia Quinn dice “It’s like you don’t even realize how powerful, how personal and how unique your voice really is until it is taken from you”. Recuperado de: [https://www.youtube.com/watch?time\\_continue=206&v=Dcg0rKG5WIU&feature=emb\\_title](https://www.youtube.com/watch?time_continue=206&v=Dcg0rKG5WIU&feature=emb_title)

a estraficarlos (SIC) ahí. No (SIC) les vamos a meter durísimo en la noche a las casas. Televisores, consolas, computadores, que neveras. Todo se los vamos a sacar y vamos es pa' lante mi gente. Aguante el paro toda la vida.<sup>4</sup>

## Vecinos asustados

Por otra parte, los audios de las personas que estaban en las unidades residenciales reproducían voces de hombres y mujeres. Voces afectadas por los nervios, el llanto y la desesperación. Al fondo se escuchan alarmas, ladridos y el sonido de otras voces en tercer plano.

[Transcripción fuente anónima] “Se están entrando por el lado de la unidad, Fran. Se están entrando. Ay Dios santo. Se están entrando, Fran”

[Transcripción fuente anónima] Llegaron a la unidad de nosotros. Vienen muchísimos, muchísimos, la gente está... mejor dicho. Sacan tablas, palos, de todo. La verdad es que sí son muchos y como yo tengo entrada por doble lado, están... mejor dicho. Las sirenas suenan en las unidades, mejor dicho, es muy muy feo.

[Transcripción fuente anónima] Hola, hola, les comento, estén pendientes que son personas del común. Van llegando como de a tres. Aquí capturamos a dos que venían del puente, pero los otros, hay como dieciocho, pero se desviaron porque aquí las tres unidades se unieron entonces eran como sesenta personas. Pero pues están ahí como en guarda (SIC). Se le entregaron los dos a la policía. Son pelados jóvenes, están muy sudados, huelen feo. Entonces pa' que estén pendientes por si hay alguien de ustedes que vive por el lado de la 16 con 56 con 66. Ahí les estoy informado creo que es a estar pendientes porque la policía y el ejército ya está en las calles y están tratando de controlar pero es muy poquita la policía que hay para la cantidad de gente que anda en la calle. Entonces lo que hacen es que los que capturaron aquí no eran de la zona y se los llevaron.<sup>5</sup>

---

4. El audio puede escucharse en: <https://soundcloud.com/carloscortes/vamos-a-robar-a-los-de-estrato>

5. Estos audios aparecen en el podcast *La noche del 21N en Cali. Del miedo a la reconciliación* que puede escucharse en: <https://noisradio.co/lanochedel21n>

## Personas con información “confiable”

En los audios del tercer grupo encontramos las voces de personas más tranquilas que las del grupo anterior. Aseguraban que la información que estaban compartiendo provenía de familiares o vecinos con contactos en la Policía que les dieron detalles sobre la hora en la que se presentarían los “ataques de los vándalos”. Sin sonidos de fondo, este tipo de mensaje sereno y en el que se mencionan fuentes confiables se escucha claro y convincente.

[Transcripción fuente anónima] Atención, un vecino del Valle del Lili, de la organización Tenerife informa que habló con un coronel de la Policía, el cual le dice que la gente que está atacando ahora está llamando la atención precisamente para poder marcar los sitios vulnerables. Más tarde, la gente se va a creer que ya no está pasando nada y lógicamente se van a ir a dormir, pero según este coronel el ataque se va a presentar entre las 2 y las 5 de la mañana, para que por favor estén atentos y hagan turnos de guardia en todas las urbanizaciones<sup>6</sup>.

Los tres grupos tienen en común el uso de la primera persona, tanto para generar la amenaza, como para confirmarla a través de la experiencia propia o por el mensaje de un tercero como figura de autoridad. Estas formas particulares de emitir un mensaje generan un fuerte vínculo emocional con el oyente.

Dada la naturaleza del sonido, sin límites definidos o claros, la experiencia sonora se completa en gran medida por la imaginación. Es posible decir que al escuchar la voz del “vándalo” el oyente imagina también cómo se ve y qué tan vulnerable es frente a él en una posible confrontación. El acento, como una característica de la voz que revela información sobre el lugar de origen y el lugar social que ocupa la persona (como se evocó antes con el ejemplo de *Pygmalión*), completa una imagen. Esta imaginación, mediada en parte por prejuicios y estereotipos, constituye la imagen del vándalo y con ella las reacciones, sentimientos y sensaciones que produce un posible ataque de su parte. Tan solo el sonido de su voz constituye su presencia.

---

6. Un audio con una estructura argumentativa muy similar circuló con voz femenina la noche del 22 de noviembre en Bogotá y puede escucharse aquí: <https://soundcloud.com/carloscortes/po-ngase-camisetas-blancas#t=0:00>

## Las voces acusmáticas del WhatsApp

A diferencia de los mensajes de audio que una persona puede recibir de sus familiares o conocidos cotidianamente, los mensajes aquí analizados tienen la particularidad de ser completamente acusmáticos. La acusmática es un término griego que aparece en los estudios sobre el sonido del músico Pierre Schaeffer para señalar, en los años 60, cómo la radio se había convertido en una cortina que separaba a los oyentes de la fuente del sonido.

Acusmático, dice Larousse: nombre dado a los discípulos de Pitágoras que durante cinco años escucharon sus lecciones escondidos tras una cortina, sin verle, observando el silencio más riguroso [...] Acusmático: se dice de un ruido que se oye sin ver las causas de donde proviene (Schaeffer, 1988, p. 56).

En el libro *La Audiovisión* (1990), Michel Chion retoma el concepto para analizar el sonido en el cine, en donde la acusmática ha sido utilizada, por ejemplo, para crear ambientes de suspenso o de terror en innumerables filmes. En la película *Llama un extraño* (Fred Walton, 1979) una mujer joven es atormentada cada 15 minutos por una voz misteriosa que la llama por teléfono para asustarla e intimidarla. En este caso, «la fuente de la voz podría estar en cualquier parte: de hecho, cuando “llama un extraño”, como lacónicamente resume el título original, todo cambia radical e inmediatamente» (Dólar, 2007, p. 82). El hecho de que “todo cambia” es el momento en el que el sonido le da paso a lo siniestro o al fantasma, como señalan otros estudios sobre el sonido.

Los tres tipos de mensajes analizados aquí consolidan un solo hilo conductor: una voz amenaza con atacar, otras voces son testigos que confirman la presencia (imaginada y real) de los atacantes y otras voces aseguran que las autoridades están al tanto y tienen más detalles. Visto de esta manera parece que existe una estructura narrativa cerrada o circular. La estrategia de desinformación contaba con cada uno de estos elementos para ponerse en marcha, incluso con aquellos que surgieron de manera espontánea.

El entonces alcalde de la ciudad, Maurice Armitage, la denominó “operación avispa” que

consistió en crear alertas a través de redes sociales para llamar la atención de las autoridades en ciertos puntos. Una vez llegaban al sitio, la alerta se había desvanecido y reventaba en otro lugar. “Entre noticias verdaderas y falsas la situación se tornó imposible. La inseguridad era total” (*Revista Semana*, 2020).

Si la intangibilidad del sonido, como recuerda David Toop, es siniestra (sobrecogedora, aterradora) las voces acusmáticas que llegaron a través del WhatsApp en una noche de inmensa tensión social, de “inseguridad total”, lo eran aún más. Los cuerpos contemporáneos, como los llama la investigadora Paula Sibilia, “se ven afectados por las tecnologías de la virtualidad y de la inmortalidad, y por los nuevos modos de entender y vivenciar los nuevos límites espacio-temporales que estos recursos inauguran” (Sibilia, 2009, p. 55). El impacto de estos mensajes, que generaron cadenas de pánico y desinformación se puede justificar, en parte, por el elemento acusmático.<sup>7</sup>

### Las emociones se oyen fuerte

Como explica el investigador en *Paisaje sonoro*, José Luis Carles, “el sonido posee una indudable capacidad para emocionarnos, para inducir situaciones estéticas. Una música, una voz familiar, un sonido determinado como el del mar o el de una tormenta, muestran el potencial del sonido para afectarnos, para poseernos” (Carles, 2007, p. 4).

Las voces que se escucharon en los audios del 21N contienen en sí mismas una serie de códigos sociales y estéticos que garantizaron su efecto masivo y alarmante: en el convulsionado contexto colombiano que se vivía en el marco del paro nacional, una amenaza en tono callejero resultaba fácilmente verosímil. Lo mismo ocurre cuando se escucha la voz de alguien que asegura tener contactos con las autoridades en un momento de vulnerabilidad o con las voces de familiares y amigos que narraban la situación que estaban viviendo de primera mano en sus unidades residenciales (vecinos armados, alarmas, camiones del Ejército circulando por los barrios, etc.).

En una entrevista para el podcast *Chequeo amplificado* del proyecto Colombia Check<sup>8</sup>, Carlos Cortés, periodista y director de Linterna Verde,<sup>9</sup> un centro de investigación que se enfoca en analizar problemas presentes en el entorno digital, la efec-

7. Como lo reportó el portal *La Silla Vacía* «Entre las 7 y 9 de la noche del jueves al CAD de Cali llegaron 1.069 llamadas de emergencia, cuando lo normal es que no sean más de 100 en promedio; y a los funcionarios pendientes del puesto de mando unificado llegaron entre 700 y 800 mensajes de audios y videos por WhatsApp. “Todos los audios son el mismo reporte y tienen un patrón: la gente dice ‘se metieron a la unidad del vecino, vienen a la mía’. Se escuchan disparos, y hay mucho ruido de gente alterada”, nos dijo un funcionario que tuvo que recibir llamadas de emergencia» Recuperado de: <https://lasillavacia.com/silla-pacifico/toque-queda-bomba-social-whatsapp-cali-74637>

8. <https://colombiacheck.com>

9. <https://linternaverde.co>

tividad de los mensajes que circulan por WhatsApp en contextos de desinformación se sustenta en tres elementos principales: la cercanía (familiaridad), la desconfianza y el escepticismo hacia los medios tradicionales, y la factura amateur de los mensajes.<sup>10</sup> Cortés recuerda que el mismo Facebook ha utilizado públicamente la analogía “WhatsApp es como la sala de la casa” para referirse a este servicio de mensajería.<sup>11</sup> En ese sentido, los elementos ya mencionados cuentan con todos los requisitos para sentarse en la sala de la casa.

Como parte de su análisis sobre los hechos ocurridos el 21N en Cali, Linterna Verde a través de un artículo en el portal *La Silla Vacía*, explicó

El testimonio en primera persona de propios y extraños genera un contagio emocional y refuerza la convicción de que se enfrenta una amenaza. Como explica Damon Centola, el valor de la conducta se incrementa a medida que otras personas la adoptan, con lo cual aumentan también la credibilidad y la legitimidad del hecho (Vélez, 2019).

Leer esta afirmación a partir de los estudios del paisaje sonoro complejiza aún más la lectura sobre estas interacciones. A propósito, continúa Carles

En definitiva, el sonido, con su gran capacidad de evocación adquiere un valor que va más allá de las características reales del momento, y con su poder puede hacernos recordar otras situaciones. A través de unos índices sonoros que la acústica tradicional ha considerado básicamente en términos físicos —niveles sonoros, frecuencias, espectro...—, el sonido nos muestra nuevas dimensiones del medio ya que puede activar instantes y experiencias ya olvidadas y «transportarnos» a otras situaciones. El sonido ayuda a «reconstruir» el lugar resultando por tanto, determinante en la evaluación que el sujeto realiza del espacio y en la preparación y realización de sus acciones en el medio (Carles, 2007, p. 5).

---

10. La entrevista completa puede escucharse aquí <https://colombiacheck.com/index.php/chequeos/whatsapp-y-desinformacion-parte-1>

11. En un post de marzo de 2019 Mark Zuckerberg, CEO de Facebook, la compañía a la que pertenece WhatsApp escribió “Over the last 15 years, Facebook and Instagram have helped people connect with friends, communities, and interests in the digital equivalent of a town square. But people increasingly also want to connect privately in the digital equivalent of the living room” Recuperado de: <https://www.facebook.com/notes/mark-zuckerberg/a-privacy-focused-vision-for-social-networking/10156700570096634/>

El sonido de las voces acusmáticas que viajaron de manera viral por grupos de WhatsApp no solo estaba expresando el significado textual de los mensajes. Al ser escuchados entraron en contacto con la memoria, los prejuicios y estereotipos que existen en la configuración de cada sujeto social. «La relación “sonido-contexto-sentido” hace posible que al escuchar no sólo seamos capaces de distinguir una fuente sonora, sino que además evoquemos el contexto en el que ha ocurrido dicho evento sonoro» (Soto, 2017, p. 7) y de esta manera se le ubique en un contexto particular y se le asignen valores.

Con los mensajes en audio de la noche de 21 de noviembre pasó algo particular: ante la incapacidad de asignarles el valor falso o verdadero, las personas adoptaron una actitud a la defensiva. Con palos, armas de fuego y tácticas de vigilancia se organizaron entre vecinos<sup>12</sup>.

La capacidad de inducir juicios de valor y emociones sobre otras personas se refuerza con la voz. Como explica la Dra. Ana Rosa Scivetti, “es posible observar cómo un estado emocional determinado modifica la fuerza y el modo de la expresión del hablante, al tiempo que produce efectos en el comportamiento y en el ánimo de quien escucha” (Scivetti, 2007, p. 1).

La noche del 21 de noviembre de 2019 se convirtió en una especie de *La Guerra de los Mundos*, el mítico programa radial con el que Orson Welles causó pánico entre los habitantes de New Jersey en los años 30 al transmitir en vivo, por la cadena CBS, una supuesta invasión extraterrestre que estaba siendo registrada por periodistas locales. En Cali, la amenaza provenía de una mezcla de voces, videos caseros de baja factura y noticias en las que las autoridades parecían perder el control de la situación.

Como cuenta Benjamin en *El Narrador*, el fundador del periódico *Le Figaro* describió la naturaleza de la información con una frase célebre “A mis lectores, el incendio en un techo en el Quartier Latin les es más importante que una revolución en Madrid” (Benjamin, 1936, p. 5). Antes de la llegada de la información moderna, la narración “disponía de una autoridad que le concedía vigencia, aunque no se le sometiera a control”, los mitos, los relatos de viaje, las historias populares son un ejemplo de esto. Pero en la modernidad la información “reivindica una pronta verificabilidad

---

12. En el podcast *La noche del 21N. Del miedo a la reconciliación*, el colectivo de radio y arte sonoro Nois Radio recopiló testimonios sobre los recuerdos que los habitantes de Cali guardan sobre los acontecimientos de la noche del toque de queda. En una intervención en el espacio público “los transeúntes pudieron escuchar algunos de los audios que circularon en la noche del 21N, así como otras versiones sobre esa noche particular que quedó grabada en la memoria colectiva de la ciudad”. El programa puede escucharse en: <https://noisradio.co/lanochedel21n>



[...] es imprescindible que la información suene plausible” (Benjamin, 1936, p. 5). La narrativa creada por los audios del 21 de noviembre *sonaba plausible*, aunque verificarla individualmente, mensaje por mensaje era imposible, en conjunto generó un universo de voces en el que abrirse paso para entender, tomar distancia y no sucumbir al pánico resultó ser una tarea difícil y desafiante para muchas personas.

Identificar el papel que juega la voz en los contenidos que circulan como parte de estrategias de desinformación contemporáneas recuerda su misterio y su poder secreto (Dolar, 2007). Su capacidad de alimentar la curiosidad, de generar miedo y empatía, de aportar humanidad a un mensaje que expresado a través de otro medio podría ser más fácilmente ignorado o desestimado, evidencia su poder dentro del engranaje de lenguajes, medios y formatos que se conjugan en un acontecimiento.

La noche del 21 de noviembre de 2019 fue una noche de voces fantasmales, acusmáticas, que viajaron a la velocidad del internet y lo cambiaron todo en cuestión de minutos. Escuchar el eco de esas voces en los análisis sobre la desinformación revela que no solo se trata de mensajes con información distorsionada o falsa. La forma en la que suenan esos mensajes es una de sus mayores fortalezas.

## Conclusiones

El acceso, consumo y distribución de contenidos representan en la actualidad problemas que desbordan el ámbito tradicional de los estudios sobre medios y recepción de mensajes. Comprender los flujos de información que vinculan los diferentes actores que componen el ecosistema digital contemporáneo, supone un esfuerzo de actualización constante de herramientas metodológicas y conceptuales que indaguen sobre fenómenos que emergen con la misma velocidad de eso que denominamos “viralización” (Thompson, 2018).

En este sentido, al momento de analizar la desinformación y su operación en el entorno digital, se hace necesario vincular dimensiones de análisis que combinen nociones propias del ecosistema mediático contemporáneo con modelos interpretativos que puedan dar cuenta de mensajes que operan con otra lógica diferente a la producción tradicional mediática (Scolari, 2008). Por tanto, analizar la morfología de un tipo específico de mensaje como los audios de WhatsApp a partir de nociones propias de los estudios sobre la voz y el sonido, busca justamente cumplir esa premisa.

Los diferentes audios que circularon en Cali la noche del 21 de noviembre de 2019 y que se analizaron en este documento, configuran una sola línea argumentativa: primero una amenaza y, en segundo lugar, la confirmación de esa amenaza a través de la

experiencia personal o a través de la voz de una supuesta figura de autoridad. Analizar esta narrativa (escucharla para develar, por ejemplo, que siempre se hace uso de una voz en primera persona) abre un camino hacia la comprensión del significante en los mensajes que circulan en las estrategias de desinformación.

Las características propias de la voz (acento, timbre y tono), su forma acusmática y las conexiones emocionales que genera entre las personas dan cuenta de cómo su presencia en las estrategias de desinformación no es gratuita. Al contrario, es determinante para lograr los efectos que se proponen aquellos que buscan desinformar, desestabilizar o distorsionar los acontecimientos.

Dado el protagonismo que las redes de mensajería instantánea como WhatsApp han tomado en el complejo entramado de desinformación que se configura en el ecosistema digital ya mencionado, la mirada (o en este caso, el oído atento) a la información que revelan como objeto de estudio, plantea nuevos horizontes para comprender agendas mediáticas a la luz de su incidencia en la construcción de relatos e imaginarios. Y, a su vez, retoma interrogantes relacionados con el consumo de contenidos mediáticos en comunidades particulares y la producción mediática por parte de actores que, como enunciadore, no son visibles o reconocidos.

Los contenidos que hacen parte de estrategias de desinformación digital operan como productos cuyo diseño, distribución, sentido y recepción, están signados por procesos que entrañan un amplio poder de seducción con las audiencias (Jenkins, 2016). Esta seducción se ve representada en la construcción de discursos que apelan a la cotidianidad del lenguaje entre pares y a una mimesis del relato periodístico como referente de legitimidad.

Por tanto, la desinformación, apelando a estos usos del lenguaje, puede orientar el desarrollo de acontecimientos sociales en los que participan actores que pugnan por imponer un relato que determine acciones concretas. Para el caso de los hechos descritos y analizados, la matriz discursiva de memes, audios y demás contenidos, buscaba generar un relato de caos, miedo e inseguridad que reforzara sesgos y provocara reacciones de la ciudadanía frente a un conjunto de situaciones que no sucedieron.

## Referencias bibliográficas

- Benjamin, W. (1991). *El narrador. Para una crítica de la violencia y otros ensayos. Iluminaciones IV*. Madrid, España: Taurus.
- Carles, J. (2007). *El paisaje sonoro, una herramienta interdisciplinar: análisis, creación y pedagogía con el sonido. Encuentros iberoamericanos sobre paisajes sonoros*. Madrid, España: Centro

- virtual Cervantes. Recuperado de [http://cvc.cervantes.es/artes/paisajes\\_sonoros/p\\_sonoros01/carles/carles\\_01.htm](http://cvc.cervantes.es/artes/paisajes_sonoros/p_sonoros01/carles/carles_01.htm)
- ColombiaCheck (2020). *WhatsApp y desinformación Parte I*. Recuperado de <https://colombiacheck.com/index.php/chequesos/whatsapp-y-desinformacion-parte-1>
- ColombiaCheck (2019). *Lo verdadero y lo falso del paro nacional del 21N*. Recuperado de <https://colombiacheck.com/especiales/paro-21-noviembre/>
- Charaudeau, P. (2011). *Las emociones como efectos de discurso*. México, Ciudad de México: Versión Estudios de Comunicación y Política número 26.
- Chion, M. (1990). *La audiovisión. Introducción a un análisis conjunto de la imagen y el sonido*. España: Paidós Comunicación 53.
- Dolar, M., & Žižek, S. (2007). *Una voz y nada más*. Buenos Aires, Argentina: Manantial.
- Duque, T. (24 de noviembre de 2019). Toque de queda + bomba social + WhatsApp = Cali. *La Silla Vacía*. Recuperado de <https://lasillavacia.com/silla-pacifico/toque-queda-bomba-social-whatsapp-cali-74637>
- Focás, B. (2016). Recepción de medios y percepciones de la inseguridad: la incidencia del delito en la vida cotidiana. En *(In)seguridad, medios y miedos: una mirada desde las experiencias y las prácticas cotidianas en América Latina*. Colombia, Cali: Universidad Icesi. (pp. 43-88).
- Guerrero, M. & Hernández, M. (2016). *Los Universitarios Dicen: emprendimiento digital entre interacciones y memes* [Informe de trabajo de grado]. Colombia, Cali: Universidad Icesi.
- Jenkins, H. (2016). *Cultura Transmedia: la creación de contenido y valor en una cultura en red*. Barcelona, España: Editorial Gedisa.
- Mandoki, K. (2006). *De acción pasión y seducción*. Bogotá, Colombia: Grupo Editorial Norma.
- Nois Radio (2020). *La noche del 21N en Cali. Del miedo a la reconciliación*. [Audio Podcast]. Recuperado de <https://noisradio.co/lanochedel21n>
- Penagos, J. & Martínez, M. (2019). *El ethos como efecto del discurso periodístico de Breitbart News durante la campaña presidencial de 2015-6 en Estados Unidos: La producción discursiva de la imagen del candidato Trump y las de sus oponentes en cinco coyunturas de escándalo mediático*. Cali, Colombia: Universidad del Valle.
- Pierce, D. (14 de marzo de 2018). How Apple Finally Made Siri Sound More Human. *Wired*. Recuperado de <https://www.wired.com/story/how-apple-finally-made-siri-sound-more-human/>

- The ALS Association (12 de abril de 2018). *Project Revoice: Helping This Ice Bucket Challenge Founder Take His Voice Back From Als*. [Archivo de Vídeo]. YouTube. Recuperado de [https://www.youtube.com/watch?time\\_continue=206&v=Dcg0rKG5WIU&feature=emb\\_title](https://www.youtube.com/watch?time_continue=206&v=Dcg0rKG5WIU&feature=emb_title)
- Scivetti, A. (2007). La voz en la comunicación. *Revista Electrónica de Psicología Política*, 5(13). San Luis, Argentina.
- Scolari, C. (2004). *Hacer clic: hacia una sociosemiótica de las interacciones digitales*. Barcelona, España: Editorial Gedisa.
- Scolari, C. (2008). *Hipermediaciones: elementos para una teoría de la comunicación digital interactiva*. Barcelona, España: Editorial Gedisa.
- SEMANA. (22 de noviembre de 2020). La explicación del alcalde Armitage a la historia colectiva en Cali. *Revista Semana*. Recuperado de <https://www.semana.com/nacion/articulo/la-explicacion-del-alcalde-armitage-a-la-historia-colectiva-en-cali/641481>
- Soto, M. (2017). *Recorridos sonoros como metodología de investigación para visitar el espacio de los recuerdos* [Tesis de maestría]. Universidad Nacional de Colombia, Sede Bogotá.
- Toop, D. (2013). *Resonancia siniestra: el oyente como médium*. Buenos Aires, Argentina: Caja Negra.
- Thompson, D. (2019). *Creadores de hits, la ciencia de la popularidad en la era de la distracción*. México D.F.: Editorial Océano.
- Vélez, C. (30 de noviembre de 2019). Asustarse es cuestión de método: el contagio del 21/22N en Cali y Bogotá. *La Silla Vacía*. Recuperado de <https://lasillavacia.com/silla-llena/red-de-la-innovacion/asustarse-cuestion-de-metodo-contagio-del-2122n-calibogota-71814>
- Van Dijk, T. (2019). *Macrostructures: An interdisciplinary study of global structures in discourse, interaction, and cognition*. Londres, Reino Unido: Routledge.
- Zuckerberg, M. (06 de marzo de 2019). *A Privacy-Focused Vision for Social Networking*. Recuperado de <https://www.facebook.com/notes/mark-zuckerberg/a-privacy-focused-vision-for-social-networking/10156700570096634/>

AHÍ VIENEN LOS BÁRBAROS: EL 21N EN CALI

**Omar Alejandro Bravo**

Universidad Ices | [oabravo@icesi.edu.co](mailto:oabravo@icesi.edu.co)

*Los bárbaros salen de noche. Antes de que oscurezca hay que recoger la última cabra, atrancar las puertas y apostar un centinela en cada atalaya para dar las horas. Dicen que los bárbaros merodean por los alrededores toda la noche, resueltos a asesinar y saquear. (Coetzee, Esperando a los bárbaros).*

## Introducción

El día 21 de noviembre del 2019, el denominado Comité nacional del Paro, surgido de una convocatoria anterior del día 4 de noviembre, decretó un paro general en Colombia. Este comité agrupó a diversas organizaciones y sindicatos, con reivindicaciones y consignas parcialmente diferenciadas.

Los principales reclamos tenían que ver con las anunciadas reformas pensionales y tributarias por parte del Gobierno, de corte neoliberal, y el asesinato de líderes sociales. A estas se fueron sumando otras, vinculadas por ejemplo a cuestiones ecológicas y a problemas puntuales de la educación superior.

Todo este amplio espectro político y social comenzó a articularse y tomar impulso tiempo antes, a partir del descrédito del gobierno nacional, la ola creciente de asesinatos de líderes sociales ya mencionada, el bombardeo del ejército a un campamento guerrillero que provocó la muerte de varios niños y niñas y la derrota del partido del Gobierno en las elecciones regionales del mismo año. Por otra parte, las protestas sociales en Chile y Ecuador, entre otros países, alimentaron este clima de protesta e indignación. Por todo esto, las marchas convocadas ese día en distintas ciudades del país tuvieron una masividad llamativa, comparadas con protestas anteriores. En la ciudad de Cali, en particular, varias columnas confluyeron en el centro de la ciudad, de manera en general pacífica.

Finalizando la concentración, algunos problemas de orden público comenzaron a sucederse. Hubo bloqueos de calles organizados por grupos ajenos a la movilización, destrozos y algunos saqueos a locales comerciales, sobre todo en el sector este de la ciudad, donde se presentan los peores indicadores sociales.

La difusión de estas situaciones generó una alarma colectiva, ya que la policía parecía verse desbordada por los hechos. Esto derivó en la implementación del toque de queda en la ciudad, con prohibición de circular a partir de las 7:00 p. m. El ejército salió también a la calle para colaborar con esta tarea. Según el alcalde Armitage, esta medida se dirigía a detener a vándalos, desadaptados y delincuentes que estaban saqueando la ciudad.

Desde ese momento comenzaron a divulgarse, principalmente a través de las redes sociales, supuestos hechos de saqueos e invasiones de conjuntos habitacionales perpetradas por grupos de jóvenes. Frente a esto, varios grupos de vecinos se organizaron para defender sus propiedades, exhibiendo armas de distintos tipos, con guardias que se extendieron en ocasiones durante toda la noche. También se escucharon disparos, en un marco creciente de alarma donde los mensajes, difundidos principalmente a través de la aplicación WhatsApp, alertaban sobre la inminencia de los saqueos, siendo que en general esta información se respaldaba en supuestos hechos similares sucedidos en otros predios vecinos o datos aportados por alguien vinculado al Gobierno. Algunos videos que comenzaron a difundirse aumentaron este clima de miedo y la violencia asociada: grupos de vecinos golpeando a jóvenes (todos ellos afros); personas disparando sus armas, en medio de gritos amenazantes; o audios que prometían asesinar a quien se atreviese a invadir una propiedad.

A pesar de que algunas voces más prudentes alertaron contra la dudosa veracidad de la información circulante y el hecho factual de que no se percibía en las calles la presencia de ningún grupo o sujeto que pareciese tener la intención de saquear, estas acciones defensivas solo se interrumpieron al día siguiente, teniendo un momento de rebrote cerca del mediodía ante el nuevo rumor de que el centro de la ciudad era ahora objeto de desmanes.

Esta sucesión de hechos produce una serie de interrogantes, posibles de sintetizar en la siguiente pregunta: ¿qué tipo de mecanismos psicosociales permiten que un grupo de personas asuma una actitud agresiva de este tipo, basada en rumores, y dirigida a sectores y sujetos previamente caracterizados por su edad, origen social y territorial? A esta pregunta puede sumarse otra, de carácter más proyectivo: ¿de qué manera este tipo de respuestas sociales compromete la posibilidad de construir una sociedad que priorice vínculos sociales basados en el respeto y la solidaridad (premisas estas que tomaron más volumen a partir del proceso de paz establecido con las Farc)?

La respuesta a estos interrogantes es siempre parcial, imposible de agotar desde un único enfoque disciplinario y teórico. Por otra parte, esta dirección de análisis no parte tampoco de considerar un fenómeno particularmente novedoso, dado que episodios similares (rumores de saqueos y vandalización, pánico y respuestas preventivamente violentas de algunos sectores sociales) se había sucedido ya en otros países de la región anteriormente, como Brasil y Argentina.

Así mismo, este acontecimiento no puede ser desvinculado de aspectos socio-históricos relacionados al conflicto armado colombiano y la manera en que el mismo se ha ido reconfigurando, desde nuevas prácticas y actores armados. Sobre esos pro-

cesos históricos se han producido representaciones sociales e imaginarios asociados a la noción de que en la sociedad colombiana existen sujetos y grupos sociales que por su condición ideológica, de clase social y/o raza, pueden ser considerados socialmente anómalos, merecedores por esto de políticas represivas (Álvarez Patiño y Acevedo, 2013; Barón y Valencia, 2001; Umaña, 2009).

Por todo esto, el objetivo de este trabajo es analizar las representaciones sociales presentes en este tipo de respuestas sociales en lo que hace a su motivación y objetivos, considerando para esto el material obtenido de cadenas de WhatsApp producidas en algunos conjuntos residenciales de la ciudad durante esos hechos. Este texto se vincula a una investigación en curso, que pretende analizar discursos y prácticas discriminatorias asociadas a acontecimientos como este, el del paro del 21N y sus consecuencias y los derivados de la pandemia del COVID-19.

Cabe destacar que la estrategia metodológica inicial preveía la aplicación de encuestas y entrevistas a esos mismos grupos y personas. Para este fin, se divulgó esta actividad en varios conjuntos residenciales; sin embargo, no fue posible obtener la aprobación para dichas actividades. Esto constituye en sí mismo un dato de interés, sujeto a especulaciones: ¿hubo una actitud vergonzosa posterior, una vez divulgada la falsedad de los hechos que provocaron esa respuesta colectiva, que llevó a no asumir la participación en los grupos de autodefensa?; ¿el mismo temor paranoide que permitió ese tipo de convencimiento y acciones se trasladó a la posibilidad de tener que hablar de esto frente a un extraño?; ¿las acciones mencionadas se legitimaron en un clima de excepción, no pudiendo hablarse de ellas en otro contexto? Estas consideraciones, secundarias con relación a los objetivos de este texto, no fueron abordadas en particular. No obstante, la discusión general a sostener ofrece elementos para su reflexión e intenta extender este debate hacia la necesidad de relacionar esos procesos mencionados con los obstáculos para consolidar procesos de paz sólidos y socialmente arraigados en este país.

## Marco teórico

El marco teórico de referencia para este trabajo considera abordajes realizados en torno a temas generales como el miedo, el odio y las eventuales reacciones de violencia que de estos sentimientos se derivan, vinculados a ciertas circunstancias sociales y políticas particulares y su relación con posibles afectaciones a la salud mental. Así mismo, se hará un breve recorrido por la teoría de las representaciones sociales, a partir de la cual se hará el análisis de la información escogida.



En relación al miedo, Nogal Tomé (2015) lo define como una “emoción básica primitiva en el ser humano que nos sirve de alerta y nos permite identificar aquellas cosas que son potencialmente dañinas y peligrosas, evitando daños permanentes en nuestra integridad (física y psíquica) y garantizando en definitiva, nuestra supervivencia” (p. 33).

Esta definición puede ser criticada en lo que hace a la referencia al carácter primitivo del sentimiento en cuestión, pero es de utilidad a los fines de este trabajo, si se dimensionan también los aspectos sociales, subjetivos y culturales en los cuales este tipo de reacciones se inscriben y determinan.

Lo mismo sucede con un concepto tan polisémico como el de la maldad. Según Quiles del Castillo et al. (2014), la misma refiere a “el daño intencional, planeado y moralmente injustificado que se causa a otras personas, de tal modo que denigra, deshumaniza, daña, destruye o mata a personas inocentes.” (Baumester, 2000; citado por Quiles del Castillo et al., 2014, p. 23).

Bauman (2016) indica el carácter necesariamente religioso que esta discusión adopta, al mencionar el origen cristiano que la noción del mal aún detenta, donde él mismo era considerado como “un estado de bondad descarriada o insuficiente que se podía superar, mientras que los maniqueos consideraban el bien y el mal como realidades paralelas e irreconciliables.” (p. 14).

Tomando necesaria distancia de esta noción anterior, Bauman y Donskis refieren el mal en el seno de las relaciones humanas, posible de manifestarse por medio de

los incontables agujeros negros de un espacio social desregulado a conciencia, en el que la competencia a cara de perro y el distanciamiento mutuo han sustituido a la cooperación y a la solidaridad, mientras una individualización irresistible erosiona el poder aglutinante de los lazos interhumanos. (Bauman y Donskis, 2016, p. 60).

Esta adecuada descripción es pertinente para explicar este tipo de fenómenos en el contexto colombiano, pero es necesario agregar aquí a las consecuencias del conflicto armado en este país y el desgarramiento social que esto ha implicado.

Por otra parte, Arendt (1999) sitúa este debate tomando como referencia al Holocausto. Su célebre análisis del juicio a Eichman le permitió transitar de la noción kantiana del mal, que lo entiende como una perversidad radical del ser humano, a su posible carácter banal, o sea, a un ejercicio del mismo desprovisto de perversidad e, inclusive, de un juicio moral asociado, de ahí su condición banal. De esta manera, la deshumanización, definida como un “daño irreparable causado a la humanidad de los otros” (Bello Reguera, 2014, p. 103) podría tener estos dos posibles orígenes.

Así mismo, Emcke (2017), desde una perspectiva foucaultiana, define el objeto posible de las prácticas deshumanizantes, que recaerían en

aquellos que corren el riesgo de verse despojados de su subjetividad; aquellos cuya piel, cuyo cuerpo o cuyo pudor no se respeta; quienes no son considerados personas ni seres iguales, sino asociales, improductivos o nulos; quienes entran en la categoría de degenerados, delincuentes o enfermos, impuros o antinaturales desde el punto de vista étnico o religioso (p. 200).

Esta descripción se aproxima al concepto nazi de vida indigna de ser vivida, legitimador del

genocidio. De esta manera, a través de estos procesos, un ser humano deja de ser tal y lo convertimos en una cosa, de tal modo que se legitima la realización de todo tipo de actos horripilantes a todas luces, ya que el otro no es un igual, y por tanto no rigen las normas éticas y morales básicas.” (Nogal Tomé, 2015, p. 41).

Merlin (2017) relaciona este tipo de políticas con el neoliberalismo, ya que este “constituye un todo cerrado que no se caracteriza por el lazo social sino por el individualismo y que toma consistencia en variadas expresiones de odio” (p. 27). De esta forma, se naturalizan ciertos hábitos sociales y se imponen formas de relación cosificadas y vacías de solidaridad. El machismo, según la misma autora, tendría relación directa con este tipo de procesos.

El odio entonces se produce socialmente, y se alimenta de sentimientos también producidos, como el miedo. La maldad es la atribución social que se le hace a otro, entendido como anómalo y socialmente ajeno, lo que justifica el odio y la agresión.

De esta manera, siempre, según Merlin (2017), se promueve “un odio sostenido frente a esa amenaza construida, que se alimenta día a día generando miedo e inseguridad” (p. 59). Este tipo de afectos tendrían un carácter antipolítico, en tanto negadores de un lazo social más armónico y democrático que, cuando consolidados llevarían “al miedo social, a la ruptura de los vínculos, desembocando en el racismo y la xenofobia” (Merlin, 2019, p. 41).

Para Bandura (2000) opera aquí un proceso que denomina como desconexión moral, cuyos mecanismos, entre otros, se basan en

la difusión de la responsabilidad (actuar respaldado por un grupo disminuye la percepción de responsabilidad y facilita la desinhibición), el desplazamiento de la responsabilidad (la persona transfiere su moral hacia una autoridad externa que considera legítima) o justificando la agresión bajo principios de orden moral superior. (Bandura, 2000, citado por Prieto Ursúa, Ordoñez y Dushimimana, 2019, p. 61).

De esta manera, una vez instalados estos imaginarios, en determinadas circunstancias sociales como las aquí consideradas, los mismos pueden referenciarse en grupos y personas, sin necesidad de establecer un juicio de realidad o una reflexión más racional en torno a ese proceso.

Coetzee (2019), en su novela titulada *Esperando a los bárbaros*, define esto apropiadamente:

Personalmente advertía que, sin falta, una vez en cada generación los bárbaros provocaban un episodio de histeria. No existe a lo largo de la frontera mujer que no haya visto en sueños la mano morena de un bárbaro surgiendo bajo su cama para agarrarle el tobillo. Ni tampoco hombre que no se haya atemorizado con visiones de los bárbaros celebrando orgías en su hogar, rompiendo los platos, incendiando las cortinas y violando a sus hijas (p. 19).

Lógicamente, estos procesos de generación de odios atentan contra la salud mental de las personas involucradas. En este sentido, la salud mental no puede pensarse como desvinculada de las condiciones concretas de existencia de cada persona y grupo, estando por esto atravesada por factores de orden social, cultural, económicos, políticos y subjetivos que definen formas particulares de sufrimiento psíquico para cada época y situación. Así mismo, en esas condiciones materiales pueden encontrarse elementos reparatorios para dichos padeceres, fundamentalmente vinculados a la promoción de espacios vinculares de carácter fraterno y solidario. La propia idea de sufrimiento psíquico tiene que ver con esta caracterización de la salud mental, pues la misma “nos remite a pensar en un sujeto que sufre, en una experiencia vivida por un sujeto” (Amarante, 2015, p. 72).

Por esto, “no es posible concebir formas del sufrimiento mental aisladas de la historia del sujeto que lo sufre, las condiciones de existencia, la cultura que habita, o la historia que lo constituye y lo singulariza en el mundo.” (Galende, 2015, p. 63).

Cuando esos contextos son violentos, tanto en el sentido material (exclusión social, violencia interpersonal, institucional, etc.) como simbólico, las afectaciones a la salud mental de las personas inmersas en ellos pueden expresarse en tipos de vínculo basados en la desconfianza mutua y las limitaciones para construir otras formas

de relación social. En el caso aquí considerado, las manifestaciones de violencia y las conductas grupales agresivas, más allá de su manifestación episódica, se producen por la situación estructural de violencia y exclusión social en las que se inscriben.

Según Markez Alonso (2014) “la cristalización en individuos de relaciones sociales basadas en la violencia, la polarización social y las creencias estereotipadas” (p. 35), son productoras de traumas psicosociales, siendo la solidez del tejido social una forma de enfrentar estos riesgos.

Es pertinente aquí mencionar el extenso análisis que Martín-Baró (1984) realizó en torno al conflicto armado y sus repercusiones tanto en términos de salud mental como, de forma más amplia, en la sociedad en general, donde se destaca el deterioro de las relaciones sociales que se expresan en polarización social, violencia y mentiras (entendidas estas como informaciones falsas que se legitiman en la irracionalidad del conflicto), traduciéndose en formas de sufrimiento psíquico. Todas estas afectaciones y sus formas de expresión se manifiestan de manera diferente de acuerdo también a cada clase social.

Los imaginarios que permiten que este tipo de situaciones se produzcan se basan en las representaciones sociales que cada persona construye con relación a ciertos sujetos y grupos sociales, por lo que la consideración acerca de cómo se producen, consolidan y modifican dichas representaciones resulta de interés para este análisis.

Para Jodelet (1986), las representaciones sociales son un conocimiento socialmente elaborado y compartido, que tiene un carácter práctico. El mismo se presenta como sentido común, que nos permite entender nuestro entorno y guiarnos en el día a día. Su objeto de estudio serían todos los fenómenos relacionados con la ideología (Alvarez Bermúdez, 2006), entendida esta “como los sistemas de representaciones y actitudes que forman la realidad social” (p. 85) y la comunicación, que incluye “todos los medios empleados, tanto lingüísticos como no lingüísticos, para transmitir información e influir en los demás” (p. 85).

Las representaciones sociales se adquieren a través del proceso denominado objetivación, donde se contextualiza determinada información que el sujeto recibe, luego se le otorgan a las mismas características fijas que permiten, por último, naturalizarla y transformarla en sentido común. (Abric, 1984). Esta información, incorporada como evidencia en este proceso descrito, puede cambiar frente a nuevas informaciones recibidas, sea para consolidar la representación existente, sea para alterarla en sus aspectos superficiales o sustanciales, lo que se denomina como anclaje.

Estos mismos procesos facilitan construir estereotipos, entendidos como “esquemas mentales que condensan información respecto a grupos de personas. Esquemas que se convierten en prototipos abstractos que designan las características generales

con las que se ha interpretado a determinado grupo de personas” (Alvarez Bermúdez, 1986, p. 98). Estos estereotipos constituirían el núcleo central de una representación social, su aspecto más consolidado.

Por esto, las representaciones sociales no pueden ser entendidas como un obstáculo capaz de ser removido, lo que permitiría una visión objetiva de la realidad. Las mismas son el prisma a través del cual las personas se representan la realidad social y actúan en consecuencia, teniendo un carácter inconsciente.

En función de los objetivos de este trabajo, los discursos y conductas producidos la noche del paro del 21 de noviembre, dirigidos a evitar de manera violenta y colectiva una supuesta amenaza de vandalización y saqueos, manifiestan representaciones sociales que, a partir de una matriz social común, se expresaron de forma colectiva, indicando también diferencias de género significativas.

Alexandre, Galvão y Scardua (2019), en un sentido similar, analizaron las representaciones sociales asociadas al juicio moral y el linchamiento, lo que indica la pertinencia de esta teoría para el análisis de fenómenos de este tipo.

## Metodología

Como ya fue mencionado, inicialmente estaba previsto realizar encuestas y entrevistas en los conjuntos residenciales donde se organizaron grupos de autodefensa. Por los motivos señalados, esta estrategia de producción de información no fue posible, por lo que se optó por considerar como base para el análisis las cadenas de WhatsApp que circularon entre los habitantes de dos conjuntos residenciales del sur de la ciudad, desde el inicio de los incidentes hasta la mañana siguiente, cuando aún resonaban rumores de saqueos y vandalización.

A partir de este material, fue posible establecer tres categorías de análisis: 1) los rumores y sus formas de legitimación; 2) las identidades colectivas y 3) las acciones que se plantean a partir de los rumores y las identidades colectivas generadas.

## Análisis de la información

### 1) Los rumores y sus formas de legitimación

En lo que hace a los rumores, llama la atención su origen incierto e impersonal, en la mayoría de los casos, que no obstante no los priva de veracidad para quienes los reciben, como es el caso de los siguientes mensajes:

Me informan vecinos que ya pasaron encapuchados por allí.

Robaron en la panadería de acá atrás.

A esta hora cerraron porque hay disturbios en el centro. Se escuchan disparos.

Una compañera de trabajo dice que se metieron en el surtifamiliar del Caney.

Muchos mensajes no apuntan a poner en duda estos rumores, sino a no enviar noticias *que generen desaliento, que infundan pánico*, ya que ese sería el propósito del supuesto enemigo. De esta manera, estas informaciones son improbables pero a la vez indiscutibles, como se percibe en este mensaje:

¿Cómo es posible que digan que anoche no hubo intento de meterse a las unidades, cuando muchos tenemos amigos que nos estuvieron informando?

Inclusive, como respuesta a un aislado mensaje que llamaba a la reflexión sobre los supuestos hechos generadores de ese pánico colectivo, se responde afirmando lo contrario a lo que se proponía:

De acuerdo, no fue mentira. Eso sí pasó. Que quieren tapar, no sabemos.

Esto no tiene que ver con la estructura de los mensajes ni la manera en que fueron vehiculizados, o sea, su efecto no responde al tipo de estrategia comunicativa utilizada sino a la disposición de quienes los reciben de darlos como ciertos.

Las eventuales dudas que surgen en estos intercambios de mensajes, no ponen en cuestión la existencia de esas acciones vandálicas, sino que les agregan un carácter conspiratorio a las mismas:

Vecinos y testigos de la Unidad Residencial X aseguran que los vándalos que intentaron entrar a su recinto, llegaron transportados. [...] Pero hoy los medios aseguran que ninguna unidad residencial fue atacada. ¿Quiénes se benefician de esta campaña, montaje de terror?

Las bandas delincuenciales se concentraron en generar miedo en unidades residenciales de clase media de forma sistemática, meticulosa y organizada.

Hay alguna organización detrás del pánico colectivo y la inestabilidad que se está generando en la ciudad.

Esto es posible cuando las personas se preocupan “intensamente por un tema particular o la percepción de una amenaza, que al ser medida por indicadores concretos, no resultaba especialmente dañina” (Goode y Ben Yehuda; citado por Thompson, 2014, p. 185). Esa preocupación previa se materializa en ciertas personas o grupos que pasan a encarnar esa amenaza, respondiendo a representaciones sociales específicas que permiten ese proceso. Retomando los conceptos principales de las representaciones sociales, esa comunicación, para ser considerada verdadera, se relaciona con una estructura previa de carácter ideológico.

De esta forma, el pánico social refuerza el componente emocional que permite cargar de sentido y convencimiento a ciertos mensajes, donde se identifican objetos que simbolizan palabras (Cohen, 1980). A partir de esta disposición accionada por mensajes que generan una emotividad particular, se constituye también una identidad colectiva propia y ajena.

## 2) Identidades colectivas

Teniendo en cuenta la información aquí considerada, se perciben algunos aspectos de estos fenómenos identitarios. Con relación a la propia identidad colectiva, la noción del “nosotros” se limita aquí a los/as habitantes de cada conjunto residencial, transformado en especies de fortines de resistencia y protección frente a la barbarie externa, como se percibe en las siguientes expresiones:

Agradecimientos a todos nuestros vecinos, que Dios bendiga cada uno de sus hogares y que sigan así tan unidos.

Es grato saber que tenemos unión para protegernos.

Gracias a Dios todos en la unidad están bien.

Se advierte un fuerte componente de género, donde los hombres ejercen el papel protector y las mujeres permanecen recluidas:

Se merecen nuestros hombres una fiesta.

...para quienes no estén en este grupo y sus esposas.

¿Cómo están los hombres de la unidad?

Mil gracias a los maridos de las que tienen marido... me voy a conseguir uno.

Aquí operó también una representación social que adjudica a los hombres el papel de la defensa de la familia amenazada, a través de conductas violentas. En este sentido, Eco (1998) destacó al machismo como uno de los componentes del fascismo, en donde incluyó también al privilegio de la acción antes que la reflexión y el miedo frente a un enemigo difuso, todo esto aplicable a estas actitudes protofascistas aquí consideradas.

Una vez establecida esta identidad colectiva, delimitada territorialmente por los límites de cada unidad habitacional, se define también al enemigo externo (sin el cual, no existiría esa primera identidad), vinculado al carácter antisocial que Emcke (2017) señalaba como posible justificación para prácticas deshumanizantes:

Hay miles de bandidos en las calles.

Son unos vándalos contratados y organizados.

Lo que quieren estos desadaptados es precisamente generar desaliento, que infundan pánico.

Hay alguna organización detrás del pánico colectivo y la inestabilidad.

Se pagaba cien mil a cada mercenario, más lo que pudieran robarse.

Alvarez Bermúdez (2006) destaca que las representaciones sociales, al condensarse en torno a cierto tipo de información, genera estereotipos que son “esquemas mentales que condensan información acerca de grupos de personas” (p. 98). En este caso, estos estereotipos solo se definen por una conducta y deseo potenciales: saquear, depredar, etc. Por esto, se caracterizan de forma vaga e imprecisa, como una sospecha flotante a la espera de un objeto que pueda representarla:

El vigilante dice que siempre vienen a la cuadra.



Todos los días se para a meter vicio allí.

Está sospechoso ese carro, donde estuvo esta semana y un tipo fumando marihuana.

En estos últimos dos mensajes, aparece la cuestión de la droga, como significante que remite a supuestas conductas e identidades marginales. Al mismo tiempo, con esta mención se pasa del hecho puntual de los supuestos saqueos, a la sospecha acerca de la existencia previa de una amenaza, encarnada en esos consumidores.

En este sentido, de acuerdo con Bauman y Donskis (2019), el miedo refiere a “cualquiera que personifique nuestras propias inseguridades e incertidumbres y cuyos rasgos faciales predeterminen ya el nombre de pila y los apellidos que le suponemos” (p. 151). La polarización y la mentira, que Martín-Baró (1984) relacionaba con las afectaciones a la salud mental derivadas de los conflictos armados, se expresan en estas construcciones identitarias.

### 3) Las acciones que se plantean a partir de los rumores y las identidades colectivas generadas

Como ya fue mencionado, las representaciones sociales incluyen la dimensión actitudinal, que guía y determina conductas. En el caso aquí considerado, estas conductas se relacionaron a la necesidad de defenderse frente a la barbarie que amenazaba a esos conjuntos residenciales, transformado así en una especie de fortines de resistencia.

De esta manera, definidas esas fronteras materiales y simbólicas, las acciones a desarrollar para defender esos espacios se legitiman, más allá de su brutalidad y arbitrariedad, en un contexto en donde los organismos del Estado, el derecho y cualquier otra forma de regulación del orden social parecen haber salido de escena.

Un plan para cualquier tipo de riesgo y bueno, las cercas eléctricas son uno de ellos.

Las rejas eléctricas, las colocamos para defender la parte de atrás.

Necesitamos más armas.

Lo necesario que es conformar y capacitar brigadas de seguridad.

Vecinos, yo tengo una olla de agua hirviendo para esos malandros.

Que la preocupación no nos paralice. Con entusiasmo vamos a hacer resistencia civil.

Retomando a Eco (1998), con relación a los fundamentos sociales del fascismo, cabe mencionar aquí a la exaltación de la violencia como conducta colectiva, antes que la reflexión o el diálogo, que en esta épica limitada y absurda en la que intentan justificarse estas acciones, dimensiona ese aspecto conductual de las representaciones sociales. Aquí opera también la desconexión moral señalada por Bandura (2000), que permite tomar distancia de las consecuencias de una acción individual o colectiva.

De esta forma se completa un proceso: se producen nuevas informaciones que vienen a interpelar representaciones sociales ya existentes acerca de la existencia de sectores sociales marginales y amenazantes confrontados con otro lado de la sociedad, sano y virtuoso; los sujetos y grupos que constituirían esa amenaza se reducen a estereotipos basados en clase social, raza y aspecto físico y una vez producida esta simplificación brutal, cualquier conducta individual o colectiva dirigida a enfrentar a ese enemigo es válida e incuestionable. Retomando a Bauman y Donskis (2016), a través de prácticas sociales desreguladas, es posible construir esta visión radical del mal.

Por otra parte, la posibilidad de desarrollar acciones individuales y colectivas que se basen en una reflexión más profunda, que involucre la necesidad de transformaciones estructurales y de cambios políticos significativos, se pierden entre quejas y generalidades inconducentes.

Hoy más que nunca aburridos del abuso de nuestros gobernantes y del miedo que nos han generado.

La respuesta a estos hechos es no retroceder o rendirse, es mantener la unidad, la organización.

Los mensajes contra y a favor del paro, o en contra y a favor de algunos políticos, se suceden sin generar una discusión consistente. Estas cuestiones, cuyo debate requeriría una reflexión más profunda que incorporase otros elementos, como la economía, o la distribución del poder, por ejemplo, parecen diluirse en la exaltación generada por la situación de tensión que generó esa identidad colectiva, sostenida por esa única condición, lo que le da entonces un carácter fugaz.

Así, este tipo de respuesta frente a una situación potencialmente traumatizante (siendo la creencia en la misma lo que le da ese carácter, más allá de su existencia concreta) puede ser atentatoria contra la salud mental de quienes hacen parte de estos procesos, dado que estas conductas tienen un carácter reactivo e irreflexivo, basadas en el miedo.

Estos procesos aquí considerados, como ya fue indicado, constituyen una amenaza para la construcción de una sociedad más democrática y socialmente cohesionada, objetivo este inseparable de las condiciones materiales que le darían soporte estructural.

### **Conclusiones: el huevo de la serpiente**

Los procesos políticos responden a cuestiones estructurales de orden socioeconómico que producen y legitiman la forma y contenidos de las políticas relacionadas. Estos aspectos estructurales son centrales para el análisis de dichos fenómenos, pero no invalida la consideración de sus aspectos subjetivos.

La teoría de las representaciones sociales permite, de modo parcial, dimensionar dichos aspectos de forma de poder analizar la manera en que la ideología se torna sentido común y una forma de entender y actuar en la vida cotidiana, mostrando también la dimensión inconsciente de estos procesos.

Esto no implica que esa forma de estructurar una forma de interpretar la realidad opere de manera lineal e uniforme, en una lógica comportamental de estímulo-respuesta, sino que cambia (a veces de manera superficial, otras de forma estructural) de acuerdo a la interacción del sujeto con el medio y a las circunstancias sociales a las que se enfrenta.

En el caso aquí considerado, las representaciones sociales relacionadas a las respuestas violentas de los grupos sociales y sectores mencionados responden a aspectos generales vinculados a su condición de clase, principalmente, atravesadas también por una cuestión de género.

Así mismo, no puede desconocerse la relación de este tipo de fenómenos con las representaciones sociales generadas por décadas de conflicto armado, donde la noción del enemigo interno y la autodefensa armada frente a esa amenaza imaginaria se han legitimado. Por esto, las masacres cometidas por los grupos paramilitares, por ejemplo, encontraron respaldo explícito o, al menos, silencio cómplice en amplios sectores de la sociedad colombiana (Álvarez et al., 2013; Sánchez et al., 2007; Wilches Tinjacá, 2011).

De este modo, es pertinente el análisis exhaustivo del tipo de fenómenos aquí considerados dado que, más allá de su carácter de acontecimiento, se enlazan con un pasado de violencia y victimización y pueden prolongarse hacia el consenso social para

episodios futuros de este carácter. La consigna Nunca más, que afirma la necesidad de evitar la repetición de este tipo de hechos debe considerar sus condiciones legitimantes, dimensionando también que las mismas, según Bauman y Donskis (2016), tienen un carácter esquivo, fluido, que dificulta enfrentarlas.

Así mismo, es pertinente recordar la advertencia inquietante de Bauman (2006), sobre la posibilidad de que cualquier persona, en determinadas circunstancias, pueda apoyar hechos victimizantes y/o procesos políticos que los permiten por acción u omisión. Cabe, en este sentido, mencionar que

el miedo se sigue activando asociado no solamente con la figura retórica de la violencia, sino con una nueva: la paz. Esto permite con-sentir este mal que padecemos. El miedo circula para activar desacuerdos, distorsiones, difamaciones y todo tipo de tensiones vinculadas al proceso de paz. (Gamboa y Sánchez, 2019, p. 149).

La relación que Martín-Baró (1984) estableció entre conflicto armado y salud mental, destacando el potencial traumatizante de relaciones sociales basadas en la violencia y el miedo, muestra aquí su pertinencia y vigencia. Así, esta perspectiva de salud mental no refiere solo a una dimensión intrapsíquica, para extenderse al contexto social y las formas de vínculo que allí se producen, lo que reintroduce los aspectos políticos de este análisis.

Por todo esto, los acontecimientos sucedidos entre los días 21 y 22 de noviembre del 2019 aquí considerados, constituyen en este sentido una señal de alerta, que debe relacionarse también con las actuales políticas gubernamentales que intentan acabar con el Proceso de paz e impedir la construcción de memoria colectiva acerca del conflicto armado, condición necesaria para la construcción de una sociedad más democrática.

## Referencias bibliográficas

- Abric, J. (1989). L'étude expérimentale des représentations sociales. En D. Jodelet. (Ed.), *Les représentations sociales* (pp. 189-203). París, Francia: PUF.
- Alexandre, M., Galvao, L. & Scardua, A. (2019). Representações Sociais e Julgamentos Morais de Estudantes Universitários sobre Linchamentos. *Psicologia: Teoria e Pesquisa*, 35, 1 – 12.
- Alvarez Bermúdez, J. (2006). *Estudios de las creencias, salud y enfermedad*. Madrid, España: Trillas.

- Álvarez, L., Patiño, C. & Acevedo, D. (2013). Las representaciones sociales del enemigo: la organización de un campo en tensión (Social representations of the enemy: an organization of a field in tension). *CES Psicología*, 6(1), 159-179.
- Amarante, P. (2015). *Salud mental y atención psicosocial*. Río de Janeiro, Brasil: Fiocruz.
- Arendt, H. (1999). *Eichman em Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*. Barcelona, España: Lumen.
- Barón, L. & Valencia, M. (2001). Medios, audiencias y conflicto armado. Representaciones sociales en comunidades de interpretación y medios informativos. *Revista Controversia*, (178), 44-81.
- Bauman, Z. (2006). *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*. Madrid, España: Siglo XXI.
- Bauman, Z. & Donskis, L. (2016). *Maldad líquida*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Bello Reguera, G. (2014). Diferencia negativa, alteridad e interhumanidad. En *Psicología de la maldad. Como podemos todos ser Caín*, 103 – 122. Madrid, España: Grupo 5.
- Coetzee, J. (2019). *Esperando a los bárbaros*. Bogotá, Colombia: Debolsillo.
- Cohen, S. (1980). *Folk, devils and moral panics: the creation of the mods and rockers*. Oxford, UK: Martin Robertson.
- Eco, H. (1998). *Cinco escritos morales*. Barcelona, España: Lumen.
- Emcke, C. (2017). *Contra el odio*. Bogotá, Colombia: Taurus.
- Galende, E. (2015). *Conocimientos y prácticas en salud mental*. Buenos Aires, Argentina: Lugar Editorial.
- Gamboa, C. & Sánchez, C. (Eds.) (2019). *Cartografías del mal. Los contextos violentos de nuestro tiempo*. Bogotá, Colombia: Siglo del Hombre.
- Jodelet, D. (1986). La representación social: fenómenos, concepto y teoría. En Moscovici., S. (Comp.) *Psicología social II*. Barcelona, España: Paidós.
- Márquez Alonso, I. (2014). *Violencia colectiva y salud mental*. Madrid, España: Grupo 5.
- Martin-Baró, I. (1984). Guerra y salud mental. *Estudios centroamericanos*, 429(430), 503-514.
- Merlin, N. (2017). *Colonización de la subjetividad. Los medios masivos en la época del biomercaqueo*. Buenos Aires, Argentina: Letra Viva.

- Merlin, N. (2019). *Mentir y colonizar. Obediencia inconsciente y subjetividad neoliberal*. Buenos Aires, Argentina: Letra viva.
- Nogal Tomé, M. (2015). *Guerra psicológica*. Madrid, España: Grupo 5.
- Quiles del Castillo, M., Morales, F., Fernández, S. & Morera, M. (2014). *Psicología de la maldad. Cómo todos podemos ser Caín*. Madrid, España: Grupo 5.
- Prieto Ursúa, M., Ordoñez, A. & Dushimimana, F. (2019). ¿Cómo es posible? Procesos psicológicos de reconciliación tras el genocidio en Ruanda. *Papeles del Psicólogo*, 40(1), 57-63.
- Sánchez, V., Barreto, I., Correa, D. & Fajardo, M. (2007). Representaciones sociales de un grupo de estudiantes universitarios frente a un acto terrorista en Bogotá. *Diversitas: perspectivas en psicología*, 3(2), 287-299.
- Umaña, L. (2009). Representaciones sociales de la inseguridad en El Salvador de la posguerra: Estudio de casos del AMSS. *Realidad: Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, (120), 389-418.
- Wilches Tinjacá, J. (2011). *Desmovilizar los cuerpos, inmovilizar la reflexión social: Una aproximación a la influencia de las representaciones sociales en la consolidación y degradación del fenómeno paramilitar en Colombia*. Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI).

INTEGRACIÓN Y CONTROL: LAS ACCIONES DEL  
ESTADO LOCAL FRENTE AL 21N Y LOS CONTAGIOS  
DE LA PANDEMIA EN CALI

**Mateo Montes Martínez**

Universidad del Valle | [mateo.montes.martinez@correounivalle.edu.co](mailto:mateo.montes.martinez@correounivalle.edu.co)

**José Fernando Sánchez Salcedo**

Universidad del Valle | [jose.sanchez@correounivalle.edu.co](mailto:jose.sanchez@correounivalle.edu.co)

Una de las principales características que ha tenido la intervención del Estado en el control del orden público, por disturbios ocasionados como consecuencia de la movilización nacional del 21 de noviembre de 2019 y como mecanismo para frenar la expansión del contagio de la epidemia COVID-19 en la ciudad, es la demarcación de territorios en los que se concentra el desorden en el primer caso y el incremento de contagios en el segundo.

Este proceso de configuración espacial se inscribe entre las competencias que tienen los gobiernos locales para preservar la seguridad urbana a partir de medidas administrativas como el toque de queda y la Ley seca, pero son, sobre todo, una expresión del monopolio simbólico del Estado (Bourdieu, 2012), de clasificar, nominar y delimitar personas, situaciones y cosas, así como proponer divisiones legítimas del mundo social.

La delimitación de fronteras simbólicas (Lamont, 1995) que realizan las instituciones del Estado con el apoyo de los medios de comunicación y las redes sociales, es una condición necesaria para garantizar intervenciones legítimas de las instituciones punitivas del Estado, especialmente cuando se trata de medidas que violan los derechos de movilidad, protesta y libertad de los ciudadanos. En ese sentido, resulta paradójico, que la restricción de los derechos de acceso a algunos espacios y grupos poblacionales, se den paralelamente con la restitución de la movilidad y el derecho de consumo de otros, como sucedió el 19 de junio con la supresión del impuesto de valor agregado (IVA) a un conjunto de mercancías, sobre todo electrodomésticos.

El propósito de este trabajo consiste en analizar, mediante el estudio de dos casos, el modo como el Estado despliega sus recursos simbólicos para definir territorios, clasificar personas y generar dispositivos de control con base en juicios morales y en una particular retórica del miedo. Para la realización de este estudio, que se inscribe de manera general en la teoría del Estado de Pierre Bourdieu, se propuso una estrategia metodológica de carácter cualitativo orientada a definir los espacios de control y los dispositivos tecnológicos y discursivos desplegados para controlar a las poblaciones; además de una estrategia cuantitativa para comprender el modo en que se construyen y definen las situaciones para una posterior intervención, esto a partir del uso de herramientas estadísticas y cartográficas.

En lo que respecta a los espacios de control, se levantó una base de datos sobre las zonas en las que, según las autoridades, medios de comunicación y los mismos ciudadanos, se presentaron “disturbios”, “actos vandálicos”, “acciones prohibidas” y “desobediencia”, durante la noche del 21N y algunos días entre los meses de marzo, mayo y junio de 2020. Así mismo, con datos cuantitativos recopilados por el gobierno local y procesados posteriormente, se identificaron los sectores de la ciudad con las



tasas más altas de homicidios o de denuncias de hurtos como variables asociadas con la construcción de representaciones sobre espacios peligrosos o del miedo. Con base en la información obtenida, se identificaron a partir de regularidades las zonas señaladas con mayor frecuencia por dicha clasificación y el modo en que fueron caracterizadas y referidas en documentos oficiales, académicos y periodísticos.

El estudio de los dispositivos tecnológicos y discursivos orientados al control de las poblaciones se llevó a cabo mediante un inventario de los recursos utilizados a nivel del gobierno nacional y local para dar partes informativos sobre ambos acontecimientos. A partir del material identificado se hizo una selección para el posterior análisis de algunos de estos dispositivos.

El capítulo está dividido en cinco partes: en la primera, se propone una breve contextualización de los casos estudiados; en la segunda, se realiza una revisión bibliográfica de algunos de los estudios que abordan el tema del control y del espacio; en la tercera parte, se exponen los referentes conceptuales que orientan este trabajo; para en el cuarto apartado, desarrollar la estrategia metodológica centrada en el análisis de ambos casos mediante la descripción de dispositivos que el Estado despliega para regular la vida de las personas; finalmente, se proponen algunas conclusiones.

## Contextualización de los casos

### El 21N en Cali

Las Centrales Obreras, indígenas, profesores, estudiantes universitarios y otras organizaciones sociales convocaron el 4 de octubre de 2019, un paro nacional en protesta contra las políticas del presidente Iván Duque. Las principales razones que motivaron este paro, que se realizó el 21 de noviembre, fueron las políticas económicas asumidas por el Gobierno desde su posesión en el 2018, los asesinatos a líderes sociales y la modificación de los Acuerdos de Paz.

Desde su anuncio, el paro generó una ola de opinión entre personas del común, artistas y líderes políticos que estaban a favor y en contra del paro, lo que contribuyó tempranamente a su polarización. Imágenes de encapuchados convocando a generar desórdenes en ciudades como Medellín y Bogotá y grupos de ciudadanos dispuestos a armarse y defender las instituciones, se convirtieron en la expresión de un paro, que, sin todavía realizarse, ya anticipaba, para muchos, sus posibles consecuencias.

El día de la movilización, miles de colombianos salieron a marchar en las principales ciudades del país y aunque en general se trató de un paro pacífico, hubo enfrentamientos entre la policía y algunos manifestantes. En ciudades como Cali, se llevaron a cabo, además, saqueos en el centro y el oriente de la ciudad, que rápidamente fueron difundidos por los medios de comunicación y las redes sociales. Como resultado de dicha situación, el alcalde de Cali, decretó por primera vez en más de 50 años, el toque de queda a partir de las 7 p. m. en la ciudad, lo que obligó a suspender las actividades que estaban previstas por el comité a nivel local del paro en el sitio de su concentración, frente al Centro Administrativo Municipal (CAM).

Sin embargo, el toque de queda no pudo contener el temor que poco a poco se apoderó de vecinos de unidades residenciales del sur y norte de la ciudad, quienes se desvelaron la noche del jueves por los anuncios de posibles ataques que circularon en las redes sociales. Algunos incluso se armaron y prestaron turnos toda la noche, previniendo la llegada de posibles vándalos.

Las continuas llamadas a la policía hicieron que el ejército saliera a patrullar las calles del norte, el sur y el oriente, devolviendo la tranquilidad a los vecinos. Aunque las autoridades no pudieron comprobar los ataques en la mayoría de los casos, la noche del jueves y la madrugada del viernes pasarán a la historia reciente como una de las más difíciles que han experimentado los habitantes de la ciudad de Cali.

## Pandemia y confinamiento

La información del surgimiento de un nuevo virus (COVID-19) que se originó en la ciudad china de Wuhan, (provincia de Hubei) y cuyos primeros contagiados fueron reportados en diciembre del 2019, pasó casi desapercibida a nivel mundial con las fiestas del fin de año. Sin embargo, rápidamente se expandió, a través de los aeropuertos y el comercio internacional, a diferentes países del mundo, con un fuerte impacto en Europa y los Estados Unidos.

La acelerada expansión del virus y el incremento de los contagios obligó a que Colombia asumiera los protocolos de prevención que, a nivel internacional, (La OMS declaró al COVID-19 pandemia el 11 de marzo de 2020), se estaban implementando y entrara en situación de confinamiento total a partir del 25 de marzo del 2020 y hasta el 11 de mayo del mismo año.

La llegada de contagiados al país, provenientes de diferentes lugares del mundo, disparó el número de enfermos de COVID-19, en las tres principales ciudades del país: Bogotá, Cali y Medellín. Esto implicó desplegar de urgencia al personal médico para atender la llegada del virus y adecuar al interior de clínicas y hospitales, espacios para la atención de los contagiados.

A partir de marzo y hasta agosto el país ha mantenido el confinamiento, con una serie de excepciones que han permitido la reactivación económica y una relativa vuelta a la normalidad, a la par que se han incrementado los casos.

### Revisión de bibliografía: control y espacio

El despliegue de los recursos simbólicos del Estado en su rol de clasificar personas y territorios, producir dispositivos de control e intervenir con base en una cierta definición de las situaciones construidas a partir de juicios morales y con una lógica del terror y el miedo, ha sido estudiado en Latinoamérica con un claro énfasis en la perspectiva foucaultiana, las representaciones y los imaginarios sociales. Por ejemplo, Agudelo López (2017) plantea la noción de fobopolítica o de una gubernamentalidad con base en el miedo para estudiar sus usos políticos en México y Colombia. De este modo se destaca el valor estratégico que se le otorga al miedo como un dispositivo para la práctica política, y el control y gestión de las poblaciones en una suerte de administración del miedo. En ese sentido, el miedo, que es alimentado por la incertidumbre, hace que emerjan conocimientos, objetos y realidades que tienen un efecto en las subjetividades. Al respecto, Agudelo López menciona la inoperancia estatal en el control del monopolio de la fuerza tanto en México como en Colombia, lo cual se refleja en acciones de justicia privada por parte de la ciudadanía.

En torno al vínculo que se teje entre la seguridad ciudadana y el espacio urbano, Salas Torres (2015) desde el análisis crítico del discurso, muestra el modo en que la seguridad ciudadana y las percepciones que se configuran en torno a ella, son relevantes para la organización y uso espacial de la ciudad, influyendo en procesos urbanísticos en general. Entre las consecuencias de estos procesos de clasificación social que se expresan en el espacio urbano, se destaca la creación de tipologías de lugares peligrosos asociados con gente peligrosa y a una asociación entre pobreza y delincuencia.

En cuanto al estudio de las ciudades como un espacio en el que también se reflejan desigualdades sociales y económicas, Uribe Castro (2010) expone, con base en los planteamientos de Immanuel Wallerstein del sistema mundo moderno y la geografía

marxista de David Harvey, el modo en cómo la expansión de la economía-mundo capitalista hace de las ciudades un espacio en el que los gobiernos locales se ven en la obligación, a causa de la fuerza del mercado, de asumir tareas que responden más a los intereses del sector privado y que justamente priorizan acciones que son más beneficiosas para estos grupos, en lugar de medidas al servicio de lo público, por lo cual se da un desarrollo geográfico desigual que se expresa en la marginalización de ciertos sectores o, para el caso específico de la ciudad de Cali, en asentamientos humanos que logran institucionalizarse o no.

Por su parte, Soja (1989) describe el modo en que las asimetrías entre grupos étnicos y sociales se van inscribiendo y cada vez a mayor profundidad en las ciudades posmodernas, por tanto, pasan a ser un reflejo, pero en otra escala, del modo en que las relaciones de poder en el mundo se han constituido. En otras palabras, en la ciudad es posible identificar zonas con la presencia física y simbólica de grupos aventajados que al tiempo pueden estar rodeados de grupos en condiciones de pobreza profundas. De este modo, la distribución espacial y social tiende a fragmentar la ciudad al excluir a las poblaciones tipificadas como amenazantes o peligrosas.

Soja también sugiere que esta configuración de la ciudad en realidad no es un fallo o una catástrofe, sino que la conformación de espacios peligrosos o guetos termina por ser solo una muestra más de la asimetría de las relaciones de poder en el marco del capitalismo, pero a través del espacio urbano.

Ahora bien, esa clasificación de espacios, personas, grupos y sectores de la ciudad como peligrosos y que se perciben como inseguros y amenazas potenciales, trae como consecuencia que en la agenda pública se discuta con cada vez más insistencia sobre seguridad. Paz Rada (2013) expone cómo en las últimas décadas, en el marco de un capitalismo tardío se ha profundizado y universalizado la incertidumbre, el miedo, los peligros y la percepción de inseguridad. En estas condiciones, la agenda pública de las autoridades da prioridad a temas de seguridad, teniendo en cuenta que las poblaciones de las grandes urbes perciben a la inseguridad como el factor primordial sobre el que se debe actuar, mientras que los medios de comunicación difunden noticias con las que se producen y reproducen discursos para identificar a esos otros que son acusados como responsables del peligro o como potenciales agresores. Así, sectores sociales empobrecidos son definidos como responsables de estas problemáticas y el Estado en su función de administrador del miedo, los persigue, penaliza y judicializa porque son el peligro a controlar. De este modo, Paz Rada insiste en que las ciudades actuales albergan procesos de penalización de la miseria e incluso plantea cómo en ocasiones se piensa en estos sectores como *descartables*.

El discurso en torno a la seguridad, fundamentado en una retórica del miedo, es uno de los elementos base para esta forma de percibir y organizar la ciudad. En ese sentido, Nieto (2014), Patiño-Díe (2016) y Pyszczek (2011) muestran que el miedo se configura con base en experiencias individuales y es un producto relacional de representaciones, prácticas, consensos sociales, referencias, categorizaciones inconscientes, que como plantea Patiño-Díe (2016), también se vinculan con percepciones de inseguridad subjetiva asociadas a la identidad del sujeto como el género, pero también se construye en el ámbito social y político, siendo un factor clave para la cotidianidad en la urbe. De este modo, mediante ejemplos etnográficos de la Ciudad de México, Nieto (2014) describe la transformación del miedo en la ciudad, el rol creciente de la vigilancia, la proliferación de las urbanizaciones cerradas o la pérdida de capacidad de asombro ante la violencia porque se la normaliza y se la asume como un elemento más del tejido social.

Por otro lado, y desde un análisis a la utilización de los datos producidos a partir de métodos estadísticos, Carrión Mena y Nuñez-Vega (2006) estudian los vínculos entre urbanismo, inseguridad y la estadística para representar la violencia o las *cifras del miedo*, para dar cuenta de la producción de imaginarios. En ese sentido, estos procesos están atravesados por discursos de seguridad ciudadana en los cuales los medios de comunicación son claves para señalar factores económicos y políticos de la ciudad, pero en especial, chivos expiatorios que personifican la violencia que se consume y se reproduce masivamente. Con relación al rol de los medios de comunicación y los dispositivos diseñados para la medición del miedo en las ciudades, además de su construcción social; Páramo y Roa (2015) analizan, por medio de entrevistas, cómo el miedo se organiza a partir de una clasificación conceptual subjetiva para definir situaciones o espacios como peligrosos, con base en experiencias personales, pero también por la exposición a diversas fuentes de información como los medios de comunicación, personas cercanas, reportes de las autoridades o mitos de inseguridad sobre determinadas zonas.

El uso de los datos estadísticos o etnográficos es fundamental para la definición de las situaciones desde el Estado, los medios de comunicación o la ciudadanía, pero como señala Avendaño (2017) hay una instrumentalización de las herramientas cartográficas con el objetivo de reforzar sistemas hegemónicos de interpretación de la ciudad, con lo cual se afianzan explicaciones simplistas del espacio. En ese sentido, a través del concepto de toporrepresentaciones o representaciones socio-espaciales, es decir, un conjunto de asignaciones simbólicas o materiales que se asignan a un espacio con relación a vínculos individuales, colectivos, reales e irreales con el espacio y la

propia experiencia, se contrastan las toporrepresentaciones hegemónicas en Bogotá en torno a la inseguridad con las representaciones del espacio desde las subjetividades de los residentes de la ciudad. Al respecto, se destaca que el análisis de los mapas mentales de los propios habitantes enriquece la comprensión del espacio porque desde la subjetividad se introducen otro tipo de elementos que las representaciones socio-espaciales hegemónicas no abordan, por su tendencia explicativa en la que se estigmatiza y se plantea una dualidad determinista y reduccionista de espacios periféricos como buenos o malos. En esa misma línea Mape y Avendaño (2017), contrastan los datos cuantitativos producidos por las entidades estatales y su trabajo de cartografía social como componente cualitativo, para analizar el vínculo que se teje entre los patrones, tendencias y recurrencias del delito en la localidad de Fontibón en Bogotá con los imaginarios del miedo y las topofobias de la población residente, en donde estos elementos convergen en la construcción de toporrepresentaciones, al tiempo que producen una elaboración constante de topofobias.

Con relación no solo a la definición de la situación, sino a los modos de intervenir desde el Estado, Ossa (2013), con base en el concepto de ciudadanías del miedo, analiza la alcaldía de Sergio Fajardo en Medellín entre el 2004 y 2007. En el marco del discurso *del miedo a la esperanza* con el que se buscaba disminuir la percepción de peligrosidad de la ciudad, se dio una instrumentalización del miedo político, pues si bien la tasa de homicidios fue la más baja en los últimos 30 años y Medellín se posicionó a nivel nacional e internacional por sus programas de participación ciudadana y de seguridad, lo cierto es que el miedo como tal se transformó y actores armados como los paramilitares modificaron sus prácticas hacia el ocultamiento. De este modo, la tasa de homicidios decreció, pero las torturas, amenazas, desapariciones forzadas y en especial el desplazamiento forzado intraurbano registraron niveles alarmantes.

En ese orden de ideas, Ossa expone cómo el *modelo Medellín* con sus acciones de integración y control fue un discurso para sustentar el fortalecimiento de una legitimidad local resquebrajada, pero la postura del alcalde consistió en presentar datos convenientes para su discurso, en lugar de mostrar que los cambios no fueron estructurales y que las estructuras narcoparamilitares permanecieron en la ciudad. De este modo, el discurso promovía una internacionalización de Medellín que favorecía a las élites locales, en lugar de responder a las necesidades de sus habitantes.

Por otro lado, Castillo y Betancourt (2017) en un análisis de las políticas de seguridad en Cali muestran a través de un análisis historiográfico de los planes de desarrollo entre el 2004 y 2015, que las estrategias de intervención propuestas por el Gobierno local para intervenir sobre la inseguridad en la ciudad hacían énfasis en la cultura urbana,

convivencia, construcción de paz, el fortalecimiento de la capacidad institucional o políticas con enfoque de género y de atención a la primera infancia. Sin embargo, al ser el narcotráfico, las guerras entre carteles y los asesinatos las principales fuentes de violencia y criminalidad en Cali, en realidad hubo momentos en donde las tasas de homicidios y de crímenes aumentaron. Además, la respuesta estatal se centró principalmente en la captura de líderes de grupos ilegales, la implementación del toque de queda para menores en las comunas 13, 14, 15, 16, 18 y 21 (durante la alcaldía de Rodrigo Guerrero del 2012 al 2015) y en general acciones de represión policial y punitivas.

### **Aproximaciones a los conceptos de control social y Estado**

El uso del término control social tiene una historia compartida, por un lado, la referencia al concepto se remonta a Edward Ross, sociólogo norteamericano que propuso la noción para dar cuenta de los problemas de orden y organización de la sociedad y por otro, a la teoría integracionista de Emile Durkheim. Ambos autores acuñan el concepto preocupados por los desórdenes y la desorganización que generó el desarrollo del capitalismo industrial en las sociedades occidentales.

A mediados del siglo XX, el concepto de control social va a ser desarrollado por los sociólogos de la Escuela de Chicago a partir de la noción de desviación y por el funcionalismo de Talcott Parsons y Robert Merton que ven en el control social una característica que garantiza la continuidad del sistema, para luego dar paso a las teorías del etiquetaje y de las instituciones totales del interaccionismo simbólico y la sociología de Erving Goffman respectivamente.

En este primer periodo de evolución del concepto es posible identificar una definición del control social con dos variantes. En términos generales, el control social se refiere a la regulación que las sociedades podían hacer sobre sí mismas. Dicha regulación, como lo plantea Antillano (2014) constituye un desplazamiento de los actores encargados de mantener el orden social del Estado a la democracia y del acatamiento y la coerción de normas por la vía de la fuerza a la autorregulación por medio del consenso.

Durante la década de los sesenta del siglo XX, hay un nuevo viraje del concepto que deja de lado la búsqueda de consenso y autorregulación para acentuar el papel coercitivo del Estado. En este contexto, en palabras de Antillano (2014, p. 18), el control social empieza a concebirse como “mecanismo central de gobierno de lo estatal sobre lo social, promoviendo la conformidad de la mayoría (control social activo) y la supresión de la desviación (control social reactivo)”.

El control social tomará entonces una valoración negativa, que se enfatizará a partir de la revisión realizada por Michel Foucault al concepto, el cual hará extensivo la función reguladora de los aparatos de control a todas las dimensiones de la vida social. Para el autor francés “se conquista la libertad moderna con el reforzamiento del control sobre las personas” (Foucault, 2009, pp. 75-77). El control entonces no será solo político, sino también demográfico y tendrá una importante función en la dominación de los cuerpos. Las teorías de la biopolítica y la gubernamentalidad propuestas por Foucault jugarán un importante papel en la identificación de dispositivos de control en los regímenes despóticos, pero también en las democracias liberales, como mecanismo de administración de la vida y la muerte.

Estas teorías se harán extensivas en los debates contemporáneos sobre la seguridad y al importante papel que se le atribuye a las instituciones policiales en el control del terrorismo y la criminalidad.

### Las relaciones entre control social y Estado

Cómo ya se mencionó, el Estado como fuente de poder y del monopolio del uso legítimo de la fuerza de acuerdo con la definición weberiana, sentó las bases para una visión formalista del control centrada en un conjunto de instituciones jurídicas y punitivas, cuya función principal es el mantenimiento del orden social.

El Estado ejerció el control no solo desarrollando una práctica judicial y de castigo penal sino produciendo todo un discurso sobre la defensa frente a los criminales, mediante la segregación, el tratamiento y la punición y la corrección, más tarde la resocialización de los desviados (Olmo, 2005, p. 21).

Estas lecturas del Estado, que enfatizan su función como aparato coercitivo y de control, son complementadas por Pierre Bourdieu que le atribuye al Estado no solo el monopolio del uso legítimo de la fuerza, sino también de las violencias simbólicas, que se refuerza como lo plantea Gaston Bonacci (2020) a partir de: “la capacidad de imponer ideas reconocidas y asumidas dentro de la sociedad de manera incuestionable y de ocultar las relaciones de fuerza que se inscriben detrás, que son las que sirven para legitimar relaciones de dominación” (Bonacci, 2020, pp. 188-189).

En otras palabras, el Estado no solo tiene el poder de imponer la violencia física, sino también categorías de pensamiento. Esta producción simbólica de la realidad es uno de los aspectos más importantes de la estrategia de control que despliega el Estado,



pues sobre él recae la posibilidad de nombrar, de definir los contornos de la realidad. De allí radica la dificultad de cuestionar al Estado, pues nuestra vida se desenvuelve en categorías que han sido producidas y legitimadas por sus mismas instancias administrativas, como lo plantea Bonacci, al Estado puede atribuirse una posibilidad de acción, “esto es, la de imponer formas de visión y división [...] de estrechar estructuras cognitivas como formas pre reflexivas del sentido del mundo” (2020, pp. 194-195).

Esta función de visión y división del Estado la hace explícita Loic Wacquant (2010), en la caracterización que hace del neoliberalismo a través del análisis de las políticas de seguridad y la emergencia de un Estado penal, que combina el papel instrumental de la penalidad con su “misión expresiva” y su “capacidad integradora”. Al respecto señala Wacquant cómo el Estado lleva a cabo, simultáneamente, ambas tareas: “aplicar jerarquías y controlar categorías contenciosas en un nivel, y para comunicar normas y moldear representaciones colectivas y subjetividades en otro nivel” (Wacquant, 2010, p. 19).

El propósito de este estudio es justamente, analizar la función punitiva e integradora del Estado a nivel local, mediante el análisis de dos casos: las acciones orientadas por la Administración Municipal la noche del 21 de noviembre y las medidas tomadas para el manejo y control de la pandemia en la ciudad.

## La dimensión espacial del poder del Estado

En su proceso de división y clasificación del mundo, el Estado también organiza y define territorios. De hecho, uno de los aspectos que caracteriza al Estado es que es “una organización territorial con fronteras” (Pérez Certucha, 2017). Para controlar el territorio y la población que lo ocupa, el Estado:

produce su propio territorio con herramientas como el catastro y la delimitación de fronteras; categoriza a los sujetos en ciudadanos o aquellos que son ajenos (inmigrantes ilegales, turistas, refugiados, etc.); en pocas palabras, configura el mundo sensible y material disponiendo de los elementos en el espacio dando como resultado la concentración de poder (Pérez Certucha, 2017, p. 255).

Sin embargo, la producción del espacio no es solo una demarcación física o una abstracción, sino y sobre todo simbólica y relacional “el poder del Estado se hace presente en un sentido espacial con la producción y orientación de relaciones entre sujetos y elementos que constituyen dicha matriz relacional” (Pérez Certucha, 2017, p. 255).

Dos de las principales características que diferencian el territorio del Estado de cualquier tipo de organización política es que se trata de un territorio fijo, «es un enclave que busca mantenerse estático, es contrastante y está diferenciado con respecto de otros Estados; y como segunda característica es liso y homogéneo “y se encuentra codificado y allanado para ser legible”» (Pérez Certucha, 2017, p. 257).

La homogeneización del territorio del Estado, su unificación, no exceptúa la posibilidad de generar territorios dentro de sus propias fronteras territoriales, enclaves con características específicas que son delimitados de acuerdo a criterios como sus condiciones económicas (barrios de estratos, bajos, medios, altos), a los servicios que presta (zonas comerciales, industriales, etc.) y a la presencia de delincuencia y criminalidad (barrios seguros, peligrosos, etc.).

La producción espacial del territorio supone entonces un proceso de clasificación, de división simbólica, que luego se va a traducir en una cierta organización y disposición urbana. Dicho proceso puede tener un origen histórico o ser el resultado de percepciones construidas sobre un determinado espacio o zona. Las categorizaciones que se producen del espacio pueden cambiar o permanecer, todo va a depender del modo en que son leídas e interpretadas por el mismo Estado o en la capacidad de sus ciudadanos para reclamar nuevas lecturas o formas de clasificación.

## El miedo como política de Estado

El miedo como estrategia política ha sido analizado por diversos autores como Aristóteles, Hobbes, Tocqueville y más recientemente por Foucault y Robin, todos coinciden en señalar la importancia del miedo como mecanismo de adoctrinamiento, pero también de renovación. Como lo señala Korstanje la política es un acto, “primero de violencia cuya característica principal es coaccionar, dirigir, negociar y reconducir la suma de las voluntades individuales con un fin último supra-comunitario” (Korstanje, 2010, p. 112).

El fin de la guerra fría, con la caída del muro de Berlín y posteriormente el derribo de las Torres Gemelas, vino acompañada de una política de seguridad y de utilización del miedo como estrategia para generar un nuevo mapa geopolítico, que supuso un cambio de enemigo, organizado esta vez a partir del terror y el terrorismo. “El terror se transforma, entonces, en la base política y la explicación de las luchas intertribales en todo el mundo. Dicha idea sienta las bases para la intervención de Occidente para “salvar a otros y salvarse a sí misma como civilización” (Korstanje, 2010, p. 118).

En este nuevo contexto, el Estado utiliza el miedo como una herramienta para administrar la vida pues busca intervenir en todas las dimensiones de la existencia de los ciudadanos. “Así, no obstante que a diario el Estado se muestra incapaz de proveer los servicios públicos esenciales y que asiste impasible al debilitamiento extremo de la materialidad y el sentido de lo público, se esfuerza por gestionar y controlar el cuerpo social” (Useche, 2008, p. 7).

El miedo como lo plantea Robin, es un instrumento de las élites para gobernar las resistencias sociales. Posee dos subtipos: interno y externo. Al respecto señala Robin:

mientras el primer tipo de miedo implica el temor de una colectividad a riesgos remotos o de algún objeto –como un enemigo extranjero– ajeno a la comunidad, el segundo es más íntimo y menos ficticio, se deriva de conflictos verticales y divisiones endémicas de una sociedad, como la desigualdad, ya sea en cuanto a riqueza, estatus o poder. Este segundo tipo de miedo político surge de esta desigualdad, tan útil para quienes se benefician de ella y tan perjudicial para sus víctimas, y ayuda a perpetuarlo (Robin, 2009, p. 45).

La política del miedo no actúa sola. Tiene en los medios de comunicación una importante caja de resonancia que amplifica los miedos y los incluye en buena parte de los discursos que van dirigidos a sus públicos. “Estas interpretaciones inciden especialmente en los mecanismos que éstos últimos explotan para la construcción de realidades falsas, de mentiras virtuales, cuyo objetivo es modificar la percepción y por tanto la conducta social de los individuos” (Bermúdez, 2013, p. 63).

Los dos casos estudiados se inscriben muy bien en uno y otro tipo. Así mientras, la noche del 21N es una expresión del miedo interno, pues los factores generadores del miedo están en la misma sociedad; situación muy diferente al miedo al contagio que en un primer momento viene de afuera y luego, cuando empieza a expandirse, se transforma en un miedo interno. En ambos casos, la experiencia del miedo se tradujo en una mayor necesidad del Estado, de su presencia e intervención, para garantizar el orden y suprimir las “causas del miedo”.

### Apuntes metodológicos

Para el estudio del modo en el que el Estado clasifica personas, define territorios y produce dispositivos para intervenir y controlar, se ha construido una estrategia metodológica cualitativa mediante la cual se elaboró una base de datos que permitió

la identificación de los hechos ocurridos durante la noche del 21N y entre los meses de marzo a junio de 2020, los sectores de la ciudad en donde se registraron “actos de desobediencia”, “disturbios”, “actos de indisciplina”, “acciones prohibidas”; además de la implementación de medidas planteadas por el Estado, en particular por el Gobierno local como el toque de queda o la ley seca. Además de lo anterior, se realizó un trabajo de procesamiento estadístico fundamentado en los boletines epidemiológicos publicados por la Alcaldía de Cali en el marco de la pandemia, al igual que los datos abiertos de la Secretaría de Seguridad y Justicia de Cali para el análisis de la información referente a los homicidios o a denuncias de hurtos en la ciudad.

Con base en la información obtenida, en la construcción de las bases de datos y en el procesamiento de sus datos, se levantaron mapas de la ciudad para identificar espacialmente los acontecimientos del 21N y de la pandemia, encontrando regularidades en los modos en que se definían las situaciones desde el Gobierno local y las formas para priorizar ciertas zonas, tanto para ser controladas como intervenidas.

Por otro lado, para el análisis de la distribución espacial se clasificó la ciudad por conglomerados, por lo cual, de acuerdo con Urrea (2012), hay que tener presente que, en términos históricos, el siglo XX es para Cali un momento clave para su conformación como una ciudad en un sentido moderno. Durante este periodo se presentan cambios profundos en un sentido sociodemográfico, proceso que no se explica solo por el crecimiento de la población, sino por migraciones, modificaciones en las tasas de natalidad, mortalidad y como lo destaca Urrea, por la composición socio-racial de su población y el modo en que se inserta en la ciudad de acuerdo con procesos de cambio demográfico, de clase y étnico-raciales.

Teniendo en cuenta lo anterior, Urrea (2012) propone la construcción de una distribución por conglomerados de la población caleña en el espacio socio-geográfico con base en la información disponible a escala de comunas, es decir, por una cuestión de definición del territorio, pero también por la dinámica socioeconómica y étnico-racial de estos espacios. La elaboración del concepto de conglomerados sugiere pensar la ciudad de Cali distribuida en la zona ladera (comunas 1, 18 y 20), oriente (comunas 7, 13, 14, 15 y 21), corredor norte-sur (comunas 2, 17, 19 y 22), centro-norte (3, 4, 5, 6, 9 y 10) y centro-oriente (comunas 8, 11, 12 y 16).

A modo de contexto, el conglomerado Oriente destaca por sus altas tasas de crecimiento poblacional, seguido por la Ladera. Así mismo, ambos conglomerados se caracterizan por ser receptores de población migrante, en el caso del Oriente de forma mayoritaria población afrodescendiente del Pacífico, norte del Cauca y sur del Valle. En cuanto a la Ladera, también presenta migración de población negra, pero el flujo

migratorio corresponde más que nada a mestizos o mestizos-indígenas. A su vez, estos conglomerados, en términos de tasas de escolaridad, necesidades básicas insatisfechas, desempleo, entre otras variables sociales, económicas y demográficas, son los que tienen unas condiciones de vulnerabilidad más altas en comparación con las otras zonas de la ciudad. Respecto al corredor norte-sur hay que mencionar sus tasas de crecimiento, de nuevas edificaciones y por concentrar las clases medias y altas de la ciudad.

## Integración y control

Los de las principales características que definen al Estado en las sociedades contemporáneas son sus funciones de integración y control, que desarrolla, algunas veces, casi simultáneamente. Ambas dimensiones de la actuación del Estado se llevan a cabo a través del monopolio que este tiene, del uso legítimo de la violencia física y simbólica. Las dos construyen situaciones, actores y espacios, pero también los modelan y los transforman. Las herramientas que soportan su actuación se inscriben en el discurso jurídico, pero también en la retórica política y, se materializan en procedimientos administrativos (leyes, decretos, resoluciones, etc.).

Otras instituciones como los medios de comunicación, partidos y organizaciones económicas replican las versiones que el Estado produce sobre la realidad y en algunos casos se oponen a ellas, ofreciendo lecturas alternativas.

La tesis que se sustenta en este trabajo es que la integración y el control, constituyen un “modus operandi”, un tipo particular de procedimiento que a la vez que busca definir y encauzar situaciones en el marco de un tipo particular de ordenamiento social y territorial, tiene como propósito reducir la crisis de legitimidad que caracteriza a las instituciones del Estado.

Esta crisis se puede ver en la ineficacia del Estado en América Latina y su reiterada corrupción, la caricatura de democracia, la violencia, las desigualdades económicas, las exigencias actuales de reconocimiento y redistribución, y en la hegemonía de las élites políticas con posición privilegiada, que monopolizan las altas jerarquías (Rodríguez, 2015, p. 106).

En el presente apartado, se analizarán los diferentes dispositivos que ponen en juego el Estado para definir, abordar y buscar soluciones a problemas y contingencias sociales, que por sus características demandan una actuación inmediata.

## La definición de situaciones problemáticas

En todas las sociedades hay acontecimientos que se convierten en problemas y por lo tanto son susceptibles de ser intervenidos por las instituciones del Estado. Este proceso de definición de situaciones supone una serie de pasos entre los cuales se destacan: que ciertos actores reconozcan su existencia, que en muchos casos estos actores se movilicen para poner en evidencia dicha situación y que las definiciones que proponen sobre este fenómeno en específico sean reconocidas por un público más amplio.

El Estado es un actor central en la definición de situaciones problemáticas, en reconocer y legitimar el punto de vista de los actores cuando reclaman su atención por algo que consideran no es normal o está funcionando mal. Cuando el Estado reconoce un problema lo incluye en la agenda pública y desarrolla un conjunto de políticas para enfrentarlo. Sin embargo, el proceso de definición de situaciones no es potestad exclusiva del Estado, “la selección de visiones sobre un mismo tema se produce a través de las luchas entre diferentes actores sociales que procuran imponer un punto de vista específico” (Lorenc, 2005, p. 4).

Entre estos actores, los medios de comunicación convencionales como la radio, la televisión o los periódicos juegan un rol importante, pues estos se encargan de hacer visible el problema, de generar un espacio de discusión que va a contribuir en su construcción y a darle existencia al problema. Así mismo, hay que destacar la difusión que permiten las redes sociales y la posibilidad para cualquier persona de generar y compartir fotografías, imágenes, textos o videos sabiendo que pueden ser vistos desde cualquier lugar del mundo y la influencia que pueden tener por su efecto potencial de bola de nieve. Considerando lo anterior, en este apartado, se describen las luchas por la definición de la situación que caracterizaron los eventos del 21N y del confinamiento del 2020.

Los acontecimientos que sucedieron la noche del 21 de noviembre en la ciudad fueron definidos de múltiples maneras: como una posible invasión de vándalos y marchantes a unidades residenciales; un momento de pánico colectivo producido por el miedo a algunos habitantes de la ciudad; una estrategia para generar temor a las movilizaciones mediante la circulación de mensajes que amenazaban a las personas y sus propiedades. Aunque ninguna de las versiones se pudo corroborar del todo, de las más de 330 llamadas recibidas esa noche por la policía, no se pudo comprobar ninguna.

## Mapa 1.

Barrios con reportes de hechos violentos o amenazas de violencia durante el 21 de noviembre de 2019



Elaboración propia. El mapa muestra las zonas de la ciudad que se mencionaron con mayor frecuencia en los periódicos y en las redes sociales. En el caso de la comuna 17, especialmente, los reportes eran más que nada de personas denunciando el posible ingreso de “vándalos” a las unidades residenciales del sector.

Sin embargo y a pesar de lo poco verosímil que resultó la “supuesta invasión” a las unidades residenciales, lo cierto es que semanas antes del día del paro, circularon por redes y medios de comunicación mensajes institucionales, de congresistas, líderes políticos y anónimos, que palabras más, palabras menos, advertían sobre las posibles consecuencias de la movilización, los motivos de los marchantes y los intereses que perseguían los organizadores del paro. Un ejemplo del modo en el que la sensación de riesgo se difundió y se asoció el vandalismo con las movilizaciones del 21N se encuentra en la siguiente transcripción de uno de los audios que se hizo viral a través de WhatsApp:

[...] acá ya en el pedazo ya todo el mundo sabe, no hay toque de queda pa' la gente, vamos a descontrolar durísimo, bueno, nos vamos a meter a las casas [...] a los que son picados a estrato mil vamos a [...] ahí nos les vamos a meter durísimo en la noche a las casas, televisores, consolas, computadores, que neveras, todo se lo vamos a sacar, vamos es pa' delante mi gente ¡aguante al paro toda la vida! (Vélez, 2019).

En ese sentido, las *fake news* o noticias falsas que se produjeron y reprodujeron días previos al 21N se caracterizaron por resaltar la supuesta amenaza potencial de la movilización para el orden público, es decir, la violencia simbólica del rumor (Nieto, 2014) se afianza en la definición del 21N, tanto por la desconfianza de la información que circula, como por la posible interiorización de estos miedos. En el caso de Cali fue necesario que las autoridades desmintieran cadenas con información falsa que circulaba por redes sociales, como por ejemplo: la suspensión del servicio de transporte masivo durante el 21N, la aparición de tachuelas y puntillas en las vías de la ciudad para afectar el tráfico, un falso comunicado de la Policía recomendando a las personas que no programaran actividades para el 21N, permanecieran en casa y se abastecieran de alimentos, falsos bloqueos en las vías e incluso una supuesta amenaza de bomba en la Universidad del Cauca en Popayán.

Por otro lado, previo al 21N, en una alocución radiotelevisada, el presidente Iván Duque manifestó su comprensión ante las muchas aspiraciones sociales de diferentes sectores de la sociedad colombiana, pero en su discurso enfatizó en que “unos pocos” veían en el derecho a la protesta una vía para la agitación y la división del país. Así mismo, resaltó su disposición por garantizar el orden y una “jornada tranquila”. Además, desde el Estado, en el marco de una campaña en los medios de comunicación denominada *Más Colombia*, que se sustentó principalmente en las redes sociales con



el numeral *#MásColombia*, el mensaje marcaba una división dual de los colombianos entre quienes buscaban “construir” y “destruir”. Por ejemplo, en uno de los vídeos de esta campaña se dice que:

Es muy simple. Cuando restas, haces menos, cuando sumas, haces más, cuando construyes, haces más por Colombia, cuando destruyes, todos perdemos. Somos muchos más los que queremos construir, somos muchos más los que queremos más Colombia, porque por Colombia todo se puede. El futuro es de todos (Por Colombia todo se puede *#MásColombia*, 2019).

En el marco de esta división reduccionista entre quienes se clasifican como buenos y malos yace una lógica en la que la gubernamentalidad o si se quiere, la administración del miedo, es utilizada como un dispositivo que tiene la capacidad de “producir una dinámica de entrecruzamientos haciendo emerger objetos, conocimientos, realidades que de otra manera no podrían existir. Al operar como dispositivo, el miedo adquiere una capacidad productiva, creativa y recreativa” (Agudelo López, 2017, p. 120).

Aunque con la información que contamos, no es posible establecer un nexo entre el tipo de mensajes que circularon sobre el paro y las conductas de las personas durante el paro nacional, es probable que estos mensajes contribuyeron a crear expectativas entre algunos ciudadanos sobre lo que iba a pasar y en muchos de ellos, quizás, las versiones que circularon representaban una versión creíble de la situación. Igualmente, según pasaban las horas y la situación se iba definiendo, las autoridades anunciaban a través de redes sociales y medios de comunicación sus avances en materia de intervención y control social, como por ejemplo el anuncio de un toque de queda a las 7 de la noche del 21 hasta las 6 de la mañana del día siguiente o la captura de personas antes de dar inicio con el toque de queda.

En cuanto a la definición de los “vándalos” que buscaban ingresar a las unidades residenciales o saquear la ciudad, parte de la población dio claras muestras de asociar la criminalidad con pobreza o “gente rara” (Duque, 2019). Al respecto, algunos testimonios de habitantes de algunas de las unidades residenciales en las que se vivió esta incertidumbre durante el 21N señalaron que sus viviendas estaban rodeadas por asentamientos ilegales o “invasiones”, por lo cual, esta idea de gente rara y peligrosa se afianzó. En otras palabras, se creó una tipología de sitios peligrosos que están vinculados con personas peligrosas, además de una asociación entre delincuencia y pobreza (Salas Torres, 2015). Fue entonces una retórica del miedo la que se impuso para estructurar

estos mensajes, lo cual pudo contribuir con el escalonamiento del pánico y a definir los contornos de una problemática que se fue forjando, paulatinamente, entre los habitantes de la ciudad.

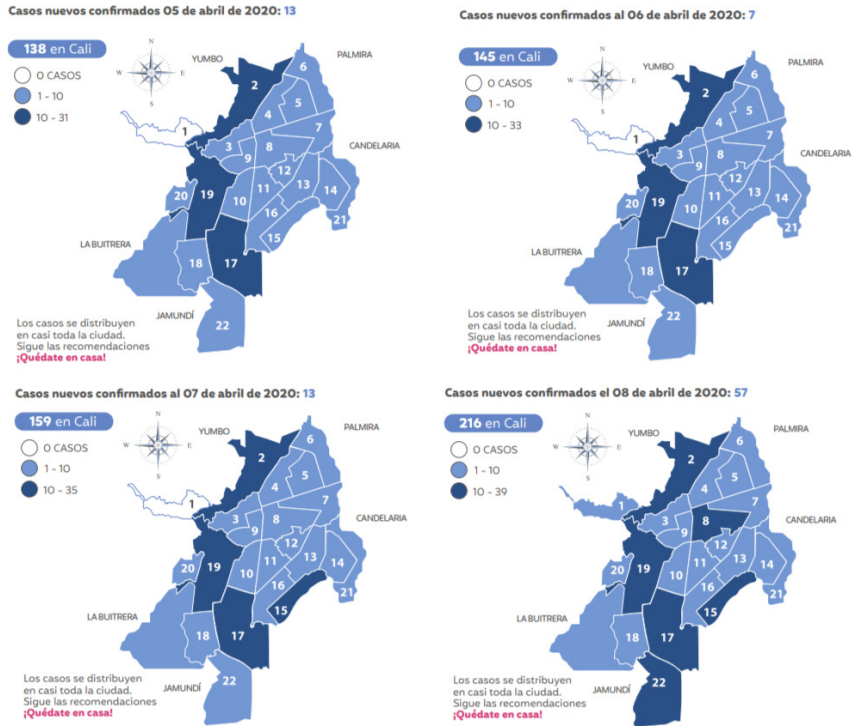
En lo que respecta a la pandemia, la definición de la situación tuvo matices diferentes: primero, porque el Gobierno a pesar de lo que estaba sucediendo en otros países no quiso en un primer momento definir la situación como pandemia, pues esto le obligaba a tomar medidas inmediatas como el cierre de los aeropuertos y a restringir diversas actividades económicas en el país. En su lugar, se optó por dilatar varios días la definición de la situación como una pandemia de escala global que también afectaba directamente al territorio nacional, lo que permitió la llegada por fronteras y aeropuertos de personas contagiadas al país, muchos de ellos huyendo de lo que estaba pasando en Europa y en países vecinos.

Días previos al confinamiento por parte del Gobierno, se desató una polémica entre el Gobierno nacional y los mandatarios locales por la demora en la toma de decisiones y las medidas a desarrollar para frenar el contagio. Una vez decretada la cuarentena a nivel nacional las disputas continuaron, sobre todo entre el presidente, sus ministros y la alcaldesa de Bogotá. A estos debates se sumaron el personal médico, industriales, comerciantes y todos aquellos afectados por las medidas del Gobierno.

Después de muchas discusiones, en un primer momento la versión que prevaleció es que el virus había entrado al país por los aeropuertos, en mayor medida por la llegada de colombianos que retornaban del extranjero o de turistas, sin dejar de mencionar que hubo grandes errores en materia de control y bioseguridad. Al respecto, en la ciudad de Cali, como parte de la constante publicación y divulgación de boletines, reportes y piezas gráficas a través de los cuales se definía la situación, posibilitó que se elaborara un discurso con el que se afirmaba, por lo menos en esta primera etapa de la pandemia, que eran las clases medias y altas las que trajeron el virus al retornar de sus viajes del extranjero. Esta idea se sustentaba en la información que circulaba en los medios, encontrando, por ejemplo, que el 12 de abril, de los 387 casos confirmados en Cali, el 18% habían sido importados, mientras que para el 4 de julio, considerando el cierre de aeropuertos, terminales de transporte terrestre y las medidas del aislamiento en general, los casos importados representaron el 0,9% de los 8728 registros confirmados.

## Mapa 2.

Casos de COVID-19 en Cali. Del 5 al 8 de abril



Fuente: Boletines epidemiológicos sobre el coronavirus de la Alcaldía de Cali.

Recuperado de: <https://www.cali.gov.co/> [Recurso en línea]

Durante esta primera fase, las comunas con mayor cantidad de registros correspondían a las pertenecientes al corredor norte-sur (comunas 2, 17, 19 y 22), pero con el transcurrir de la pandemia, los casos se expandieron a otras zonas de la ciudad, en especial hacia el centro y el oriente (como se muestra en el Mapa 4). Con la ampliación del confinamiento y el incremento de los contagios a diversos sectores de la ciudad, la definición de la situación fue cambiando, al punto que según las autoridades locales los principales causantes de la expansión del virus en Cali son las personas que no respetan los protocolos de seguridad y que se ubican en su mayoría de los casos, en las comunas del oriente de la ciudad.

La transición del foco de la pandemia del corredor norte-sur hacia el centro y el oriente de la ciudad, se sustenta entonces en una serie de percepciones que se producen cuantitativamente al medir el comportamiento de la pandemia, pero también a causa de los conocimientos acumulados de los habitantes y las autoridades locales respecto a la forma en que se ha organizado Cali, de forma política, social, demográfica y espacialmente. De este modo, en sectores como el conglomerado oriente cristalizan unas marcas territoriales del miedo o zonas en las que los imaginarios del temor se concentran, pero también se extienden por la ciudad como consecuencia de una percepción de peligro o amenaza potencial (Carrión Mena y Núñez-Vega, 2006).

Este cambio en la definición de la situación ha venido acompañado de una serie de dispositivos: boletines periódicos sobre la pandemia, aplicaciones para hacer seguimiento de la condición de la población (CoronaApp), publicaciones en redes sociales para dar seguimiento a la situación, las cuales se usan como medio de interacción con la ciudadanía y noticias sobre el desarrollo del virus en la ciudad y el país, dispositivos que contribuyen a otorgar credibilidad a las versiones expuestas por la administración municipal.

### **Los actores: “vándalos” y “desobedientes”**

Paralelamente a la definición de la situación, por parte de las autoridades gubernamentales se llevó a cabo una clasificación de los actores señalados como responsables o desencadenantes del problema.

En el caso de la noche del 21N, como ya se mencionó, los actores empezaron a ser definidos con anterioridad al evento. Se trataba de encapuchados y vándalos, cuyas descripciones (jóvenes, estudiantes) correspondía muy bien con buena parte de las personas que se movilizarían durante el paro.

## Imagen 1.

Reportan actos vandálicos de encapuchados en el oriente, centro y sur de Cali



Imágenes capturadas por ciudadanos que se compartieron en redes sociales durante el 21 de noviembre. Fuente: *El País*.

Esta clasificación fue rápidamente utilizada por medios locales y nacionales, vecinos de las urbanizaciones “supuestamente” atacadas, así como por funcionarios del Estado. El vándalo se convirtió entonces en el responsable de los disturbios y los enfrentamientos con el ESMAD y las invasiones a las propiedades de los vecinos que habitaban las unidades residenciales. Así mismo, esta definición del vándalo se acompañó con la figura de un criminal dispuesto a saquear negocios o atracar en las calles de Cali. Además, como consecuencia de la implementación del toque de queda, el Gobierno local insistió que cualquier ciudadano que se encontrara en las calles incumpliendo con la medida sería detenido. En ese sentido, el vándalo, en el marco de la

escena de los medios de comunicación y de las redes sociales, pasó a ser un delincuente televisivo o un “personaje que encarna todas las violencias de la sociedad, es el chivo expiatorio de un miedo producido y reproducido por el consumo masificado de la violencia” (Carrión Mena y Núñez-Vega, 2006, p. 13).

Los discursos e imágenes que utilizaron los medios para difundir las noticias sobre los sucesos de la noche del jueves 21 de noviembre se centraron en escenas de las marchas, momentos de confrontación entre algunos marchantes y la policía, contribuyendo de esta manera a legitimar las versiones oficiales sobre los actores y sus conductas.

Los desobedientes, por su parte, surgen en el discurso de la Administración Municipal para señalar a aquellas personas que no siguen las medidas administrativas como el toque de queda y la ley seca, además de realizar actividades prohibidas en el nuevo contexto de la pandemia como organizar fiestas y reuniones que puedan propagar el contagio.

Al igual que a los vándalos, a los desobedientes se les atribuye la principal responsabilidad en la expansión de la pandemia. Esta versión es difundida por los medios de comunicación que incluso acompañaron a la Secretaría de Salud y a la Policía en las campañas diseñadas para vigilar las zonas y evitar el desarrollo de actividades prohibidas en la ciudad.

Algunos periódicos haciendo eco a la voz de las autoridades, publicaron noticias sobre las comunas y los barrios que presentaban mayor grado de desobediencia, en contraste con los que seguían de manera juiciosa los protocolos de seguridad propuestos por la administración municipal. Por ejemplo, en los primeros 40 días de cuarentena la Policía Metropolitana de Cali insistía en la necesidad de cumplir con las medidas de confinamiento, enfatizando en que los infractores correspondían principalmente a las comunas 5, 6, 7, 8, 10, 12, 16, 18, 20 y 21, además de las comunas 13, 14 y 15 del Distrito de Aguablanca que hacen parte del conglomerado Oriente, Ladera, Centro-Norte y Centro-Oriente, al igual que las comunas 17 y 19 del conglomerado Norte-Sur. De igual modo, hasta ese momento de la cuarentena se impusieron 9071 comparendos por la violación del aislamiento, mientras que 43 menores habían sido encontrados en las calles.

Los reportes de las autoridades, justificados en cifras de cumplimiento e incumplimiento, además de la exposición en redes sociales de los logros alcanzados por la administración local en asuntos de seguridad, conllevaron a la construcción del perfil de los desobedientes y a ubicar espacialmente las zonas clave para ser intervenidas y controladas. Por tanto, después de la definición de la situación con base en cifras, el Estado hizo de los miedos sociales despertados por la pandemia un recurso político

para la intervención y el control del territorio, al igual que un argumento legítimo para construir la figura del desobediente. De todos modos, en esta concepción dual ente los obedientes y desobedientes, no hay que pasar por alto que todas las personas de la ciudad se ven afectadas por la pandemia y son víctimas de la situación, pero también hay *condenados de la ciudad*, es decir, los sectores pobres y marginados que pasan a ser identificados como potenciales fuentes de inseguridad, por lo cual se hace necesario su control a través de acciones policiales, judiciales y penales (Paz Rada, 2013).

Buena parte de los desobedientes, al igual que los vándalos residen en las comunas al oriente de la ciudad. En otras palabras, en los últimos meses, el desobediente sustituyó al viajero de clase media proveniente de Europa y Estados Unidos. No obstante, los dispositivos institucionales siguen señalando el aumento de contagios en estos barrios, pero encerrando y militarizando a las personas que se encuentran en zonas donde, según las autoridades, no se siguen los protocolos y las medidas de seguridad.

## La ubicación espacial

Actores y situaciones se inscriben en espacios específicos demarcados administrativamente por el Estado (municipios, comunas, barrios, etc.) o como producto de nuevas y antiguas clasificaciones y denominaciones que luego suelen ser replicadas, como ya se ha dicho, por los medios de comunicación y los mismos ciudadanos.

De esta manera, en un mismo espacio o territorio pueden cruzarse caracterizaciones sociodemográficas de los actores, adscripciones económicas (pertenencia a un determinado estrato y ocupación), referencias étnicas y percepciones morales (barrios buenos, barrios malos). De hecho, las instituciones del Estado levantan mapas de la ciudad a partir de sus contextos de interés: mapas de criminalidad y delincuencia, sectores peligrosos, mapas de servicios públicos, zonas epidemiológicas, etc. A partir de dichos mapas y procesos de zonificación se delinearán, clasifican y reclasifican grupos sociales, poblaciones y se definen focos de intervención.

Todo este proceso de mapeación y zonificación está soportado en estudios urbanos que realizan las mismas instituciones del Estado, que contratan con universidades o que llevan a cabo empresas dedicadas a la consultoría. Los hallazgos obtenidos en dichos estudios constituyen la línea de base sobre la cual se planificarán procesos de desarrollo, se tomarán decisiones sobre seguridad o expansión urbana.

Los dispositivos sobre los cuales se difunde esta información son: informes periódicos, noticias de prensa, información publicada en las páginas web de las instituciones, exposiciones realizadas frente a instituciones competentes, etc. El propósito de



esta información es a la vez legitimar las clasificaciones y divisiones que hace el Estado y proporcionar un lenguaje y un conjunto de conceptos y categorías para referirse a ciertas zonas, problemas y situaciones; con el fin de que sean apropiados por otros actores e instituciones. De esta forma, se lleva a cabo la función de homogeneización que realiza el Estado para garantizar su unidad en zonas y territorios.

Los casos estudiados en este trabajo se inscriben muy bien en los procesos de producción espacial que genera el Estado. Durante el 21N, la identificación de enclaves y territorios se propone días antes, cuando se publican los trayectos que seguirán las marchas convocadas durante el paro nacional y el día de la movilización a través de los partes informativos que la Policía y la Secretaría de Seguridad Municipal dieron, permanentemente, sobre el desarrollo de la movilización. Esta información permitió ubicar focos de disturbios como las zonas alrededor de la Universidad del Valle o el centro de la ciudad.

Aunque no se cuenta con datos de lo que la gente hace con esta información, el 21 de noviembre amaneció con el comercio cerrado y sin servicio de transporte público en muchas zonas de la ciudad. Al finalizar el día y después de ser decretado el toque de queda, la principal fuente de información pasó a ser las redes sociales y servicios de mensajería instantánea como WhatsApp, a través de los cuales circularon testimonios de invasiones a unidades del sur y del norte de la ciudad. Estos mensajes identificaban zonas concretas a la vez que describían las características de los invasores y su supuesta procedencia. Si bien no se pudo identificar el supuesto origen de los “vándalos”, desde el punto de vista de la ciudadanía y de los medios de comunicación quedó la percepción que se trataba de jóvenes del oriente de la ciudad.

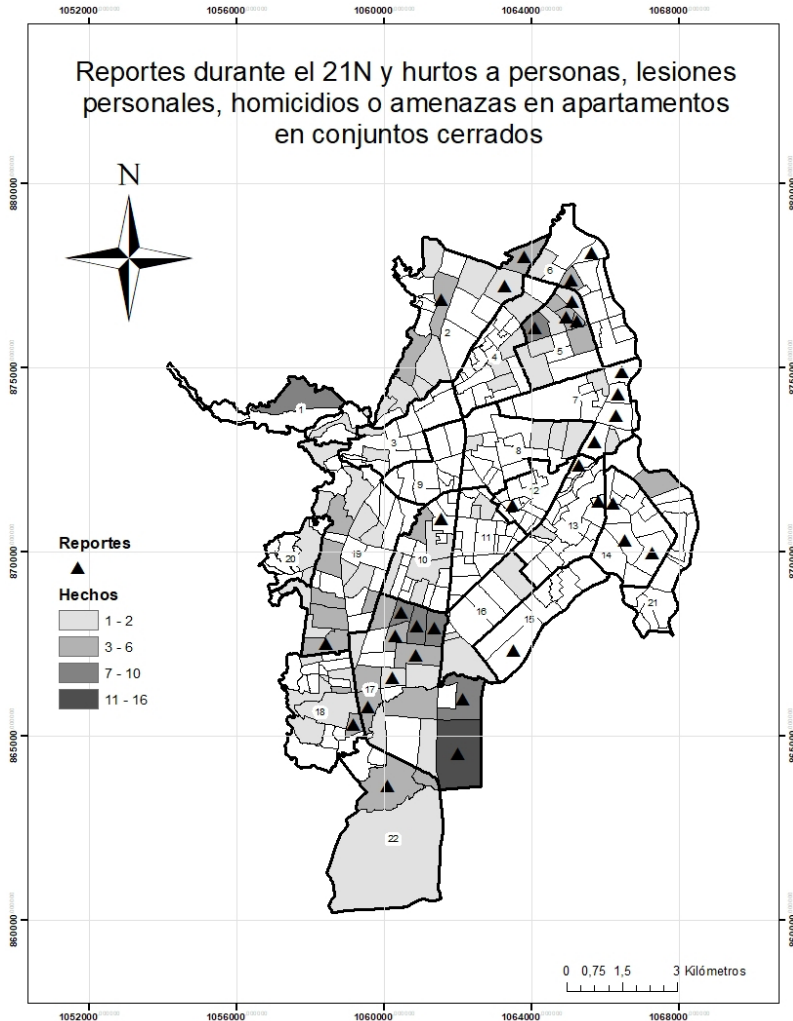
“Empezaron a tratar de meterse a la unidad, eran los de Guaduales y Floralia y se empezó a poner bastante tensa la cosa. Rondaron toda la unidad, los vecinos estábamos custodiando por delante y por detrás para que no se fueran a meter”, nos dijo Alejandro Corrales, quien vive en Brisas de los Álamos, al norte (Duque, 2019).

Como se mostrará en el Mapa 3, los medios de comunicación y las redes sociales hicieron énfasis en reportar supuestas amenazas o hechos violentos, de modo muy insistente en unidades residenciales en ciertos barrios de la ciudad durante el 21N. Ahora bien, si se analiza en un periodo de alrededor de 10 años los registros oficiales de hechos de conflictividad, entendiendo por este concepto hurtos a personas, lesiones personales, amenazas u homicidios, en apartamentos en conjuntos cerrados, es posible encontrar una distribución de los casos muy interesante, que presenta ciertas coincidencias con lo sucedido el 21N.



### Mapa 3.

Barrios con reportes durante el 21N y reportes de conflictividad entre el 2010 y febrero de 2019 en apartamentos en conjuntos cerrados



El mapa cruza la información entre los barrios que presentaron reportes durante el 21N, con la información recopilada desde la base de datos de la Policía Nacional sobre delitos y conflictividades en apartamentos en conjuntos cerrados, filtrado por las variables mencionadas en el título. Elaboración propia. Fuente: Datos abiertos de la Secretaría de Paz y Cultura Ciudadana.

Entre los 33 barrios con reportes, 20 de ellos han presentado por lo menos un registro ante las autoridades de un hecho de conflictividad. Además, se destaca que barrios como Lili, Torres de Comfandi, Caney, Cañaverales, El Limonar, Primero de Mayo, Brisas de los Álamos o Chiminangos, son justamente los que más casos presentan. Por supuesto, en esta consideración hay que tener presente el uso del suelo de cada sector de la ciudad, al igual que una mayor presencia o no de conjuntos cerrados al interior de un barrio, pero más allá de lo anterior, es factible pensar en el modo en que estos espacios con edificios bien resguardados permean el modo en que se concibe la ciudad, se diferencian las zonas seguras de las inseguras y se construyen imaginarios en torno al temor. Al respecto, los conjuntos cerrados como una expresión de la arquitectura del miedo mediante la cual se crean fortificaciones residenciales para que se puedan resguardar quienes sí cuentan con la capacidad para hacerlo, en simultáneo fragmentan la ciudad y permiten que tenga más vigencia para quienes residen en ellas, los sentimientos de inseguridad (Díaz y Alvis, 2014). Es decir, aunque estas unidades residenciales suponen todo un complejo proceso de transformación de la ciudad a través de dispositivos de seguridad con edificios bien resguardados, personal de seguridad, rejas, alarmas y similares para delimitar el espacio y blindarse del otro (Nieto, 2014), surgen como parte de este resguardamiento, expresiones de temor y de pánico como la noche del 21N.

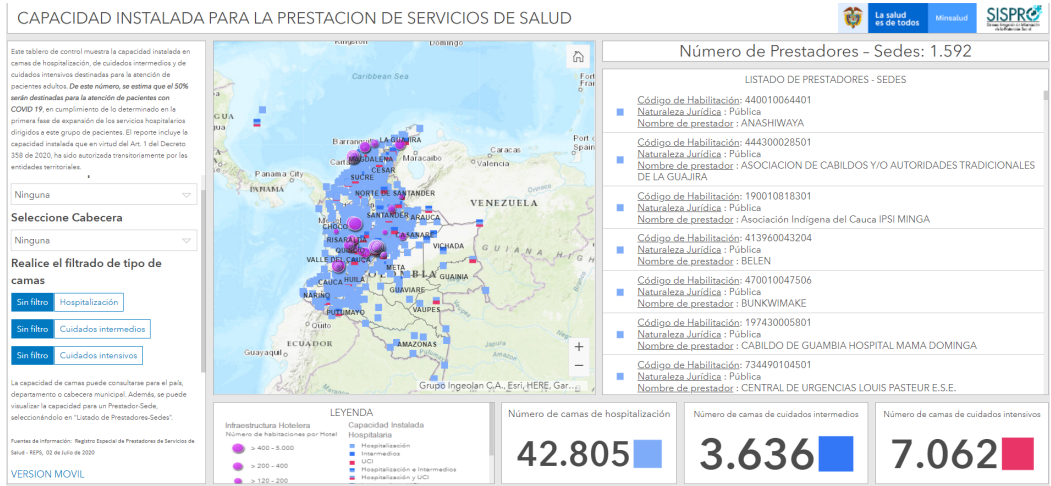
En lo que tiene que ver con la pandemia, si bien el proceso de producción espacial del contagio siguió un procedimiento similar al del 21N, su desarrollo ha sido más sistemático y ha contado con una serie de dispositivos y mecanismos de información que se han ido construyendo y adaptando según la situación avanzaba, con los cuales se buscaba mantener la ciudadanía informada sobre la evolución del contagio en la ciudad y el país.

Una vez decretado el confinamiento, el Ministerio de Salud y Protección Social en coordinación con el Instituto Nacional de Salud y el apoyo del DANE, produjeron infografías, gráficas, datos estadísticos, mapas y datos en general sobre la evolución de la pandemia en los distintos departamentos y municipios del país. Además, se creó y fomentó el uso de CoronaApp, una aplicación que permite registrar de manera voluntaria los datos de los ciudadanos sobre sus síntomas. En simultáneo, la Presidencia de la República creó un programa de televisión diario para informar sobre las medidas del Gobierno para enfrentar el virus. Una característica de estos dispositivos, que luego fueron replicados a nivel local, fue el uso de mapas que le permitían a los mismos usuarios detectar el avance del contagio en sus barrios y cuadras.



### Imagen 3.

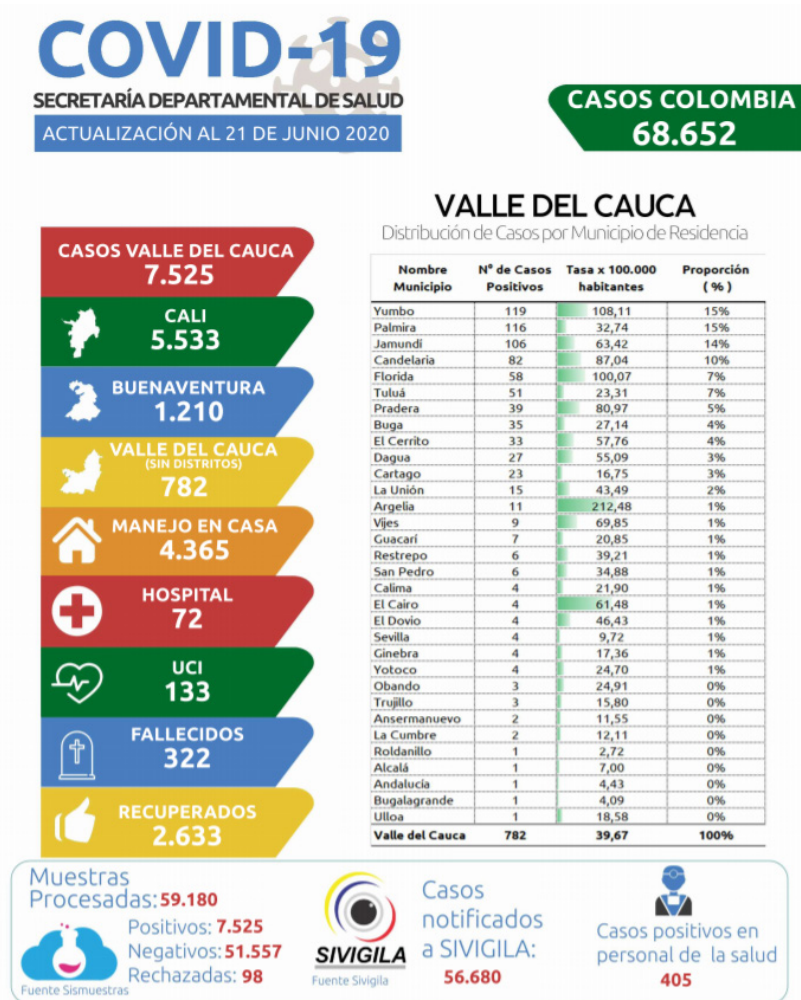
### Capacidad instalada para la prestación de servicios de salud



Fuente: Ministerio de Salud y Protección Social. Recuperado de: <https://minsalud.maps.arcgis.com/> [Recurso en línea]

## Imagen 4.

Reporte COVID-19, Valle del Cauca



Fuente: Secretaría de Salud Departamental. Recuperado de: <https://www.valledelcauca.gov.co/> [Recurso en línea]

A nivel municipal, las estrategias informativas estuvieron acompañadas de ruedas de prensa de parte de la Alcaldía y sus funcionarios, infografías, informes epidemiológicos colgados en la página web de la Administración Municipal, así como una serie de columnas y noticias publicadas en diarios locales y medios electrónicos que se difundían por redes sociales. La identificación espacial de los focos de contagio contribuyó a definir las estrategias de intervención de la Alcaldía en microzonas y en la realización de visitas a barrios considerados vulnerables a nivel económico a repartir ayudas.

### Imagen 5.

Protestas con trapos y banderas rojas ante escasez de alimentos durante la pandemia



En barrios como Pízamos, Potrerogrande y El Hoyo se colgaron trapos con color rojo para indicar que había escasez de alimentos en las casas. Fuente: *El País*.



## Imagen 6.

Entrega de mercados a través de la Secretario de Bienestar Social de Cali



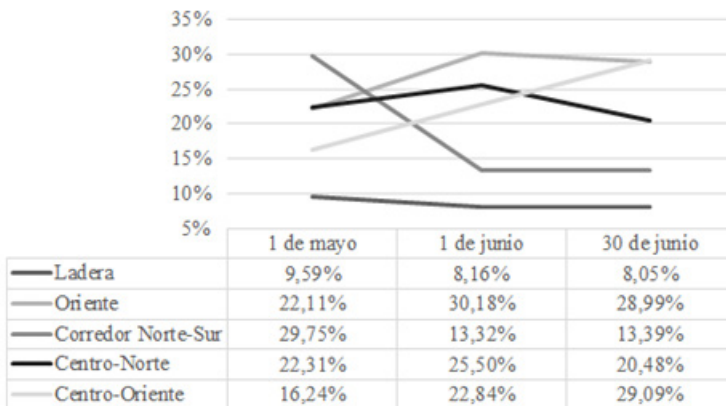
La alcaldía invirtió más de 60.000 millones en ayudas para la atención de la crisis de la pandemia. Fuente: *El País*.

Como es posible constatar en los informes de la Administración Municipal en los primeros meses los focos de contagio se centraron en comunas de barrios residenciales del corredor norte-sur, es decir, las comunas 2, 17, 19 y 22, lo que resultó coherente con la explicación que se había dado respecto a que la llegada de la pandemia se originó por la visita de viajeros provenientes de países en los que se habían disparado previamente los contagios.

Con el transcurso de los meses y la evolución de la enfermedad en la ciudad, el foco de contagio se extendió a nuevas comunas. Por ejemplo, al 1 de mayo cerca del 30% de los casos confirmados en la zona urbana se ubicaba en el corredor norte-sur, pero al 30 de junio esta proporción disminuyó al 13,4%. En el caso del conglomerado oriente, el 1 de mayo los casos pasaron del 22,1% a un 30,2% el 1 de junio y 29% el 30 de junio, caso semejante a la zona del centro-oriente que al 30 de junio presentaba 30% de los casos confirmados.

### Gráfica 1.

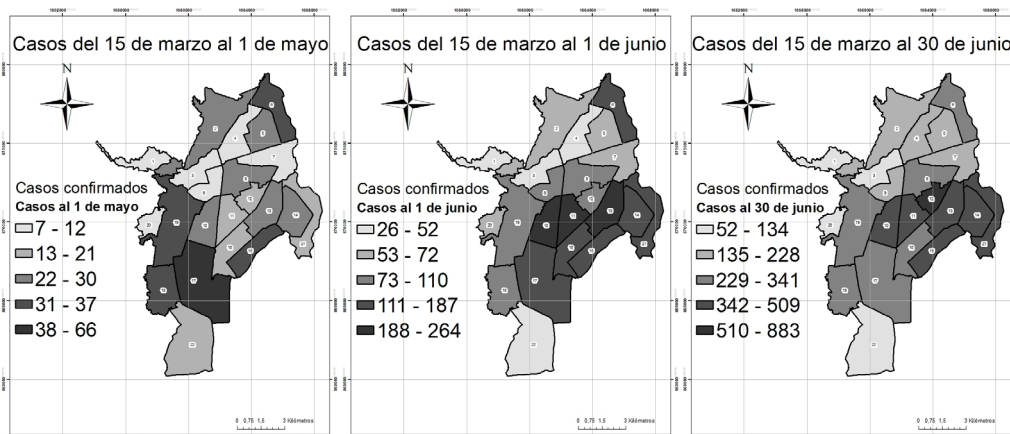
Casos confirmados de COVID-19 en la zona urbana por conglomerado desde el 15 de marzo al 1 de mayo, 1 de junio y 30 de junio



Elaboración propia con base en los boletines epidemiológicos sobre el coronavirus de la Alcaldía de Cali. Recuperado de: <https://www.cali.gov.co/> [Recurso en línea]

### Mapa 4.

Casos confirmados de COVID-19 por comuna



Elaboración propia con base en los boletines epidemiológicos sobre el coronavirus de la Alcaldía de Cali. Recuperado de: <https://www.cali.gov.co/> [Recurso en línea]



### Mapa 5.

Casos activos de COVID-19 en los últimos 15 días desde el 14 de julio



Elaboración propia con base en los boletines epidemiológicos sobre el coronavirus de la Alcaldía de Cali. Recuperado de: <https://www.cali.gov.co/> [Recurso en línea]

Dicha situación, junto con el incumplimiento de los ciudadanos de las medidas administrativas tomadas por el Gobierno local como el toque de queda y la ley seca, concentró la atención de la intervención en comunas específicas, a partir de una nueva clasificación del contagio y con ella, una nueva explicación sobre sus causas: comunas y barrios obedientes vs. comunas y barrios desobedientes que no respetaban las normas de seguridad. De esta manera, la categoría de desobedientes o indisciplinados se afianzó, en conjunto con una estigmatización de la zona oriental de la ciudad. Es decir, al igual que se ha planteado anteriormente con la tipología de vándalos durante el 21N, la violencia simbólica del Estado sustentada en sus dispositivos de intervención y control, cristaliza en esta división de la ciudad a partir del modo en que la situación es definida.

### Imagen 7.

Capturado en una fiesta convocada por WhatsApp en una casa al norte de Cali



---

Capturado en una fiesta durante la cuarentena en una casa en el norte de Cali en Paso del Comercio. Fuente: *El País*.

## Imagen 8.

Intervención sobre fiestas y encuentros en el espacio público de Cali



Fuente: *El País*.

Una situación más para reseñar se dio el fin de semana del día de la madre, cuando las autoridades resaltaron la intervención de algunas fiestas en El Caney y su preocupación ya que en el oriente de la ciudad seguían presentándose reuniones acompañadas por el consumo de bebidas alcohólicas. De modo semejante, la celebración del día del padre dio como resultado un reporte de la policía en el que se mencionaba que se realizaron 200 fiestas y se registraron 1200 riñas, de las cuales 280 eran de violencia intrafamiliar, además de 2000 llamadas por alteración del orden público. Así mismo, barrios como Siloé, Belén, Belisario Betancur, Brisas de Mayo, Valle Grande o el Parque del barrio El Ingenio se mencionaron como los lugares principales en los que se presentaron estas violaciones a la cuarentena. Así mismo, durante este fin de semana se enfatizó en el caso del barrio Colonia Nariñense ubicado en el Distrito de Aguablanca, pues el Gobierno local identificó una fiesta en la que se estimó había 500 personas, motivo por el cual se procedió a intervenirla como medida para el control de la propagación del virus. La presión sobre zonas específicas fue tal, que algunos habitantes del barrio se reunieron con miembros de

la Alcaldía para buscar alternativas con el objetivo de evitar la realización de fiestas y aglomeraciones. En dicha reunión los representantes de la colonia pidieron disculpas públicas a la ciudad por los desmanes de sus vecinos.

El balance respecto a lo ocurrido durante los fines de semana de junio reflejó que se celebraron más de 4000 fiestas y reuniones, además de consumo de licor. Sobre lo anterior, al anunciar el toque de queda del 26 de junio, la Administración Municipal mencionó que se esperaba no se repitieran fiestas ni reuniones en las “comunidades de siempre”, haciendo referencia a las comunas 3, 5, 10, 13, 14, 15, 16 y 22. De nuevo, esta clasificación y división espacial enfatiza en el oriente de Cali, acentuando, por lo menos en el discurso de la Alcaldía, que son estos sectores de la ciudad los que ahora se configuraban como fuentes del contagio y que requieren de mayor vigilancia, intervención y control.

Como ha sido usual, esta información fue acompañada de noticias, columnas y editoriales de los periódicos locales que terminaron por legitimar y naturalizar la nueva versión del contagio propuesta por la Administración Municipal. Por ejemplo, *El País* en su cubrimiento sobre Cali en torno al toque de queda, la ley seca o el cumplimiento de las medidas de distanciamiento social, tituló algunas de sus noticias de la siguiente manera:

- Fiestas, parques llenos y riñas: indisciplina en Cali pese a COVID-19
- Una fiesta de más de 500 personas fue descubierta en el oriente de Cali
- Segunda jornada de ley seca en Cali “tuvo lunares”, pero el balance de las autoridades es positivo
- Habría toque de queda en varios sectores de Cali por indisciplina ciudadana frente al COVID-19
- ¿Por qué el COVID-19 no ha aplacado la rumba y la indisciplina en Cali?
- Quienes no respetan toque de queda saliendo de Cali son “insolidarios y tráfugas”: Ospina

Paradójicamente, este proceso de clasificación y de expansión de la violencia física y simbólica sobre ciertas comunas de la ciudad se llevó a cabo con el permiso de apertura de Centros Comerciales y con la celebración del día sin IVA, realizado el 19 de junio. Este último implicó largas filas y aglomeraciones frente a almacenes de cadena. Aunque la Alcaldía cerró por unas horas algunos de los almacenes, su reacción se centró en la conducta de los habitantes de las comunas desobedientes, durante el fin de semana y en la consecuente intensificación de las medidas de control y la presencia de la policía y el ejército en algunas zonas.

Como expone Uribe Castro (2010), el Gobierno nacional y local terminó por verse en la obligación, ante la presión de la fuerza del mercado, de asumir un cierto grado de responsabilidad en el marco de la denominada reactivación económica, de implementar políticas como la del día sin IVA, por lo cual se dio prioridad a algunos sectores, en este caso al sector privado, aunque con una clara expresión de desigualdad porque en simultáneo la marginalización de los sectores vulnerables se profundizaba, sin pasar por alto las consecuencias que este tipo de medidas pueden ocasionar, como facilitar la expansión del virus. Así, la búsqueda por dar prioridad al sector privado, empeoró aún más las condiciones de otra parte de la población.

### Las estrategias de intervención

A pesar de las diferencias sobre los dos acontecimientos estudiados en este capítulo, la estrategia de intervención implementada por la Administración Municipal, (con dos alcaldes distintos) e incluso la reacción de las comunidades intervenidas terminó siendo muy similar. Ambas situaciones buscaron ser controladas con medidas administrativas como el toque de queda y la ley seca, así como con el incremento de la presencia de la fuerza pública en el sector. Todo esto acompañado de ruedas de prensa, publicación de informes y reportes.

Sin embargo, el manejo de la pandemia presentó algunas diferencias como la realización de visitas para llevar ayudas a las zonas intervenidas y realizar acciones de control del virus. Tal vez la principal diferencia radica en los dispositivos utilizados para producir información diaria sobre la evolución de la pandemia en los barrios y comunas de la ciudad.

Con el objetivo de controlar la aglomeración de personas, desde el 6 de abril, la Alcaldía de Cali decretó la medida del pico y cédula, un mecanismo con el que se permite a una persona por núcleo familiar, de acuerdo con el último dígito de su cédula, salir a adquirir bienes de primera necesidad o realizar trámites bancarios y financieros. Respecto a los establecimientos, se prohibió la venta de sus productos a quienes estuviesen por fuera de la norma, con la única excepción de las farmacias. En cuanto a quienes incumplan con la normativa, esto puede ser causa de infracciones.

Como parte de la implementación del toque de queda o del aislamiento preventivo obligatorio, con los cuales se restringía el acceso a los distintos espacios de la ciudad, la movilidad y el consumo, el pico y cédula se plantea como una medida para relajar la expansión de la violencia física y simbólica, al menos en cuanto se refiere al acceso a bienes de primera necesidad o la realización de trámites. Resulta interesante

que el pico y cédula coincidió con otras estrategias de control social sobre el uso de la malla vial como el pico y placa. Es decir, algunos ciudadanos se podrían encontrar en un escenario en el que su movilidad se veía registrada simultáneamente por el pico y cédula y el pico y placa, al menos en lo que respecta al uso de su vehículo particular que de hecho es una de las sugerencias planteadas por las autoridades para controlar la expansión de la pandemia. Como consecuencia y ante la confusión de algunos ciudadanos por verse obligados a revisar ambos mecanismos de restricción, la Alcaldía desarrolló una aplicación en línea para facilitar a los ciudadanos saber cuándo les era posible movilizarse por la ciudad y qué días era posible hacerlo con su vehículo propio.

### Imagen 9.

Pico y Cédula para Cali del 16 de junio al 29 de junio

**GUARDIANES**  
*somos todos*

**Pico y cédula**

Una persona del núcleo familiar podrá salir a abastecerse según **el último dígito de su cédula**, así:

**19 de junio** no habrá pico y cédula por ser el primer día sin IVA en el país.

<b>16, 18, 20, 22, 24, 26, 28 y 30 de junio</b> Pares <b>2, 4, 6, 8 y 0</b>	<b>17, 21, 23, 25, 27, 29 de junio</b> Impares <b>1, 3, 5, 7 y 9</b>
--	---

#CaliUnidaPorLaVida  
Verifique la información antes de compartir



Fuente: Twitter de la Alcaldía de Cali.

Aparte de la simultaneidad entre el pico y cédula y el pico y placa, el día sin IVA también marca una paradoja en el modo en que se intervino desde el Estado en términos de control de la pandemia, ya que se permitió a los ciudadanos que hicie-



ran parte de la estrategia de reactivación económica al suspender las restricciones en movilidad de forma temporal durante el día sin IVA para que se pudiesen dirigir a los almacenes de cadena, centros comerciales o sitios de comercio.

### Imagen 10.

Cierre temporal de Alkosto durante el Día sin IVA



Fuente: *El País*.

Llama la atención en este caso puntual el modo en el que a medida que los días de aislamiento preventivo obligatorio iban transcurriendo, la forma en la que las autoridades ajustaban la definición de la situación y sus estrategias de acción de acuerdo con la coyuntura del momento. En ese sentido, durante los primeros días de aislamiento se enfatizaba en proteger la vida de los colombianos, reconociendo que estas decisiones tendrían consecuencias complejas para la economía, pero con el paso de los días y ante las presiones económicas, tanto de los grandes comerciantes del país como de una población vulnerable con unas condiciones aún más complejas para generar ingresos, el discurso por la vida como prioridad se fue difuminando y pronto se inscribió en la agenda pública la necesidad de un proceso de reactivación económica gradual que alcanza un punto crítico durante el primer día sin IVA, cuando se registraron aglomeraciones en varias zonas de la ciudad y que incluso obligó al alcalde a establecer un cierre obligatorio temporal a un importante centro de comercio en el sur que pocas horas después se reabrió una vez se reestableció el orden interior.

## Imagen 11.

Habilitación de nuevo ingreso a Alkosto durante el Día sin IVA



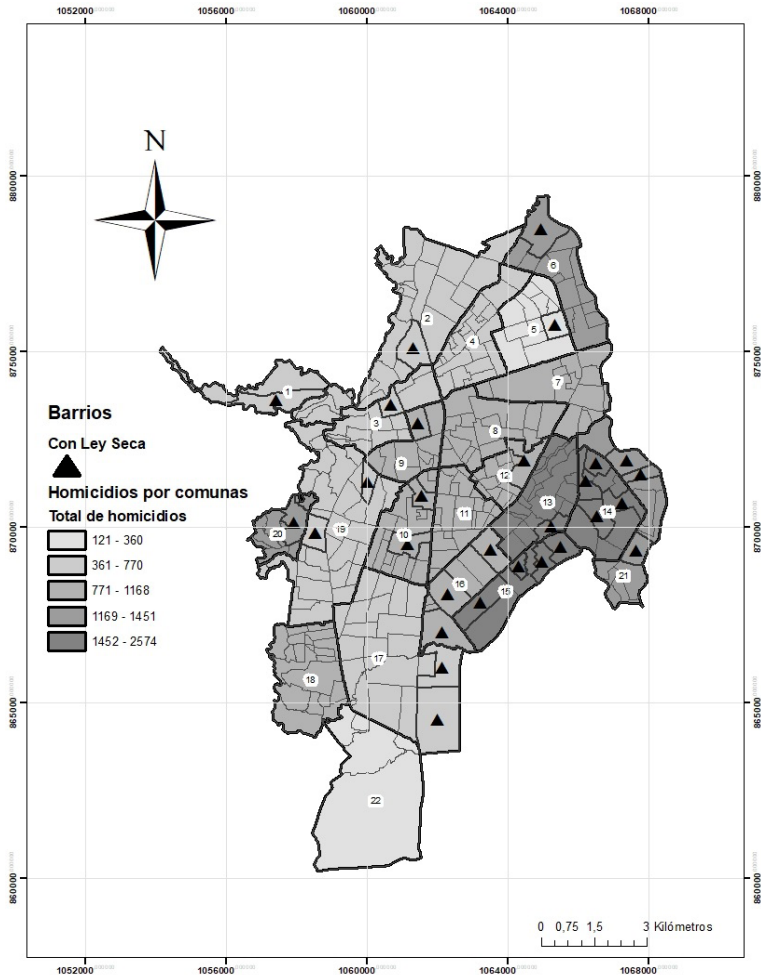
Fuente: *El País*.

Además del día sin IVA, el mes de junio tuvo la peculiaridad de contar con tres lunes festivos seguidos, situación que pronto fue identificada por las autoridades locales como un reto para dar cumplimiento con las medidas de aislamiento. Al respecto, el fin de semana del 12 de junio desde las 10 de la noche hasta el 16 de junio a las 5 de la mañana, en Cali, a diferencia de lo determinado en otros municipios del Valle del Cauca, se confirmó que no habría toque de queda y se decretó ley seca pero de forma focalizada en 28 barrios, destacando que esta disposición aplicaba en especial para los barrios de Antonio Nariño, Calimio-Desepaz y Ciudadela Floralia, por ser zonas identificadas como prioridad por el Observatorio Social de la Alcaldía de Cali, resaltando que son barrios en los que se venían presentando un alto número de hurtos, homicidios y comparendos. A su vez, el modo en que se explica la toma de estas decisiones enfatizó en que ciertos sectores de la ciudadanía se “estaban portando bien” al cumplir con las medidas, por lo cual, el objetivo no consistía en “castigar” el buen comportamiento de estos ciudadanos como consecuencia de la violación a las prohibiciones por parte de habitantes de otras zonas, sino que la finalidad de la medida era focalizar los esfuerzos del Gobierno local en los barrios con los índices más elevados en comparendos, incumplimiento de las restricciones, hurtos u homicidios.



### Mapa 6.

Barrios de Cali focalizados para implementar la medida de ley seca y homicidios por comuna entre el 2004 y 2018



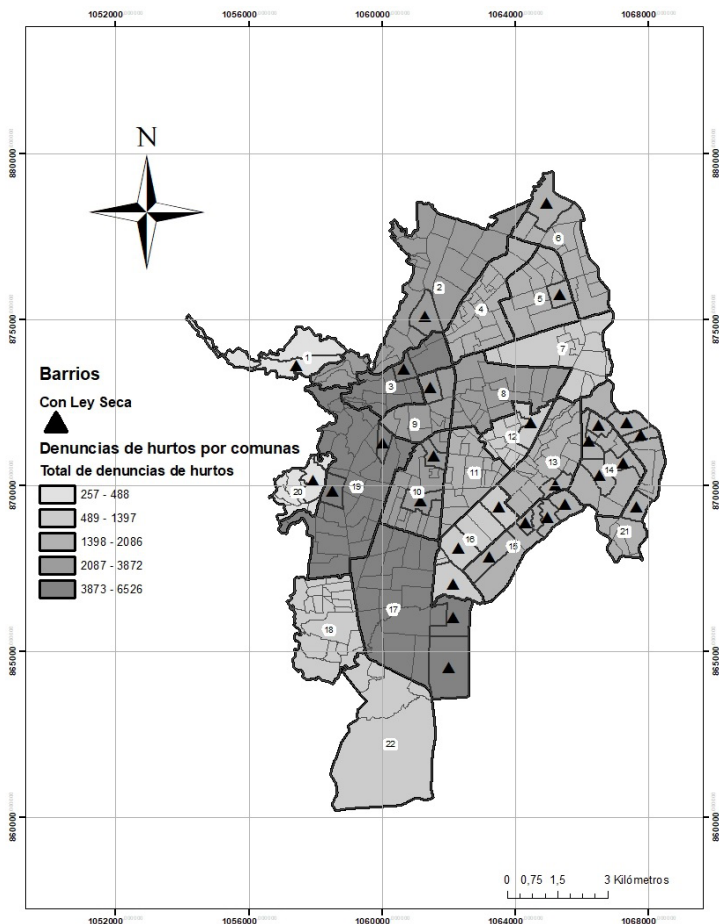
Elaboración propia. Fuente: datos abiertos de la Secretaría de Seguridad y Justicia de Cali.

Ahora bien, a modo de contextualización, se propone observar la distribución histórica de los casos de homicidio por comuna desde el 2004 al 2018, donde se encuentra que el conglomerado oriente es el que presenta una mayor proporción

con el 40,34% de los registros de la ciudad, seguido por el centro-norte (21,53%) y centro-oriente (17,68%). Respecto a las denuncias de hurtos entre el 2016 y 2019, el corredor norte-sur (33,6%) y el conglomerado centro-norte (32,8%) son los que reúnen dos tercios de todos los casos registrados en la ciudad.

### Mapa 7.

Barrios de Cali focalizados para implementar la medida de ley seca y denuncias de hurtos por comuna entre el 2016 y 2019



Elaboración propia. Fuente: datos abiertos de la Secretaría de Seguridad y Justicia de Cali.

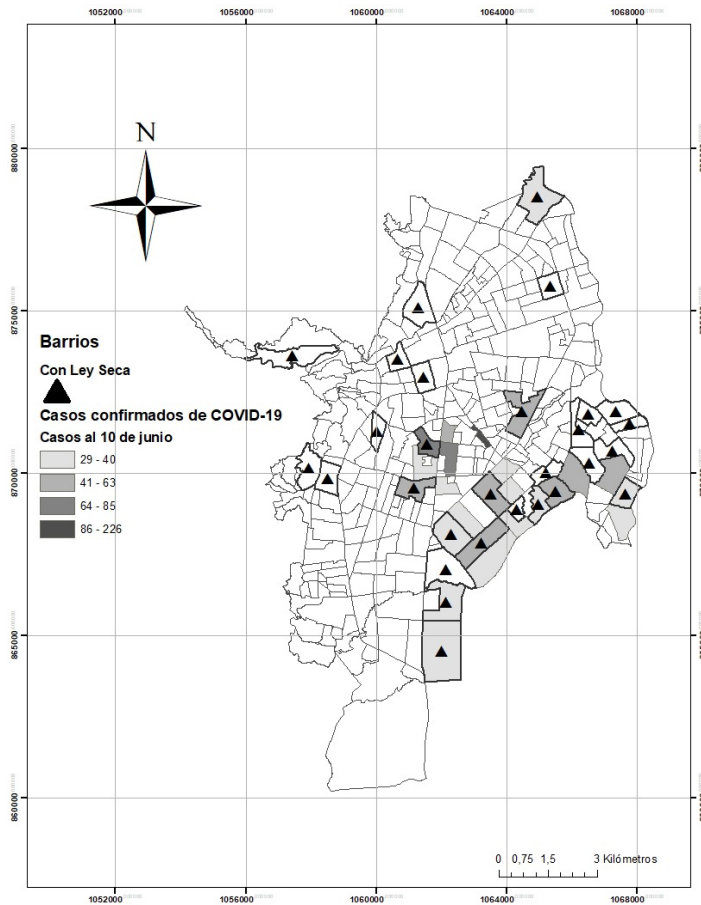
Como se ha mencionado, durante el fin de semana del 12 junio se implementó la ley seca de manera focalizada en 28 barrios de Cali, para lo cual se mencionan los registros de homicidios, hurtos y el comportamiento de sus habitantes como las razones fundamentales para sectorizar la medida. Más allá de lo anterior, llama la atención en esta definición de la situación que entre los 25 barrios con mayor número de casos confirmados de COVID-19 hasta el 10 de junio, solo 12 se incluyeron en la lista de 28 barrios con ley seca, destacando el caso de Villanueva donde no se aplicó la ley seca, pero que en ese momento le correspondía el 6% de los casos confirmados totales de la ciudad incluyendo la zona rural. Así mismo, en El Jardín, Alfonso Bonilla Aragón y Manuela Beltrán, el segundo, cuarto y quinto barrio con más casos, respectivamente, la ley seca tampoco fue implementada.

En cuanto a los tres barrios en los que más se hizo hincapié por parte de las autoridades para la implementación de la ley seca y el toque de queda, es decir, Antonio Nariño, Ciudadela Floralia y Calimio-Desepaz, en ese momento de la pandemia la proporción de casos confirmados de COVID-19 para estos barrios era de 1,3%, 0,9% y 0,8%, respectivamente. Se puede inferir entonces, que más allá de ser la pandemia la razón central a partir de la cual se decreta la ley seca, en este caso focalizada, las autoridades definieron la situación y tomaron sus decisiones dando prioridad a controlar la inseguridad de determinadas zonas del territorio de la ciudad, en las cuales los casos de homicidios y hurtos son más altos. De todos modos, si se presta atención a las denuncias de hurtos, son el corredor norte-sur y el conglomerado centro-norte los que tienen registros más altos en los últimos años, pero la cantidad de barrios a los que se focalizó la ley seca en este caso es mucho menor a lo que ocurre en el oriente.

Las decisiones del Gobierno local para los siguientes dos fines de semana y haciendo hincapié en la celebración del día del padre, consistieron en imponer más restricciones con el objetivo de controlar la propagación de la pandemia. De este modo, la Alcaldía de Cali no solo cambió su postura al decretar ley seca para toda la ciudad, sino que incorporó la medida del toque de queda. Al respecto, el alcalde manifestó que las reuniones y fiestas registradas en la mayoría de los casos en conjunto con el consumo de licor, son las razones fundamentales para esta modificación en el modo de intervenir, pues son factores que incumplen con las restricciones establecidas para controlar la propagación del virus. Así mismo, anotó que se implementarían más controles para evitar las fiestas en vía pública, paseos a municipios cercanos o encuentros entre personas que no respetan las medidas de bioseguridad como el uso del tapabocas o el aislamiento.

### Mapa 8.

25 barrios de Cali con más casos de COVID-19 al 10 de junio y barrios con ley seca



Elaboración propia con base en los boletines epidemiológicos sobre el coronavirus de la Alcaldía de Cali. Recuperado de: <https://www.cali.gov.co/> [Recurso en línea].

En lo que tiene que ver con las reacciones de las comunidades intervenidas estas suelen caracterizarse por la desobediencia y el irrespeto de las medidas diseñadas por el Gobierno local. En el caso del 21N, se trataba de los marchantes o de los vándalos que no acataron el toque de queda, mientras que, en la pandemia, son los ciudadanos de las comunas intervenidas los que no tuvieron en cuenta los protocolos y las restricciones.

Sobre lo anterior vale la pena mencionar que zonas como el oriente de Cali, Ladera y de modo particular el Distrito de Aguablanca, son espacios que son percibidos en el imaginario social como la fuente de distintos problemas de la ciudad o cuando menos, ser territorios con un claro potencial amenazante que en cualquier momento se puede expresar en homicidios, hurtos o crímenes. Por ejemplo, en el marco de la pandemia en una visita del Fiscal General de la Nación a Cali el 25 de junio, se anunció que en un trabajo conjunto con la Policía, empresarios y comerciantes para reactivar la economía, se desarrollarían e implementarían sistemas de reconocimiento facial en la entrada de supermercados y centros comerciales; y se identificaron las zonas de la ciudad en las que se requería de una intervención estatal más fuerte para enfrentar la criminalidad y reestablecer la seguridad ciudadana, para lo cual se zonificó la ciudad, resaltando el caso del Distrito de Aguablanca y las comunas 11, 12, 13, 14 y 21.

Procesos de zonificación como el anunciado por el Fiscal General de la Nación, son una muestra de cómo se configuran una serie de toporrepresentaciones o valores materiales o simbólicos, que se idealizan y se asocian con lugares, construyendo generalizaciones que están inscritas en marcos de comprensión hegemónicos del espacio (Avendaño, 2017) y en este caso, también de las personas que los habitan. Por tanto, razonamientos como el anterior conllevan a que sectores como el Distrito de Aguablanca sean definidos a través de una interpretación sesgada en la que hay una dualidad entre lo bueno y lo malo, con unas respectivas medidas de intervención y control por parte del Gobierno local. En ese sentido, desde el Estado en su rol de administrador del miedo, se identifican o, en este caso, se zonifican sectores como el Distrito de Aguablanca o las comunas mencionadas como las responsables de los problemas de criminalidad e ilegalidad en la ciudad, por lo cual se procede con acciones para penalizar, perseguir, judicializar y marginalizar aún más la pobreza (Paz Rada, 2013) con el efecto secundario de profundizar la fragmentación de la ciudad. En definitiva, como lo destacan Castillo y Betancourt en su estudio sobre las políticas públicas en torno a la seguridad en Cali, “se trata, más bien, de políticas reactivas que intentan contrarrestar la criminalidad y la violencia a través del aumento del pie de fuerza y las acciones punitivas” (2017, p. 312).

## Conclusiones

Las acciones del Estado local frente a la pandemia y los hechos ocurridos la noche del 21N en Cali, evidenciaron una cierta tendencia a penalizar y castigar jurídica y moralmente la movilización social y el incumplimiento de las restricciones impuestas

por la Administración Municipal para el control del virus. En ese sentido, el control social y las estrategias de intervención se sustentaron en acciones punitivas y el aumento del pie de fuerza.

Dicha actuación combinó, simultáneamente, diversos mecanismos de control como la expedición de medidas administrativas, la realización de visitas y el aumento de la vigilancia policial, con la puesta en marcha de ayudas a las poblaciones localizadas en las zonas intervenidas y la realización de reuniones con sus líderes para llegar a acuerdos y encontrar soluciones a las conductas de sus pobladores.

La puesta en marcha de esta estrategia supuso la definición y clasificación de situaciones, actores y espacios, para luego determinar las estrategias de intervención a seguir. Este proceso estuvo soportado en una serie de dispositivos, (infografías, reportes, aplicaciones, etc.), que contribuyeron a naturalizar las versiones de la realidad producidas por el Gobierno local. También contó, cómo fue reiterativo en el análisis de los casos, con el apoyo de los medios de comunicación cuya función en la mayoría de los casos es replicar las interpretaciones realizadas por el Estado sobre las poblaciones que se presentan en la ciudad, además del rol que tuvieron las redes sociales para reproducir y producir estas interpretaciones de la situación.

Los medios de comunicación y las redes sociales terminan desempeñando, como lo plantea Martín Serrano (1986), una función de mediación a nivel cognitivo y estructural a través de esquemas de representación del mundo similares, las primeras y, formas de narración reiterativas, las segundas, que contribuyen a “naturalizar” y “normalizar” eventos emergentes que, como la pandemia y las supuestas acciones del 21N, rompen con la cotidianidad. La función mediadora de los medios de comunicación constituye un importante mecanismo de control social que refuerza y legitima la acción estatal.

Tanto en la pandemia como en el 21N, la definición de las situaciones se caracterizó por una mayor percepción de inseguridad, lo cual conllevó por parte del Gobierno local a optar por implementar medidas de mayor represión, con un resultado muy interesante y paradójico de acuerdo con los objetivos del Estado, ya que las medidas ocasionaron que la sensación de inseguridad aumentara. En ese sentido, estrategias como la ley seca o el toque de queda se fundamentan en una contraposición entre los conceptos de seguridad y de libertad, pero esta visión antagónica no necesariamente corresponde con la realidad. En otras palabras, la restricción de la libertad de los ciudadanos se legitima en una lucha contra la inseguridad, pero que, tanto en el 21N como en el control de la pandemia, las situaciones para la ciudadanía se percibieron como más inseguras.

En cuanto a la búsqueda desde el Estado por legitimar las restricciones de las libertades ciudadanas, destaca el rol que ejerce como administrador del miedo y el uso que da de la retórica del miedo, para contar con un dispositivo que tiene un claro valor estratégico para la intervención y el control. Aunque puede parecer contradictorio, la retórica del miedo que desarrolla el Estado a la vez que controla, clasificando personas, identificando conductas y delimitando territorios, integra a los individuos mediante representaciones y formas de definir la situación que sean comunes, las cuales generan a nivel discursivo pertenencias y, por ende, experiencias similares de delimitar y abordar dicha situación.

Respecto a la distribución espacial, sobresale la manera en la que los imaginarios sociales, a través de los cuales se representan lugares, se asocian con determinadas características, que para los casos estudiados se vinculan con la desobediencia, vandalismo y focos de contagio, además de la asignación de valores y definiciones permeadas por la retórica del miedo. Por supuesto, en esta representación de los territorios entran en juego las percepciones de inseguridad que influyen en la definición del espacio en la ciudad, su organización, creación de tipologías y en última instancia, una relación estrecha entre pobreza y delincuencia. Como lo indica Soja (1989), la distribución social y espacial tiende a una fragmentación de la ciudad como consecuencia de diversos procesos en los que se excluyen a las poblaciones que se clasifican como peligrosas.

De modo particular, la pandemia por coronavirus ha hecho más evidente no sólo la fragmentación de la ciudad, sino los modos distintos a partir de los cuales se pueden definir los límites de la realidad desde el Estado al diferenciar territorios. Al respecto, surge como interrogante para futuras investigaciones, las consecuencias de implementar medidas homogéneas en las que no se aplican criterios de distinción de acuerdo con el contexto de los territorios. Esta situación se expresa principalmente en las particularidades de las zonas rurales con dispositivos de intervención como el toque de queda, teniendo en cuenta que son espacios en los que por sus características el acatamiento de estas disposiciones es mucho más complejo.

Con relación a la eficacia simbólica del Estado para intervenir y controlar, que en un primer momento depende del tipo de definición que se hace de la situación, resulta clave pensar en los usos de la estadística o de las cifras del miedo para sustentar un discurso de seguridad, la instrumentalización de las herramientas cartográficas para delimitar las marcas territoriales del miedo y el rol de los medios de comunicación y las redes sociales para difundir esta información, que es encarnada por sujetos que representan esos miedos y temores, bien sea en el caso de los vándalos del 21N o de los desobedientes durante el control de la pandemia.

El análisis de los casos estudiados muestra similitudes en la forma de actuar del Estado, así como sus dificultades para generar control en ciertos territorios. Más allá de los conflictos y dificultades que el Estado tuvo que enfrentar por imponer orden, su principal logro radica en su eficacia simbólica expresada en la forma en que clasifica e interpreta una realidad, haciéndola inteligible para los ciudadanos y el modo en que legitima sus intervenciones, mediante una serie de soportes y dispositivos tecnológicos y discursivos que buscan hacer creíble, naturalizar y normalizar sus percepciones de la realidad.

### Referencias bibliográficas

- Agudelo López, A. (2017). Gubernamentalidad del miedo en México y Colombia. *CES Derecho*, 100-123. Recuperado de <https://doi.org/10.21615/cesder.8.1.5>
- Antillano, A. (2014). Cambios en el concepto y uso del control social. *Capítulo Criminológico*, 38(1), Article 1. Recuperado de <https://doi.org/10.46398/capítulo.v38i1.18844>
- Avendaño, J. (2017). Representaciones socio-espaciales (toporrepresentaciones) de Bogotá: Perspectivas de la (in)seguridad. *Sociedad y economía*, 33, 55-75. Recuperado de <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=99654715003>
- Bermúdez, J. (2013). Miedo y dominio emocional en la arquitectura del Estado post-democrático. *Estudios. Revista de Pensamiento Libertario*, 3, 62-81. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4712032>
- Bonacci, G. (2020). Una forma de pensar el Estado: Pierre Bourdieu, “Espíritus de Estado. Génesis y Estructura del campo burocrático”. Análisis crítico. *Pasado Abierto*, 6(11), article 11. Recuperado de <https://fh.mdp.edu.ar/revistas/index.php/pasadoabierto/article/view/3264>
- Bourdieu, P. (2012). *Sur l'État: Cours au Collège de France, 1989-1992*. París, Francia: Éd. Raisons d'agir.
- Caracol Radio. (22 de noviembre de 2019). 20 horas de tensión por el paro acompañado de vandalismo vivió Cali. *Caracol Radio*. Recuperado de [https://caracol.com.co/emisora/2019/11/22/cali/1574396561\\_345725.html](https://caracol.com.co/emisora/2019/11/22/cali/1574396561_345725.html)
- Carrión Mena, F. & Núñez-Vega, J. (2006). La inseguridad en la ciudad: Hacia una comprensión de la producción social del miedo. *EURE (Santiago)*, 32(97), 7-16. Recuperado de <https://doi.org/10.4067/S0250-71612006000300001>



- Castillo, A. C. & Betancourt, A. M. (2017). Violencia y políticas de seguridad en la ciudad de Cali-Colombia. *Summa Iuris (histórico)*, 5(2), 296-316. Recuperado de <https://www.funlam.edu.co/revistas/index.php/summaiuris/article/view/2598>
- Díaz, V. & Alvis, A. (2014). La ciudad y la arquitectura del miedo: Estudio conceptual comparativo entre el fraccionamiento habitacional cerrado de lujo contemporáneo y la bastida medieval. *Nodo: Arquitectura. Ciudad. Medio Ambiente*, 8(16), 25-42. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5646249>
- Duque, T. (24 de noviembre de 2019). Toque de queda + bomba social + Whatsapp = Cali. *La Silla Vacía*. Recuperado de <https://lasillavacia.com/silla-pacifico/toque-queda-bomba-social-whatsapp-cali-74637>
- El Espectador. (21 de noviembre de 2019). Así fue la noche de terror en Cali. *El Espectador*. Recuperado de <https://www.elespectador.com/noticias/nacional/asi-fue-la-noche-de-terror-en-cali/>
- El Futuro es de Todos. (13 de noviembre de 2019). *Por Colombia todo se puede #MásColombia*. [Archivo de video]. Youtube. Recuperado de [https://www.youtube.com/watch?v=5V3h-pwVntM&feature=emb\\_title](https://www.youtube.com/watch?v=5V3h-pwVntM&feature=emb_title)
- El País. (21 de noviembre de 2019). Intentos de asalto en unidades residenciales causaron alarma en Cali durante toque de queda. *El País*. Recuperado de <https://www.elpais.com.co/ultimo-minuto/alerta-en-unidades-residenciales-del-sur-de-cali-por-intentos-de-asalto-durante-toque-de-queda.html>
- El País. (21 de noviembre de 2019). Reportan actos vandálicos de encapuchados en el oriente, centro y sur de Cali. *El País*. Recuperado de <https://www.elpais.com.co/ultimo-minuto/reportan-actos-vandalicos-de-encapuchados-en-el-oriente-y-sur-de-cali.html>
- El País. (3 de mayo de 2020). Habría toque de queda en varios sectores de Cali por indisciplina ciudadana frente al Covid-19. *El País*. Recuperado de <https://www.elpais.com.co/cali/habria-toque-de-queda-en-varios-sectores-de-por-indisciplina-ciudadana-frente-al-covid-19.html>
- El País. (10 de mayo de 2020). Segunda jornada de ley seca en Cali “tuvo lunares”, pero el balance de las autoridades es positivo. *El País*. Recuperado de <https://www.elpais.com.co/cali/segunda-jornada-de-ley-seca-en-tuvo-lunares-pero-el-balance-de-las-autoridades-es-positivo.html>
- El País. (12 de mayo de 2020). Covid-19 en Cali: Descubren fiesta convocada por redes al

parecer con pacientes con coronavirus. *El País*. Recuperado de <https://www.elpais.com.co/calí/descubren-fiesta-convocada-por-redes-al-norte-de-al-parecer-con-personas-con-covid-19.html>

El País. (1 de junio de 2020). Alcaldía ha invertido más de \$60.000 millones en ayudas para atender crisis de Covid-19. *El País*. Recuperado de <https://www.elpais.com.co/calí/alcaldia-ha-invertido-mas-de-60-000-millones-en-ayudas-para-atender-crisis-de-covid-19.html>

El País. (1 de junio de 2020). Quejas por demora en entrega de mercados y ayudas por Covid-19 en Cali. *El País*. Recuperado de <https://www.elpais.com.co/calí/quejas-por-demora-en-entrega-de-mercados-y-ayudas-por-covid-19-en.html>

El País. (5 de junio de 2020). Covid-19: ¿Cómo vencer la incredulidad de los caleños frente a la enfermedad? *El País*. Recuperado de <https://www.elpais.com.co/calí/como-vencer-la-incredulidad-de-los-calenos-frente-al-covid-19.html>

El Tiempo. (5 de mayo de 2020). Cuarentena en Cali con las desobediencias y asonadas. *El Tiempo*. Recuperado de <https://www.eltiempo.com/colombia/calí/cuarentena-en-calí-con-las-desobediencias-y-asonadas-491748>

El Tiempo. (12 de junio de 2020). Estos son los barrios de Cali donde habrá ley seca el fin de semana. *El Tiempo*. Recuperado de <https://www.eltiempo.com/colombia/calí/estos-son-los-barrios-de-calí-donde-habra-ley-seca-el-fin-de-semana-506420>

El Tiempo. (26 de junio de 2020). Ley seca y toque de queda durante el puente festivo en Cali. *El Tiempo*. Recuperado de <https://www.eltiempo.com/colombia/calí/ley-seca-y-toque-de-queda-durante-el-ultimo-puente-de-junio-en-calí-511550>

El Tiempo. (27 de junio de 2020). Ley Seca y toque de queda en Cali y Palmira en este fin de semana. *El Tiempo*. Recuperado de <https://www.eltiempo.com/colombia/calí/medidas-de-toque-de-queda-y-ley-seca-en-calí-y-palmira-511854>

Foucault, M. (2009). *Nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France (1978-1979)*. Madrid, España: Akal.

Korstanje, M. (2010). El miedo político en C. Robin y M. Foucault. *Antropología Experimental*, 10, 111-132. Recuperado de <https://revistaselectronicas.ujae.es/index.php/rae/article/view/1943>

Lamont, M. (1995). *La morale et l'argent: Les valeurs des cadres en France et aux Etats-Unis*. París, Francia : Métailié.

- Lorenc, F. (2005). La sociología de los problemas públicos. Una perspectiva crítica para el estudio de las relaciones entre la sociedad y la política. *Nómadas. Critical Journal of Social and Juridical Sciences*, 12(2), 141-150. Recuperado de <https://revistas.ucm.es/index.php/NOMA/article/view/NOMA0505220141A>
- Mape, F. & Avendaño, J. (2017). Topofobias e imaginarios del miedo sobre el espacio urbano de la localidad de Fontibón, Bogotá, Colombia. *Perspectiva Geográfica: Revista del Programa de Estudios de Posgrado en Geografía*, 22(1), 49-68. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5975698>
- Martin Serrano, M. (1986). *La producción social de la comunicación*. España: Alianza Editorial.
- Nieto, R. (2014). La construcción simbólica del miedo en la ciudad de México. *Nueva Antropología. Revista de Ciencias Sociales*, XXVII(81), 33-53. Recuperado de <https://revistas-colaboracion.juridicas.unam.mx/index.php/nueva-antropologia/article/view/16049>
- Noticias Caracol. (22 de noviembre de 2019). Pánico y zozobra en Cali después de las marchas del paro nacional del 21 de noviembre. *Noticias Caracol*. Recuperado de <https://noticias.caracoltv.com/valle/panico-y-zozobra-en-cali-despues-de-las-marchas-del-paro-nacional-del-21-de-noviembre>
- Olmo, P. (2005). El concepto de control social en la historia social: Estructuración del orden y respuestas al desorden. *Historia social*, 51, 73-91. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=1421130>
- Ossa, J. (2013). ¿Del miedo a la esperanza? Ciudadanías del Miedo: El caso de Medellín 2004-2007. *Conflicto & Sociedad*, 1(1), 105-125. Recuperado de <http://revistas.unisabaneta.edu.co/index.php/conflictoysociedad/article/view/13>
- Páramo, P. & Roa, E. (2015). La estructura conceptual de los miedos urbanos\*. *Diversitas: Perspectivas en Psicología*, 11(1), 135-146. Recuperado de <https://www.redalyc.org/jatsRepo/679/67943296009/html/index.html>
- Patiño-Díe, M. (2016). La construcción social de los espacios del miedo: Prácticas e imaginarios de las mujeres en Lavapiés (Madrid). *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 62(2), 403-426. Recuperado de <https://doi.org/10.5565/rev/dag.222>
- Paz Rada, E. (2013). La sociedad del miedo y la inseguridad: La construcción de un modelo político y social penalizando la pobreza y la marginalidad. *Temas Sociales*, 33, 13-34. Recuperado de [http://www.scielo.org.bo/scielo.php?script=sci\\_abstract&pid=S0040-29152013000100002&lng=es&nrm=iso&tlng=es](http://www.scielo.org.bo/scielo.php?script=sci_abstract&pid=S0040-29152013000100002&lng=es&nrm=iso&tlng=es)

- Pérez Certucha, E. (2017). La producción del territorio como proceso político. Anotaciones con respecto a la dimensión espacial del Estado. *Acta Sociológica*, 73, 247-271. Recuperado de <https://doi.org/10.1016/j.acso.2017.08.009>
- Pyszczyk, Ó. (2011). Construcción social de los espacios de peligrosidad e inseguridad en el siglo XXI: Estudios de casos en la ciudad de Resistencia. República Argentina. *Revista Geográfica de América Central*, 2(47E), Article 47E. Recuperado de <https://www.revistas.una.ac.cr/index.php/geografica/article/view/2124>
- RCN Radio. (22 de noviembre de 2019). Cali: 400 personas conducidas por violar toque de queda, tras el paro. *RCN Radio*. Recuperado de <https://www.rcnradio.com/colombia/pacifico/400-personas-conducidas-por-violar-toque-de-queda-en-cali-tras-el-paro>
- Robin, C. (2009). *El miedo: Historia de una idea política*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Rodríguez, J. (2015). Crisis en la legitimidad del Estado, del derecho y de la democracia liberal. *Pensamiento jurídico*, 41, 105-126. Recuperado de <https://revistas.unal.edu.co/index.php/peju/article/view/55391>
- Salas Torres, G. (2015). Aspectos principales del espacio urbano y la seguridad ciudadana desde la perspectiva de Bogotá. *Criminalidad*, 57(2), 301-317. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5456795>
- Semana. (s.f). ¿Las redes sociales, las culpables de la histeria colectiva en Cali? Disparos en las calles de Cali generan confusión el Ejército toma el control. *Semana*. Recuperado el 8 de julio de 2020, de <https://www.semana.com/nacion/articulo/disparos-en-las-calles-de-cali-generan-confusion-el-ejercito-toma-el-control/641408>
- Soja, E. (1989). The historical geography of urban and regional restructuring. En *Postmodern Geographies: The Reassertion of Space in Critical Social Theory*. (157-190). Inglaterra: Verso.
- Uribe Castro, H. (2010). Miedos e incertidumbres en la ciudad, como marca de la economía mundo capitalista. *instname: Universidad Autónoma de Occidente*. Recuperado de <http://red.uao.edu.co/handle/10614/12046>
- Urrea, F. (2012). *Transformaciones sociodemográficas y grupos socio-raciales en Cali a lo largo del siglo XX y comienzos del siglo XXI*. Recuperado de [http://www.urosario.edu.co/urosario\\_files/b4/b4eff1cc-4195-4089-b3bc-dd0290d67fb8.pdf](http://www.urosario.edu.co/urosario_files/b4/b4eff1cc-4195-4089-b3bc-dd0290d67fb8.pdf)
- Useche, Ó. (2008). Miedo, seguridad y resistencias: El miedo como articulación política de la negatividad. *Polis. Revista Latinoamericana*, 19, Article 19. Recuperado de <http://journals.openedition.org/polis/3893>

Vélez, C. (30 de noviembre de 2019). Asustarse es cuestión de método: El contagio del 21/22N en Cali y Bogotá. *La Silla Llena*. Recuperado de <https://lasillavacia.com/silla-llena/red-de-la-innovacion/asustarse-cuestion-de-metodo-contagio-del-2122n-calibogota-71814>

Wacquant, L. (2010). *Castigar a los pobres. El gobierno neoliberal de la inseguridad social*. Barcelona, España: Gedisa.



MIEDO Y MOVILIZACIÓN SOCIAL: UN ANÁLISIS A  
LA “NOCHE DEL TERROR” EN LA CIUDAD DE CALI  
(COLOMBIA)

**Mary Hellen Burbano Cerón**

Universidad del Valle | [mary.burbano@correounivalle.edu.co](mailto:mary.burbano@correounivalle.edu.co)

**José Eduardo Sánchez Reyes**

Universidad Icesi | [jesanchez@icesi.edu.co](mailto:jesanchez@icesi.edu.co)

El 21 de noviembre de 2019 tuvo lugar “el Paro Cívico Nacional” convocado por un Comité conformado por diversas organizaciones sociales, sindicales y estudiantiles que se expresó a través de una movilización nacional de una dimensión quizás comparable a la ocurrida el 14 de septiembre de 1977 contra el gobierno de López Michelsen, en donde según Archila “el país prácticamente se paralizó” (Archila, 2016, p. 313).

Esta movilización social fue impulsada por un gran descontento desde diversos sectores de la población colombiana que se expresaron, según Gómez (2019), en rechazo a la violencia sistemática y asesinato de líderes sociales, la amenaza de modificación al régimen laboral, tributario y pensional, las violencias contra las mujeres, los excesos de la fuerza pública, la necesidad de defender los acuerdos y construir la paz en Colombia, la oposición a partidos políticos que no apoyan el proceso de paz, el rechazo a megaproyectos que lesionan los derechos de la naturaleza, así como ante la precariedad económica y la desigualdad social vigente.

El repertorio de móviles fue muy variado así como nutrida, creativa y colorida su expresión, en un espacio que combinaba la presencia de múltiples actores: mujeres, trabajadores, jubilados, docentes, estudiantes, sectores populares, profesionales de la salud, defensores de los animales, comunidades LGTBI, comunidades indígenas y afro, jóvenes, niños y niñas, entre otros, quienes salieron a marchar y se tomaron las principales calles del país expresando sus múltiples inconformidades.

Esta gran movilización coincide con lo que venía pasando en el último trimestre del año pasado en países de América Latina como Ecuador y Chile, en los que se dio un estallido de protestas sociales. A pesar de que los detonantes fueron diversos en cada país, hay un elemento que resulta transversal, y es que América Latina estaría atravesando por un momento económico y social complejo, para la CEPAL (2019) pese a que entre los años 2002 y 2014 la desigualdad de ingresos disminuyó, a partir de 2015 esa tendencia se ralentizó:

Después de un quinquenio de lento crecimiento, las carencias estructurales de la región se han vuelto más patentes y su solución es parte de las demandas de amplios grupos sociales en particular de las nuevas generaciones. Estas demandas incluyen el rechazo a la persistencia de la cultura del privilegio en sus múltiples dimensiones, en particular las vinculadas a la concentración de la riqueza, el acceso segmentado a servicios públicos y culturales de calidad y la falta de reconocimiento de la dignidad de los individuos y las comunidades. Esto es lo que muchos actores expresan bajo la demanda de terminar con los abusos (CEPAL, 2019, p. 13).



No obstante, la movilización fue contrarrestada por el Gobierno nacional y los Gobiernos locales a través de diferentes medidas, en el caso de Bogotá, Medellín y Cali se militarizaron calles y realizaron allanamientos a promotores del paro. Más tarde, ante expresiones aisladas de violencia y amenazas de desmanes, se decreta por parte de autoridades el toque de queda en Cali y Bogotá, como una forma de controlar el territorio y conjurar la situación de caos que se anunciaba.<sup>1</sup>

En Cali, las medidas tomadas para contrarrestar la fuerza de la movilización generaron el enrarecimiento del ambiente, la emergencia de una suerte de pánico colectivo como resultado de las medidas adoptadas para desmovilizar a los manifestantes y de información falsa que circulaba por las redes sociales sobre amenazas de saqueos, así como de robos masivos y violentos a ciertos sectores del sur<sup>2</sup>, agenciados supuestamente por habitantes del oriente y de la zona la Ladera<sup>3</sup> que se desplazaban de un barrio a otro produciendo actos violentos. Esta mezcla de circunstancias (reales e imaginadas) llevó a que ese día muchos caleños tuvieran que enfrentar una situación de incertidumbre y desconfianza, en la que los prejuicios y la desinformación, resultaron ser las principales fuentes de temor y pánico.

Tras la enorme movilización social durante el día, para los habitantes del sur de la ciudad en diversas unidades residenciales y viviendas de barrios como Valle del Lili, Bochalema, El Caney, Las Vegas de Comfandi, Ciudad 2000, Primero de Mayo, entre otros, la noche fue tomada paulatinamente por el miedo a la llegada de saqueadores, vándalos y ladrones; los mensajes que anunciaban la inminente llegada de “grandes y peligrosas turbas de personas” se multiplicaban a través de las redes sociales, así como los mensajes y llamadas de familiares preocupados por el caos que anunciaban.

Para el caso de esta ciudad, se puede pensar que los mensajes que circulaban por las redes sociales apelaron principalmente a las diferencias de clase, para infundir pánico, el “otro” agresor fue descrito esa noche como: “pobre, malo y violento”; el miedo en los barrios de clase media de la ciudad se propagó tan rápido como las redes sociales suelen actuar, lo que llevó a hombres, mujeres, jóvenes, niños y niñas a armarse con palos de escoba, cuchillos, bates y hasta de armas de fuego para protegerse, esperando la llegada de los grupos de “saqueadores” a sus lugares de residencia.

---

1. Según el diario *El Espectador*, en Cali se reportaron disparos en barrios como Valle del Lili, El Caney, Vegas de Comfandi y Bocha, entre otros, y se movilizaron alrededor de 1000 unidades del ejército y 5000 policías para atender el llamado de pobladores que aseguraban que estaban siendo atacados en sus viviendas (21 de noviembre de 2019. Así fue la noche de terror en Cali. *El Espectador*).

2. Zona de la ciudad habitada principalmente por personas de clase media.

3. Zonas de la ciudad habitadas por clases populares.

En varias unidades residenciales se organizaron rápidamente grupos de auto-defensa para proteger no solo la propiedad privada, sino también supuestamente la vida, ante la amenaza del despojo que sería llevado a través del recurso de la violencia, situación que fue reforzada por disparos y gritos que se escuchaban en varias zonas de la ciudad. Las hordas de saqueadores, sin embargo, nunca llegaron, los palos de escoba, bates y demás armas que se habían dispuesto para la defensa, así como la larga noche de vigilia donde los moradores se organizaron para proteger cada costado de las unidades por donde podrían ser “atacados”, quedaron como una anécdota de algo que presumiblemente sí había pasado en “otro” lugar o en la unidad de un amigo, compañero de trabajo de algún conocido o familiar.

Así terminó el 21 de noviembre, con dos movilizaciones, la primera tuvo lugar durante el día con una masiva marcha de protesta, en la noche fueron diversas pequeñas “movilizaciones” al interior de las unidades residenciales y las calles de sectores de clase media. En el día se movilizaron, además de los sectores que tradicionalmente participan de las jornadas de protesta, un sector de la clase media, especialmente jóvenes y adultos jóvenes motivados por la indignación ante un Estado calificado como corrupto, ineficiente y alineado exclusivamente con los intereses de acumulación del sector productivo y financiero del país, así como por el temor de perder los derechos ganados y ante la amenaza de ver afectados sus intereses y garantías de estabilidad y futuro.

Se puede pensar que parte de la población que en el día se movilizaba para reclamar ante el Estado mejores condiciones de vida, en la noche se organizaba junto a sus vecinos y familiares para enfrentar a un opositor diferente (un enemigo), movidos esta vez por el miedo ante la amenaza de ver afectada no solo su integridad física, sino a que le fueran arrebatados de manera violenta bienes materiales que con esfuerzo ellos mismos y sus familias habían logrado conseguir.

En este orden de ideas, el análisis que aquí abordamos tiene como propósito explorar la dimensión psicológica y social de la respuesta de un grupo de habitantes del sur de la ciudad de Cali, ante los eventos ocurridos el 21N, esto a partir de la recuperación de algunas de sus vivencias en el marco de la experiencia de lo que algunos medios de comunicación denominaron “la noche de terror en Cali” (*El Espectador*, 21 noviembre de 2019). Hacia el final del análisis se retoman brevemente algunos elementos relacionados con el miedo y la movilización social en el marco de la pandemia por el COVID-19.

Para la recolección de la información empírica, que permitió la aproximación a los hechos del 21N, se recurrió a la aplicación de entrevistas semi-estructuradas a seis (6) personas entre los 33 y 52 años, con formación educativa de nivel profesional, empleos

de carácter formal, habitantes de viviendas urbanas ubicadas en estratos socioeconómicos 4 y 5 del sur de la ciudad; así mismo, las descripciones para la reconstrucción del contexto de la movilización se lograron a través de los registros aportados por un ejercicio de observación participante. Cabe aclarar, que esta exploración de naturaleza cualitativa, no buscó reconstruir la dimensión objetiva de los hechos, sino recuperar la construcción de sentido realizada por las y los entrevistados sobre lo vivido aquel día.

## Notas sobre la percepción del Otro

En una célebre conferencia Pierre Legendre (2004) se preguntaba ¿qué es lo que Occidente no ve de Occidente? Este autor desarrolla en su conferencia<sup>4</sup> dos líneas argumentativas subsidiarias, primero trata de definir qué es Occidente, y seguidamente qué es entonces lo que Occidente no puede ver, con relación a su propio lugar. Esta aproximación podría parecer lejana al problema que nos convoca, pero implica (al menos en su segunda parte argumentativa), un problema antiguo para las ciencias sociales, ¿cuál es la imagen de sí? y qué es lo sabido y reivindicado de esa imagen y aquello que se ignora de ella, es decir, se propone el problema de la identidad haciendo uso de la metáfora especular. De acuerdo con Legendre (2004) la imagen especular tiene dos caras, una está llena de luz, es la sabida la que se reivindica, al mismo tiempo la imagen tiene puntos oscuros, aquello que se ignora y que es sustraído de la imagen, lo incomprendido.

Los acontecimientos ocurridos durante el día del 21N, estuvieron enmarcados, a pesar de la diversidad de intereses y motivaciones, en la idea de que había un “otro” a quien reclamar, las diversas reivindicaciones solicitadas al Estado y al Gobierno de turno durante la manifestación, daban cuenta de una ciudadanía que se reconocía articulada alrededor de la expresión de la inconformidad a través de la protesta social. No obstante, en la noche del 21N en Cali el articulador reclamo dio paso a la configuración de una situación completamente diferente, las noticias falsas exacerbaban prejuicios y configuraron alianzas frente a un “otro” completamente diferente al de las protestas durante el día. Este nuevo “otro” no era el Estado o el Gobierno, sino los habitantes del oriente y las laderas de la ciudad, quienes supuestamente se dirigían masivamente hacia las zonas habitadas por sectores de clase media para producir saqueos y alteraciones del orden público. Los discursos atemorizantes circularon prontamente

---

4. La conferencia se titula: Lo que occidente no ve de occidente.

movilizando personas alrededor de la promoción de precarias formas de organización para el cuidado de la propiedad privada amenazada, en las que participaron todos los miembros de la familia (hombres, mujeres, adultos mayores, jóvenes, niños y niñas).

El otro amenazado esa noche (mi vecino, mi familiar, mi amigo: interlocutores frecuentes de los intercambios de información que circulaba en las redes sociales), era semejante a mí, configurando un “nosotros” diferente al de la mañana, la información recibida provenía mayoritariamente de grupos en las redes sociales de WhatsApp conformados por personas “confiables”, por ello las cadenas de mensajes movilizaron a aquellos que se sintieron reflejados e incluidos en el sector amenazado; sin embargo, pusieron de relieve sobre esa imagen especular, no solo, las características de una otredad atribuida a los supuestos agresores, sino los aspectos de la imagen de sí. Por tanto, los eventos de aquella noche pueden ser usados para rastrear aspectos tanto de aquello sabido y reivindicado por las personas que se sintieron amenazadas, como los aspectos no reivindicados, lo ignorado y sustraído en esa imagen especular.

Es posible que los prejuicios e ideas estereotipadas del “otro”, jugaran un papel importante en la explicación de los eventos nocturnos del 21N en Cali, noche en la que las noticias falsas tuvieron un impacto sin precedentes en la historia de la ciudad. Partimos de considerar que las historias que circularon esa noche en las redes sociales exacerbaban creencias y prejuicios en las personas basados en las diferencias de clase, que se constituyen en elementos no reivindicados de la imagen en sí. No obstante, los prejuicios e ideas preexistentes no constituyen una explicación suficiente de los eventos de esa noche, de acuerdo con las investigaciones de psicólogos cognitivos, para que una noticia falsa tenga credibilidad se requiere del cumplimiento de otros criterios (Schwarz, Newman y Leach, 2016).

De acuerdo con Schwarz, Newman y Leach (2016), la mayoría de las personas usan 5 criterios para determinar la veracidad de una afirmación: 1. Consenso social: es decir, evalúan la aceptación de otros; 2. Soporte: supone considerar la cantidad de evidencias que parecen soportar la afirmación; 3. Consistencia: lo que implica determinar la compatibilidad respecto a sus creencias previas; 4. Coherencia: consideran si es una buena historia; y, 5. Credibilidad: juzgan la credibilidad de la fuente. Estos criterios se evalúan haciendo uso de dos estrategias cognitivas: la primera es la búsqueda activa de información adicional, lo que supone hacer uso de una estrategia analítica que implica mayor esfuerzo; y la segunda consiste en acudir a la experiencia subjetiva, lo que conlleva menor esfuerzo, esta última estrategia es denominada como “pensamiento fluido” y supone establecer un juicio sobre la base de lo que se percibe o “siente” como correcto (Schwarz, Newman y Leach, 2016).

De acuerdo con los hallazgos de estos investigadores, la primera estrategia no es la más usada, requiere de tiempo y un esfuerzo mayor, las personas en general acuden al “pensamiento fluido”. Estos son elementos importantes para considerar la facilidad con que la desinformación producida esa noche desencadenó los eventos antes relatados.

En este sentido, las personas debían reaccionar haciendo una evaluación rápida de la situación, no había tiempo para seguir la estrategia de la “búsqueda activa” de información, el “pensamiento fluido” permitió tomar decisiones rápidas para las y los entrevistados (al inicio de la situación): 1. La mayoría parecían estar de acuerdo en que venían las hordas de saqueadores, todos estaban preocupados por cuándo llegarían, no por si efectivamente lo harían. 2. Los múltiples relatos, audios e incluso videos en donde gente atemorizaba gritaba, se constituyeron en fuente de credibilidad. 3. Los relatos parecen consistentes con prejuicios preexistentes respecto al aumento de los robos y la creciente inseguridad de algunas zonas del sur de la ciudad de Cali, cuando se dio apertura a vías de acceso que comunican la zona sur con el oriente en donde residen principalmente las clases populares. 4. La historia era coherente respecto a prejuicios preexistentes: quienes roban son pobres y pueden reaccionar violentamente contra aquellos que tienen mejores condiciones socioeconómicas. Y 5. La historia tenía credibilidad, dado que la información provenía de grupos de amigos, de vecinos y familiares.

Tenemos entonces en el 21N un escenario complejo para la ciudad de Cali con la existencia de dos movilizaciones masivas: una diurna en la que se configura un “opponente”, el Estado, y durante la cual las clases medias y populares estuvieron integradas; y una nocturna en donde las diferencias de clase afloraron estableciendo distinciones marcadas. En ambas expresiones, aunque de manera más evidente en la nocturna, se encuentra el miedo como un sentimiento movilizador, como trataremos de explorar a continuación.

### ¿Por qué el recurso al miedo cala tanto en ciertos sectores de la población?

Para Gómez (2020) el año 2019 pasará a la historia por develar el gran cansancio de amplios sectores de la sociedad colombiana ante la realidad del país, la nutrida participación de un amplio número de personas pertenecientes a distintos sectores sociales que casi nunca se movilizan como lo ocurrido en Cali, es evidencia de ello.

*No participaba de ninguna marcha desde que estaba en la universidad, uno se ubica laboralmente, gana estabilidad y se acomoda, la verdad esta vez me animé porque lo que está pasando en este país es demasiado, nuestros hijos merecen un mejor país, el sector salud está muy afectado y lo que se nos viene con la reforma tributaria complica más todo, yo realmente estaba muy motivado a participar, ese día me puse de acuerdo con algunos compañeros de la clínica y salimos, nos unimos a la marcha cuando pasé por el frente, salimos varios empleados, me aterró porque había gente de la empresa que nunca me imaginé en esos espacios, fue muy emocionante y esperanzador ver todo ese poco de gente marchando. (Hombre, 43 años, comunicación personal, 27 de junio de 2020).*

*Ese día salí a marchar porque era una forma de expresar el malestar ante un gobierno que durante el tiempo que lleva posicionado no había logrado, no solamente los resultados que había prometido, sino que había dejado de lado cosas que venían encaminadas o sucediendo desde los gobiernos anteriores, entonces era un espacio donde se podía expresar ese malestar y movilizar a la sociedad para impulsar un cambio [...] nosotros siendo parte de una universidad privada nos sentimos más comprometidos viendo que los estudiantes estaban también muy movilizados, generalmente se ha visto este tipo de espacios, no sé si la palabra sea marginal, pero casi siempre terminan siendo otros los que expresan y levantan su voz, pero en este caso creo que fueron todos los sectores, a todos los niveles, había una expresión común y eso proponía una discusión distinta, ya no era un sector puntual, sino que era una sociedad en pleno que estaba expresándose y para mí particularmente eso hacía mucho ruido. (Hombre, 38 años, comunicación personal, 14 de junio de 2020).*

Cali es una ciudad caracterizada, entre otras cosas, por la desigualdad social y la segmentación de su territorio en zonas que en su momento fueron catalogadas por la Administración Municipal, según Sánchez (2018), como exclusivas para ciertas capas sociales; la zona oeste, sur y norte fueron destinadas a las capas alta y media de la ciudad y la zona centro y oriente para los obreros.

Para Vivas “uno de los rasgos característicos de la ciudad de Cali consiste en la enorme magnitud de la segregación residencial, la cual se encuentra fuertemente asociada a su composición racial” (2010, p. 152). Para este autor, la persistencia de patrones de segregación socioeconómica, es un fenómeno común en algunas ciudades de América Latina que “en muchos casos se encuentra estrechamente ligada a los

procesos de exclusión social de grupos minoritarios o según color de piel, localizados en zonas marginales y con pocas posibilidades de inserción en mercados formales de trabajo (2010, p. 123).

Esta segregación del territorio ha sido profundizada por el sistema de estratificación socioeconómica que opera en el país y por el creciente fenómeno de encerramiento de la población en unidades residenciales. Para Rincón:

el fenómeno urbanístico del encerramiento residencial se ha incrementado en los últimos años. Constituye una modalidad de vivienda predominante en ciudades como Cali (Colombia) donde buena parte de su población vive encerrada entre muros y rejas, con gobierno privado y sistemas de vigilancia privada. (2018, p. 227).

Según esta autora, varios estudios desarrollados sobre el fenómeno de encerramiento coinciden en que las causas por las cuales las personas deciden optar por este tipo de vivienda son entre otras “el miedo, inseguridad, búsqueda de distinción y de servicios colectivos, oferta inmobiliaria que privilegia la vivienda en copropiedad, entre otros; las miradas coinciden en reconocer su expansión desde grupos medios-altos y hacia altos y bajos” (Rincón, 2018, p. 21).

Fue justamente en un sector de la zona sur donde habitan segmentos de la clase media de la ciudad, el epicentro de los supuestos ataques que se reportaban a través de las redes sociales por parte de personas catalogadas como “vándalos” a varias unidades residenciales, el hecho de que al final de la jornada de protesta se presentaran algunos desordenes del orden público, así como actos dispersos de saqueo en algunos establecimientos comerciales ubicados en el Distrito de Aguablanca, reforzaba la idea de que las amenazas que circularon en la noche eran reales.

*Mis hijos empezaron a compartir los mensajes que les llegaban de parte de sus compañeros de colegio, del trabajo, y en los audios y videos decían que eso iba a ser como en la purga, la película, fue terrible, que habían bandolas de gente que viven en la loma, en las invasiones que se estaban bajando, que venía gente de la montaña y que venían también del Distrito de Aguablanca, que iban a cercar la ciudad y la verdad, yo para ese momento ya tenía literal pánico, nos llamaron de la portería que tenía que bajar una persona por cada apartamento, nosotros bajamos con palos de escoba, a esa hora ya estaban los vecinos, en ese momento la verdad nos sentimos muy solos (Sic). (Mujer, 52 años, comunicación personal, 6 de junio de 2020).*

*Yo me empecé a preocuparme cuando en unidades de personas que sí conozco empiezan a haber disparos, empieza a la altura de Makro en una unidad específica con la mejor amiga de mi mamá que vive allí y manda el audio con la bulla al fondo, muy congestionada, supremamente nerviosa porque evidentemente se están entrando, después al rato mi hermana al mismo grupo de familia envía el audio de su compañera más cercana de su trabajo, y están disparando muy fuerte y los disparos ya son entre la 14 y Makro, entonces llega primero el audio de la Ciudadela, luego el de la unidad más cerca a la 14, a mí lo que me puso nerviosa era recordar la voz de esa mujer gritando y llorando diciendo que no soportaba los disparos escondidos entre el closet con su hijo chiquitico, abrazándolo y lloraba; entonces decíamos es aquí primero y luego acá y luego nos dicen están empezando a pasar por lo que sería la parte complementaria de la avenida Ciudad de Cali. También tenemos conocidos en las primeras unidades de este sector y la gente decía que era que ya venían por la parte oscura, entonces la gente empezó a salir con palos con piedras, con chuzos y cuchillos desde ese lugar que está muy cerca de nosotros, entonces en ese punto ya era mucho, tenía mucho susto [...] la sensación interna era de miedo, el primer pensamiento en ese momento fue: me siento en lo que he visto en algún noticiero alguna vez en mi vida y que he escuchado, cuando dicen que la guerrilla llega y acaba con un pueblo, esa era mi sensación interna: somos un pueblo y ¡vienen a matar no importa a quien, y a hacer no importa qué y que se muera el que se tenga que morir!, yo si estaba esperando a ver a qué horas aparecían esas personas por la vía de Navarro que conecta con Potrero Grande, eso es una vía baldía, supremamente oscura, yo estaba esperando a ver a qué hora llegaba la gente porque para mí si había ruta por detrás de mi apartamento. (Mujer, 33 años, comunicación personal, 14 de junio de 2020).*

*Esa noche fue horrible, tenía mucho miedo y fue peor cuando empezaron a sonar disparos, de verdad temí por mi integridad y la de mi familia, nos escondimos debajo de la cama pensando en la posibilidad de una bala perdida, mi esposo estaba más tranquilo e intentaba tranquilizarme, él bajó con un palo de escoba a la portería donde se agrupaban todos los vecinos, ese día salieron todos, mujeres y niños armados con palos, bates, yo no quise bajar, cerré la puerta con seguro. Mi esposo subía y bajaba constantemente a contarme que los vecinos decían que ya venían, que venían por el puente, que ya se habían metido a una unidad vecina, de la unidad del frente se escuchaban personas preguntando: ¿están allá? ese día fue terrible. (Mujer, 38 años, comunicación personal, 7 de junio de 2020).*



## Para Urrea y Quintín:

en contextos urbanos la desigualdad en cuanto forma de pobreza relativa se asocia a mayores niveles de violencia si ella se presenta con una relativa alta segregación espacial, que produce formas de exclusión social y, en algunos contextos urbanos como el nuestro, también puede operar efectos de discriminación socio racial. (2000, p. 3).

De allí que en los discursos de los entrevistados se encuentren elementos que hacen referencia a las vías de acceso que conducen de los sectores de clase media hacia el oriente de la ciudad y la Ladera, estas vías que facilitan el acceso y permiten la integración espacial (aunque no desaparecen la exclusión social) son fuente de alta controversia. Al respecto tenemos que el sector del Caney y Valle del Lili, cuenta desde 2018 con la prolongación de la vía Ciudad de Cali, esta prolongación se materializó con la construcción de un puente sobre el río Meléndez, desde la apertura de la vía los vecinos de este sector se quejan del crecimiento de los robos y actos delictivos en el sector, cuya causa atribuyen a la apertura de la vía que facilita el tránsito entre el oriente y el sur-oriente. Este tipo de afirmaciones tiene, por supuesto, una importante carga de prejuicios, directamente no se justifica la exclusión, pero la integración espacial no resulta deseable.

*Esa noche muchos vecinos decían que había que ir hacia la estación del Caney (estación de policía que colinda con el puente sobre el río Meléndez), que lo mejor era taponar el puente, es que por allí les queda muy fácil a los delincuentes, cada que vienen a robar acá se van es por esa vía. (Hombre, 38 años, comunicación personal, 14 de junio de 2020).*

Por otro lado, las redes sociales jugaron un papel crucial en difundir los mensajes a través de las cadenas que suelen organizarse entre grupos sociales y familias, donde no es posible reconocer la fuente u origen de los mismos, mensajes que claramente apelaban principalmente a las diferencias de clase, para difundir la idea que lo que ocurriría era una especie de venganza planificada con antelación por parte de algunos sectores sociales contra otros.

*A mí me llegaron los mensajes por todos los grupos, era el mismo mensaje llegando por todos lados, por todos los grupos en los que estaba, porque evidentemente después de ese día me salí y la gran particularidad es que estos grupos era que estaban conformados*

*por personas adultas mayores, la mayoría familiares, pero era el mismo mensaje que me llegó 5 o 6 veces. La que hablaba era una persona como se conoce “parcero”, hablaba bastante arrastrado, bastante feo, en sus palabra, en la forma y en el uso, que planteaba que ya venía al sur a hacer pagar, que todos teníamos que pagar por lo que nos habían hecho (refriéndose a ellos), es decir hablaba como de varios y por todo lo que nos han hecho sufrir y por toda la m... que hemos tenido que comer, entonces vamos a hacerles pagar a esos ricachetas, a esa gente! y era la voz de un muchacho súper hiper parcerísimo diciendo que tenían que ir a saquear, que iban a entrar a las unidades y que no había ningún problema, que llevaban mucho tiempo preparándose para esto. (Mujer, 33 años, comunicación personal, 14 de junio de 2020).*

Así se apeló como mecanismo para generar temor a lo que Wartman (2007) denomina “imaginario jerárquico”, donde los sectores populares son representados como sinónimo de desorden y caos. “Se presenta a las clases populares como *lo otro*, los otros que no somos nosotros” (Wartman, 2007, p.185). El “otro” pasó de ser el Estado o el Gobierno durante el día, a ser la población de sectores populares que venía con intenciones violentas durante la noche. Tanto el oponente como los móviles se reconfiguran rápidamente, el nuevo nosotros: “los vecinos” (de la unidad y de la cuadra) ya no el ciudadano haciendo un reclamo, se organiza para hacer frente a la amenaza.

Pero ¿por qué los mensajes en las redes sociales calaron tanto en ciertos sectores de la población? autores como Hener (2007) en un estudio sobre la relación entre la clase media, la inseguridad y el miedo al delito en sectores medios de la ciudad de Buenos Aires, afirman que este es resultado no solo de la presencia objetiva de actividad delincinencial, sino también una manifestación ante otros miedos, a veces no conscientes, derivados principalmente por el derrumbe de las certezas otorgadas otrora por el Estado en cuestiones como la salud, el trabajo, educación, previsión social, etc. Igualmente en los relatos aparece de manera reiterada uno de los elementos que destacan Schwarz, Newman y Leach (2016) sobre los criterios para determinar la veracidad de la información, el de la *consistencia*; los relatos de esa noche eran consistentes con la idea de que las nuevas vías facilitan el acceso de los delincuentes quienes habitan el oriente de la ciudad, de esta manera el prejuicio aparece directamente legitimando la segregación espacial y de manera encubierta la exclusión social de un sector de la población.

Fue quizás este mismo temor que impulsó a un amplio sector de la población caleña que viendo amenazados sus derechos y posibilidades, el que incidió en que el 21N se movilizara ante la amenaza de perder lo ganado y precarizar sus vidas. Entonces es el temor al otro, pero también el temor (a veces no consciente) (Herner, 2007)

por su condición de vulnerabilidad, de inseguridad y de amenaza de pérdida, ya que para la clase media, “el futuro no aparece como promesa sino como incertidumbre” (Wortman, 2007, p. 178).

Al final de la jornada y después de experimentar lo que fue miedo para unos y pánico para otros, algunos de los entrevistados coinciden en afirmar que les devolvió la tranquilidad y la calma, la presencia y el pronunciamiento de la fuerza pública sobre la toma de control de la situación de caos que se vivía en gran parte de la ciudad. Según el relato de los entrevistados, la información brindada por las autoridades indicó que la situación había sido orquestada por personas malintencionadas que a través de mensajes difundidos de manera anónima por las redes sociales, lograron generar caos y pánico en la ciudad.

*Sonaron unos tiros, luego nos dimos cuenta que era la policía disuadiendo a un grupo de muchachos, los tiros generaron pánico, caída la noche tipo 11 nos tranquilizó mucho porque llegó el coordinador de los guardas de seguridad de la unidad acompañado de gente del ejército y nos dijeron que habían hecho un recorrido por todo el sur de Cali con diferentes patrullas y que solo en dos unidades, había habido unos intentos de ingresar a la unidad pero que el resto, habían evidenciado que era pánico generado por las redes, que era falso que estuviéramos tranquilos que nos podíamos ir a dormir, que se trataba de las personas de las unidades haciendo ronda y todas esas cosas, entonces los vecinos de otros lados los veían en la calle y los confundían con vándalos, que no era necesario que nos trasnochamos entonces la verdad ya la participación de las autoridades con una información más fidedigna, más tranquilizadora, ya nos hizo entrar en razón y decidimos irnos a dormir. (Mujer, 52 años, comunicación personal, 6 de junio de 2020).*

Wortman (2007) quien analiza el devenir de la clase media en Argentina a la luz del papel que jugaron los medios de información para finales del 2001 y primer semestre del 2002<sup>5</sup>, señala que los programas televisivos que se presentaban antes de las protestas del 19 y 20 de diciembre de 2001, mantenían en su lenguaje una indiferenciación social apelando a hablar de “gente”, posteriormente, a partir de los primeros episodios de saqueos y de protestas, las identificaciones sociales usadas fueron las de clase media y pobres, paralelamente los medios hablaban de inseguridad y violencia

---

5. Momento en el que tuvo lugar un gran estallido social dada la fuerte crisis económica que vivía Argentina, y que estuvo acompañada de un creciente sentimiento de ilegitimidad ante el Gobierno y el sistema político en general.

(saqueos y muertes), aludían a la violencia del Gobierno sobre la población como la manera de mantener los derechos y la legalidad, y cómo ante el clima de inseguridad, se construye el consenso de que se requiere de un “orden” político y social, que “regule” y “ordene” la cuestión social.

Es claro entonces que ante una situación de incertidumbre e inseguridad algunos sectores de la población reclaman la presencia de la autoridad, en el caso de la noche del 21N en Cali la fuerza pública, especialmente la Policía pasó de ser señalada en el día como responsable de diversos actos de excesos violentos y represivos contra la ciudadanía que se movilizó, a ser considerada en la noche como restaurador del orden y la seguridad.

*Solo pude recuperar la calma cuando vimos desde nuestro balcón llegar camiones llenos de ejército que se bajaron y acercaron a las unidades pidiéndole a las personas que se fueran a dormir, que ya estaba todo bajo control... recuerdo que la gente en la portería y desde los balcones aplaudían muy emocionados y les gritaban aquí están nuestros héroes, gracias, gracias por venir. Sin embargo, esa noche no faltó el vecino que se quedó armado y desvelado acompañando a los guardas en la portería. (Mujer, 36 años, comunicación personal, 20 de junio de 2020).*

*Durante la noche la verdad tuve mucho temor, tengo que decir que la ausencia de la autoridad o su silencio genera una sensación de desprotección y alta vulnerabilidad. Después ya entrada la noche, como a eso de las 11 p.m el solo hecho de que ya pusieron militares rondando la zona y dieron una explicación oficial de lo que realmente estaba pasando, nos dió mucha tranquilidad y nos fuimos a dormir. (Mujer, 52 años, comunicación personal, 6 de junio de 2020).*

Así las cosas, durante el día del 21N la indignación y el miedo ante la posibilidad de perder lo ganado, impulsó la participación de un sector de la población que generalmente no se moviliza a expresar sus inconformidad ante el Estado, sumándose a sectores que tradicionalmente se han movilizad por la exigencia de derechos, la denuncia de situaciones de injusticia y desigualdad, así como por la reclamación de mejores condiciones de vida. En la noche, el miedo operó de manera distinta, seguía siendo miedo a perder, ahora de manera violenta (la integridad física y bienes materiales) a manos de otro (no igual a mí), así las diferencias de clase operaron como un mecanismo de división, de fragmentación y desarticulación social. Fue un claro motor que alimentó la desconfianza y la falta de solidaridad entre los grupos sociales.

A continuación, presentamos una tabla sintética de la manera como la clase media configuró tanto la percepción frente *al otro* (*sectores populares, Estado*), los motivos que dieron lugar a la importante movilización diurna, así como las diversas pequeñas organizaciones durante la noche del 21N en la ciudad de Cali.

**Tabla 1.**

Percepción y relacionamiento de la clase media con el Estado y los sectores populares durante el 21N en Cali-Colombia

Situación	Opositor	Aliado	Percepción frente a los sectores populares	Emociones movilizadoras
Movilización social 21 de noviembre	Estado	Sectores populares	Iguales	Indignación*/Miedo
Amenaza de saqueos 21N	Sectores populares	Estado	Diferentes	Miedo

Fuente: elaboración propia.

\* La indignación puede ser entendida, según el diccionario de la RAE, como “Enojo, ira o enfado vehemente”, dicha emoción es una reacción espontánea frente a algo que se considera injusto o inaceptable (Real Academia Española, s.f., definición 1).

## Lo que dice de sí la mirada sobre los otros

Tal como se ha señalado previamente, la imagen especular nos permite reconocer aquello que se muestra de sí; sin embargo, otro de sus valores es que nos permite avanzar en la interpretación de lo no mostrado, aquello que no se reivindica. En este sentido, los testimonios que sobre el 21N tienen las personas entrevistadas, dicen no solo de la imagen del otro (las clases populares), sino de su propia condición. Las emociones de terror y de pánico vividas esa noche develan la condición de fragilidad de la clase media, siempre procurando la distinción a través de los recursos de la educación y la cultura que los diferencia de las clases populares, pero siempre temerosa de la pérdida de las condiciones económicas que posibilitan esta incesante meta de diferenciarse de ellas (Wortman, 2007). La adopción de valores como la educación en los que se deposita cada vez menos la esperanza de la movilidad social, y más al menos la posibilidad de evitar el desclasamiento, signan la búsqueda de sentido de una clase social asediada por la desesperanza.

Así, los prejuicios encubren el temor de una clase social frágil ante condiciones socioeconómicas cada vez más desfavorecedoras, la desigualdad creciente en Latinoamérica, debido a las políticas neoliberales, golpea de manera más fuerte a las clases medias (Calderón, 2012; Stiglitz, 2012), propiciando el recrudescimiento de los prejuicios y el distanciamiento, cuya consecuencia es la fragmentación entre los grupos sociales y la dificultad para reconocer los puntos de encuentro con los sectores populares, con quienes tienen más en común a pesar de su anhelo de distinción y deseo de reconocimiento.

De otro lado, el sonoro aplauso por parte de los habitantes asustados la noche del 21N ante la llegada de la policía y el ejército a los barrios, le restó importancia para muchos al hecho de que los únicos que parecían estar disparando esa noche fueron los miembros de la fuerza pública.

*Estábamos muy asustados y nos metimos debajo de la cama porque teníamos pavor a una bala perdida, lo que alcanzamos a ver, porque mi apartamento tiene ventanales muy grandes y la parte de concreto es muy pequeña, era que quienes estaban disparando era el ejército, que hacía disparos al aire, porque realmente no había nadie. (Mujer, 33 años, comunicación personal, 14 de junio de 2020).*

A pesar entonces de que a quienes se veía circular era principalmente a la fuerza pública, especialmente a la policía, los disparos, al menos inicialmente, no les fueron atribuidos a ellos, quizás en parte por el entramado de sentido construido alrededor de las versiones basadas en información falsa que circuló esa noche y que, cómo ya se ha mencionado, hacían que no fuera necesaria la corroboración, sino tan solo que esta pareciera creíble, reforzando por tanto la desinformación.

¿Después del 21N qué?

Posterior al 21N vivido en Cali, la estrategia del miedo se toma a la ciudad de Bogotá sin lograr los mismos efectos del día anterior, seguidamente tuvieron lugar una serie de manifestaciones, marchas y cacerolazos en el marco del Paro Nacional, pero no con la misma fuerza de aquel día.

El 25 de noviembre en el marco de las jornadas de protesta en la ciudad de Bogotá, es asesinado a manos del ESMAD un joven de 18 años, quien se convirtió en un nuevo símbolo de la protesta pacífica en Colombia y de la evidencia de los excesos de la intervención de la fuerza pública en estos espacios. Posteriormente sobrevino un largo periodo de receso de la protesta y desmovilización a causa del fin de año, que se levantó el 21 de enero cuando se vuelve a convocar a una nueva jornada de movilización nacional. En el entretanto, el Gobierno y el Comité Nacional del Paro, no

logran ponerse de acuerdo sobre la naturaleza del espacio de encuentro. El Gobierno propone el establecimiento de una mesa de diálogo y no de negociación, limitando la participación social en la toma de decisiones de trascendental importancia para la definición del destino colectivo del país.

Finalmente, el 24 de marzo se decreta el inicio de la cuarentena nacional por la detección a principios de ese mes de los primeros casos de COVID-19 en personas provenientes de Europa, particularmente de países como Italia y España. El Ministerio de Salud y Protección Social confirmó que el 6 de marzo se registró el primer caso de COVID-19 en el país, mientras que el 15 de marzo se registró el primer caso de COVID-19 en la ciudad de Cali.

Ahora en el marco del confinamiento obligatorio, son los sectores precarizados los que principalmente se movilizan y protagonizan escenarios de protesta, no tienen empleos formales, y por ende no poseen los medios para sobrellevar la crisis, “tenemos más miedo a morir de hambre que de Covid” es lo que afirman.

Según Londoño y Jiménez (2020) después de la expedición del Decreto 418 del 18 de marzo se registró un aumento de las acciones de protesta en el país, pero esta vez motivadas principalmente por reclamaciones provenientes de sectores populares dada la ineficiencia del actual Gobierno en la entrega de víveres y ayudas humanitarias para la población más vulnerable. Estos mismos autores señalan que a 47 días de la declaratoria de emergencia sanitaria en el país se habían presentado 173 protestas en 24 departamentos del país, es decir un promedio de 3,7 por día. La mayoría de estas movilizaciones tuvieron lugar en la ciudad de Bogotá, concentrándose allí el 24% del total de las protestas. Para el caso del Valle del Cauca, este ocupó el décimo lugar registrando solo seis (6) movilizaciones desarrolladas entre el 12 de marzo al 28 de abril.

El 15 de abril *Revista Semana* registraba una serie de protestas en el oriente de Cali y la Ladera, protagonizadas por los habitantes de estos sectores de la ciudad que ante la imposibilidad de trabajar, la mayoría de ellos en el sector informal, salieron de sus casas a protestar por el estado de desaprovisionamiento, desempleo y hambre en el que se encontraban. De igual manera, en los últimos días el movimiento de mujeres ha salido a las calles a protestar y a denunciar las múltiples expresiones de violencia basada en género que se han exacerbado en el marco del confinamiento.

Por su parte, el miedo continúa operando en la cotidianidad de las clases medias pero ahora actúa como un elemento de protección, el temor a enfermar y a perder la vida, lleva a acatar las medidas de confinamiento apalancados en sus condiciones

objetivas de vida y en la posibilidad de mantener sus empleos formales laborando desde casa, así este sector de la población logra mantener el distanciamiento físico y social con mayor éxito, registrando menores tasas de contagio que los sectores populares.

En este sentido, es evidente que se logró reducir la fuerza del estallido social que alcanzó a ser visibilizada y legitimada por una amplia participación de múltiples y variados sectores de la población en nuestra ciudad, lo que es claro es que la pandemia ha hecho más evidente los problemas estructurales de la sociedad colombiana y de ciudades como Bogotá y Cali, donde la vida para los sectores populares es menos sostenible, no solo por la imposibilidad de desarrollo de la actividad económica de amplios sectores de la población que derivan su sustento de la actividad informal, por el escaso acceso a alimentos, sino también por el debilitamiento de los lazos comunitarios que se ven aún más afectados con las medidas de distanciamiento físico que se traducen tarde que temprano en distanciamiento social.

El pasado 7 de junio el periódico *El País* de la ciudad de Cali, registraba la noticia de que la presencia de los primeros casos de personas con COVID-19 se dio

justo donde viven quienes acostumbran a viajar al exterior por turismo o negocios: las comunas 17 y 19 reportaban la mayoría de positivos. Ahora los infectados –y los fallecidos– se encuentran en las comunas del centro y el oriente: 10, 11, 13, 14 y 15. Los epidemiólogos los llaman “sitios de alta densidad poblacional”.

Sectores que coinciden con ser los lugares de habitación de las clases populares. Es claro entonces que el distanciamiento físico y social es posible cuando existen condiciones materiales de vida que lo soportan, el aislamiento resulta ser funcional a los valores agenciados por el sistema económico neoliberal que exacerba la desconfianza, el egoísmo y el individualismo y que son mejor encarnados por la clase media que por los sectores populares.

Finalmente, es muy difícil prever lo que pasará con la movilización y protesta social en Colombia y en particular en la ciudad de Cali. No obstante, se puede afirmar que la pandemia está haciendo cada vez más evidente las desigualdades económicas, sociales y culturales entre la población, precarizando a muchos y recrudeciendo el hambre y la pobreza ya existente.

Así mismo, el virus y el miedo al contagio transitan por cada rincón de la ciudad, en este momento la tendencia es a la transmisión comunitaria generalizada, tal como se afirma en un medio de comunicación local:



El coronavirus, una vez ha provocado un fuerte impacto en un sector, ‘busca’ otros menos afectados. Por eso es que, en las primeras semanas de la pandemia, durante marzo, abril y mayo, se tenía muy claro qué sectores intervenir, pero ahora –tras la reapertura económica– la transmisión es más abierta y, en consecuencia, la tarea de búsqueda de casos positivos, más ardua. (*El País*, 14 de julio de 2020).

En este sentido, lo que es seguro es que con la pandemia por COVID-19 las relaciones entre los diferentes segmentos de la sociedad colombiana estarán mediadas de manera significativa por el miedo. Al respecto, el análisis del 21N señala conclusiones relevantes, si bien, el miedo moviliza, adquiere diversos significados de acuerdo a las condiciones socioeconómicas y culturales, por lo cual no puede ser considerado como un elemento negativo *per se*. Sin embargo, situaciones coyunturales en las que se generan reacciones rápidas agenciadas por el miedo, pueden ser más proclives a la manipulación debido a que prevalece el “pensamiento fluido” y a la vez el afloramiento de las diferencias, dado que se exalta la protección de sí. El reconocimiento de la identidad de clase permite también avanzar en la comprensión de estas partes de la identidad no reivindicadas, es decir, no reconocidas, que es justamente donde circulan los prejuicios. Las posturas reflexivas propias de la modernidad y que tanto gustan a la clase media, invitan a la búsqueda de información para evitar caer en la desinformación. No se trata por tanto de invisibilizar el miedo, de negarlo, o de negar la existencia de diferencias entre las formas de vida de los grupos sociales, sino de sobreponer las diferencias a los aspectos que nos igualan y permiten la movilización colectiva, la solidaridad entre las gentes y la reivindicación de condiciones de buen vivir y de justicia social para todos y todas.

## Referencias bibliográficas

- Archila, M. (2016). El paro cívico nacional del 14 de septiembre de 1977. Un ejercicio de memoria colectiva. *Revista de Economía Institucional*. 18, 35 (nov. 2016), 313-318. DOI: <https://doi.org/10.18601/01245996.v18n35.18>.
- Calderón, F. (2012). Diez tesis sobre el conflicto social en América Latina. *Revista CEPAL*, (107), 7-30. Santiago de Chile: Naciones Unidas. Recuperado el día 30 de junio de 2020, de [https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/11546/107007030\\_es.pdf](https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/11546/107007030_es.pdf)
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) (2019). Panorama Social de América Latina 2019 (LC/PUB.2019/22-P/Re v.1), Santiago de Chile. Recuperado el

1 de julio de 2020, de: [https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/44969/5/S1901133\\_es.pdf](https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/44969/5/S1901133_es.pdf)

- Gómez, D. (2019). Colombia en movimiento: reflexiones sobre las movilizaciones del 21N. *Universidad de los Andes- Cider*. Recuperado el día 2 de julio de 2020, de <https://cider.uniandes.edu.co/es/noticia/reflexiones-movilizaciones-21N>
- Hener, A. (2007). Clases medias, inseguridad y miedo al delito: prácticas y discursos emergentes. *VII Jornadas de Sociología*. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires. Recuperado el 2 de julio de 2020, de <http://cdsa.academica.org/000-106/273>
- Legendre, P. (2004). *Lo que Occidente no ve de Occidente*. España: Amorrortu Editores.
- Londoño, G. & Jimenez, D. (2020). Pandemia o las cifras de la indignación. *Pares Fundación Paz y Reconciliación*. Recuperado el 4 de julio de 2020, de <https://pares.com.co/2020/05/04/las-protestas-de-la-pandemia-o-las-cifras-de-la-indignacion/>
- Ministerio de Salud y Protección Social (2020). Colombia confirma su primer caso de COVID-19. Boletín de prensa No 050 de 2020. *Nuevo Coronavirus COVID-19*. Recuperado el 3 de julio de 2020, de <https://www.minsalud.gov.co/Paginas/Colombia-confirma-su-primer-caso-de-COVID-19.aspx>
- Real Academia Española (s.f.). Indignación. En *Diccionario de la lengua española* (23a ed.). [Versión 23.4 en línea]. Recuperado el 20 de septiembre de 2020 de <https://dle.rae.es>
- Redacción de *El País* (14 de julio de 2020). ¿Cómo va el contagio de covid-19 en los barrios de Cali? *El País*. Recuperado el 2 de julio de 2020, de <https://www.elpais.com.co/cali/como-va-el-contagio-de-covid-19-en-los-barrios-de.html>
- Redacción Nacional (21 de noviembre de 2020). Así fue la noche de terror en Cali. *El Espectador*. Recuperado el 1 de julio de 2020, de <https://www.elespectador.com/noticias/nacional/asi-fue-la-noche-de-terror-en-cali>
- Rincón, M. (2018). La convivencia vecinal en unidades residenciales de Cali, Colombia. Un análisis cualitativo con modelo multidimensional. *Entramado*, 14(1), 214-229. Recuperado el 3 de julio de 2020, de <https://revistas.unilibre.edu.co/index.php/entramado/article/view/3253>
- Sánchez, J. (2018). La configuración espacial de las clases alta y media en Cali: el caso de la urbanización Miraflores 1947-1950. *Territorios*, (38), 67-94. Santa Fe de Bogotá, Colombia: Universidad del Rosario. Recuperado el 1 de julio de 2020, de <http://dx.doi.org/10.12804/revistas.urosario.edu.co/territorios/a.5398>

- Schwarz, N., Newman, E. & Leach, W. (2016). Making the truth stick & the myths fade: Lessons from cognitive psychology. *Behavioral Science & Policy*, 2(1), 85-95. Recuperado el 2 de julio de 2020, de [https://www.researchgate.net/publication/295478583\\_Making\\_The\\_Truth\\_Stick\\_and\\_The\\_Myths\\_Fade\\_Lessons\\_from\\_Cognitive\\_Psychology/link/59e5689d0f7e9b0e1aa89225/download](https://www.researchgate.net/publication/295478583_Making_The_Truth_Stick_and_The_Myths_Fade_Lessons_from_Cognitive_Psychology/link/59e5689d0f7e9b0e1aa89225/download)
- Semana (15 de septiembre de 2020). Las protestas del hambre en el oriente de la ciudad. *Semana*. Recuperado el día 3 de julio de 2020, de <https://www.semana.com/nacion/articulo/coronavirus-en-cali-protestan-por-falta-de-comida/663735>
- Stiglitz, J. E. (2012). *El precio de la desigualdad*. España: Taurus.
- Urrea, F. & Quintín, P. (23-25 de noviembre de 2000). *Segregación urbana y violencia en Cali: trayectorias de vida de jóvenes negros del Distrito de Aguablanca*. Ponencia presentada en el seminario internacional “La société prise en otage. Stratégies individuelles et collectives face à la violence. Réflexions autour du cas colombien”, en el tema “Guerre, mobilité et territorialité”. Marseille, Centre de la Vieille Charité.
- Villa Martínez, M., Sánchez, L. & Jaramillo, A. (2003). *Rostros del miedo: un estudio sobre los miedos sociales urbanos*. Medellín, Colombia: Corporación Región.
- Wortman, A. (2007). *Construcción imaginaria de la desigualdad social*. Buenos Aires: CLACSO. <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/becas/wortman/>



REPRESENTACIONES SOCIALES Y DISCURSOS  
DIRIGIDOS A TRABAJADORES/AS DE LA SALUD EN EL  
MARCO DE LA PANDEMIA

**Fernando Moreno Dulcey**  
Universidad Icesi | famoreno@icesi.edu.co

**Omar Alejandro Bravo**  
Universidad Icesi | oabravo@icesi.edu.co

La pandemia provocada por la enfermedad denominada COVID-19 ha conmovido a la humanidad, a partir de su rápido avance y alarmantes consecuencias. Al 20 de julio de 2020, los casos reportados en el mundo ascendían a 14.538.094 personas con 607.358 fallecimientos, según la Organización Mundial de la Salud (2020). En Colombia, hasta la misma fecha, se presentaron 204.005 casos, con 6.929 muertes (Ministerio de Salud, Colombia, 2020) y el país ha entrado, hasta la fecha, a ocupar los primeros diez lugares en mayor número de contagios y de muertes al día. Considerando que el primer reporte se realizó el 31 de diciembre del 2019 en Wuhan, China (lugar de origen del virus), estos datos muestran la manera vertiginosa en que esta pandemia se extendió.

Esta pandemia trajo consigo cuarentenas generalizadas que obligaron al confinamiento y el distanciamiento social de la población en diferentes países. Ese nuevo escenario alteró significativamente las formas de relación social consideradas hasta entonces como normales y rutinarias. En realidad, esta sensación de normalidad es siempre imaginaria, ya que la historia ha estado constantemente atravesada por hechos, como epidemias o guerras, que obligaron a alteraciones significativas en el modo de vida de la población y generaron miedo e incertidumbre (Badiou, 2020), en una suerte de permanente conmoción, como afirmaba Kant (Gambo y Sánchez, 2018). Pueden mencionarse en este sentido a la gripe española de 1918 o a las pestes medievales (Martín et al., 2007).

Sin embargo, para poder situar esta contingencia en el contexto actual, Fernández (2011) indica que en época de globalización, las epidemias se convierten rápidamente en pandemias, así como crisis económicas locales afectan con frecuencia al orden económico mundial. A esto habría que sumar la función de los medios de comunicación y, particularmente, de las redes sociales que reproducen grandes cantidades de información (falsa y veraz) que generan lo que se ha denominado una infodemia del COVID-19 (Cinelli et al., 2020). Según Fernández (2011), este tipo de fenómenos pondría también en cuestión a la razón occidental y su suposición de poder producir un orden social previsible y controlable.

En el mismo sentido, Nancy (2020) afirma que:

La excepción se convierte, en realidad, en la regla en un mundo en el que las interconexiones técnicas de todas las especies (movimientos, traslados de todo tipo, exposición o difusión de sustancias, etc.) alcanzan una intensidad hasta ahora desconocida y que crece con la población. (Nancy, 2020, p. 30).

Es justamente en este escenario de interconexiones globales y aceleradas que la alteración de las relaciones sociales a causa de la enfermedad del COVID-19 se ha vuelto más evidente y si se quiere más caótica. En el marco de esta conmoción social y sanitaria, esta pandemia colocó un desafío enorme para los sistemas de salud y las economías de cada país, en general afectadas por los modelos neoliberales que se impusieron en los últimos cuarenta años aproximadamente. De manera general, se puede situar el inicio de estos procesos de ajuste y empobrecimiento colectivo en los gobiernos de Thatcher en Inglaterra y Reagan en Estados Unidos, coincidentes también con la caída de la Unión Soviética (Pazos Beceiro, 2002; Navarro, 2011). En parte por este deterioro de los sistemas de salud, la crisis generada por la pandemia del COVID-19 en países como España e Italia llegó inicialmente a niveles alarmantes, con alto número de víctimas y servicios y personal de salud colapsados.

En Colombia, en particular, las reformas introducidas en el año 1993 aumentaron la precariedad de los servicios sanitarios. De esta forma, “la falta de una política y de reglamentos claros, la desarticulación de los equipos entrenados y el desinterés del Gobierno hicieron que se descuidaran mucho las actividades de salud pública.” (Houmedes y Ugalde, 2005, p. 212). Esto repercutió también en las condiciones de trabajo de los trabajadores/as de la salud, expuestos a una precarización laboral y a exigencias de atención reñidas con frecuencia con principios éticos mínimos, como la calidad y el tiempo de atención dedicados a cada paciente, por ejemplo (Abadía et al., 2009; De Rosa et al., 2020).

Las respuestas gubernamentales de diversos países a esta pandemia pasaron en general por el aislamiento obligatorio, con severas restricciones para la circulación social que incluyeron las actividades laborales no esenciales, las educativas y las prácticas recreativas. La forma y extensión de estas limitaciones cambiaron de país en país, de acuerdo con el desarrollo de la pandemia y al tipo de respuesta social a esas indicaciones sanitarias.

Junto a estas restricciones, se difundieron por medios de comunicación y redes sociales una serie de consejos para evitar el contagio, entre ellos la higiene frecuente de las manos y el uso de barbijos y guantes (sobre todo en el caso de algunos grupos, como el de los profesionales de salud). Al mismo tiempo, se propagaron mensajes de prevención en salud mental, considerando los efectos perjudiciales del aislamiento que, previsiblemente, podrían potenciar episodios de ansiedad, depresión y la aparición de conductas violentas. De esta forma, se configuró una situación traumática, entendiendo a la misma como un evento que se sostiene en el tiempo, manteniendo su potencial de afectación (Madariaga, 2002).

Por otra parte, como efecto concomitante, la pandemia y sus consecuencias sociales provocó una serie de respuestas que, en muchos casos, llevó a estigmatizar a grupos y sujetos, definidos por su actividad profesional en el campo de salud o por su nacionalidad, principalmente en el caso de las personas originarias de China (o, inclusive, portadoras de rasgos orientales). En Latinoamérica en particular se registraron amenazas y agresiones a profesionales de la salud, por considerarlos/as potenciales portadores del virus y capaces de infectar a las personas más próximas.

Estos efectos sociales de la pandemia expresan, según Butler (2020)

la rapidez con la que la desigualdad radical, que incluye el nacionalismo, la supremacía blanca, la violencia contra las mujeres, las personas queer y trans, y la explotación capitalista encuentran formas de reproducir y fortalecer sus poderes dentro de las zonas pandémicas. (Butler, 2020, p. 60).

Por todo esto, el fenómeno actual de la pandemia del COVID-19 y sus consecuencias políticas, culturales y sociales abre varias perspectivas de análisis. En particular, se define como objetivo principal de este texto el análisis de los discursos que, en el contexto colombiano, promueven la estigmatización de trabajadores/as de la salud y de los que los consideran como héroes, desde un discurso de cierto tono belicista. Este análisis se hará a partir principalmente de los aportes teóricos de la teoría del pánico moral (Cohen, 1980; Thompson, 2014) y el análisis crítico del discurso (van Dijk, 1999). Cabe destacar que, al tratar de un fenómeno actual, cuyas consecuencias sociales y políticas aún no se pueden dimensionar, este trabajo tiene carácter de reflexión, donde se plantean algunos ejes de debate sin pretensiones conclusivas.

De esta manera, se toma distancia del apresuramiento teórico y analítico en el que se sitúan muchas producciones académicas en torno al fenómeno general de la pandemia y sus consecuencias. Se pueden mencionar aquí, como ejemplos de estos análisis y sus excesos, a la afirmación hecha por Žižek (2020) de que el COVID-19 podría generar el fin del capitalismo, sustentando este pronóstico en gaseosas metáforas cinematográficas. Así mismo, Agamben (2019) consideró, en el inicio del ciclo de infecciones, que las políticas dirigidas a contener la pandemia tenían el propósito político de fragilizar los vínculos sociales y comunitarios, mostrando por esto un fin políticamente desmovilizador (aunque luego se desdijo parcialmente, tornándose su reflexión más compleja y confusa). Han (2020), por otra parte, analizó las políticas de aislamiento destacando que las mismas eran



posibles de desarrollar en China por la existencia de una tradición y una cultura de sumisión al poder propia de la cultura oriental, en una perspectiva esencialista sobre el origen de esas conductas colectivas.

Cabe mencionar que este texto se vincula a una investigación en curso que, de modo general, pretende entender la relación entre ciertos sucesos de gran impacto social, la manera en que provocan determinadas respuestas gubernamentales y sociales y los procesos de discriminación asociados.

### Aspectos conceptuales

En relación a la situación aquí considerada, la pandemia del COVID-19 y los efectos estigmatizantes que produjo en relación a ciertos sujetos y grupos, podría afirmarse que este nuevo fenómeno vino a conmover, de manera general, ciertas representaciones sociales, entendidas como el sentido común que orienta nuestra manera de entender el mundo y definir conductas cotidianas en torno a las formas de existencia entendidas como naturales (Alvarez, 2006). Estas representaciones sociales permiten en buena medida una sensación necesaria de previsibilidad y la capacidad de sostener rutinas cotidianas que incluyan una circulación social más o menos fluida y formas diversas de relación social.

De esta manera, y a partir de esta conmoción que la pandemia produjo en nuestras relaciones cotidianas, se impuso un mensaje brutal: nuestra existencia es frágil y sujeta a imprevistos como este, que la pone en riesgo y muestra una enorme precariedad de recursos para enfrentarla. Esto provoca una sensación de desamparo, aumentada por las restricciones sociales del aislamiento y parece exacerbar los sentimientos de protección individual, lo que conlleva a la emergencia de emociones de temor y peligro que encuentran en los profesionales de la salud un objeto, significado como una amenaza para el bienestar individual.

Esa angustia vinculada a esta amenaza invisible y omnipresente es similar a la que Cohen (1980), entre otros, consideró como parte del denominado pánico moral. El pánico moral podría definirse como “una reacción irracional de construcción y rechazo de amenazas veladas o abiertamente contrarias a la norma dominante” (Fariñas Dulce, 2018, p. 347).

Esa teoría enfatizó el papel de los medios de comunicación en ese tipo de reacciones, tomando como ejemplos el sensacionalismo de la prensa británica en torno a hechos criminales en la Inglaterra thatcheriana, habiendo una relación directa entre los modelos de ajuste y exclusión social de aquella época y esos procesos de estigmatización

social. Actualmente, dadas las variadas y amplias formas de comunicación derivadas del uso de las redes sociales, estas formas de producción de pánico moral encuentran varias vías de constitución y diseminación.

En el caso particular de la pandemia en curso, el pánico moral refiere en general a un objeto impreciso, en tanto invisible, pero capaz de tornarse material en el cuerpo de cada persona infectada o en supuesto riesgo de serlo. Este proceso le daría también estatuto de representación social y permitiría analizar ese carácter objetal, encarnado en los profesionales de la salud, considerando también todos los discursos y prácticas sociales relacionados en mayor o menor medida.

De especial interés son esos discursos y prácticas que circulan en redes sociales como parte de la infodemia propiciada por el COVID-19. Una herramienta teórico-metodológica que permitiría develar los mecanismos discursivos presentes en este tipo de procesos y sus posibles efectos de verdad sería el análisis crítico del discurso (ACD) que es definido como:

un tipo de investigación analítica sobre el discurso que estudia primariamente el modo en que el abuso del poder social, el dominio y la desigualdad son practicados, reproducidos, y ocasionalmente combatidos, por los textos y el habla en el contexto social y político (Van Dijk, 1999, p. 23).

Generalmente, el ACD intenta “dotar de poder a quienes carecen de él” (Van Dijk, 1999, p. 24) y los analistas críticos asumen posiciones políticas y sociales explícitas para producir conocimiento que revierta las relaciones asimétricas de poder entre diferentes grupos sociales. En el contexto de esta reflexión hay que precisar que el ACD contribuiría a revelar los modos en cómo el estigma hacia los profesionales de la salud ha sido reproducido a través de medios de comunicación y redes sociales. Sin embargo, no se asume a los profesionales de la salud como una población dominada, aunque sí como un objeto sobre el cual se han tejido diferentes representaciones, discursos y prácticas que atentan contra su dignidad humana.

De esta manera, la teoría del pánico moral y el ACD serán los insumos teóricos y metodológicos para reflexionar sobre algunos discursos y prácticas que han sido reportados y reproducidos en los medios de comunicación y en las redes sociales, que se presentan a continuación.

## Profesionales de la salud: entre héroes y villanos

Como se anunció en la introducción, este texto considera pertinente reflexionar sobre el fenómeno de la estigmatización de los trabajadores/as de la salud, supuestamente transmisores privilegiados del virus, que convive con el de su caracterización como héroes o guerreros en la lucha contra el virus.

### Discursos discriminatorios: forma y sentido

En relación al primer aspecto señalado, en países como Nepal se ha reportado la creciente discriminación y estigmatización de los trabajadores de la salud (Singh y Subedi, 2020), una situación que también preocupa en África (Chersich et al., 2020) y en Japón (Makino et al., 2020). En este último país, además, el estigma también se produjo hacia pacientes que eran identificados públicamente por reportes de prensa y de redes sociales en los que se difundía su información personal (Yoshioka y Maeda, en prensa).

En Colombia, particularmente, se reportaron numerosos casos de médicos/as y enfermeros/as a los que se les solicitó mudarse de barrios y conjuntos residenciales, para evitar contagiar a la vecindad o a quienes se les recriminó por movilizarse en transporte públicos (EFE, 2020; *El Tiempo*, 2020; *El País*, 2020). El Comité Internacional de la Cruz Roja señaló que algunas de las agresiones que recibieron los médicos adscritos a su misión en Colombia eran originadas por la pandemia (*El Tiempo*, 2020). Esta situación llegó a tal extremo que en la ciudad de Cali fue necesario implementar líneas especiales de transporte para estos/as profesionales. Así mismo, personas infectadas o sospechosas de portar el virus fueron agredidas y amenazadas en redes sociales.

La estigmatización a los profesionales de la salud en Colombia ha tenido otra vertiente. El periódico *El Espectador* publicó un artículo el 23 de mayo de 2020 en el que se indagaba si existía la posibilidad de que algunos pacientes que no requerían de unidades de cuidado intensivo fueron remitidos a estas porque el sistema de salud paga casi tres veces el valor de un paciente que no requiere este servicio. La consecuencia de esta noticia, además de resaltar los incentivos negativos que se crean en un sistema de salud como el colombiano, es que los profesionales de la salud empezaron a ser estigmatizados por ser parte del “cartel del COVID-19”.

Se puede observar entonces, que en el caso particular de Cali la estigmatización ha tenido dos caras y un mismo cuerpo en común. Los profesionales de la salud son vistos como potenciales transmisores del virus y como parte de un sistema de salud

señalado de corrupción. Al mismo tiempo, estos procesos de deshumanización de grupos y personas conmocionan la creencia de una humanidad común, unida por un principio solidario de coexistencia (Quiles del Castillo et al., 2014).

En este punto, vale la pena volver a las representaciones sociales y a la teoría del pánico moral y enfatizar en los aspectos comunicativos a través de los cuáles la estigmatización de los trabajadores de la salud se apalanca. La prensa escrita en la que se han reportado estos casos de estigmatización corresponde solo a una parte. Las redes sociales parecen cumplir un papel esencial en esos procesos. A manera de ejemplo, dos extractos literales publicados en Twitter permiten ilustrar los mensajes que circulan y que se corresponden con las dos formas de estigmatización identificadas.

Extracto 1:

*“Que parte de BIOSEGURIDAD no entiende la gente que trabaja en hospitales ???  
Pasando bacterias para llevar a los pacientes y a su casa ??”*

Extracto 2:

*“hoy la señora Alba Rosa fue al Hospital Departamental del Valle a una cita, a esta hora nos dicen que la van a entubar por #Covid\_19. Me parecía mentira que médicos asesinen...”*

En el primer ejemplo se ilustra la reacción de un usuario ante una noticia según la cual una enfermera que viajaba en su carro fue detenida por un policía porque ella llevaba puesto su uniforme. En la noticia el policía acusaba a la enfermera de “cochina” por no quitarse su uniforme al salir de trabajar a pesar de que ella se transportaba en su carro particular. La reacción de este usuario de Twitter cuestiona la comprensión que la enfermera tendría de las medidas de bioseguridad con el agravante de que al ser trabajadora de la salud ella sería una potencial propagadora del virus.

La irracionalidad de ese comentario salta a la vista. No solo porque se habla de bacterias y no de virus, sino porque la enfermera “pasa” esas bacterias hacia los pacientes y su casa, aunque ella se dirigía a su domicilio cuando fue detenida. En cierto sentido, es como si ella representara, portara y propagara el virus, es decir, como si ella fuera el virus. De otro lado, el uso de mayúsculas y el uso reiterado de signos de puntuación indican el énfasis que el autor quiere hacer sobre la supuesta irresponsabilidad de la enfermera, sugiriendo el pánico que genera su comportamiento.

El segundo ejemplo denuncia un posible caso del “cartel COVID-19”. Se trata de la descripción de una situación en la que una persona que va a una cita, aparentemente de rutina, terminaría en una UCI. Tres elementos llaman la atención. Primero, no hay mucha claridad sobre la relación del autor con la paciente. Segundo, la expresión “nos dicen” insta a un interlocutor difuso, probablemente el Hospital, que informa sobre la situación más reciente de la paciente “la van a entubar”. Tercero, la conclusión que se deriva de la información precedente: “me parecería mentira que los médicos asesinen”.

Todo el mensaje intenta demostrar una supuesta mala práctica, sobre la base de información difusa y en el que hay un claro sesgo que confirmaría la existencia de un “cartel” para el uso de las UCI y que sitúa a los médicos, sin distinción ni precisión del objeto al que se refiere, en el lugar de asesinos.

Los dos ejemplos, con sus limitaciones, permiten enfatizar cómo a través de redes sociales se construye una representación del otro, del trabajador de la salud, como un sujeto peligroso, amenazante, bien sea por su potencial papel en la propagación del virus o por su participación en una práctica corrupta. En ambos casos, las acusaciones son generalizadas: “la gente que trabaja en hospitales” y “los médicos que asesinen”, con lo cual el objeto que representa una amenaza es cualquier trabajador de la salud.

Estos discursos y prácticas que son comunes en las redes sociales, promueven y propagan la estigmatización de los trabajadores de la salud y una sensación de pánico irracional que no se justifica en ningún hecho comprobable o que no ha sido sometido a ningún tipo de escrutinio. Lo irracional de este pánico consiste en que las reacciones de las personas exacerban su protección individual, sin considerar la importancia del cuidado propio como un asunto de bienestar colectivo. Dicho en otros términos, la estigmatización de los trabajadores de la salud, solicitarles que se muden de sus casas y señalarlos de hacer parte de un cartel, son reacciones orientadas hacia “ellos”, los trabajadores de la salud, que “nos” amenazan y podrían afectar “nuestro” bienestar.

Sin embargo, esas respuestas individuales son paradójicas y demuestran la pérdida de un sentido de comunidad, de un vínculo social, sea este el del barrio, la escuela o los jardines infantiles. La respuesta es paradójica porque la función de los trabajadores de la salud en esta época de crisis de la salud pública se vuelve esencial para el bienestar individual y colectivo, es decir, del bienestar de estos trabajadores también depende el propio bienestar. Con respecto a la pérdida del sentido de comunidad, la preocupación por el bienestar individual conlleva a que ciertas instituciones como el sistema de salud, o incluso la escuela y los jardines infantiles se vean en riesgo,

porque algunas personas decidirán no matricular a los niños lo que en el futuro, al no encontrar estas instituciones abiertas, podría acarrear profundas consecuencias en niños, jóvenes y adultos.

Retomando los ejemplos presentados, estos permiten ilustrar cómo desde el discurso se instaaura la distinción entre dos posiciones de enunciación entre un “yo” y un “tú”, es decir, se configura una relación intersubjetiva asimétrica entre un sujeto que habla y uno que es instaurado por aquel que habla (Benveniste, 1997). En este caso, el “yo” en realidad corresponde a un “nosotros”, a un enunciador colectivo, y el “tú” se refiere a un “ellos”, a un enunciatario también colectivo. Esta relación es aún más asimétrica cuando el “nosotros” que habla lo hace a través de redes sociales, sin la posibilidad de establecer relaciones dialógicas en las que “ellos” tengan la posibilidad de hablar.

Este dispositivo discursivo permite que el estigma se propague rápidamente a través de la voz de un sujeto colectivo que habla en nombre de “nosotros”. Este dispositivo, entonces, favorece la emergencia de una violencia simbólica en la que un grupo poblacional es señalado y acusado y a quienes se les niega la posibilidad de tener una voz propia.

De otro lado, a través de estas posiciones de enunciación se definen aspectos emocionales asociados con las representaciones de los profesionales de la salud. En ambos ejemplos el enunciador colectivo se posiciona desde el temor hacia el otro que es, simultáneamente, un corrupto, un asesino y un transmisor de “bacterias”. Como se señaló en el párrafo anterior, estos procesos discursivos dan cuenta de cómo se configura la estigmatización a los profesionales de la salud y concretamente estos son significados como un riesgo y a quienes se debe rechazar. Aunque no es el objetivo ni el alcance de este capítulo, una indagación empírica posterior podría ayudar a precisar cómo este escenario de pandemia puede haber gestado representaciones sociales incongruentes sobre los profesionales de la salud quienes representan, al mismo tiempo, un riesgo y la posibilidad de cura.

Vale la pena señalar que esta reflexión permite mencionar que en estos procesos se combinan discursos y prácticas sociales que cambian y se reconfiguran en cada época. Foucault (1970) definió a las formaciones discursivas como una serie de prácticas discursivas relacionadas, propias de clases, sociales, instituciones, o grupos, por ejemplo. En el caso aquí considerado, se reconfigura de manera general una formación discursiva derivada de una trayectoria histórica que incluyó a la peste, la locura, la lepra y, más recientemente, el Sida, teniendo cada una asignación de peligrosidad particular, así como una forma social e individual que permitiría su probable identificación y

un tratamiento institucional específico, generalmente dirigido a segregar y aislar esos sujetos y grupos portadores del mal a evitar. Lo curioso, como se señaló en el párrafo anterior, es que en el caso de esta pandemia los sujetos segregados y a evitar son los que, paradójicamente, cumplen una función esencial para superarla.

De esta forma, estos procesos discriminatorios, a manera de una maldad líquida (Bauman y Donskis, 2016), “tienen la asombrosa capacidad de fluir rodeando los obstáculos que surgen o se encuentran en su camino” (p. 11). O, como se señaló previamente, la maldad puede adoptar varias formas e incluso ser incongruente con respecto al sujeto al que le es atribuida.

Esta misma condición esquiva, volátil, haría más difícil su enfrentamiento, también por la dificultad de que las personas que sostienen esas actitudes puedan hacerse responsables por su significado e implicaciones sociales, ante la carencia de un pensamiento crítico “en una subjetividad ganada por el mal de la banalidad, una cultura organizada por el consumo y el rendimiento ilimitados, en que la política y la memoria están desprestigiadas, y la palabra y la verdad son irrelevantes” (Merlín, 2019, p. 52). La situación se agrava al considerar la propagación de información a través de redes sociales que ha generado una infodemia y que dificulta muchas veces identificar las fuentes confiables de las cuestionables, lo que termina minando, aún más, el pensamiento crítico.

Esto permite que se produzcan identidades colectivas fugaces y sin asociación con una ideología o pertenencia política definida, que “no responden a instrucciones explícitas de un colectivo organizado, y tampoco son atribuibles a trastornos mentales o a circunstancias ambientales específicas” (Markez Alonso, 2014, p. 30). En los ejemplos presentados aquí, esas identidades podrían corresponder con aquellas personas que sobregeneralizan, en la figura del médico o del profesional de la salud, a un gremio corrupto, asesino y contaminante.

En resumen, hay que enfatizar que “el destinatario de la acción devaluadora no es un sujeto que habla y se autodesigna, sino que es designado y connotado negativamente, como parte de un proceso de calibración social que hacen otros sujetos respecto de este.” (Gamboa y Sánchez, 2018, p. 82). Para Benveniste (1997) esta situación refleja la asimetría de poder entre el “yo” que habla y el “tú” que es instaurado en el discurso, pero en el caso puntual de los ejemplos de las noticias de prensa y de las redes sociales, esta asimetría se exagera porque no hay posibilidades de interlocución y al ser procesos de comunicación masiva la estigmatización se propaga rápidamente y la valoración negativa de los profesionales de la salud tiende a solidificarse.

## Los tropos del héroe y la guerra

El siguiente apartado retoma otra dimensión de las prácticas discursivas asociadas con la pandemia del COVID-19 y los trabajadores de la salud: su papel como héroes de guerra, lo que refleja la paradoja de su papel amenazante y su función esencial para superar esta crisis.

Wacquant (2011) utiliza los tropos para dar cuenta de las imágenes y narrativas que sirven de representaciones públicas sobre el boxeo; en su caso, era la violencia lo que caracterizaba esa mirada sobre el oficio pugilístico. En el caso de los trabajadores de la salud, en Colombia y presumiblemente en otros países, han sido las metáforas bélicas las que se utilizan para referirse a las estrategias preventivas en curso: “guerra al virus”, “combate a la pandemia”, entre otros; y respecto al papel de los trabajadores de la salud, las metáforas se refieren a ellos como “héroes”.

Algunos ejemplos tomados de los grandes medios de comunicación del país permiten ilustrar este punto. El noticiero de televisión *Noticias Caracol* utilizó este titular “Cali llora a sus héroes: el sentido homenaje a los médicos que murieron por COVID-19 en la ciudad” para aludir a las muertes del personal médico; por su parte, el periódico *El Tiempo* ha usado expresiones como: “Día 65 de cuarentena: agradecimiento a los héroes de la pandemia. La Policía Nacional realizó un homenaje al personal médico del Hospital de Fontibón, en Bogotá” para hacer un reportaje al respecto. Otro diario, *El Espectador*, ha titulado: “En primera línea de batalla: así es el día a día de los héroes que enfrentan el COVID-19”, en una crónica que restituye la experiencia cotidiana de algunos profesionales de la salud en Bogotá. Y finalmente, la revista *Semana* ha publicado dos números especiales, el primero titulado: “Los gladiadores contra el coronavirus” y el segundo y más reciente “No están solos. Un homenaje al sacrificado esfuerzo del personal de salud en la guerra contra el coronavirus”.

El análisis minucioso de este material, así como de su contenido gráfico, excede el propósito de este texto. Sin embargo, se debe enfatizar que estos tropos son coincidentes con los discursos aún vigentes en torno al conflicto armado que vivió el país, de marcado tono maniqueísta y donde el enemigo, a pesar de serle atribuida una cierta identidad político-ideológica, tenía también un carácter parcialmente inidentificable, ya que desde discursos gubernamentales y mediáticos se señalaba su presencia o influencia en cada movilización social, organismos de derechos humanos o partidos y grupos de carácter progresista, a veces desde caracterizaciones ideológicas imposibles



de definir, como la del castrochavismo. Esos miedos se adaptan entonces, de manera fácil, a “cualquiera que personifique nuestras propias inseguridades e incertidumbres” (Bauman y Donskis, 2016, p. 151).

De otro lado, el uso de estas metáforas belicistas para dar cuenta de la labor de los trabajadores de la salud contrasta con los discursos y las representaciones sociales estigmatizantes que se reportaron en el apartado anterior, pues estas son de carácter contrario y en alguna medida reivindican su rol en el enfrentamiento de la pandemia, destacando en algunos casos la necesidad de contar con modelos de salud más incluyentes y efectivos. Incluso, algunos profesionales de la salud han promovido a través de sus redes sociales mensajes en los que solicitan que, en vez de tratárseles como héroes, se les garanticen mejores condiciones laborales e incluso han propuesto que ellos no son ni “héroes ni mártires”.

Sin embargo, esta necesaria relativización de esa función sanitaria y práctica profesional, no parece haber causado mayor impacto. Podría suponerse aquí, de forma especulativa, que las tensiones sociales que permiten la radicalización de los discursos aquí considerada, no facilita una reflexión más amplia como la que esa consigna sugerida por los/as trabajadores/as de la salud posibilitaría. La misma también supone una mayor complejidad del fenómeno, ampliando la perspectiva de forma de considerar al sistema de salud como un todo, parte también de un modelo de Estado.

### Sobre estos discursos en tensión

Considerada esta etapa de análisis puede afirmarse, entonces, que la producción de estos discursos en tensión (el que estigmatiza a los trabajadores/as de la salud y el que defiende o glorifica su accionar actual), consolidados como representaciones sociales, encuentran condiciones para su producción en una sociedad socialmente desintegrada y políticamente enfrentada en torno a dos modelos de país: uno de larga tradición histórica, basado en la exclusión social, la concentración de poder económico y político y elevados índices de violencia institucional, contra otro, aún en estructuración y potenciado por los acuerdos de paz recientes con la guerrilla de las FARC, que reivindica la necesidad de construir un sistema social más incluyente y justo (expresado también en las masivas movilizaciones sociales de fines del año 2019).

En el primer caso, esa tensión política y social es también posible de relacionar con las categorías de análisis que Martín-Baró (1984) definió para la comprensión del conflicto armado salvadoreño y sus consecuencias, entre las que destacó la mentira social, la violencia y la polarización, ya apuntada. De esta forma, se produce «una fisura

crítica en el marco de la convivencia, que lleva a una diferenciación radical entre “ellos” y “nosotros”, según la cual “ellos” son siempre y de antemano “los malos”, mientras “nosotros” somos “los buenos”.» (Martín-Baró, 1984, p. 3).

Esta determinación estructural de este tipo de conductas explica, en parte, porqué en países socialmente más integrados, los/as profesionales de la salud son reivindicados de forma masiva a través de diversas formas de homenaje cotidiano. Es necesario entender también que estas manifestaciones de apoyo se prolongan hacia la defensa de la salud pública como derecho y obligación del Estado, lo que expresa una representación social predominante. Si, por ejemplo, en el caso colombiano, este tipo de reconocimientos y su relación con la reivindicación de una política de salud se ve debilitado y convive con manifestaciones agresivas y persecutorias para esos mismos sectores de trabajadores, puede suponerse que las dificultades históricas, derivadas del conflicto armado y la concentración de poder económico y político han perjudicado la posibilidad que este tipo de discursos adquiera potencia y legitimidad.

Por otra parte, es necesario considerar el aumento progresivo de los discursos que niegan los riesgos del virus del COVID-19 y hasta su propia existencia. De esta forma, se suceden conductas colectivas de riesgo, como encuentros sociales numerosos o aglomeraciones en locales comerciales. Con relación a esto último, el Gobierno colombiano decretó tres días no consecutivos sin IVA, es decir, con una exención impositiva que permitía comprar productos con descuento y que generó aglomeraciones masivas en varios supermercados y tiendas. Las consecuencias sobre las tasas de contagio aún no se han esclarecido, pero el Gobierno decidió posponer el tercer día por la presión de la ciudadanía, los trabajadores de la salud, los Gobiernos locales y quizá, por la misma información epidemiológica que ellos mismos manejaban.

En medio de este escenario de la pandemia, resulta llamativa entonces la complejidad discursiva que se plantea entre los varios discursos co-existentes, posibles de enumerar de forma parcial: el virus es una amenaza real, que obliga a tomar cuidados; el virus existe como tal, pero su forma concreta, en cuanto riesgos, está representada por trabajadores/as de la salud; estos trabajadores, aunque representan una amenaza son héroes en la guerra contra el virus; el virus no existe, es un invento para crear pánico y ganar dinero (aquí nuevamente la imputación es al sector salud, que supuestamente lucraría con estas mentiras).

Este último discurso, aunque asume una negación de la pandemia, suele modificarse cuando se relaciona con sectores populares (como el sector de Aguablanca en Cali, lugar de fuerte presencia de población afro, en buena medida originada por desplazamientos forzados) en los que se han reportado conductas como fiestas realiza-

das sin permiso. Esos reportes en medios masivos contribuyen a la emergencia de una representación social racista y discriminatoria, que demanda un mayor control social focalizado por parte de las autoridades.

En suma, todas las aristas que se han destacado y que solo podría decirse que abren una línea de análisis de esta pandemia, producen una dispersión discursiva donde discursos diferentes eventualmente difieren en contenidos pero no en forma o procesos de producción. Por ejemplo, en lo que hace a contenidos, se mezclan las representaciones ya mencionadas: la culpa es de los trabajadores/as de la salud; la culpa es de los afros; los trabajadores/as son nuestros héroes, etc. En cuanto a forma, podría suponerse que hay entonces procesos comunes, donde en el caso de los discursos estigmatizantes, se corporifica y representa el peligro en ciertos actores sociales específicos. Lo que no puede pensarse *a priori* es que cada uno de estos discursos corresponde simétricamente con un sector social o grupo, sino que circulan, se superponen y se confunden el uno con el otro, de manera que resulta difícil suponer que exista una hegemonía discursiva. Este es, quizá, el reto empírico que se deriva de la reflexión realizada en este texto.

### Un horizonte incierto, a construir

La pandemia del COVID-19 y sus efectos sociales y políticos constituyen entonces un desafío para la investigación y la producción académica en general, así como para la elaboración de respuestas sociales y políticas que intenten poner coto a procesos de discriminación asociados, como los aquí indicados.

En este sentido, y en lo que hace a los discursos dirigidos a trabajadores/as de la salud aquí considerada, sin dejar de lado los aspectos estructurales del fenómeno, sus aspectos subjetivos se relacionan con la particularidad ya señalada: su carácter banal hace difícil que se produzca una posible reflexión crítica en torno a esos hechos, lo que eventualmente evitaría su repetición. De esta forma, una vez superada la situación que generó ese tipo de respuesta, parece también anularse la responsabilidad asociada, como sucedió en los apoyos civiles a las dictaduras militares o a los crímenes perpetrados en Colombia por agentes del Estado y paraestatales (Lvovich, 2009).

Por esto,

Observar el odio antes que estalle, acompañado de una ira ciega, abre otras posibilidades de actuación: determinadas manifestaciones de odio competen a la Fiscalía de Estado y a la policía; pero las distintas formas de discriminación, las pequeñas

e implacables estrategias de exclusión que se manifiestan en gestos y hábitos concretos, en determinadas prácticas y convicciones son responsabilidad de toda la sociedad. (Emcke, 2017, p. 21).

En lo que hace al tema principal aquí considerado, las manifestaciones de discriminación y apoyo dirigidas a trabajadores/as de la salud y los discursos que le dan sustento a dichas prácticas, es necesario que estas inquietudes académicas se extiendan en una dirección política necesaria: la de la defensa de un modelo de salud pública universal, equitativo, integral e incluyente.

En el campo particular de la psicología, esta exigencia ética refiere también a un debate postergado acerca del rol de los/as profesionales de la salud mental en estos contextos y la integración de los/as mismos/as a una estrategia general de atención en salud, de carácter interdisciplinario y basada también en la participación activa de la comunidad. Es esta una meta que se inscribe en el propósito más amplio de construir una sociedad más justa.

## Referencias bibliográficas

- Abadía, C., Pinilla, M., Ariza, K. & Ruiz, H. (2012). Neoliberalismo en salud: la tortura de trabajadoras y trabajadores del Instituto Materno Infantil de Bogotá. *Revista de salud pública, 14*, 18-31.
- Agamben, G. (2019). La invención de una epidemia. *Ficción de la razón*. Recuperado el 5 de abril de 2020, de <https://ficcionalarazon.org/2020/02/27/giorgio-agamben-la-invencion-de-una-epidemia/>
- Álvarez, J. (2006). El desarrollo histórico de las creencias acerca de la salud y la enfermedad en las sociedades occidentales. *Estudios de las creencias, salud y enfermedad*. (p. 13 – 33). Madrid, España: Trillas.
- Badiou, A. (2020). Sobre la situación epidémica. En Amadeo, P. (ed.). *Sopa de Wuhan, pensamiento contemporáneo en tiempos de pandemias*. (p. 67 – 78). Buenos Aires, Argentina: ASPO (Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio).
- Bauman, Z. & Donskis, L. (2016). *Ceguera moral. La pérdida de sensibilidad en la modernidad líquida*. Barcelona, España: Paidós.
- Benveniste, E. (1997). *Problemas de lingüística general. Tomo II*. México: Siglo XXI.

- Butler, J. (2020). El capitalismo tiene sus límites. En P. Amadeo. *Sopa de Wuhan, pensamiento contemporáneo en tiempos de pandemias*. (p. 59 – 66). Buenos Aires, Argentina: ASPO (Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio).
- Castorina, J. & Barreiro, A. (2006). Las representaciones sociales y su horizonte ideológico. Una relación problemática. *Boletín de Psicología*, (86), 7-25.
- Chersich, M., Gray, G., Fairlie, L., Eichbaum, Q., Mayhew, S., Allwood, B., English, R., Scorgie, F., Luchters, S., Simpson, G., Haghghi, M., Pham, M. & Rees, H. (2020). COVID-19 in Africa: care and protection for frontline healthcare workers. *Globalization and health*, 16(1), p. 1 - 6. Recuperado de <https://doi.org/10.1186/s12992-020-00574-3>
- Cohen, S. (1980). *Folk devils and moral panics: the creation of the mods and rockers*. Oxford: Martin Robertson.
- De Rosa, M., Lanzilotta, B., Perazzo, I. & Vigorito, A. (2020). *Las políticas económicas y sociales frente a la expansión de la pandemia de COVID-19: aportes para el debate. Aportes y análisis en tiempos de coronavirus*.
- EFE (2 de abril de 2020). La Covid 19 desata la discriminación en Colombia contra quienes salvan vidas. *EFE*. Recuperado de <https://www.efe.com/efe/america/sociedad/la-covid-19-desata-discriminacion-en-colombia-contra-quienes-salvan-vidas/20000013-4211172>
- Emcke, C. (2017). *Contra el odio*. Bogotá, Colombia: Random House.
- El País (7 de abril de 2020). Médica denuncia grave discriminación al entrar con uniforme a un supermercado en Cali. *El País*. Recuperado de <https://www.elpais.com.co/cal/medica-denuncia-grave-discriminacion-al-entrar-con-uniforme-a-un-supermercado-en.html>
- El Tiempo (31 de marzo de 2020). Expulsaron de su casa a un médico por miedo al coronavirus. *El Tiempo*. Recuperado de <https://www.eltiempo.com/colombia/cal/medico-fue-expulsado-de-vivienda-por-vecinos-que-le-temen-al-coronavirus-479100>
- Fairclough, N. (2014). *Language and power*. Oxford: Routledge.
- Fariñas Dulce, M. (2018). Neoliberalismo vs. Democracia. *Eunomía. Revista en culturas de la legalidad*, (14), 342-352.
- Fernández, E. (2011) El sueño de la razón a-locada o los no-lugares de la globalización. En *El territorio como "Demo": demo (a) grafías, demo (a) cracias y epidemias*. (p. 126-141). Universidad Internacional de Andalucía.
- Foucault, M. (1970). *La arqueología del saber*. México: Siglo Veintiuno.

- Gamboa, C. & Sánchez, C. (2018). *Cartografías del mal. Los contextos violentos de nuestro tiempo*. Bogotá, Colombia: Siglo del Hombre.
- González García, G. (2001). Las reformas sanitarias y los modelos de gestión. *Revista Panamericana de salud pública*, 9, 406-412.
- Han, B. (2020). La emergencia viral y el mundo del mañana. Recuperado el 3 de abril de 2020, de <https://elpais.com/ideas/2020-03-21/la-emergencia-viral-y-el-mundo-de-manana-byung-chul-han-el-filosofo-surcoreano-que-piensa-desde-berlin.html>
- Homedes, N, & Ugalde, A. (2005). Las reformas de salud neoliberales en América Latina: una visión crítica a través de dos estudios de caso. *Revista Panamericana de Salud Pública*, 17, 210-220.
- Huarcaya-Victoria, J. (2020). Consideraciones sobre la salud mental en la pandemia de COVID-19. *Revista Peruana de Medicina Experimental y Salud Pública*, 37(2), 327-334.
- Jodelet, D. (1991). Representaciones sociales: un área en expansión. En D. Páez. (Ed.) *SIDA: Imagen y prevención* (pp. 25-56). Madrid, España: Fundamentos.
- Jodelet, D. (2017). *Representações Sociais e Mundos de Vida*. Curitiba: Pucpress.
- Lvovich, D. (2009). Sistema político y actitudes sociales en la legitimación de la dictadura militar argentina (1976-1983). *Ayer*, 275-299.
- Madariaga, C. (2002). Trauma psicosocial, trastorno de estrés postraumático y tortura. *Serie Monografías*, 11, 1-32.
- Makino, M., Kanie, A., Nakajima, A. & Takebayashi, Y. (2020). Mental health crisis of Japanese health care workers under COVID-19. *Psychological Trauma: Theory, Research, Practice, and Policy*, 12(S1), 136-137. Recuperado de <http://dx.doi.org/10.1037/tra0000819>
- Markez Alonso, I. (2014). *Violencia colectiva y salud mental*. Madrid, España: Grupo 5.
- Martin, A., Abril, F. & Álvarez, B. (2007). La pandemia de gripa de 1918 en Bogotá. *Dynamis: Acta Hispanica ad Medicinæ Scientiarumque Historiam Illustrandam*, 27, 287-307.
- Martín-Baró, I. (1984). Guerra y salud mental. *Estudios centroamericanos*, 429(430), 503-514.
- Merlin, N. (2019). *Mentir y colonizar: obediencia inconsciente y subjetividad neoliberal*. Buenos Aires, Argentina: Letra Viva.
- Ministerio de la Salud (2020). *Reportes. Situación actual nuevo coronavirus (Covid 19)*. Recuperado el 24 de junio de 2020, de [https://www.minsalud.gov.co/salud/publica/PET/Paginas/Covid-19\\_copia.aspx](https://www.minsalud.gov.co/salud/publica/PET/Paginas/Covid-19_copia.aspx)

- Mori, V. & González Rey, F. (2010). Las Representaciones Sociales Como Proceso Subjetivo: Un Estudio De Caso De hipertensión. *Revista CS*, (5), 221-240.
- Moscovici, S. (2001). *Social Representations: Essays in Social Psychology: Studies in Social Psychology*. New York; New York University.
- Navarro, V. (2011). El fracaso del neoliberalismo en el mundo y la Unión Europea. *Ola financiera*, 4(10), 95-116.
- Organización Mundial de la Salud (2020). *Cumulative COVID-19 cases reported by countries and territories in the Americas*. Recuperado el 24 de junio de 2020, de <https://who.maps.arcgis.com/apps/webappviewer/index.html?id=2203b04c3a5f486685a15482a0d97a87&extent=-17277700.8881%2C-1043174.5225%2C-1770156.5897%2C6979655.9663%2C102100>
- Parreira, B., Goulart, B., Haas, V., Silva, S., Monteiro, J. & Gomes-Sponholz, F. (2017). Trastornos mentales comunes y factores asociados: estudio de las mujeres en una zona rural. *Revista da Escola de Enfermagem da USP*, 51, 1-8.
- Pazos Beceiro, C. (2002). La globalización económica neoliberal y su incidencia en la salud. *Revista Cubana de Salud Pública*, 28(1), 22-37.
- Quiles del Castillo, M., Morales, F., Fernández, S. & Morera, M. (2014). *Psicología de la maldad. Cómo todos podemos ser Caín*. Madrid, España: Grupo 5.
- Ramirez-Ortiz, J., Castro-Quintero, D., Lerma-Córdoba, C., Yela-Ceballos, F. & Escobar-Córdoba, F. (2020). Consecuencias de la pandemia Covid 19 en la salud mental asociadas al aislamiento social. *Revista colombiana de anestesiología*, 48(4), 1-8.
- Singh, R. & Subedi, M. (2020). COVID-19 and stigma: Social discrimination towards frontline healthcare providers and COVID-19 recovered patients in Nepal. *Asian journal of psychiatry*, 53, 102222. Advance online publication. <https://doi.org/10.1016/j.ajp.2020.102222>
- Thompson, K. (2014). *Pánicos morales*. Bernal, Argentina: Universidad de Quilmes.
- Van Dijk, T. (1999). El análisis crítico del discurso. *Anthropos*, 186, 23-36.
- Wacquant, L. (2011). El punto de vista del boxeador: cómo piensan y sienten los boxeadores sobre su profesión. *Educación Física y Ciencia*, 13, 189-236.
- Yoshioka, T. & Maeda, Y. (2020). COVID-19 stigma induced by press releases in Japan: It's time to reconsider risk communication learned from the Fukushima Daiichi Nuclear

Disaster. *Journal of epidemiology*, Advance online publication. <https://doi.org/10.2188/jea.JE20200247>

Žizek, S. (2020). *Pandemic! Covid-19 Shakes the World*. New York: OR Books.



THE SPECTRE OF THE OTHER AND TERRITORIAL  
STIGMA ON THE MOVE. SOME REFLECTIONS ON  
#21N 2019 IN CALI, COLOMBIA

**Jan Grill**

Universidad del Valle | [jan.grill@correounivalle.edu.co](mailto:jan.grill@correounivalle.edu.co)

“Good evening, *señor* Jan, how are you?” I heard a polite voice of Alfonso, one of the security guards calling to our flats on the internal phone line extension early in the evening on 21<sup>st</sup> of November 2019. After my routine exchange of polite greetings, he explained the reasons for calling as: ‘it is only to give you one recommendation and to turn on the lights on your balcony and in your living room ... and generally to keep the lights on tonight.’ I was puzzled and did not understand. I asked ‘Why?’ in search for finding out more regarding reasons for this recommendation. He replied: ‘I don’t know if you’ve heard the news but we have some reports that they are robberies and lootings and people coming to broke into some of the residential units here in the south. We were told to inform you and pass you this recommendation and that is all.’ I started to understand his recommendation. The security guards were instructed to call all flats so people would keep their lights on in order to dissuade possible robberies and lootings. Surprised to hear anything like that, I inquired more: ‘Like somewhere close? Where? And who are ‘they?’’ He replied: ‘Some (residential) units were reported to be attacked in Valle del Lilly and in Melendez. In Valle del Lilly and *unidades* (units) closer to Simon Bolívar.... But we’re calling just as a precaution.’ I tried to push my question a bit more in order to find out more about the ‘who’ question: ‘But do you know who are they? It’s just that I don’t quite understand.’ He responded: ‘I can’t tell you more, Mr Jan. Some say that these are people coming through Simon Bolivar (street) from the neighbourhoods in the East. Others that come from the upper parts of Melendez.’ Me (puzzled and surprised): ‘So what shall we do?’ Alfonso replied in reassuring tone: ‘*Tranquilo*. We’re just calling as a precaution and were told to give you these recommendations. Also, if you hear anyone breaking in the unit. Please stay inside your flats and do not come out.’

After we hanged up, I was not sure what to do or what to think. First, I went almost automatically to turn on the light on our balcony but then I also started to suspect that this must be surely some strange exaggeration. I started to think that, like many times before in Colombia, this might reflect the deep anxieties of middle classes over their security and fantasies of danger coming from outside and from the urban margins. At the same time, my phone started to receive multiple text and voice messages from different groups of friends on WhatsApp and other social media who were reporting some lootings while also dismissing other reports at the same time. But whether reporting or refusing and dismissing the alleged cases of violence, all the messages were recorded with worrying, upset or uncertain voices. I turned on TV and listen to radio and a great uncertainty and confusion ensued that night.

This turmoil was further strengthened by contrast with what occurred during the whole day of 21<sup>st</sup> of November 2019. During the day, Colombia witnessed one of the most massive waves of marches and peaceful protests in the recent history. It was a day of large peaceful mobilisations but also a day of several aggressive interventions by ESMAD anti-riot police units (which for the first time appeared in front of our apartments too as the heavily armed men chased three young teenagers who participated in the clashes outside the University of Valle). It somehow felt that all the intensity of different emotions felt by many on the day turned into very different kinds of emotions and fantasies on the night. Following the general instructions of the security guard, we stayed at home on that night. Next day I learned that some neighbours, mostly men, went down ‘to guard’ and ‘to protect’ the apartments alongside the security guards. Some were armed with guns, knives and other weapons they kept at home. Others joined just with wooden sticks. Some of the neighbours proudly celebrated their acts of that night as a sign of solidarity and heroics in the face of the external dangers embodied by all those who were expected to be ‘coming’ on that night. Others felt shocked and worried.

I start this text with the short description because it touches upon some of the key themes that this chapter sets out to explore. It highlights particular sets of emotions and affective dimensions that emerged during the 21N in a context of fears, uncertainty and certain moral panic. These emotions and fantasies were experienced with particular intensities during the night as the city’s mayor declared a *toque de queda* (‘curfew’) following the massive peaceful protests. These experiences and emotions are based in particular construction of city that can be seen as ‘experiential space’ (Löw 2013) in which people experience their urban spaces within particular symbolic relations, trajectories and socio-spatial locations they occupy (and which always reflect particular struggles and contested meanings between different actors).

But the story also shows how the phrase *ya vienen, ya vienen* (‘they are coming, they are coming’) encapsulates a particular power of haunting that is situated within historically sedimented system of unequal distribution of territorial stigma within the classed, racialized and gendered urban geographies and imaginaries. The territorial stigma and its hauntings are historically constituted and ‘fixed’ to certain spaces but also, as the 21N illustrates, the sense of danger and fear of ‘their arrival’ reveal that these move within the urban spaces with particular ‘directionalities’ – the ‘*from where* are they coming’ is linked to particular histories, imaginations, spatial proximities and infrastructural (dis)connections. They reveal also particular fantasies of crisis that stem from previous forms of classifying urban spaces, residents of certain barrios, hierarchies

of belonging in Cali. While for some these hauntings and fantasies of belonging under siege merely reproduce and intensifies their own privilege and sense of entitlement (felt to come suddenly ‘under siege’ during the moments of crisis like 21N or during the pandemic), for others who often belong to stigmatized spaces or to categories of persons whose bodies are ‘symbolically tainted’, the haunting takes different forms. For the latter category, it might intensify vulnerabilities and lead them to develop strategies of responding to territorial or bodily stigmas (i.e., of bodies that are interpellated as potentially disruptive or as not-belonging). This also impacts differentially how people respond or feel more or less empowered and entitled to respond to these events (for example, through ‘taking justice into their own hands’). This chapter examines some of these themes through a set of ethnographic questionings and reflections. Additionally, I would like to ask not only what affects and emotions have emerged but also how these have shaped particular solidarities and feelings of belonging, reinforced deeply felt divisions in the imagined cityscapes and urban formations, as well as *internally* in between neighbours within the spaces of relative spatial proximity.

Methodologically, this text draws on a qualitative research and reflections consisting of informal conversations and interviews with differently situated Cali residents. These conversations were carried out predominantly within the South neighbourhoods of Cali: with those living or working in the South of the city, and with students of Universidad del Valle. Some of those I talked to reside in these barrios (most of them classified as *stratos*<sup>1</sup> 4-5). Others are residents of different *barrios*, classified in different socio-economic *stratos* who come to the south parts of the city in order to study at the Universidad del Valle or to work mostly in domestic services in the residential units (mainly as domestic workers and as security guards). Although sharing some socio-economic conditions and with some also belonging to the less well-off neighbourhoods in Cali, there exist some significant differences in terms of the social and educational trajectories of Universidad del Valle students. Additionally, we coordinated several informal study group sessions with a relatively small group of Universidad del Valle undergraduate students in order to discuss and reflect upon the events of 21N.<sup>2</sup> Some

---

1. The category of *strato* ('stratum') is an official state term deployed by the Colombian state as a mode of classifying different social groupings and classes and spatial zones based on different criteria corresponding to measurements and degrees of income, wealth and poverty. Strato 1 is classified as the lowest and corresponds to the poorest segments of Colombian society.

2. I would like to thank all the participating students of Universidad del Valle for lively conversations, reflections and for sharing their experiences and descriptions of what they experienced during the 21N 2019 in Cali. I am also grateful to my colleague Jose Fernando Sanchez for our collaborations and conversations on the

of these resulted in short descriptions and reflections written by students. In some of my sociology classes at the Universidad of Valle, I initiated a small collaborative exercise in which students wrote short descriptions of their experiences of 21N.

### **Folk Devils, Moral Panic and the Stigmatised Others in space and time**

In his classical work on *Folk Devils and Moral Panic* (1972), Stanley Cohen characterizes 'moral panic' as 'a condition, episode, person or group of persons emerges to become defined as a threat to societal values and interests; its nature is presented in a stylized and stereotypical fashion by the mass media; the moral barricades are manned by editors, bishops, politicians and other right-thinking people; socially accredited experts pronounce their diagnoses and solutions; ways of coping are evolved or (more often) resorted to; the condition then disappears, submerges or deteriorates and becomes more visible.' (Cohen, 1972: 9). By looking at the construction of 'clashes between' and 'problems' related to *Bods* and *Rockers* (two subcultures) in the UK, Cohen dissects the making of particular identification and feelings of fear and worry in relation to what becomes depicted as a 'societal problem' and inscribed in the bodies of imagined 'others' who are lumped together, ascribed essential(ist) identities, and categorized negatively (for instance, these can be through classifications of ethno-racial or religious minorities such as Jews, Roma or other categories such as migrants, subcultures, 'deviants'). The supposed 'problem' is classified as societal concern and inscribed in the stigmatized group categories. Through this process, accompanied by sensationalists media reporting and othering, the stigmatization of these group categories deepens, gets reiterated and they are demonized and frequently dehumanized. In other words, the process follows certain *performative* logic in which acts of categorization exercise particular form of power, objectify in discourse and bring into being what is being evoked (Bourdieu, 1991). This is what Pierre Bourdieu (1991) describes in his theorization of symbolic power as 'performative nomination' in which someone with recognized authority and power imposes certain forms of classification (which becomes more powerful than other forms) and these representations then became 'real' and with capacities to 'stick' (attached and with real symbolic and material consequences in the social world).

---

topic of 21N in Cali.

Cohen (1972) outlines some key processes and steps that allow him to dissect the anatomy of the making of 'moral panics. First, the 'folk devil' is constituted through the process of delimiting (from what is rather heterogenous range) and enclosing into one singular narrative. This process of symbolization through simplification and reification of 'their 'identity' or 'appearance' makes particularly classed subjects seen and recognizable in the eyes of public (with sets of attributes and symbols ascribed to 'them'). Second, Cohen describes how particular events involving 'folk devils' become interpreted through particular lenses of exaggeration, distortion and frequently also invention. The role played by media in reporting particular 'crisis' or using morally loaded terms evoking a sense of 'being under attack' or seeing 'other bodies' (racialized, classed or gendered) as 'contagious' or as (morally) 'subversive' to the dominant moral orders can be clear case in point here. These acts of exaggeration, conveyed sense of urgency, emergency, and crisis contributes to the legitimization of particular 'quick fix' intervention or deployment of extraordinary forces (for instance, through lockdowns). Finally, Cohen also shows how so many of these processes create particular frames for anticipating and predicting 'futures'. In other words, making of 'folk devils' entails creating templates for reading and predicting particular futures in which the stigmatized category is imagined as suspicious or prone to particular actions in the future. This dimension of 'prediction' contributes to the 'future-making' as it established itself as a kind of self-fulfilling and cyclical prophecy through which the problematic category ends up being deployed as particular lenses to read certain actions and events. The classical work of Cohen and its key thesis continue to inspire different possibilities of analysing processes similar to the one that occurred on the night of 21N in Cali or that was seen in the case of making marching returning Venezuelan migrants across Colombia as particularly 'dangerous' category as potentially contagious bodies transmitting Covid-19. However, what differentiates these recent events from Cohen's perspectives is the role played by social media (WhatsApp, Facebook, etc.) in fabricating, sharing and imagining the potential dangerous and 'folk devils'.

Another classical book that contributed significantly to the social scientific studies of 'moral panics' and fears was *Policing the Crisis: Mugging, the State, and Law and Order* written by collective of authors organized around Stuart Hall (1978). In the book, the authors analyse different sets of events that occurred during 1972-73 that were called and reported as 'mugging' by different media in Great Britain. By looking at the uses and emergence of the category of 'mugging' they describe how the term subsumed different kinds of what was constructed as 'new' form of crimes on the streets of British cities. These included street crimes, violence, fears of breakdown of

law and order, etc. – all of which contributed to the growing perception of insecurity, assumptions about rising crime levels and growing ‘social crisis’. In thinking about the figure of ‘mugger’ (which in this case can be compared to ‘Folk Devil’) they suggest that it reflects “the fears and anxieties of those who first imagined him and then actually discovered him: young, black ... threatening to the traditional peace of the streets ... embodying in his every action and person, feelings and values that were the opposite of those decencies and restraints which make England what she is.” (Hall et al., 1978: 161-162). In their examination of responses to what was referred to as a ‘crisis’, Hall and his collaborators looked at the making of moral panic and how the themes of race, youth and crime were all condensed in the uses of ‘mugging’ – indeed, these were ‘articulator of the crisis’ and its ‘ideological conductor’ (Hall et al., 1978: viii). They show how these classed and racialized construction of particular urban youth and the areas they inhabited were demonized and identified as threatening, which contributed to particular form of disciplinary policing and more authoritarian consensus in the forms of governing the ‘crisis’.

Similarly to the cases described by Cohen and Hall et al. in their classical works, the reiterated evocation of ‘vandals’ in the discourses, media representations and its spatialized fantasies about ‘where are they (coming) from’ were at the heart of the 21N responses and affective landscapes. They are also related to the very forms of talking and referring to particular places, bodies of people and forms of movement. For instance, the very word of *invasion* used widely in everyday discourses and in media in Cali to refer to particular kinds of migrants and informal housing (i.e., spatial formations in the margins) has particular histories and has certain negative moral connotations derived from certain assumptions about the dominant moral and spatial ordering. The very word *invasion* implies a violent movement invading a space which is inhabited by insiders. Thus, these discourses have not only spatialized dimensions but also particular histories in which certain areas of urban spaces have been configured as stigmatized and seen as dangerous in social imaginations. This highlight the long history and construction of social topography of disrepute in urban spaces, which has crystallized as a ‘as a result of the confluence of urbanization, industrialization, and upper-class fears as well as fantasies about the ‘teeming masses’ rallying the city.’ (Wacquant, Slater, Pereira, 2014: 1273). In his book *Vice, Crime, and Poverty*, Dominique Kalifa looks at the history of invention and imagination of the ‘underworld’ (*bas-fonds*) throughout the 19<sup>th</sup> century. He traces how the category of the underworld and its representations in popular cultures created particular forms of imagining and continue haunting the present modes of looking at these spatial forms and those who

inhabit these zones. Kalifa's brilliant historical reconstruction allows us to reflect on how were these spatial hauntings articulated in the interpretations of and responses to 21N, as well as how they relate to particular historically constituted territorial, racial or social stigmas inscribed into Cali's urban fabric. This is particularly interesting to see empirically in the case and histories of those who inhabit (or did inhabit) in the past these zones of territorial stigmatization. Their stories and experiences can also reveal the relational and situational dynamics in these forms of imagining the *Others* in the spatial (and to some extent temporal) *elsewhere(s)*.

Wacquant, Pereira y Slater (2014) offer important theoretical insights into the making of, unequal distribution of and different coping strategies with what they call 'territorial stigma'. Drawing on previous works of Wacquant (2008), the authors bring together perspectives of E. Goffman and Pierre Bourdieu. In his pioneering work on stigma, Goffman (1963) defines it as a form of 'discrediting differentness' encountered through face-to-face interactions, linguistic exchanges and gaze of others. He focuses on examining different kinds of stigma and a wide range of strategies of coping that people deploy to manage and to navigate these 'stigmatised identities.' Although Bourdieu did not specifically focus on exploring the question of 'stigma', his perspectives can contribute to building conceptual tools for its study. His category of 'symbolic power' can be deployed in order to account for the symbolic and material making and unmaking of (unwanted) identities in urban space as a form of classificatory struggles over imposing particular form of vision and division (1991). These struggles and (un)making of stigmatized group identities are always spatially situated. This is what Wacquant describes as: 'the *crucial mediation of place as material container, social crossroads, and mental imagery* carrying deep emotional valences, in and through which collectives will emerge (or not) through struggles to establish claims over the built environment.' (Wacquant, Pereira y Slater, 2014: 1272).

In what follows, I turn to examine some of these points through concrete empirical examples from the 21N 2019 in Cali, which shows particular articulations of territorial and group stigmatisations operating and shaping particular emotional responses, mental imageries and actions. These were embedded within collectively produced and reproduced histories and particular social locations and trajectories.

Although the existing literature on urban stigma describes various forms of coping strategies and different mechanisms of its production and reproduction, relatively little attention has been paid to the emotional dimensions present in the mechanisms and experiences of differently situated actors in urban spaces. In her study exploring how poor Palestinians think and feel about their surveillance and militarized urban



spaces, Pasquetti (2019) shows how different Israel's agents produce urban stigma and how Palestinians responds in frequently contradictory emotions and experiences oscillating between ascribing a sense of worthlessness and revalorized acts of care towards the urban environments they inhabit. Following Pasquetti's approach, this chapter aims to connect the workings of urban stigma in relation to particular sets of experiences and emotions – in this particular case in the times of specific moments of 'crisis' like the night of 21N in Cali.

### Who are they? Where are they coming from? Relational positioning and territorial stigma on the move

In the opening description to this chapter, one can read about certain fantasies that people imagined, consumed and circulated on the night of 21N regarding who were those participating in the unrests and lootings and where they were (coming) from. The very expression of *ya vienen, ya vienen* indicates not only the temporal immediacy and sense of urgency but also imagined movement in space. Thus, if there are people coming then it must be from somewhere and located alongside some axes or coordinates. It also supposes an assumption that those who are coming are spatial and *other kind* of outsiders. There is an implicit division and boundary making between us and them. The opening vignette retelling my conversation with one of the security guards reveals one of the main fantasies of that night. First, in the case of *barrios* such as Valle de Lili, el Caney and some of the surrounding ones located in the south of the city, the directionality of the possible and 'imminent' arrival and threat was connected to the *Oriente* ('East') of the city or at times simply referred to as 'El Distrito' (Aguablanca). In the racialized and classed geographies of Cali urban spaces, the *Oriente* is imagined as black and dangerous, inferior, poor and as 'lacking' (for instance, in infrastructures) and configured as one of the most territorially stigmatized space (see, for instance, Vergara & Alves, 2019; Urrea & Cruz, 1999). So during and after the 21N one noted many comments reflecting these visions: *robaron su propio barrio y se fueron robar el sur* ('they robbed their own neighborhood and went to rob the south'), or *esa gente de distrito* ('this people from the district' - with a sense of superiority and disgust) or *Cali seria mejor si el distrito desaparecia* ('Cali would be better if the district would disappear'). The fear and fantasies of *vandalos* ('vandals'), *delincuentes* ('criminals') or *indisciplinados* ('undisciplined'), predominantly seen as young men, from the *Oriente* was simultaneously racialized (seen as black), gendered (seen mainly as violent men) and classed (seen as poor, unemployed, inhabiting urban areas constructed as 'inferior' or living off the informal grey zones). Consider, for instance, some of the

following stigmatising categorisations: *muertos de hambre* ('starving to death') or *mugrosos* ('filthy' ones). But the fantasies displayed on that night and the imagined 'directionality' of the perceived dangers were not only moving alongside the compass of East-to-South axis. Also, it reflected historically established divisions and boundary making between the zones subsumed under the category of *ladera* ('hillside') in the case of *barrios* situated in the hills surrounding the lower city parts of Cali (many of these city parts have been products of histories of internal migrations and informal urbanizations). For instance, the category of *Siloe* (a part of the city located more in the hills) operated and haunted many of the fantasies of that night. Another example was seen in how some people living around the Unicentro shopping centre in the South or around la Quinta street in that area perceived that 'they' were coming from the higher situated parts of *ladera* of Melendez. The barrio of Melendez was, in general, seen as one of the sites with reported attempts at lootings and at robberies. Although there were many more examples and sites affected on that night of 21N, these two noted here exemplify clearly the power of territorial stigma on the imagination of urban spaces and its inhabitants. Similarly, other studies on territorial stigmatization show how these urban zones and its residents are portrayed as sites of social disintegration, disorganization and in decay (see e.g., Wacquant 2014, Wacquant, Pereira y Slater 2014: 1274). And its residents are often framed as lacking in something, as well as reiteratively labelled and discredited through as *indisciplinados* or *maladaptados* (offensive category that literally translates as 'maladjusted').

These fantasies of undisciplined and criminalized mobilities of that night of 21N (but also during the pandemic but also not so 'extra-ordinary' times) was further reinforced by the imagined infrastructural connections through the *autopista Simon Bolivar* – the main road artery facilitating and connecting urban transport from *Oriente* and the south of the city. When I talked about the possible dangers with one of the security guards working in the neighbourhoods close to Unicentro, he drew a line dividing more and less secure places alongside infrastructural connections and disconnects. He reassured me that it 'was more dangerous over there, in the barrios (located) on the other side of *la autopista* (Simon Bolivar) than those on this side. *La gente del Oriente* ('people of the East') would be going there but not here.' The perception of (in)security was linked to what can be called infrastructural (dis)connects.<sup>3</sup>

---

3. For an example of this implicit (but also explicit) articulation of these fears derived from particular infrastructural connections can be seen in public media. See, e.g. this news from January 2020 reporting the worries of residents who also claim that if nothing is done by the authorities they suggest some possible forms of community self-defenses. See: <https://www.elpais.com.co/judicial/preocupacion-en-valle-del-lili-por-aumento-en-los-hurtos-captan-dos-casos-en-video.html>

## Relational fear, fantasies of elsewhere and acts of transposing the stigma

While the fantasies of insecure places and dangerous bodies on the 21N clearly reflected historically constituted fantasies alongside racial, class and gendered axis, these should not be seen as static or fixed spaces. Rather, they must be seen as operating *relationally*. The way people imagine and act is always processual and relational to other imagined spaces and people in urban spaces. Therefore, these are never static substantive qualities (though they reflect the efforts of various actors at *fixing* their qualities and virtues) but rather derived from relations. It is through the process of categorizing and dividing, between drawing a distinction between us and them, between here and there/elsewhere that the fantasies of dangerous others emerge and get reproduced across time and space. With exceptions of few conversations with people who experienced some form of violence (robbery, attempted lootings, etc.), most of the people often reported that it nothing much happened at their place but that they have heard that *elsewhere* was pretty bad. This was often the case even in the *barrios* that in medias and in social networks appeared as suffering from different kinds of violence. For instance, several Universidad del Valle students who live (or have families) in Melendez or in Siloe highlighted that despite the public perceptions and stigma attached to these spaces, nothing happened at the places where they spent that night.

This relational logic of locating and imagining *elsewhere* can be illustrated through several examples, which highlight certain dynamics of transposing stigma (cf. Goffman 1963, Wacquant et al. 2014). One of my friends who lives closer to the city centre in a predominantly middle-class *barrio* shared with me a following story. When all the messages about all the lootings and violence started to come in, she started to check on her family and friends to see if they are ok. She started to write to them and to chat on WhatsApp.

One of the first ones that came to my mind was one of my aunties who lives in Terrón (Colorado). I was worried how things might be there. So, I called and she told me that over there everything is fine but that they are worried that they might be coming from Siloe... (and) that there it is much worse!

Similarly, another acquaintance who lives in another marginalised neighbourhood called *Terrón Colorado* and who works as a cleaner in several middle-class households in the south of the city, remarked that ‘here (i.e. in Terrón) everything was fine but people were saying that most of those vandals were from Lleras Camargo ... no, I mean, how scary is that barrio’ So while some were referring in their categorisations of spaces to the relatively bigger spatial units (like Siloe or *Districto*), others chose more internal differentiations within spaces like Siloe or Terrón or east zone of el Distrito (Aguablanca).

But it was not only through locating and projecting the threats and the bodies of looting vandals *relationally* to spatial elsewhere. At times, these distinctions were also made with reference to particular characteristics or other forms of difference. For instance, as I talked to Regina who is in her 40s and lives with her two daughters in the east of the city and works in the south in domestic services, she suggested that a lot of what was happening was done by *colonia nariñense* (‘people from Nariño’). She said that many people in her surroundings were referring to the migrants from the region of Nariño (or their descendants born and living in Cali) as being implicated in the lootings and unrests in the east of the city. By singling out and lumping together through an essentializing category of internal migrants with a long history of presence in the city of Cali, she seemed to blame the ‘migrants’ for the ‘delinquency’ emerging in the city on the 21N. Similar discourses also emerged in relation to other kinds of migrants who could not legitimately claim their status and were constructed as inferior due to having less social antiquity in the barrio or in the city in general. Similarly, this was also the case of Venezuelan migrants who were also occasionally mentioned and reported in different discourses in media or through social media as implicated in the lootings.<sup>4</sup>

These responses and reactions of *relational* shifting of ‘troubles’, ‘threats’ and ‘dangers’ to *imagined elsewhere* and to *imagined Others* reveal some important dimensions of lives in the territorially stigmatized urban margins. Various studies exploring the workings of stigma documented multiple effects on the identities and subjectivities. In his classical work on ‘stigma’, Goffman (1963) defines it as a form of ‘discrediting differentness’ and documents different strategies through which the stigmatized ‘man-

---

4. This was further underlined by some practices of disproportional reporting in several media about what happened. As a part of co-production performed by the specialists in symbolic production (journalists, politicians, academics, etc.) of stigmatizing ‘problem’ categories, was clearly seen in several news reporting the capture and deportation of several Venezuelan nationals who were caught to be involved in the lootings in different cities around 21N. Despite the very little number of the deported, the news chose to foreground the nationality and appeared as a ‘spectacle’ among the headlines in several newspapers in the days following the 21N.

age their identities'. Some of these strategies include 'passing' and 'covering' (through efforts to hide or mask the stigmatizing features), 'distancing' (escaping stigma through distancing), 'compartmentalizing' (dividing one's world between public and private), 'embracement' (identification, resignification and expressive confirmation of the stigmatized category). In the case of moving, locating and imagining the 'problems' (be this on the night of 21N) in *elsewhere* and in *others* that many people engaged in can be seen as a strategy of transposing the stigmatizing category. When asked about the violence on 21N, many people from territories stigmatized through the symbolic taint of 'bad reputation' responded this took place through transposition to other spaces and to other subjects.

In his work on *Urban Outcasts*, French sociologist Loic Wacquant (2008; 2010) describes how many residents of stigmatized urban spaces (such as US ghetto and French *banlieus*) turn to the practices of mutual distancing and lateral denigration. The first is expressed in the frequent claims that 'I'm not one of them' and lead to what Wacquant describes as: 'They disavow knowing people around them and stress whatever minor personal property can establish separation from a population and a place they know to be defiled and defiling.' (Wacquant, 2010: 217). The latter term – 'lateral denigration' consists in 'adopting the vituperative representations held by outsiders and in applying these to one's neighbours, effectively relaying and reverberating the scornful gaze society trains onto its urban outcasts.' (Wacquant, 2010: 217).

### **Between vulnerability and fantasies of self-empowerment: mistrust, entitlement and guardians of the order**

We heard our neighbours saying that we should arm ourselves, that we should organise ourselves by squads, and in that way, we were entering into collective hysteria. The night began and anxiety, fear and uncertainty took over our bodies.

This is how Alberto, medical professional in his early 50s, described his reactions when the curfew was announced and his neighbours started to organise to 'defend' the unit. Alberto lives with his wife and two children in one of the residential units in barrio Valle del Lili. Similarly, for many Cali residents the *toque queda* and experiences of 21N brought a sense of intensified vulnerability, fear and uncertainty. Some responded with worrying enclosures in their homes. Others responded differently and, for instance, some joined other neighbours patrolling at the gates and fences of their

residential units. This latter form of action points out to the fact that many persons on the night of 21N felt not greater vulnerability but also empowered to take justice into their own hands. Some felt this with more intensity and more entitled to do so than others. The differential intensities of these feelings were also differently translated into some particular actions. As one friend expressed it in her ironic comment on one of the social media's networks: 'this night has taken out a bit of *paraco*<sup>5</sup> out of everyone's chest (to bring it to reality)'. What this comment referred to is that on that night of 21N intensified a particular sense of feeling empowered and being entitled and right to take justice and self-proclaimed 'self-protection' in own hands, as well as aiming to settle the account justice against those singled out as *vandalos* others. This sense has double dimensions: first, it shows how much mistrust and suspicion exists regarding citizens' perceptions of the capacity and intentionality of state forces to protect them; second, it is a differentiated sense because it reflects that some feel more entitled to act as guardians of certain order than others (in that sense it is always gendered, classed, and raced). On the night 21N not only there was a good number of actions in which some felt entitled to take justice into their arms but these were also reinforced by multiple fantasies through which people felt compelled and urged to act in defence of particular moral and spatial orders. In most parts of the city, these sense of guarding and protecting orders and microcosms related to the protection of houses, flats, residential units or *barrios*. The sense of guarding and protecting with own means and on their own terms of justice also reveals the deeply felt mistrust in the state's capacity to protect and secure order.<sup>6</sup>

In the residential unit of Alberto (mentioned above) and in other units, people set up self-mobilised guards and shifts consisting of volunteer-residents invigilating throughout the night. As Alberto recounted:

Many neighbours literally began to make some kind of trenches. I remember how two neighbours got on the balconies with rifles, not with pistols or with revolvers, but with automatic high-range rifles and the others downstairs in the parking lots

---

5. The term *paraco* refers to a member of paramilitary groups.

6. This was expressed in various comments that people made during and after the 21N. Some assumed that the police was too busy on that night and that they would have not come anyway. Yet some other videos also showed people applauding the arrival or passing of police. In the aftermath of the 21N, several videos started to circulate that seemed to be point and accusing police and/or ESMAD for being partly responsible for spreading the moral panics and fears. Yet many others desired more presence of police on that night of 21N.

with all kinds of weapons from the most rudimentary to the most sophisticated. It looked like a fictional movie, neighbours (who were) both screaming and crying, armed children and teenagers.

The heightened sense of protecting sometimes did not necessarily stay ‘confined’ within the spatial realm of one’s own homes and residential units. Indeed, in some cases I recorded few stories in which some people felt they should intervene against the alleged looting incidents on the streets of Cali. During one of the conversations with an acquaintance of mine who lives in one of the closed residential units in the area of Valle del Lilli, he recounted one particular example of action that powerfully stayed on his mind for days to come. As several men who were patrolling their own unit heard of reported attempts to loot and to rob in one of the supermarkets of *la 14* situated nearby, they jumped on their jeep. Armed with guns, they drove out fast as if on some kind of mission for justice (to be done). It was as if their words of threatening that underlined their own sense of self-encouragement and entitlement was suddenly taken out to the streets. ‘motherf...ers, we’re waiting to shoot you’. Suddenly they were not only waiting for them to come or for even seeing someone ‘suspicious’ passing by their units. They went actively searching for them. When they arrived a bit later to back to their residential units, people curiously asked them what happened. Some of them replied that ‘There was nothing, no lootings... It was a false alarm.’ This active decision and positioning of ‘guardians’ of certain order entailed a sense in which they feel entitled and empowered to act as certain members of imagined collectivities and communities of value.

What this story reveals that some who on that night of 21N actively sought to take justice into their hand enacted particular form of fantasies of self in relation to what they perceived were forces and adversities seen as possessing certain potentiality to shatter the constitution of imagined collective selves. For many of them, the attacks and lootings on that particular night provoked particular affective attachments in relation to fantasies of collective belonging and the need of defending it. Similarly to what Ghassan Hage (2009) describes for the case of political emotions articulated in the national identifications, the social logic behind the actions of the self-appointed ‘protectors’ of others on that night seem to resonate with the following: ‘you attack me as a national or you attack my nation, you are not simply attacking who I am but who I fantasize I can be.’ (Hage, 2009: 67). These desires and identifications of individual self with imagined collectivities of belonging informed some of the actions of these self-proclaimed guardians of social and moral orders and homes.



For many of them, their actions allowed performing these fantasies of belonging, the sense of entitlement and order-guardians that these in the face of potential threat and adversities (projected into the imagined Others).

### **Empowering fantasies of ‘worriers’, emerging solidarities and splitting and divisive communalities**

#### **Reconfiguring the neighbours and relations I: Sense of solidarity in the face of dangerous and unknown ‘others’**

The fear from unknown others have generated particular affects and emotions. For some, the feeling of being alert, invigilating together their homes created a sense of increased momentary solidarity despite the pre-existing differences. For some it also entailed being brought together more during that particular experience of 21N night. Some people commented that that night allowed them to ‘get to know better our neighbour(s).’ For some, this expression was narrated in positive sense of getting to know more their neighbours through shared experiences, hanging out and actions on that night. For others, this phrase was uttered in more negative and ironic sense – as if the experience of 21N – their perceptions of neighbours’ words and actions on that night - made them feel more distant and possibly alienated from them. For instance, as I was playing with my son outside of our apartments the following day (22.11.2020) there were several parents who were more concerned with the safety of the ‘borders’, security systems and ‘fences’ demarcating the unit than with playing with their children. Several of them spent most of their afternoon walking around the fences and checking whether they fit the protective function that they are supposed to perform. They were also discussing and assessing the different possibilities and ways through which someone could enter the units. For instance, looking at some branches of the trees located close to the fences of the flats. When talking about what happened the night before, some of the neighbours noted that ‘Thank God, nothing happened and everything was *tranquilo* (‘calm’) here. And how important it is that we’ve been sticking together and helping each other in these times’. Similarly, another young university student residing in another *barrio* (located between city centre and more east of the city) commented that on the 21N night the city of Cali lived through two processes. First, she recounted her perception of the stigmatizing racialized labelling of *Oriente* residents. Second, she suggested that despite of the first many people experienced an intensified sense of solidarity while defending their homes or *cuadras* (‘blocks’): ‘How-



ever, there was solidarity between the neighbours. They sought to support each other to defend themselves from a common enemy that had come to attack their homes.’ Thus, in these perceptions one can see how the sense of threat can operate as strengthening the symbolic construction of imagined community (cf. Cohen 1985), boundaries and belonging among its residents who occupy similar structural and class position.

However, this sense of solidarity, imagined belonging and salience of symbolic boundaries drawn vis-à-vis the imagined *vandalos* and *delinquentes* was not restricted to the spaces and people originating from and/or sharing similar (social) class position in Cali’s society. Some of these solidarities emerged and cut across different social class positions. This can be illustrated with experiences of one of the security guards who has worked in one of the residential units in the South (of *strato* 5) but lives in *barrio* located in the east of the city. After talking about his experiences of being on duty on 21N and sharing his fear and worries from possible arrival of ‘them’, he also mentioned with a relief in his voice that not only ‘thank God that nothing happened (on that night 21N)’ but also that ‘on that night’ it was clear who ‘shown solidarity’ with us (i.e., porters). He felt that the presence of different (mainly male) residents on the gates of the unit was an act of reassuring solidarity in times of crisis and urgency. Although occupying very different positions in the socio-economic hierarchies of the city, the security guard (from poorer neighbourhood) and the middle-class residents of the one conjunto in the south where he works articulated these feelings of mutual solidarity through the joint actions on the 21N night. These feelings of solidarity stemmed from spending some parts of the night together while anxiously waiting ‘for them to come’. In some cases, these were also further strengthened by sharing coffee or some food that some neighbours brought down from their flats for those who were protecting their residential units and homes.

## Reconfiguring the neighbours and relations II: deepening divisions and alienations

We were mostly male neighbours and some women taking shifts of three hours all night and also at dawn. Shots were heard outside. I remember that two neighbours responded with shots into the air. When I say shots, these were not one or two - it seemed like bursts of gunfire accompanied by words strong - ‘damned motherfu...rs, we are waiting to shoot them!’ The tension increased even more when a neighbour with an athletic appearance and strong character arrived. Well, I knew what he was like from before. I remembered his arrogant

attitude and his rude words in some of our meetings dealing with some issues in the residential unit. Also, I remember that he is a retired army captain. Well, this man at about 11 pm had taken out two bottles of Johnny Walker black label whiskey to supposedly spend the night with the neighbours. It was a sad feeling that we felt with some neighbours since one more ingredient had been added to the madness we lived through (on that night); putting liquor into it and mixing the euphoria of having weapons, of being 'refugees' and also of being 'prepared' for combat. How absurd and how complicit we were ..... (Reflexive notes of Alberto, Nov 2020)

Deploying the stereotypical images of dangerous Others and foregrounding their imminent arrival-temporality (*'ya vienen'*) during the 21N operated as a boundary-making mechanism through which some strengthen their solidarity ties and fantasies of belonging vis-à-vis the symbolic contrasting. Neighbours who on that night of 21N turned into self-invigilating security guards of their homes shared their imagined enemies during the long hours, as well as moments of physical proximity, stories and food and drinks. While this entailed that some felt certain emerging solidarities and mutual support, for many others the previously established relations and taken-for-granted perceptions of neighbours transformed and obtained more negative, divisive and violent ruptures. Certain divisions and pre-existing differences within the neighbourhood or residential units' microcosm were further deepened and reinforced through further distancing and alienation. For instance, in one of the closed units in the Valle del Lilli, Alberto described to me how what happened on that night not only confirmed to him his previous negative impressions and disagreements with one of his neighbours. His previous doubts about one particular neighbour were further questioned with his performance of hyper-masculine bravado, aggressive discourse and actions. His bragging proclamations and threatening towards the dangerous 'Others' (with vulgarities and threats of killing them if they dare to come closer), aggressive body posture and shootings in the air all underlined particular performance and type of militant figure. But when he brought a bottle of whisky to drink and to share, Alberto felt further repelled and upset by his actions.

Only few blocks away from his residential unit lived Katrina who has been working as a volunteer and professional in different humanitarian and social interventions' projects for the past few years. When describing what happened in her unit, she described the fear that her 12 years old daughter felt with her. 'As we were in our flat, we suddenly heard people shouting: "They are coming,

they are trying to enter from behind of the unit.” We heard people running and shouting. There were some shootings but we didn’t know if this was in the air or what. When I dared to look from the window, I didn’t see anyone breaking in.” She described her daughter’s feeling as terrified and scared. For many days after this night of 21N, her daughter refused to sleep on her own and insisted to sleep with her in one bed.

It’s hard to describe the look in the face of my daughter when she saw one of our neighbours with a gun shooting in the air and shouting ‘Motherf...ers, I’m going to kill you!’... how shall I explain to her that the same man we had always talked to outside our flat as we our dog and he was walking his dog is the same person who was out there shouting all of these (vulgar) words and holding gun? I don’t think that we’re ever going to come closer to him ever again after what we saw that night.

This story illustrates not only how for some people the experiences of 21N turned out into particular fears and worries that turned traumatic for children (and others) with regards to the experiences and fantasies of violence as ‘coming from outside’ or Others. Importantly, it also shows how it ruptured certain social relationships or deepened divisions ‘on inside’ their unneighbourly spaces of immediate and intimate proximity. One of the common jokes and comments circulating social networks and media in the aftermath of the 21N was that on that night ‘you really got to know what kind of neighbour you’ve got’, which was often accompanied by an image of guns. While these jokes were laughed at by many, the effects of seeing one’s neighbour armed, behaving in certain ways and articulating certain forms contributed simultaneously to making of solidarities for some and deepening of divisive antipathies and fear for others. It also reveals how gender and age played an important role in shaping the experiences and feelings of that night – especially the sense of vulnerability. Being a (single) mother and/or being a child structured the experiences and responses in particular ways. Being a young University female student walking on the streets before the curfew meant, for some, felt especially vulnerable. But it was not only on the streets as these worries entered their homes and residences. The fear of violence was gendered and several female interlocutors described the feelings of discomfort from the hyper-masculine discourses and male heroic bravado performances of their neighbours, as well as fears of potential sexual violence and aggression in case ‘the looting others’ would enter their homes.

Additionally, the decision to take part of the collectively organized forms of protection became a particular site of discussions, disputes and different interpretations. For some, joining some neighbours in their efforts to protect their homes was seen as act of solidarity and mutual care. For others, these self-mobilizing groups, mechanisms and the ways in which these were taking place provoked different sets of feelings and emotions – that of divisions, alienation and opposition. As the above story of Alberto and Katrina highlight, these actions contributed to reconfiguring the relationships between neighbours and their perceptions of each other.

### **Ambiguities and (mis)recognition of/in the stigmatized space and figures**

This oscillation between sense of vulnerability and strategic coping with an assertive ‘self-defence’ through its own means and standards of justice was also further nourished by the constant consumption of images of looting on the TV news, almost permanent sound of WhatsApp messages and radio shows. But it was also intensified by the soundscapes people heard and felt that particular night. The sounds of more or less shootings mixed with other sounds. The soundscapes were composed of noises and sounds coming from their homes and its surrounding but also from more distant places and, crucially, also through hearing different recordings on social media and networks. Some also people also felt unusual silences or smell coming from the streets in which some reported smell of burning and tear gas deployed by the police anti-riot units. Many described how after the declarations of 21N and the first news of violence, they felt rupture and splintering of their taken for granted and habitual way of sensing and moving within the city-scape. They reported how this was transformed into an acute sense of suspecting the potential dangers and worries on the night of 21N. This sense of altered normality differed and was shaped by social location and embodied dispositions reflecting one’s social location of different Cali citizens. This can be illustrated with a story described by Kandy Correa Valencia (2019), a sociology student of University of Valle in her final years of studies. She spent the day of 21N marching on the streets when the news declaring the curfew reached her. Together with her partner, they decided to return back to the flat she was renting. Since the public transport was paralyzed, they decided to walk back. Her rented apartment was located in a barrio Melendez (parts corresponding to *strato 3*) and on that night belong to one that was reported to experience different incidents of violence and lootings. She moved to this barrio as it was much closer to her university in the south of the

city, though she grew up and spent most of her childhood in a barrio of the *strato* 1 located in the *Oriente* (*districto* Aguablanca). Recalling how the streets felt as they walked back to her place she said:

We were seeing the city as a war videogame, as a lonely and dangerous scene in any short movie. I noticed that for my partner the silence and emptiness of the streets that we walked through ... was not perceived in the same way.... Silence means danger in the district (Aguablanca). In the neighbourhoods of higher strata silence is normalised. In the district there is always a sound system playing at full volume, people washing motorcycles or cars outside their homes, children playing outside from early hours of the day, men and women on street corners talking or drinking, the occasional young man calling their friends to keep you company in your house services or sit outside and talk about your latest event by commenting.

Her comments highlight how particular sense and soundscapes of particular parts of the city connect to embodied dispositions, emotional states, as well as how do these differ depend on individual and social trajectories and social locatedness agents occupy. These sedimented dispositions, sense of orientation and capacity of reading and anticipating actions and events within the cityscapes were suddenly disrupted by uncertainty, confusion and worries emerging on 21N. In this regard, her comparison with her partner's different reading and perceptions of streets, sounds and silences is telling.

As someone who grew in the territorially stigmatized *districto* and then went to study at the University in the south of the city, her critical perspectives were shaped by a mixture of different factors, emotions, forces and social spaces to which she has been exposed. What I would like to focus on here is a particular sense of not recognizing the *barrio* or urban space that one knew with familiar intimacy in the circulation of representations about the space and its residents. This is not necessarily not limited to the events of 21N and territorial stigma structures and negatively affects life chances of its (present or past) residents who are ascribed this 'symbolic taint'. But at times of social and political crisis a Many Cali residents who at some point have lived in these territorially stigmatized urban margins and/or who have found themselves located elsewhere on the night of 21N (be this through particular form of socially ascending mobility or accidental and rather momentary circumstances prevailing on that particular night), they experienced feelings of particular dissonance between what the news were reporting and what they seemed to see in their immediate neighbourhood.

The majority of people I talked to reported and somehow rephrased that in their neighbourhood it was ‘not that bad’ or that it was ‘relatively *tranquilo*’ but that they heard in other neighbourhoods the situation and violence was more ‘dangerous’ or ‘tough’. As I have argued above in the first part of this chapter, this logic and strategy of transposing (cf. Goffman, 1963; Wacquant, 2008; 2010) resembles what can be interpreted in terms of projecting, locating and transposing the stigmatizing danger into spatial ‘elsewhere(s)’. This imagining and fantasies draw on some long-term processes of territorial stigmatization and racialized geographies in the city of Cali sedimented and embodied with different intensities by Cali citizens. But what was also interesting to see how people, who grew up or lived in certain *barrios* but who spent the night of 21N elsewhere, perceived and experienced the night in terms of representing *places* and categories of *people* they felt they know, felt familiar intimate knowledge of, or were part of at some points of their lives (in present or in the past). These created ambiguities, contradictions and tensions between different representations of places and people (from its production, circulation and distribution on 21N or during pandemic) and the lived embodied sense of certain place. In narrating her experience of 21N, Kandy Correa (2019) expressed a mixed set of emotions of anger and disbelief over what was happening, how it was represented in media but also how many of her friends and neighbours slipped into particular forms of talking about other marginal places and their inhabitants with stigmatizing taints.

As they were walking on the streets towards the flat, not only they felt ambiguously and worryingly about what was going on the streets but they were also called by worrying family and friends. In all the confusing messages and moral panic, she identified certain recurrent pattern that unsettled and made her upset. For her it was the use of collectively ascribed category of ‘them’ (used in media but also some of her friends and family), which captured certain fantasies of danger perpetuated, reproduced and consumed:

The (category of) “them” spread and I began to see my social networks: on WhatsApp a group of friends worried because my residential unit appeared in the news and - according to chains of messages written by different groups in the city - it had been ‘vandalized’. I told them that everything was fine. I couldn’t quite understand what was happening to people. Their reflections on “there they come, there they come” caused more panic in other residential units and in few minutes it seemed something systematic: not only my friends from the south reported possible robberies in their homes, but even the ones from the north, and even from the very *Distrito* my family seemed terrified that “they” would enter their houses.

For her, this rapid circulation and fears from collective category of ‘them’ (collective label associated with stigmatized uncivilized and undisciplined Others) associated with the particular sense of imminent arrival (temporality) and potentiality of violence resulted in widely shared emotions across people of different neighbourhoods or classes. However, she herself felt deeply upset and offended and resisted to recognize these representations. As she puts it:

I was offended ... my friends, neighbours and even my friend who also comes from a poor neighbourhood of the *Districto*. They all referred to the people of Aguablanca as the problem. – “The people from the east came to rob the [residential] units” - Why would someone from Marroquín come to Madrigal country to steal? I was furious. – “Those blacks from the district took advantage of the curfew.” - How can there be so much racism in the mentality of my friends and neighbours? I was still perplexed. – “The people from over there in Aguablanca are dying so much of hunger that they went crazy!” - Who do they mean by “the people”? These and many other statements made me not willing to stand up with them to defend (something) that was not under threat. The problem were they, (all those) who waited without measure for someone to come to hurt him with whatever they had in hand, the bad guys were all those who were waiting on the corners of the buildings ready to shoot with honour, they were the ones who scared and disappointed me. They spoke of pests (*pestes*) when referring to the people who raised me, who saw me growing up, where I had my first love, my school graduation, my childhood games and my first friends. They spoke of the district as if it was a distant jungle producing “vandals”, “thieves”, “murderers”, “wretches”, “starving”, “rats” and (used) many other adjectives and statements with a despotic character.

Her critical words powerfully express the feelings of not recognizing oneself in the collective representations and fantasies of people and of places that were circulating and stigmatizing, acted upon peoples imaginaries and led to particular actions in the name of ‘security’ and ‘protections’ on 21N. As someone who grew up and was raised in one of the neighbourhoods that were lumped together under the stigmatized logic of producing particular representations of ‘dangerous’ people and places, as well as widely shared and felt by many residents of these areas on the night of 21N, she refused and resisted these accounts and mis-recognitions.



## Conclusions and the immediate aftermaths: horizons of uncertainty in light of the everyday 'normalcy'

It seemed as if it (21N) was something in a certain sense distant to us, so many acts of violence that we had suffered in our own flesh previously (the constant shootings in the neighbourhoods, robberies, violent deaths and the recent case of 2018 during which we lived a strike because we did not have drinking water; and although there were no major acts of violence, there was uneasiness; we lived in a state of siege for about 4 days). In a certain sense, (all of) this made it (21N) seem like it was something that happened, scared or surprised for a period of a few hours, but later it became normalized. (Reflections of Javier on the night 21N)

Javier is a young university student living at the outskirts of Cali. In his description of 21N in Cali, Alex narrates that he and his family did not experience any immediate and concrete form of violence. It felt strangely present and yet somehow distant. But like many, his family and friends were affected, alerted and followed what was going on throughout their social and virtual networks and news. Like many residents of stigmatised neighbourhoods of Cali, he interpreted and juxtaposed the feelings experienced on that night with the 'ordinary', everyday forms of violence that structure the life chances of the residents at the margins. He saw the events of 21N from his particular social location in which it has not been uncommon to encounter violence and the threatening spectre of possible violence. He imagined and located the troubles of 21N into *elsewhere(s)* but he also contrasted many of its seemingly 'exceptional' features (as reported by media and accelerated and intensively felt through circulation of messages on social medias) with more mundane experiences of living and growing up in a territorially stigmatised urban formation. In a sense, these experiences and interpretations of 21N were situated not only in social locations of particular agents but also particular spatial and temporal orders.

The days that followed the night of 21N felt strange and uncertain for many Cali residents. For many of its citizens these entailed certain uncertainty about what might come next. There were fears and worries. Some people were concerned and afraid to go out. Those who went out on the next morning often reported strange feelings. At times, in the narratives that I collected, these were further accompanied by stories about broken glass or another material illustration of the past night. Many of the university students I talked to described the materiality of the 21N and its aftermath with particular attention to landscapes of destruction or violence in the city. Some of



their stories highlighted the violence present and traces of ESMAD actions through smells of teargas while many also mentioned broken glass on the streets. Others referred to the individuals and groups who were implicated in lootings, violence and material destruction of particular sites and places. In some sense, what happened on 21N anticipated what came few months later with the arrival of Covid-19 to Cali in 2020. Both events, though diametrically different, shared some elements in common (and not only because the mayors implemented curfews for both 21N and for some nights during the lockdown in Cali's pandemic scenarios). In some ways, what transpired generated particular anxieties of going out and transformed relations people have towards certain public spaces. Additionally, it also generated certain feelings of having their homes under (possible) attack or under siege. While in the case of 21N it was a fear of someone who might be come to violently loot or to steal, in the case of pandemic times these worries were generated of possible transmission and of virus invading the private spaces that were constructed as islands of certain protection (from the danger constructed and imagined to be circulating across the streets of Cali or transmitted through practices of the *indisciplinados*). Despite creating a sense of urgency, potentiality and immediacy of threat, people responded with different coping strategies and eventually 'normalized' these events in to their daily routines and movements within their built and social environment. These strategies and actions depended on their social and spatial locatedness within the uneven urban geographies of the city of Cali.

Another important phenomenon that emerged in the immediate aftermath of the 21N was a circulation and consumption of different stories about what happened and of jokes inspired by the events on that night. These were circulated and shared among persons but also through different networks of social media (like Facebook, Twitter or Instagram). Many of these jokes reflected the social and racial hierarchies and orders. This can be illustrated with one photo-edited image (selectively edited and fabricated) in which a young Black man walks dressed in an elegant and shining purple suit and trendy sun-glasses on a run-down, unpaved street of poor neighbourhood. Two Black smaller children, wearing shorts and worn-out T-shirts with flipflops while standing in front of a car wreck, seem to be laughing at him as he passes by. The edited image foregrounds his colourful suit and graphically exaggerates through the colour saturation, which contrasts with faded colours and shades of material poverty on the background. The image was circulated through social media with a following description: 'A mate arriving after looting Arturo Calle' (*El pana llegando después de saquear Arturo Calle*). Arturo Calle is a chain of fashion clothes shop in Colombia. Many images, comments and jokes that emerged and were widely circulated in the aftermaths of

21N were reproducing racialized, gendered and classed (over-)representations that were also alluding to stigmatized places of urban poverty. Though these images emerged in response to the 21N events, they reproduced the social, symbolic and material forms of ordering and classifications and hierarchies of worth that pre-existed these events. In this text I have shown how different processes, emotional dimensions and experiences of urban spaces that took place during the night of 21N relate to the forms of making and unmaking of urban stigma, relational positioning and construction of threatening figure of the Other. I have argued that despite the seeming ‘unusual exceptionality’ of that particular night of 21N, many of the reactions and feelings were shaped by the pre-existing and durable forms of social and symbolic classification and hierarchies of stigma that have been historically constituted and (re-)produced for those who inhabit these zones in the city of Cali.

## References

- Alves, Jaime y Vergara-Figueroa, Aurora. (2018). En la Sucursal del Cielo (In the Branch of Paradise): Geographies of Privilege and Black Social Suffering in Cali, Colombia. En: Kwame Dixon and Ollie A. Johnson III (eds.), *Comparative Racial Politics in Latin America*. New York, Estados Unidos: Routledge. Pp 183-210.
- Bourdieu, Pierre.(1991). *Language and Symbolic Power*. Cambridge, Inglaterra: Polity Press.
- Cohen, Anthony. (1985). *The Symbolic Construction of Community*. London, Inglaterra: Routledge.
- Cohen, Stanley. (1972). *Folk Devils and Moral Panics: The Creation of the Mods and Rockers*. Inglaterra: Macgibbon and Kee Ltd.
- Correa Valencia, Kandy. 2019. *Relato personal sobre los hechos ocurridos el 21N del 2019*. Documento sin publicar.
- Goffman, Erving. (1963). *Stigma: Notes on the Management of Spoiled Identity*. New York, Estados Unidos: Simon & Schuster.
- Hage, Ghassan. (2009). Hating Israel in the Field: On ethnography and political emotions *Anthropological Theory* Vol 9(1), pp. 59–79.
- Hall, Stuart; Kritcher, Chas; Jefferson, Tony; Clarke, John and Roberts, Brian. (1978). *Policing the Crisis. Mugging, the state, and law and order*. Hong Kong: The Macmillan Press LTD.
- KALIFA, Dominique. (2019). *Vice, Crime, and Poverty: How the Western Imagination Invented*

- the Underworld*. New York, Estados Unidos: Columbia University Press.
- Löw, Martina. (2013) The city as experiential space: the production of shared meaning. *International Journal of Urban and Regional Research* 37(3), pp. 894–908.
- Pasquetti, Silvia. (2019). Experiences of Urban Militarism: Spatial Stigma, Ruins and Everyday Life. *International Journal of Urban and Regional Research* 43(5), pp. 848-869.
- Urrea, Fernando y Murillo Cruz, Fernando. (1999). *Dinámica del poblamiento y algunas características de los asentamientos populares con población Afrocolombiana en el Oriente de Cali*. Ponencia presentada al Observatorio Socio-político y Cultural sobre “Desplazados, migraciones internas y reestructuraciones territoriales”, del Centro de Estudios Sociales (CES), de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia, Bogota 5-7 de Mayo de 1999.
- Wacquant, Loic. (2008). *Urban Outcasts: A Comparative Sociology of Advanced Marginality*. Cambridge, UK: Polity Press.
- Wacquant, Loic. (2010). Urban Desolation and Symbolic Denigration in the Hyperghetto. *Social Psychology Quarterly*, 73(3), pp. 215–219. United States: Sage.
- Wacquant, Loic; Slater, Tom and borges pereira, Virgilio. (2014). Territorial Stigmatization in Action. *Environment and Planning A*, 46 (6), pp. 1270-1280.



# SOBRE LOS AUTORES

## **Omar Alejandro Bravo.**

Pregrado en Psicología Universidad Nacional de Rosario, Argentina. Maestría y Doctorado en psicología, Universidad Nacional de Brasilia, Brasil. Postdoctorado Universidad del Estado de Río de Janeiro, Brasil. Profesor Departamento de Estudios Psicológicos; Director Maestría en Intervención psicosocial, Universidad Icesi, Cali, Colombia. Investigador Senior Colciencias.

Orcid: <https://orcid.org/0000-0002-6184-9193>

Correo electrónico: [oabravo@icesi.edu.co](mailto:oabravo@icesi.edu.co)

## **Enrique Rodríguez Caporalli**

Profesor de la Universidad Icesi. Comunicador Social y Periodista de la Universidad Autónoma de Occidente. Magíster en Sociología de la Universidad del Valle y Candidato a doctor en Historia y Civilizaciones Comparadas de la Universidad de Paris VII. Director del centro de investigaciones Cies de la Facultad de Derecho y Ciencias sociales de Icesi. Ha coeditado recientemente los libros *Cali Distrito especial, Políticas públicas, ordenamiento territorial y descentralización* y *Ciudades, subregiones y redes en el suroccidente colombiano: infraestructura, migración, mercado y formas asociativas*.

Orcid: <https://orcid.org/0000-0003-0997-7793>

Correo electrónico: [caporali@icesi.edu.co](mailto:caporali@icesi.edu.co)

## **María Juliana Soto N.**

Profesora e investigadora del Departamento de Artes y Humanidades de la Universidad Icesi. Magíster en Comunicación y Medios de la Universidad Nacional de Colombia y Comunicadora Social de la Universidad del Valle. Se ha enfocado en la relación entre los sonidos, la memoria y el territorio, así como en los estudios sobre la cultura digital. Es una de las fundadoras del colectivo de radio y arte sonoro Noís Radio y de Sic Semper ediciones, en Cali.

Correo electrónico: [maria.soto7@u.icesi.edu.co](mailto:maria.soto7@u.icesi.edu.co)

### **Mauricio Guerrero Caicedo**

Sociólogo con maestría en periodismo. Actualmente se desempeña como director del programa de Comunicación en la Universidad Icesi. Sus intereses académicos están relacionados con la producción de contenido en el entorno digital, los procesos de creación en comunidades virtuales y las implicaciones de la desinformación.

Orcid: <https://orcid.org/0000-0001-6374-1701>

Correo electrónico: [mguerrero@icesi.edu.co](mailto:mguerrero@icesi.edu.co)

### **Mateo Montes Martínez**

Sociólogo de la Universidad del Valle en Cali y candidato a grado en maestría en políticas públicas de la Willy Brandt School of Public Policy en Erfurt, Alemania. Se desempeñó como asistente de investigación en la Universidad del Valle en el grupo de investigación Epidemiología y Salud de la Población (GESP) y en el Centro de Investigaciones y Documentación Socioeconómica (CIDSE). Interesado en la investigación sobre salud mental, desigualdad y distribución espacial.

Orcid: <https://orcid.org/0000-0001-6122-4006>

Correo electrónico: [mateo.montes.martinez@correounivalle.edu.co](mailto:mateo.montes.martinez@correounivalle.edu.co)

### **José Fernando Sánchez Salcedo**

Doctor en Ciencias Políticas y Sociales: Sociología, de la Universidad Católica de Lovaina en Bélgica, profesor del Departamento de Ciencias Sociales de la Facultad de Ciencias Sociales y Económicas de la Universidad del Valle, miembro del Grupo de Investigación Sociedad, Historia y Cultura. Entre sus publicaciones más recientes se encuentran: Campo organizacional y cambio institucional en el Hospital Psiquiátrico del Valle entre 1956-1970. Artículo publicado en la revista *Summa Psicológica UST*, vol. 17, No. 1, Chile, 2020; La iconografía del proceso de paz: ethos visual y agenda mediática. Artículo publicado en la revista *Universitas Humanística*, Vol. 88, Bogotá, 2019; La desmovilización de las FARC: Ethos visual y ritos de institucionalización. Capítulo publicado en el libro: *Ciudadanías Conectadas: Sociedades en Conflicto Investigaciones sobre Medios de Comunicación, Redes Sociales y Opinión Pública*, Universidad del Rosario, 2018; Diagnóstico y medicación: la práctica médica en el Hospital Psiquiátrico del Valle entre 1956-1970. Artículo publicado en la revista *Universitas Humanística*, Vol. 83, No. 83, Bogotá, 2017.

Orcid: <https://orcid.org/0000-0001-8322-0268>

Correo electrónico: [jose.sanchez@correounivalle.edu.co](mailto:jose.sanchez@correounivalle.edu.co)

### **Mary Hellen Burbano Cerón**

Trabajadora Social, Especialista en Desarrollo Comunitario y Magíster en Sociología de la Universidad del Valle. Actualmente es profesora asistente de tiempo completo en el área de Ciencias Sociales y Humanas para el Sistema de Regionalización de la Universidad del Valle sede Zarzal y profesora del Programa Académico de Trabajo Social. Sus intereses académicos giran en torno a las identidades colectivas, la educación ambiental, los procesos de intervención social comunitarios y la formación disciplinar en Trabajo Social. Lidera la línea Sujetos, Sociedad y Cultura del grupo de Investigación interdisciplinar GEDESC.

Orcid: <https://orcid.org/0000-0003-4986-7695>

Correo electrónico: [mary.burbano@correounivalle.edu.co](mailto:mary.burbano@correounivalle.edu.co)

### **José Eduardo Sánchez Reyes**

Psicólogo y Magíster en Psicología de la Universidad del Valle, candidato a doctor en Psicología Educativa de la Universidad de Girona. Actualmente es profesor de tiempo completo del Departamento de Estudios Psicológicos de la Universidad Icesi en donde también coordina el área educativa. Sus intereses de investigación se orientan al análisis de las prácticas educativas en contextos escolares y no escolares, la inclusión educativa y el multiculturalismo. Además se desempeña como profesor de la Maestría en Intervención Psicosocial y la Maestría en Atención Integral a la Primera Infancia de la Universidad Icesi. Miembro del grupo de Investigación Nexos.

Orcid: <https://orcid.org/0000-0002-4580-1894>

Correo electrónico: [jesanchez@icesi.edu.co](mailto:jesanchez@icesi.edu.co)

### **Fernando A. Moreno-Dulcey**

Psicólogo y Magíster en Psicología de la Universidad del Valle. Doctor en Psicología de la Universidad de Los Andes. Interesado en investigar la comprensión de la realidad institucional en niños; la adquisición y comprensión del lenguaje escrito en niños; y el posicionamiento discursivo de los hablantes en diversas situaciones de interacción social. Su investigación se fundamenta en una concepción cultural e histórica del desarrollo humano.

Orcid: <https://orcid.org/0000-0003-0604-084X>

Correo electrónico: [famoreno@icesi.edu.co](mailto:famoreno@icesi.edu.co)

## **Jan Grill**

Profesor Asociado de Sociología en la Universidad del Valle en Cali, Colombia. También es investigador asociado en el Instituto de Historia Contemporánea de la Academia Checa de Ciencias en Praga. Después de completar su doctorado en antropología social en la University of St Andrews, trabajó como profesor temporal de antropología social y como investigador Simon Research Fellow en la University of Manchester. También fue investigador visitante en IGK Work and Human Life Cycle in Global History en la Universidad Humboldt de Berlín. Sus áreas de investigación incluyen migraciones, movilidades, etnicidad, racialización, marginalidad, trabajo, y la etnografía del estado y las fronteras.

Orcid: <https://orcid.org/0000-0002-3467-3735>

Correo electrónico: [jan.grill@correounivalle.edu.co](mailto:jan.grill@correounivalle.edu.co)



# OTROS TÍTULOS

- **Las nuevas derechas: un desafío para las democracias actuales**  
Omar Alejandro Bravo (ed.)  
DOI: <https://doi.org/10.18046/EUI/ee.10.2020>
- **Las Ciencias sociales: al otro lado del discurso neoliberal**  
Jorge Mario Flores Osorio, Luis Huerta-Charles y Omar Alejandro Bravo (eds.)  
DOI: <https://doi.org/10.18046/EUI/ee.5.2020>
- **9 propuestas de intervención psicosocial**  
Omar Alejandro Bravo (ed.)  
DOI: <https://doi.org/10.18046/EUI/bm.4.2020>
- **El Estado de la paz. Burocracias, memoria y afecto en el posconflicto colombiano**  
Lina Fernanda Buchely  
DOI: <https://doi.org/10.18046/EUI/tirant.2020.1>
- **Ensayos sobre la pandemia**  
Ximena Castro-Sardi, Diego Cagüañas Rozo, Diana Patricia Quintero Mosquera, Juan José Fernández Dusso y Rafael Silva Vega (comps.)  
DOI: <https://doi.org/10.18046/EUI/vc.4.2020>
- **Psicología política y procesos para la paz en Colombia**  
Álvaro Díaz Gómez y Omar Alejandro Bravo (eds.)  
DOI: <https://doi.org/10.18046/EUI/ee.2.2019>
- **Perspectivas multidisciplinares sobre las cárceles. Una aproximación desde Colombia y América Latina**  
Omar Alejandro Bravo (ed.)  
DOI: <https://doi.org/10.18046/EUI/escr.17.2018>



Este libro se terminó de editar en agosto de 2021. En su preparación,  
realizada desde la Editorial Universidad Icesi, se utilizaron tipos  
Adobe Garamond Pro en 12/15 y 11/14.



Los contenidos de este libro se estructuran en torno a dos acontecimientos: el primero, con un peso mayor en los capítulos que lo componen, lo constituyen los hechos ocurridos la noche del paro del 21 de noviembre del 2019 (21N) en Cali y los sucesos relacionados con el toque de queda que se decretó esa misma noche. En segundo lugar, la posterior aparición de la pandemia producida por el virus SARS-CoV-2 denominado COVID-19, con sus múltiples consecuencias, principalmente las sanitarias, sociales y económicas. De esta manera, esta obra, de marcado tono ensayístico, pretende ofrecer elementos para un debate abierto e inacabado, que excede los dos hechos mencionados que lo posibilitaron, para dimensionar de forma general los aspectos discursivos y prácticas discriminatorias y violentas relacionadas a ciertos acontecimientos sociales que vienen a operar como detonantes y síntomas de imaginarios y representaciones sociales preexistentes.

